


wattpad



PERFECTOS

MENTIROSOS

MENTIRAS Y SECRETOS

ALEX MÍREZ

Alex Mírez

PERFECTOS MENTIROSOS

MENTIRAS Y SECRETOS

wattpad 
by montena

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@somosinfinitos



@somosinfinitos



@somosinfinitoslibros

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Todos los hechos de esta historia están narrados desde mi perspectiva. Ningún nombre o lugar ha sido cambiado, porque no me interesa proteger a nadie. Lo que me interesa es decir finalmente la verdad.

*A la mujer más fuerte, valiente e inteligente del mundo: mi mamá.
Siempre me dices que algún día ya no escucharé tu voz.
Ojalá tuviera el poder de manejar el tiempo
para que ese día no llegue nunca.*

Se dice mucho de las historias de Wattpad. A veces, nadie cree en ellas. A veces, eso que se dice hace que el mismo autor deje de creer en ellas. Una vez, casi me pasó. Por esa razón quiero agradecer a las personas que me ayudaron a seguir creyendo en lo que escribo. Son todas las personas que día a día me dejan un comentario de apoyo en mi muro o me envían un mensaje personal a mis redes sociales. Son todas las personas que se toman el tiempo de contarme que mis historias les alegran el día y que aparecen sin dudar cuando yo actualizo un capítulo un mes después. Son todas las personas que hicieron especial a los perfectos mentirosos con sus imágenes, memes, dibujos, dedicatorias y recomendaciones. Gracias, ustedes también me han ayudado a mí como no tienen una idea.

Te contaré un secreto...

Existe un lugar llamado Tagus.

Es la universidad a la que solo asisten chicos y chicas con apellidos influyentes, familias poderosas, cuentas bancarias infinitas y vidas envidiables y aseguradas.

Está llena de caras hermosas, altivas y maquiavélicas. Por sus amplios pasillos se susurran sin compasión los chismes más recientes. Es exigente, pero a veces flexible, y está rodeada por un campus en donde cada fin de semana hay una fiesta en la que debes impresionar a alguien. Tagus, enorme e imperiosa, ha sido construida a base de «Hablaré de esto con mi padre» y «A mi familia no le gustaría que usted pusiera una mancha en mi expediente».

Dentro, todo se vale y al mismo tiempo todo se juzga.

Es el magnífico núcleo del infierno, poblado de atractivos, bien vestidos y malintencionados diablillos.

Pese a todo, cualquiera desearía estar allí.

Tu mejor amiga, tu prima malvada, el hermano de alguien, la chica que detestas, tú misma, yo...

Cualquiera mataría —literalmente— por formar parte de esa exclusiva sociedad/círculo/secta para poder disfrutar de las risas, justificar sus maldades y esconder con complicidad cualquier secreto.

Porque en Tagus hay muchos secretos.

Y a veces ni siquiera los padres ni el dinero pueden mantenerlos ocultos por mucho tiempo.

A veces, salen a la luz por sí solos.

Otras veces, alguien los hace salir...

Prólogo

Campus universitario de Tagus

1 de mayo, 15.00 horas

—¿Viste lo que pasó con los Cash?

—Sí, qué horror. No me lo hubiera imaginado nunca.

—Nadie. ¿Quién iba a pensar que esos tres ocultaban algo así? A mí me encantaba Aegan, el mayor. Ya sabes, ¿no? El de los tatuajes. Dios, cuando entraba en un sitio, su presencia era salvaje.

—A mí me gustaba Adrik. Era callado, pero eso le daba un aire misterioso. Además, yo estaba en Literatura con él, y cuando leía delante de la clase..., orgasmos literarios.

—Aleixandre también estaba cañón, eh, aunque tenía pinta de niño bueno.

—Hayan hecho lo que hayan hecho, seguirán siendo una leyenda en Tagus.

—Y ahora también esa chica... ¿Cómo se llamaba? Jude, sí, Jude.

—¿Ella fue la que lo hizo?

—Sí, ella fue quien los destruyó.

1

¡Bienvenida al infierno más divertido! Perdón, ¡a Tagus!

1 de enero

—El secreto para sobrevivir aquí es no confiar en nadie, ser discreta con lo que haces y tener mucho cuidado de quién te ve haciéndolo.

Ese extraño y valioso consejo salió de la boca de Artie, la chica que sería mi nueva compañera de apartamento.

Pero, para ser sincera, no le di importancia, je.

Solo podía pensar: «¡Tagus, aquí estoy finalmente!».

Era el primer día. Caminaba por la feria de bienvenida a nuevos alumnos en el parque central del campus, y yo era todo lo que debía parecer: la típica chica nueva, tonta y deslumbrada porque a mi alrededor cada cosa era fiel a las fotografías de la página web.

Los kilómetros de áreas verdes que conformaban los terrenos universitarios estaban plagados de árboles podados y moldeados de la misma forma que las vidas de los que tenían el privilegio de haber sido aceptados como alumnos. Por las calles asfaltadas circulaban bicicletas. Había carteleras en cada esquina con anuncios informativos, de eventos próximos, ¿ese era un cartel de una chica desaparecida? Y ahí, en el parque

central de Tagus, punto de encuentro del primer día, abundaban las casetas de ventas de camisetas, de entregas de horarios, de guías de campus y de clubes estudiantiles.

Dentro de esas casetas, los chicos y chicas tenían ese aire de «Si quisiera, mi papá me compraría esta calle, y este piso, y lo que haya debajo de este piso». Y fuera, mirando y tratando de asimilarlo todo, los estudiantes nuevos transmitían un «¡Qué emoción estar aquí, aunque no me tendré que esforzar por nada más que por mi *outfit*, ya que mi padre se limpia el trasero con dinero!».

—¿Estás oyendo lo que te digo? —me reprochó Artie ante mi evidente distracción.

Caminaba a mi lado. Al llegar al apartamento, yo le había pedido que me acompañara a la feria, ya que no sabía cómo moverme sola por ese laberinto universitario. Para mi sorpresa, Artie había aceptado.

—Claro —le mentí para ocultar que había estado ignorando lo que decía sobre supervivencia social—. Que tengo que seguir tus consejos o... ¿Qué es lo peor que me puede pasar?

—Depende —respondió ella mirándome con curiosidad—. ¿Cuál me dijiste que era tu apellido? ¿Es importante en algún lugar?

Sí, en la silenciosa, oscura y despoblada Ninguna Parte.

—¿Tiene que serlo? —inquirí como respuesta—, porque, según se dice, lo que aquí importa es que los estudiantes mantengan un nivel académico magistral.

Artie asintió con una risa.

—Sí, sí, eso es muy cierto, y también que de aquí salen figuras importantes —admitió—, pero sácate el folleto de Tagus de la cabeza. No todo es pasarse el año entero sola y estudiando. ¿O eres de las que prefiere estar sola?

En realidad, de las que prefería guardarse sus preferencias.

—Me adapto al entorno —me limité a decir con un encogimiento de

hombros que no revelaba nada.

—Bueno, aquí hay evento tras evento, y los círculos sociales son importantes —explicó con una seriedad que delató la importancia que le daba al tema—. Con un buen apellido no tienes que esforzarte mucho en encontrar uno o en hablar con la gente, porque la gente estará dispuesta a hablar contigo en cualquier momento. Por esa razón, dime, ¿tienes algún familiar que se pueda reconocer o al menos googlear?

Sacó su móvil y esperó ansiosa a que le dijera quién de mi familia aparecía en internet. Como a mí me gustaba hacer fichas mentales de las personas, justo en ese momento lo que tenía anotado de Artie en mi cabeza era:

Aspecto: más o menos alta, cabello negro, ondulado y corto hasta la línea del cuello, estilo Marilyn Monroe. Nariz y barbilla de hada, ojos grandes y delineados, jersey y tejanos. Sus fotos en Instagram deben verse *aesthetic* y probablemente nunca le debe faltar alguna frase de algún libro en la descripción.

Característica destacable: chica a la que le importa demasiado la reputación social. Es decir, se esfuerza demasiado. Pero ¿le funciona? ¿Es Artie importante socialmente?

Al menos era amable.

—No, nadie de mi familia es importante —fue lo que dije.

Artie hizo un mohín de pesar.

—Qué mal, siempre es más fácil así. —Agitó la mano en un gesto despreocupado para restarle importancia—. Pero no te preocupes, por suerte has quedado conmigo. Conozco gente y te los presentaré. ¿Cuál es tu *target*?

Iba a decirle que no tenía ni idea de lo que me estaba preguntando, pero mis ojos ansiosos que habían estado fijándose en todo lo que ocurría junto a nosotras y en todo lo que veía mientras caminábamos se fijaron en una de las casetas de la feria. Una en específico.

Y entonces pasó.

Ellos.

Él.

Me fue imposible hablar y caminar al mismo tiempo, así que me detuve y primero me fijé en el chico que atendía la caseta. Tenía un camino de tatuajes que se iniciaba en su muñeca derecha y se perdía en su ascenso por el resto del brazo, y llevaba su cabello azabache rapado por los lados y más abundante por arriba. Era uno de esos chicos que, al entrar en un lugar, lo dominan por completo. Uno de esos chicos que parecen el endemoniado sol, porque te dan ganas de mirarlos, pero cuando lo haces te causa dolor ocular tanta energía, tanto poder, porque sí, «poder» siempre ha sido la palabra perfecta para empezar a describirlo.

Desprendía un carácter autoritario mientras discutía con el chico que lo acompañaba dentro de la caseta. No estaban montando ningún escándalo, pero yo noté que discutían porque su boca no paraba de moverse con tensión. Vi incluso el momento en el que perdió la paciencia, le arrancó al otro chico el cigarrillo que sostenía entre los labios y, furioso, lo lanzó al suelo.

Me fijé entonces en el tipo del cigarrillo. Era un poco más delgado, tenía el pelo del mismo color negro azabache que el de los tatuajes, pero lo llevaba más largo y con un corte desenfadado. Al contrario del primero, su cara era menos expresiva. Su boca era una línea seria y sus cejas espesas no indicaban nada, por lo que era muy difícil saber si la discusión le afectaba de algún modo. Su ropa era toda oscura y no parecía tener intención de dar respuesta alguna a las palabras que le estaban soltando.

En donde el otro parecía un terremoto en curso, este era la insospechada calma que precede a una catástrofe.

—¿Ya has salido del hechizo Cash? —escuché a Artie preguntarme de repente.

Salí de mi análisis con brusquedad y la miré, pestañeando. Me di cuenta de que sus ojos también apuntaban hacia los dos chicos de la caseta.

—¿Qué? —No la había entendido—. ¿Qué hechizo? ¿De qué hablas?

Ella soltó una risa de «no pasa nada».

—Te has quedado mirando a los hermanos Cash, y eso es lo que dicen que te sucede cuando los ves por primera vez —explicó divertida, muy obvia—. Te quedas atontada por un rato, no puedes apartar la mirada y piensas: «¿Son reales?». Y sí, son tan reales como que te tiemblan las piernas en este momento.

Bueno, mis piernas se habían detenido, nuestro recorrido por la feria del parque se había pausado y me había quedado como suspendida mirándolos. Había sido una... ¿mezcla de sensaciones? Sí, confusa.

—¿Hermanos Cash? —pregunté, más desconcertada.

—Lo sé, a veces es mejor hacer como que no sabes quiénes son —resopló ella.

La miré con incredulidad.

—No sé quiénes son.

Por un instante Artie no se lo creyó, pero cuando notó que me la quedé mirando a la espera de una explicación sobre ellos, pestañeó, desconcertada, e incluso emitió una risa extraña.

—¿Es en serio?

Curvé la boca hacia abajo y asentí. Sip.

—Por cómo lo dices, ahora quiero saberlo todo sobre ellos.

Me miró un instante más, medio ceñuda, intentando entender algo en mí.

—Eres rara, Jude —resopló como si fuese un buen chiste—. ¿Cómo no vas a conocerlos? Acuérdate del escándalo Cash.

—Tampoco sé qué es el escándalo Cash —admití.

A Artie le costaba creérselo y se formó un extraño momento en el que ella no supo qué decir ante mi desorientación social y yo no supe qué excusa usar. Hasta que insistí:

—Pero cuéntame, vamos, parece interesante. ¿Quiénes son esos Cash?

Oh, esa pregunta...

Esa maldita pregunta.

Artie suspiró como una maestra que debía dar explicaciones extras a su alumno nuevo porque no tenía ni idea de cómo eran las cosas en la escuela. Y empezó a contarme:

—Bueno, ¿te has fijado que siempre suele haber un grupo de personas absurdamente ricas y poderosas? Pues ellos son nuestros absurdamente ricos y poderosos. Su apellido es famoso por ser el de una larga saga de políticos reconocidos.

—¿Al estilo de los Kennedy? —Enarqué una ceja en plan jocoso.

—Un poco —asintió más seria que yo—. Su padre, Adrien Cash, es una persona muy influyente con mucha visibilidad social y un enorme poder político. Así que eso, ellos son la élite que está por encima de la élite normal.

—La élite peligrosa —me permití definir mejor.

Artie asintió e hizo un gesto con la cabeza en dirección a los dos hermanos. El de los tatuajes se pasó la mano por el cabello como para recuperar postura y luego se giró hacia el frente de la caseta, en donde unas chicas entusiasmadas se acababan de acercar a mirar. Sorprendentemente, él apoyó los brazos en el mostrador de la caseta y esbozó una sonrisa muy ancha para atenderlas. Tenía una boca grande, irónica, con comisuras maliciosas.

—Ese es Aegan, el mayor, y va a tercero de Ciencias políticas —lo identificó Artie para mí—. Es el presidente de la mayoría de las organizaciones, clubes, sociedades..., de todo; literalmente, de todo.

Pasó a señalarme con disimulo al siguiente, que seguía al fondo de la caseta como ausente, distante, quizá un poco malhumorado.

—Ese con esa cara de «no me hables, por favor» es Adrik —siguió—. Va a segundo de Ciencias empresariales. No es tan extrovertido como Aegan, sino más... ¿solitario? No lo sé, pero con él no podrías tener una conversación banal.

De forma inesperada, mientras Aegan se concentraba en las chicas, Adrik

sacó de su bolsillo otro cigarrillo y se lo acercó a la boca con una lentitud perezosa. Ni siquiera prestó atención a su hermano. Miró en la dirección contraria. Y expulsó el humo; las líneas flotaron frente a su perfil, indiferentes, pero estilizadas.

—Finalmente, hay un tercero: Aleixandre —agregó Artie—. Es el menor, y va a primero de Relaciones internacionales, pero al parecer no anda por aquí. Él es más sociable. Tiene un canal en YouTube donde hace videoblogs y cosas así. Tiene dos millones de suscriptores y le gusta alardear de ello.

Para finalizar, Artie dijo en tono dramático:

—Se les conoce como los Perfectos mentirosos.

Pude haberme reído, pero habría arruinado el tono dramático de las presentaciones. Tres chicos guapos con un apodo estúpido, ¿eh? ¡No podía faltar!

—¿Por qué les llaman así? —quise saber.

—Pues porque son muy buenos en hacerte creer que les gustas y luego mandarte a la mierda —respondió abrupta.

Esperé más detalles, pero Artie se encogió de hombros. Creí detectar algo de molestia en la forma en que miró primero a Adrik y luego a Aegan, pero no quise profundizar. Apenas la conocía.

—¿Literalmente o...? —dije, al final, en un intento de que me explicara un poco más.

—Es que ellos salen con las chicas solo durante noventa días —dijo, nuevamente con cierta inquietud—. No más. Es como... una regla. Se termina el plazo, y listo, como si nunca hubiesen sentido nada por ellas.

Fruncí el ceño y la miré como si acabara de decirme que tenía tres tetas.

—¿Existe alguien que acepte eso? —pregunté, mirándola con detenimiento. Esperaba que dijera: «Claro que no, Jude, es broma. Ya quedó atrás esa era en la que había que ser tan tontas con los hombres».

Pero no recibí esa respuesta.

—Te sorprenderías... —resopló Artie, de nuevo con un encogimiento de

hombros, dando a entender que allí era lo más normal—. Puedes oír a las chicas diciendo que no saldrían con ellos, pero en cuanto se les acercan, ninguna se niega, porque salir con ellos es una oportunidad que va más allá de lo romántico. Te da estatus, visibilidad. Supongo que lo entiendes, ¿no?

¿Entenderlo? ¿De verdad? Claro que no, pero me limité a asentir, precavida con mis respuestas. Después, con lentitud y con la misma expresión, volví a mirar a los hermanos. Adrik ahora miraba a Aegan, quien hablaba sin parar con las chicas y les mostraba una hoja. Ellas estaban encantadas con su, al parecer, efusiva y apasionada explicación.

Sentí ganas de coger una piedra y lanzársela a Aegan como una pequeña señal de protesta por sus costumbres, pero eso tendría consecuencias. Malas. Y no podía arruinar mi ingreso en Tagus. No tendría esa oportunidad dos veces.

—Pues no me parecen tan sorprendentes —le comenté—. Son atractivos, pero chicos guapos los hay en todas partes.

La sonrisa de Artie adquirió un aire un tanto amargo.

—Chicos guapos sí, pero que además tengan el famoso apellido Cash, no. —Me echó un vistazo curioso, entornado—. Y sí son sorprendentes. Aleixandre está en el top de *influencers*, Adrik representa a muchísimas organizaciones de ayuda humanitaria y animal, y Aegan sigue los pasos políticos de su padre. No hay nadie con esos niveles.

—Es que es estúpido —opiné, entre burlándome e intentando entenderlo—. Tienes que ser tonta para poner tu dignidad por debajo de tu futuro.

Artie no dijo nada por un instante. Luego pareció querer ignorar a Aegan y me miró con un nuevo ánimo.

—Sí, bueno, cada quien sabe lo que hace, ¿no? —Le restó importancia—. Lo que tienes que hacer es no opinar sobre esto. Es cosa de los Cash, y muchos los defienden.

O sea, tenía que callarme porque ellos tenían su propio club de fans.

Iba a replicar, pero de forma repentina ella mostró una sonrisa

emocionada. Fue impresionante cómo todo el aire del momento cambió.

—Pasemos a un tema mejor: esta noche empiezan los eventos —me informó con entusiasmo—. El primero son los juegos, imprescindibles antes de comenzar las clases. Vas a ir, ¿no?

—¿Qué hacen en esos juegos? ¿Ponen a las chicas a pelear en barro y apuestan por ellas? —resoplé con sarcasmo.

Artie soltó una risa sonora.

—No, se pasa el rato con juegos de azar, bebidas, conociendo a los nuevos... Tal vez pilles algún club... —Me miró con ansias—. Aunque podré presentarte a unos amigos que no consideran a las chicas como ganado, y por eso no son tan populares. Puedes andar con nosotros.

No sabía cómo eran los eventos de los chicos y las chicas de Tagus, pero necesitaba saber más sobre el mundo al que acababa de entrar, y la única manera de lograrlo era mezclándome. Después de todo, no había llegado a Tagus para ser una asocial que se sentara en el comedor con la cara contra su bandeja, procurando ser lo más invisible posible. No. Yo tenía otros planes.

Eché un rápido vistazo nuevamente en dirección a Adrik. Ya no estaba. En algún instante, se había escabullido. El cigarrillo, consumido, ahora estropeaba la grama junto a la caseta. Un claro gesto rebelde, ¿eh? Aegan sí seguía allí, hablando con las chicas, y ellas continuaban encantadas. Sus miradas estaban fijas en él, como si tuvieran ante sí algo fascinante e inspirador.

Así que ese era el líder de Tagus. Por él se movía el mundo de la élite. Era la figurilla sin aspecto de santo frente a la que todos se arrodillaban. Ese era el individuo que podía destruir vidas o cambiarlas en un segundo. El espécimen catalogado como: idiota con poder.

«Pues un placer conocerte, Aegan Cash.

Soy Jude, la piedra capaz de “accidentalmente” meterse en tu zapato.»

¡Oh, señor todopoderoso Cash!

Los juegos eran una sagrada tradición para los alumnos de Tagus.

Se hacían en unos terrenos libres, justo detrás de la línea que dejaba de ser terreno de la universidad, ya sabes, para no romper ninguna regla de conducta, y aquello era como un casino al aire libre. Todo estaba repleto de mesas. Los árboles habían sido decorados con luces de Navidad y la música salía de un puesto de DJ. Había mucha gente. Algunos iban de un lado a otro sosteniendo vasos, botellas y cigarrillos. Otros estaban sentados, jugando a juegos de azar.

Mirara a donde mirara, había sonrisas suficientes, ojos astutos y posturas seguras de sí mismas. No había nadie mal vestido ni nadie que pareciera estar sufriendo una crisis existencial. O sufriendo por nada en absoluto. Solo chicos y chicas antinaturales, sin granitos, sin miserias, sin preocupaciones, sin defectos físicos, como si hubieran sido engendrados por dioses y ángeles calenturientos.

No lo sabía aún, pero de ángeles no tenían nada. Na-da.

Artie y yo fuimos directamente hacia una mesa donde un chico y una chica charlaban y tomaban algo. Me dije que tenía que poner mi mejor cara para socializar.

—Esta es la gente con la que me junto —los presentó Artie, ya frente a ellos.

La chica fue la primera en tenderme la mano.

—Kiana —se presentó con un apretón firme pero amigable, y agregó—: Me encanta lo que pone en tu camiseta.

El estampado de mi camiseta decía: lo que sale de tu boca es lo que eres, siempre *fashionista* agresiva, nunca *infashionista* agresiva. Además, me encantaban las camisetas que hacían sentir incómodos a los demás.

Pero el estilo de Kiana no se quedaba atrás. Llevaba trenzas vikingas, su piel era de un perfecto color caramelo, y parecía la combinación ideal de persona artística y chica con dinero: tejanos gastados pero fabulosos, suéter tejido que le caía hasta por debajo de las caderas y botas de cordones.

En mi ficha mental quedó: «Esta chica podría vender porros y al mismo tiempo liderar un ejército contra un país».

La siguiente mano me la ofreció el chico. Lucía un ligero bronceado y, aun así, se le veían muchas pecas repartidas por la nariz, pero su aspecto no era nada simple ni sencillo. Si hubiese necesitado dos palabras para describirlo, habría dicho: «Fabulosamente exagerado». Llevaba puesta una chaqueta azul eléctrico y una pajarita dorada con lentejuelas. Sus tejanos eran *casual*, pero la manera en la que todo se unía en él resultaba llamativa al igual que sus ojos verdes. Tenía ligeros reflejos en el cabello color miel, y el toque final lo daba la hendidura en su barbilla, sutil pero interesante.

—Dashton —se presentó con una voz muy carismática—. Pero mi familia me llama Dash porque suena menos gay.

—¿Cómo debo llamarte entonces? —le pregunté.

—Dashton —contestó con un guiño.

No pude evitar sonreírle.

Gente agradable, no iba tan mal.

Kiana empezó a llenar un vaso con el barril que había junto a la mesa.

—Vaya, Artie, has tenido suerte este año con tu compañera —comentó

mientras esperaba a que el líquido llegara al borde de su vaso—. A mí me ha tocado una chica muy rara que parece tener miedo de que se le hinche la lengua si habla. La invité a venir, y solo me miró, se metió en el baño y comenzó a tirar de la cadena del retrete repetitivamente. *Creepy*.

Se giró otra vez y me ofreció el vaso que acababa de llenar. Negué con la cabeza, pero con algo de cortesía.

—Es cerveza alemana —aclaró Dash, claramente ofendido, al ver mi gesto.

—No me llevo bien con la cerveza —volví a rechazar.

No era del todo cierto. Me encantaba la cerveza. No aceptar una era como cometer pecado, pero era el primer día, no los conocía bien, y algo muy importante: el peor enemigo de una persona con secretos es el alcohol.

—No está adulterada, si eso es lo que te preocupa —aseguró él, y para demostrármelo le dio un largo trago al vaso. La manzana de su cuello ondeó hasta que se lo pasó todo, y lo confirmó con un eructo y una amplia sonrisa—. ¿Ves? Tan sana como todos los que estamos aquí.

Me pregunté si un sorbito sería catastrófico. Podía fingir que estaba bebiendo, ¿no?

—Déjala, Jude es diferente —salió Artie al rescate, ya con su vaso lleno—. Para empezar, no sabía quiénes eran los Cash.

Kiana y Dash me dedicaron una mirada ceñuda de «imposible». Yo tuve que confirmarlo. Entonces él resopló como si fuese demasiado absurdo.

—Pues estará mintiendo —opinó, muy seguro—. No saber quiénes son los Cash es como si no supieras quiénes son las Kardashian o algo así. Has tenido que oír sus nombres alguna vez.

Kiana suspiró con fastidio.

—Si vamos a empezar a hablar del trío endemoniado, avísenme para beber más rápido.

Dash se puso una mano junto a la boca para decir algo como si fuera un secreto.

—A Kiana no le gusta el tema —me susurró.

—No me gusta cuando se trata de hablar bien de ellos —corrigió ella, poniendo los ojos en blanco.

Interesante: a Kiana le caían mal.

—Artie dijo que todos adoran a los hermanos —mencioné, intentando recabar información.

Kiana alzó los hombros.

—Pues sí, una parte los sigue con fidelidad.

—¿Cómo decía ese artículo que sacaron sobre ellos el año pasado? —dijo Dash con cierta burla.

Kiana lo enunció con dramatismo, pintando un encabezado en el aire con ambas manos:

—Que Aegan es el futuro político, Aleixandre el futuro social y Adrik el futuro humanitario.

Dash soltó una risa. Por alguna razón, Artie no. Ella solo bebió de su vaso y miró hacia otro lado. Notar nuevamente ese gesto de inquietud hizo que ignorara el que hizo Dash al comentar:

—Yo solo creo que son el futuro de las mentiras.

Kiana le dio un codazo rápido que me impidió preguntar a qué se refería.

—Ya basta de hablar de esos engendros, ¿sí? —dijo Kiana con exigencia. Luego puso su atención en mí—: Jude, es momento de que le des un buen trago a tu cerveza, y no te puedes negar porque es la ley estudiantil que todos tenemos que cumplir para pasar la iniciación que me acabo de inventar. Vamos.

Tras la presión de sus miradas y el silencio insistente, acepté.

Y ese fue el primer error.

No.

Tal vez fue el GRAN error.

—Por la iniciación —repetí justo cuando los cuatro decidimos chocar nuestros vasos.

Fue la de iniciación, sí, pero de otra ronda más.

Apenas probé la cerveza, mis papilas gustativas gritaron como Minions: «¡Está riquísima!», y exigieron más, y bueno, tuve que darles lo que querían, por lo que una hora después ya me había bebido tres vasos. Parecían pocos, pero fueron suficientes para hacerme sentir el delicioso mareo producido por el alcohol. Si no me emborraché demasiado, fue porque me los bebí y porque fui a vaciar la vejiga más de tres veces... cofcofdetrásdeunárbolcofcof.

Para cuando me detuve a pensar en que debía parar, tuve que admitir que me lo estaba pasando bien. No había soltado nada revelador, y Kiana, Dash y Artie eran más agradables de lo que había esperado. Entendían el sarcasmo y no alardeaban de nada que tuvieran. Y no hablaban de los Cash. Estaban igual de medio ebrios que yo, así que nos reíamos a carcajadas, ¡y ni siquiera sabíamos de qué!

Me pregunté si podría llevarme bien con ellos justo como lo haría una chica normal.

Aunque no sé por qué quise creer que yo era normal.

Unos silbidos de apoyo interrumpieron de repente nuestras risas sin sentido. Había pasado una hora. En cuanto echamos un vistazo curioso, unas mesas más allá vimos que Aegan y Adrik habían llegado. Junto a un par de chicos más, estaban a punto de tomar asiento. En esa ocasión no me fijé en ellos, sino en uno de los otros dos. Uno que estaba de pie junto a la silla donde iba a sentarse Aegan y que no parecía tener intención de unirse a lo que sería el juego.

Era el tercer hermano, Aleixandre. No me preguntes cómo lo supe, solo lo supe. Tenía la pinta de ser el pequeño: un poco más delgado, con el mismo aire imponente y llamativo de sus hermanos, pero con el cabello perfectamente peinado hacia atrás y una mirada chispeante, juguetona. Su ropa marcaba una diferencia de estilo entre los otros: camiseta color turquesa con lo que yo llamaba pantalón de príncipe, es decir, pantalón

caqui (porque, ¿has visto a algún miembro de la realeza o a algún príncipe de las películas de Disney sin pantalón caqui?). Ah, y los zapatos más impecables que había visto en mi vida.

Ni terremoto ni calma. Ese chico parecía ser el último nivel: la salvación.

Así que ya vistos los tres, pude distinguirlos de esta manera:

Aegan: efusividad.

Adrik: indiferencia.

Aleixandre: diversión.

—¿Qué sucede? —pregunté, curiosa.

—Seguro que van a jugar a póquer —contestó Dash, mirando hacia la mesa—. Aegan es condenadamente bueno. Cuando juega, no hay oportunidad para nadie.

—Pero había dejado de hacerlo —añadió Artie, un poco confundida— porque nadie quería jugar en una mesa en la que estuviera él.

—¿Es que no lo sabes? —le resopló Kiana—. Aegan no puede pasar más de una semana sin superar a alguien en algo, le sale urticaria.

En total, en la mesa se sentaron siete chicos, incluyendo a Adrik y a Aegan. Uno sacó un mazo de cartas y comenzaron a repartirlas como auténticos profesionales. Mientras, noté que Aleixandre se inclinó para que Aegan le dijera algo al oído. Tras eso, Aleixandre asintió e inesperadamente se alejó de allí en alguna dirección.

Hum... Raro.

—Vamos a acercarnos a mirar la partida —propuse de pronto, y como todos se me quedaron mirando, añadí—: ¿Se puede?

—Bueno, a veces alguien pierde todo el dinero y se oye cuando le hace la llamada a papi. —Dash alzó los hombros—. Es divertido.

Las chicas compartieron mirada y aceptaron. Por un momento, Artie dudó, pero terminó por aceptar. Aunque no fuimos los únicos que tuvimos esa idea. Mucha más gente terminó por arremolinarse alrededor de la mesa, y al final la partida se convirtió en un espectáculo público.

La luz en aquel sector del enorme terreno no era muy buena, pero aproveché el estar tan cerca de ellos para saciar mi curiosidad sobre los Cash. Encontré rápidamente otras diferencias:

La nariz de Adrik era recta. La nariz de Aegan tenía una ligerísima curva.

La mirada de Adrik era cautelosa, fría, difícil de descifrar. La mirada de Aegan era chispeante, astuta, burlona.

Adrik parecía estudiar los movimientos de los demás. Aegan parecía demasiado seguro de su victoria.

Adrik = enigma.

Aegan = desafío.

Bien, mi cerebro alcoholizado no daba para descripciones más ingeniosas, de modo que terminé por concentrarme en el juego. Miré en silencio, tomando tragos de mi vaso. Los participantes y los espectadores observaban las cartas y luego miraban a Aegan. No le prestaban atención a nadie más, porque ese en realidad era el entretenimiento: ver cómo Aegan hacía perder al resto, lo cual al mismo tiempo hacía que la partida fuera un chiste sin sentido. No había apuestas arriesgadas, porque todos podían perder lo que quisieran. Tampoco había tensión alguna, porque se sabía que Aegan ganaría.

Él también estaba seguro de ello. Toda su cara lo decía. Sus ojos entornados sonreían de forma burlona y en ellos brillaba una insoportable suficiencia, la molesta seguridad del éxito.

Adrik y él hicieron una apuesta moderada que el resto pudo igualar, y después hubo un poco de acción. Manos. Apuestas más grandes. Billetes. Gestos leves, pero significativos. Silencio. Algún que otro susurro.

Hasta que llegó el momento de la confrontación final.

Última mano. Última ronda. Última apuesta.

Y parecía que todo terminaría normal...

Hasta que uno de los jugadores vomitó.

De forma inesperada, el chico se inclinó hacia un lado justo cuando tenía

que hacer su apuesta y descargó todo lo que había estado bebiendo. ¿Por nerviosismo? ¿Porque había llegado a su límite? Ni idea, pero los que estaban ubicados detrás de él se apartaron lanzando un grito de asco.

El muchacho se irguió aún con los labios húmedos por los asquerosos fluidos. Demostró ser consciente de lo que había hecho, miró a ambos lados como si temiera ser reprendido por alguien, y luego se desplomó en el suelo sobre su propio charco de repugnante vómito.

Todo el mundo se quedó en silencio.

Las miradas alternaron entre el vómito y el cuerpo desplomado.

Y luego estallaron en carcajadas, pitos, burlas y choques de vasos y botellas.

—¡David está fuera! —vociferó Aegan entre risas, demasiado divertido y relajado en la silla. Su voz era enérgica, confiada, de esas que jamás iban a titubear, perfectamente hecha para la imagen de seguridad que daba—. ¿Alguien quiere tomar su lugar o cerramos con tres?

Lanzó la pregunta, de manera general, a todos los que estaban mirando la partida. Aegan esperó con una odiosa pero triunfal sonrisa en el rostro. Los espectadores se hicieron la gran pregunta: «¿Quién se atreverá a tomar el lugar del chico vómito?». Era una buena oportunidad porque la mesa estaba repleta de billetes verdes y grandes que sustituían las fichas. La última apuesta alcanzaba los mil dólares, y los tres jugadores anteriores habían decidido abandonar.

Pero también era un enorme riesgo porque ahora solo quedaban Aegan, Adrik y otro chico, que estaba demasiado nervioso como para hablar y que incluso sudaba.

La gente se miró las caras.

Esperaron a un valiente.

Y esa valiente fui yo.

¿Por qué?

Pues ¿le puedo echar la culpa al alcohol? Por ahora digamos que tenía la

ridícula e irreal sensación de que era poderosa, desafiante, capaz de hacer cualquier cosa, incluso de olvidar mis prioridades, incluso de pasar por encima de mi propia inteligencia y de mis planes. Una sensación peligrosa que, por supuesto, ocasionó una estupidez de mi parte:

—Yo —me lancé como voluntaria al mejor estilo de Katniss Everdeen.

Todos giraron la cabeza hacia mí al escucharme. Incluso Artie, que me miró con una notable y dramática expresión de asombro estampada en la cara que resaltó sus grandes ojos delineados de negro. Por un segundo me arrepentí. Por un instante me dije a mí misma que era una pésima y estúpida idea, pero escuché unas risitas provenientes de algún lugar, como si alguien dudara de que lo estuviese diciendo en serio, y eso me dio valor para no retractarme.

Aunque en realidad ya no había vuelta atrás.

La gente abrió un camino frente a mí para que me sentara en la mesa, así que avancé a paso acompasado, pasé por encima del inconsciente que se llamaba David y me senté en su silla, a la que por suerte no le había caído vomito.

Hubo un silencio pesado mientras me acomodaba, un silencio de desconcierto, de duda y de intriga. Sentí el peso de esas miradas en mí. A Kiana, Artie y Dash, perplejos, y a Aegan y a Adrik observándome con mucha curiosidad. Hasta me imaginé con claridad lo que estaban pensando: «¿Quién es esta chica? ¿Cómo se atreve? ¿Está loca?».

Tal vez sí estaba loca.

Sin embargo, me mantuve firme y erguida en mi lugar.

Aegan observó mi camiseta por un segundo como si fuese algo demasiado ordinario.

—¿Tienes mil dólares? —me preguntó, relajado pero divertido. Su comisura derecha estaba medio alzada con presunción, como si tras ese rápido vistazo supiera que yo era inferior.

—No —admití.

Hubo cuchicheos.

—¿Y cómo piensas apostar? —me preguntó frunciendo el entrecejo.

Pues no lo sabía, pero mantuve la boca cerrada porque a veces el silencio podía ser una estrategia.

Aegan soltó una risa tranquila ante la falta de respuesta.

—Te lo pondré fácil porque ya has demostrado ser muy valiente al sentarte —dijo como si fuera un acto de caridad—. Puedes apostar un favor, y todos saben que no me gusta hacerlos. Si ganas, te lo deberé, lo cual es algo grande. Si pierdes, por otro lado...

Me dedicó una irritante sonrisa que gritaba que estaba muy seguro de que todo saldría como él deseaba. Quise poder borrarla de su rostro, y posiblemente sí podría, ya que en parte me había arriesgado porque en realidad tenía un as escondido en la manga, y él no tenía ni idea de eso..., ni idea...

—Está bien —acepté, fingiendo que no me molestaba en absoluto el riesgo—. Apuesto el favor.

Oh, iba a joder a Aegan como nunca lo habían jodido, porque Trump le bailarían en tanga a Obama antes de que yo hiciera algo que él quisiera.

—Nueva mano —ordenó Aegan.

Se hizo como él quiso, pese a que era la ronda final y en cualquier otro juego serio no se habrían aceptado cambios ni apuestas tontas.

Mientras me entregaban las cartas, sentí que me sudaban las manos. Sí, estaba nerviosa, y era ridículo. Ya había jugado muchísimas veces antes. Mi propia madre me había enseñado. Había ganado las mejores apuestas en la preparatoria, pero el punto era que esa no era la preparatoria. Ahí estaba delante de ese imbécil autoproclamado como Dios Supremo de la élite de Tagus, y el miedo de no ganar como había estado segura de hacerlo unos segundos atrás empezó a aumentar, porque si perdía él me dejaría en ridículo.

No podía darle el gusto. Por mi nombre y apellido, no podía.

Adrik, Aegan, el otro chico y yo miramos nuestras cartas. Solo les eché un rápido vistazo y las oculté. No hice ningún gesto. Me mantuve seria, imposible de leer.

—Vaya... —murmuró Aegan, estudiando las cartas.

Por el brillo victorioso en sus ojos, asumí que tenía una buena mano. Eso lo confirmé un momento después cuando hizo lo que me temía: se inclinó hacia delante y dobló la apuesta. Ahora el resto debíamos igualar la cantidad. ¿Cuánto era? ¿Dos mil?

El silencio de la gente a nuestro alrededor se volvió denso, observador.

—Voy —dijo Adrik sin dudar, doblando la apuesta también.

El otro muchacho miró hacia ambos lados, nervioso. No le quedaba nada. Nada. Su billetera estaba sobre el borde de la mesa y solo relucían un par de tarjetas doradas, las cuales no se podían apostar, claro. Pensé que se retiraría, pero entonces suspiró con resignación y comenzó a quitarse el reloj plateado que llevaba puesto en la muñeca derecha.

—Voy —dijo, y apostó el reloj.

La atención recayó en mí. De reojo vi que Adrik me miraba, aunque no pude descifrar nada en él. Aegan, por otro lado, rebosaba seguridad. Me echó un vistazo pesado, analítico. Sus ojos brillaron con una emoción potente, agresiva, divertida. Aquello estaba convirtiéndose en un auténtico show para él, ¿no?

Bien, me removí sobre la silla y esbocé una sonrisa juguetona.

—¿Qué más puedo apostar? —pregunté.

Sabía que estaba sonando como una tonta, pero esa era la idea.

—Sorpréndeme. —Aegan se encogió de hombros.

Los muchachos alrededor rieron por lo bajo.

Fingí que pensaba.

—¿Qué tal... una sorpresa? —fingí también que se me ocurría de repente —. Una gran sorpresa.

—No es así como se juega —se burló, y con cuidado aclaró—: Tiene que

ser algo valioso.

—Es que lo es —aseguré con entusiasmo—. Juro que vale los siete mil dólares.

Me aseguré de sonar lo más incitante y misteriosa posible. Parecerá gracioso, pero Aegan se lo pensó. Apostar una sorpresa no era algo permitido en un juego legal, solo que era obvio que ese Cash era ambicioso y no le gustaba lo convencional. Además, él mandaba. Si se le antojaba, podían apostarse ratas muertas.

—Bien, vas con la sorpresa —dijo—. Y solo acepto porque esto está resultando ser entretenido.

Así que llegó la verdadera confrontación final. Era la hora de mostrar las cartas.

Los nervios y las ansias casi se palpaban. Quien tuviera la mejor mano, ganaba todo lo que había en la mesa, y si no era yo, tendría que ingeniármelas. Quién sabía qué pretendía pedirme que hiciera.

Primero fue el chico. Dejó la mano al descubierto. Tenía un trío. Tres cartas del mismo valor. Con eso habría ganado si hubiera estado jugando contra estúpidos novatos.

Después fue Adrik. Tenía un *full*. Tres cartas del mismo valor y otro par de cartas de otro mismo valor. Eran buenas cartas, superaban al trío del muchacho, pero ¿superaban a Aegan?

Rasqué la tela de mi pantalón por debajo de la mesa, inquieta.

Le tocó a él. Durante un momento no dejó de mirarme con esa sonrisa de suficiencia. Hasta me imaginé lo que intentaba decirme: «Lo siento, muñeca, hoy te vas a tener que quitar hasta la piel». Y me preocupaba y enfadaba de solo pensarlo; en serio.

Lentamente, Aegan dejó las cartas sobre la mesa y anunció lo que tenía en la mano:

—Póquer.

Cuatro cartas del mismo valor. Cuanto más alto era el valor de esas cuatro

cartas, más alto era el ranking de la mano. Aegan tenía números grandes. Números intimidantes. Sin duda alguna era una mano ganadora, así que los que debían de ser sus amigos empezaron a pitar por su victoria, mientras que el resto comenzó a celebrarla como si ellos también hubieran ganado buenas apuestas.

Y entonces yo mostré mis cartas.

Y como por arte de magia se hizo el más pasmoso de los silencios.

Silencio absoluto.

Un silencio que te cagabas.

Mi voz fue lo único que se escuchó:

—Escalera real de color.

Una mano invencible. Un as, un rey, una reina, una jota y un diez. Todos por el culo de Aegan Cash, y sin lubricante.

Fue un momento histórico. Años después, si habías estudiado en Tagus y recordabas el estatus de los Cash, reconocerías que fue algo épico: alguien le había ganado a Aegan, y ese alguien había sido una chica que jamás había estado con él y que no sentía más que desprecio por su persona y ganas de humillarlo.

Los entornados ojos de Aegan se posaron en las cartas y después en mí. Le sostuve la mirada, conteniendo un estallido de emoción, y entonces aquella sonrisa, aquella insoportable sonrisa de triunfo con la que él me había recibido en la mesa, finalmente se esfumó.

Puff.

Nada.

¿Qué había sucedido, Aegan? ¿De repente ya no eras el único ganador?

Todos lo observaron, boquiabiertos, como si hubiese un fallo en el sistema y no supieran qué hacer ahora. El líder había sido vencido, y eso había tenido que afectarle. Me lo imaginé histérico, listo para gritarme, pero su reacción fue la que cabía esperar de su posición y de su personalidad. Su rostro se ensombreció de inmediato y sus ojos chispearon como si estuviera

conteniendo una ira colérica.

—¡Sorpresa, Aegan! —canturreé entonces con una gran sonrisa—. ¿Lo ves? Sí que vale más de siete mil dólares verte la cara de imbécil perdedor.

No dije más y me levanté de la mesa.

Fin del juego.

Atravesé la multitud que me miraba con estupefacción, susurraba o trataba de escanear hasta mis zapatos. Me sentí satisfecha porque ni siquiera había planeado aquello y aun así lo último me había salido espontáneo y natural, como la frase de los héroes cuando dan el golpe de gracia a los monstruos en las películas.

En cuanto estuve más o menos lejos, Artie llegó de repente y se enganchó a mi brazo. Solo ahí sentí una repentina y nerviosa necesidad de aferrarme a ella sin detenerme. Un escalofrío me erizó la piel y me hizo percibir con incomodidad el frío de esa noche.

—Jude, ¿recuerdas que esta mañana me preguntaste qué era lo peor que te podía pasar aquí? —me murmuró. Su voz sonó medio asustada.

—Sí...

—Pues era esto —susurró con gravedad—. Acabas de firmar la sentencia de muerte de tu vida entera en Tagus.

Me reservaré explicaciones.

Solo diré que tenía muy claros mis objetivos.

Pero que yo misma los comencé a complicar.

Porque a partir de ese momento, de ese error, de ese juego, todo el lío comenzó.

Así que te lo advierto: en esta historia la cagaré muchas veces. Ve acostumbrándote.

Todo lo que pisas es territorio enemigo

Mi primer día oficial de clases y:

1. Tenía resaca.
2. Mis ojeras parecían las de la novia cadáver.
3. Cada vez aumentaba más la sensación de que Aegan Cash iba a cobrarse mi burlita.

Artie me había advertido que podía ser un mal comienzo solo por haberlo insultado. En la vida normal, es malo insultar a las personas, sea cual sea su nivel social. En la vida de Tagus, solo es una condena insultar a los elegidos. Y Aegan era el elegido número uno. Existía un gran grupo de gente que lo seguía con fidelidad política, que respetaba la historia del apellido Cash, que admiraba ese linaje, que estaría dispuesta a darme la espalda por creer que podía desafiar el *statu quo*.

Daba miedo si lo pensabas, pero yo decidí que, si el rechazo y la exclusión era lo que venía, lo enfrentaría con mi metro sesenta de estatura y la barbilla en alto, porque sí había sido una tontería insultar a Aegan la noche anterior, pero no lo admitiría.

Por supuesto, no me esperaba lo que en realidad pasó.

Atravesé las puertas del monstruo arquitectónico que era el edificio del

Colegio de Ciencia y Artes Liberales. Por los pasillos, unos cuantos grupos me miraron como si fuera el único ser humano que había evolucionado del *Homo sapiens* a una especie nueva y tóxica. Otros, al pasar a su lado, asintieron como diciendo: «Vas por buen camino, chica». En la primera clase hubo silencios juzgadores e incómodos, pero luego, en la siguiente, un grupo de chicas me sonrió con aprobación.

¿Qué significaba? ¿Había hecho bien o había hecho mal? No estaba segura, pero sentí cierta satisfacción porque, no te voy a mentir, eso de pasar desapercibida por los pasillos con la cabeza baja, mordiéndome el labio y apretando los libros contra el pecho en definitiva no era lo mío. En cambio, ¿ser vista por haber hecho lo que alguien no tuvo el valor de hacer antes? Gracias, gracias, lo aceptaré encantada.

Aunque... tal vez no debí cantar victoria tan rápido.

Sí habría consecuencias por mis actos, y eso lo entendí en la última hora, cuando fui a la clase extra que había podido elegir a mi gusto: literatura. El resto era pintura, audiovisual, música o manualidades, y yo no era nada buena en las artes plásticas si no se trataba de hacer figuras estúpidas u obscenas con plastilina.

El aula era, debo decir, impresionante, como todas las que había visitado ese día. La pizarra era un rectángulo transparente para escribir con marcadores acrílicos. Las mesas eran de un reluciente blanco, cada una con dos asientos. Me senté en la que estaba más cerca del gran ventanal de cristales azulados, desde el que se veían los verdes y extensos jardines de Tagus, y esperé.

La clase se llenó rápidamente con unos veinte estudiantes. Una mujer alta, delgada y con cuello largo que me recordó a un cisne se situó frente a la pizarra. Tenía un aire bohemio e interesante, como el de una escritora sin mucho éxito, pero con mucho talento. Dijo que era la profesora Lauris y nos dio la bienvenida a los alumnos de primer y segundo año a la clase de Literatura.

—Formaremos parejas de lectura —empezó a explicar—. En todo el semestre debatiremos y trataremos de entender nuevas perspectivas. ¿Por qué para algunos las cosas son azules o para otros son amarillas? Intentaremos entender eso, así que escojan a una persona y cambien de mesa si es necesario.

Giré la cabeza para escoger a alguien o para ser escogida, preparada para mi primera interacción social exitosa, pero solo vi el asiento vacío a mi lado porque por distraída y confiada no me había fijado en una cosita: el salón se había llenado, pero nadie se había sentado junto a mí. Mi mesa era la única con un solo integrante.

Alrededor, los estudiantes se movieron de un lugar a otro para ubicarse con su pareja. Esperé a alguien, intenté hablarle a alguien, pero todos me ignoraron y evitaron mi mirada. Hicieron como si en mi silla no hubiera una persona, solo aire.

Dejaron el mensaje muy claro: nadie quiere formar pareja contigo.

Al final me quedé sola. Se hicieron las parejas y a mí no se me paró ni una mosca. ¿Que si eso me impactó? Por supuesto, pero lo disimulé.

—Derry —me dijo la profesora Lauris por encima de las voces de los estudiantes al darse cuenta de la situación—. Compartirá sus opiniones conmigo.

Genial. Y además mi pareja sería la profesora, como si fuera una niña de primaria rechazada, algo que nunca antes me había sucedido.

Alguien se burló por lo bajo, pero no supe quién. Decidí no dejar que eso no me afectara. Éramos adultos, ¿no? Lo tomé como un adulto.

—Bien —continuó la profesora, de nuevo frente a la pizarra, ya con la clase tranquila y en silencio—. Anotaré algunos...

Se interrumpió de repente porque alguien llamó a la puerta del aula.

Todos miramos hacia la entrada. Ya con quince minutos de clase iniciada, Adrik Cash se encontraba de pie bajo el marco de la puerta. Sostenía su mochila con una mano, y lo envolvía un aire somnoliento, con el cabello

demasiado desordenado. No tenía cara de querer estar ahí. De hecho, parecía que acababa de levantarse y que había ido a clase solo para que no le pusieran falta.

En cualquier otro caso, era obvio lo que debía suceder ahora: una reprimenda de la profesora y la prohibición de entrar, pero no era así para los Cash. Nunca era igual para ellos. Yo no lo sabía del todo en ese momento. Lo fui descubriendo poco a poco. Era como si el mundo se obligara a funcionar diferente para adaptarse a lo que fuera mejor para los tres hermanos. Eran impunes a lo que se solía castigar. Tenían puertas abiertas donde solo había muros para otros. Eran superiores solo por su sangre y su historia.

Así que la profesora le dedicó una sonrisa afable, sin reproche. Incluso me dio la impresión de que se alegraba de verlo allí.

—Cash, pase —le dijo, señalando el interior del aula—. Ya se me hacía raro que no estuviera aquí. Me temo que se perdió la elección de parejas; trabajará con Derry, que ha sido la única que se quedó sola.

El silencio fue sepulcral.

—¿Es necesario? —preguntó él tras un momento.

—Sí, esta vez no lo dejaré trabajar solo. —No dio derecho a réplica la profesora—. El trabajo en grupo es importante.

Pensé que diría algo más, pero Adrik avanzó hacia la mesa sin decir palabra, todavía casi arrastrando la mochila. Algunos se susurraron cosas y luego me miraron. Yo me mantuve quieta, sin dejar traslucir nada que pudiera dar de qué hablar.

Llegó hasta el lugar vacío y se sentó a mi lado. Dejó caer la mochila, colocó los antebrazos sobre la mesa y miró al frente. Una suave brisa que olía a loción de afeitar masculina me golpeó la cara y amenazó con causarme alergias. Nota que no necesitas: casi todo me hacía estornudar y terminaba enojada por estornudar tanto.

La clase continuó.

—Anoten los nombres de los autores que estudiaremos este semestre —explicó la profesora, de espaldas a nosotros—. Mientras tanto, tomen una hoja y pregunten a su compañero sus gustos literarios.

Abrí mi libreta y saqué una hoja. Tomé un bolígrafo, hice dos columnas con nuestros nombres y me quedé en silencio por un instante. La verdad era que no quería preguntarle nada a Adrik. Otro de mis grandes defectos: era orgullosa, pero eso seguramente ya lo notaste, jeje.

Igual no fue necesario.

—*El retrato de Dorian Gray* —dijo él de repente, sin mirarme.

Me dejó extrañada. A mí también me gustaba mucho ese libro. No había leído todos los libros del mundo, claro, pero durante un largo tiempo en el que no había tenido ganas de socializar con nadie, leer se convirtió en uno de mis refugios, y ese tipo de historias que reflejaban los errores y la podredumbre humana eran de mis favoritas.

Anoté el título en las dos columnas. Después golpeé la hoja con la punta del bolígrafo, pensativa.

—¿Por qué te gusta? —no pude evitar preguntar.

Adrik se tomó su tiempo. Incluso pensé que iba a ignorarme como el resto de los alumnos, pero un momento después alzó los hombros.

—Te enseña que puedes ser casi perfecto por fuera, y en realidad estar malditamente podrido por dentro —respondió sin más. Me fijé en que tenía una voz suave y taimada. Comparada con la potente y enérgica voz de su odioso hermano, la suya era intrigante y, por desgracia, era placentero escucharla.

En cuanto al libro, otra sorpresa para mí, yo opinaba lo mismo.

Las palabras salieron solas de mi boca:

—Y que el poder corrompe el alma.

—Que el poder, en realidad, es una debilidad —asintió él.

Entonces giró la cabeza y me observó. Tenía los ojos de un gris oscuro, nubloso, plomizo. Unas tenues ojeras le daban aspecto cansado. La

comparación con su hermano fue inevitable: mientras que la mirada de Aegan era desafiante y estaba rebosante de altivez, la de Adrik era penetrante, un tanto misteriosa, difícil de sostener, pero interesante...

Era un Cash.

No debía olvidar que era un Cash. Y con los Cash había que ir con cuidado. Siempre.

—Bien. —Carraspeé y devolví la mirada a la lista—. ¿Otro?

—Estuve leyendo *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*. Es un relato corto, pero sería interesante ver qué opinan.

—¿Lees al Marqués de Sade? —le pregunté, ceñuda.

Él alzó los hombros con indiferencia y se apoyó en el respaldo de la silla, muy relajado. De forma distraída y aburrida, comenzó a rascar la mesa con la uña del dedo índice.

—¿Y qué si lo hago?

—Es repulsivo —opiné.

—Exacto.

—Debí imaginarlo... —murmuré, negando con la cabeza mientras escribía el título.

Adrik soltó una risa apática que pareció más un resoplido. Giré los ojos. Él, su hermano y todo lo que representaban estaban empezando a revolverme el estómago de una forma desagradable, pero debía calmarme. No podía estar a la defensiva con tanta obviedad. Acababa de llegar, se suponía que no tenía ninguna razón para detestarlos tanto, ¿no? Así que debía comportarme.

—Solo dime otro libro —pedí, seca.

—*Expiación* de Ian McEwan.

—Uno que sí hayas leído —me corregí.

—¿Por qué piensas que no he leído ese libro? —inquirió como respuesta.

—Pues porque no —contesté simplemente.

Hubo una leve elevación en su comisura derecha que dio la impresión de

ser una pequeñísima sonrisa, aunque no pude identificar de qué tipo era. ¿Diversión? ¿Burla? ¿Nada?

—No te parece posible que yo pueda leer un libro de ese tipo solo porque he dicho que he leído algo del Marqués de Sade, ¿verdad? —replicó, tranquilo, pero al mismo tiempo algo afilado.

—No, no es... —intenté defenderme, pero Adrik continuó:

—¿O es que ahora crees que siempre leo cosas del estilo del Marqués de Sade?

—Que no, es que...

Adrik se inclinó hacia delante y apoyó el codo en la mesa para hablar conmigo con un aire más confidencial. Fijó sus ojos grises en mí. Fue intimidante, y yo no me intimidaba con facilidad.

—Odio al Marqués de Sade —me susurró, serio—. Es tan repulsivo. Son solo perversiones y fantasías frustradas escritas para aliviarse, pero... al lector real le interesa leer cualquier tipo de libro. No quiere decir que todos vayan a gustarle, quiere decir que es abierto, que es curioso, que da oportunidades, y sobre todo que no pierde el tiempo criticando sin bases o apoyando las absurdas críticas de otros, porque forma su propia opinión y le basta con eso. A mí me basta con eso. —Y concluyó con—: ¿No pudiste imaginar que esas eran mis razones o es que te resulta más fácil juzgar a las personas solo porque les gustan las cosas que a ti no te gustan?

Con eso me dio dos fuertes y triunfantes bofetadas mentales.

Pero me negaba a quedarme callada porque primero muerta y calcinada que derrotada por alguien. Exhalé y sacudí la cabeza, abrumada por la rapidez de sus palabras.

—No, espera —me apresuré a decir, reacomodándome, lista para entrar en debate—. Solo creí que no leerías algo así porque eres...

—¿Un Cash? —completó al instante.

Pestañeeé, incrédula.

—Pues... sí.

—Vaya —se rio con una risa casi imperceptible, pero de sorpresa.

Ni siquiera me dio tiempo de decir algo más. Alzó la mano hacia Lauris y dijo en voz alta:

—Profesora, ¿puedo trabajar solo este semestre? —Toda la atención del aula recayó en él. Lauris dejó de escribir en la pizarra y lo miró con curiosidad—. Es que mi compañera cree que por mi apellido soy un estúpido y que por mis gustos soy un enfermo repulsivo. Y, la verdad, eso me parece muy prejuicioso.

Otra bofetada.

La clase entera me miró. Algunos se taparon las bocas para reprimir las risas, pero aun así se oyeron unas cuantas. Me ardió la cara de indignación y vergüenza, y de nuevo me sentí el centro de un asunto que podía empeorar solo para mí.

Apreté el bolígrafo con fuerza.

—¡No es verdad! —me defendí rápidamente, negándome a parecer una estúpida—. No es cierto. Yo solo dije que... Quise decir que...

Pero sí había quedado como estúpida. No pude salvarme. Me quedé cortada porque en realidad no podía decir mis razones para considerar a Adrik un idiota, no las más lógicas, y todos lo notaron.

Sí, fui un chiste total.

—Me temo, Adrik —dijo la profesora tras callar a los alumnos—, que esta es una mayor razón para que trabajen juntos y debatan sus puntos de vista, lo cual es el objetivo de la clase.

Y no nos separaron, pero durante el resto de la hora no volvimos a cruzar palabra.

Apenas sonó la campana de final de mañana, Adrik no esperó ni dos segundos para coger su mochila y desaparecer. Me alivió no tenerlo cerca, pero en el fondo me quedó una molesta e irritante sensación de haber sido derrotada por él. Normalmente, yo sabía defenderme en cualquier debate, pero tuve que admitir que me había dejado como una estúpida en menos de

cinco minutos de una forma sorprendente, casi... admirable.

No, admirable no.

Debía tener mucho cuidado con él. Podía ser el Cash más peligroso, aunque supuse que era difícil que ganara a Aegan. ¿O la crueldad era menos nociva que la inteligencia?

Fui al comedor para el almuerzo, en donde Artie había prometido que me esperaría. Hasta ese momento había asociado los comedores a sitios ruidosos, abarrotados, con olor a comida y suelos llenos de manchas. En Tagus, por supuesto, no era así. El comedor era sofisticado y limpio, y la gente —que no era mucha— hablaba con un tono moderado. La comida no era la preferida de todos los paladares exigentes de los estudiantes acostumbrados a los restaurantes del campus, pero había quien solo tenía tiempo de ir allí.

Dejé mi bandeja con pollo y puré de patata de mala gana sobre la mesa. Artie alzó la vista desde su cuaderno. Comía y estudiaba al mismo tiempo con su portátil delante. Llevaba unas grandes gafas de pasta que no sabía que usaba y un cintillo delgado en el cabello corto. Otra vez detecté en ella ese gesto de morderse el labio inferior como si fuera una chica de *Crepúsculo*.

Analizándola, lo asocié a inseguridad. Inquietud. Artie era inquieta, pero no del tipo hiperactivo, sino del tipo nervioso. La pregunta era: ¿por qué?

—¿Qué pasa? —me preguntó al notar que yo no estaba muy contenta.

Suspiré.

—Pensé que Literatura sería...

—¿Qué? —me interrumpió de golpe, repentinamente atónita—. ¿Estás en Literatura?

—Sí —asentí, extrañada por su reacción—. ¿Por qué lo dices así?

—Es la clase de Adrik —contestó al instante—. Su terreno. Su dominio.

La nota de pánico que detecté en su voz me dejó más extrañada, pero eso tenía sentido. Hasta la profesora dio la impresión de adorarlo.

Necesité información.

—Dime cuáles son las clases que los Cash dominan, por favor —le pedí, y para explicar mi petición añadí—: Así tendré cuidado de no elegirlas.

Artie no me oyó. De hecho, entró en una especie de momento de emergencia que me sorprendió.

—Antes que nada, tienes que dejar ya mismo Literatura —dictaminó, y soltó su tenedor para buscar algo en el portátil con rapidez—. Sé que hay un formulario para hacer cambios de asignatura por aquí...

—No —intenté detenerla—. No voy a cambiarme. Puedo evitar las demás asignaturas, pero ya estoy en esta, e irme sería como gritar: ¡soy cobarde!

Ella me miró como si no me comprendiera.

—En el punto en que estás, ¿te importa lo que puedan pensar los demás si dejas la clase? —replicó con desconcierto—. Ya te buscaste problemas con Aegan. ¿Ahora vas a buscártelos con Adrik? Lo mejor es que te alejes de él antes de que las cosas empeoren.

Fruncí las cejas, repentinamente enojada.

—¿Solo por estar en una clase con él estoy buscándome problemas?

—Me refiero a que es obvio que hay un choque entre tú y ellos, y te lo digo solo porque...

—Les tienes miedo —completé por ella con obviedad—. ¿O creíste que no me había dado cuenta?

Artie suspiró, miró hacia los lados para comprobar que nadie estuviera oyéndonos y luego se inclinó hacia delante para reducir el rango de alcance de su voz. El pánico pasó a su mirada.

—Jude, sé que te hizo sentir bien retar a Aegan —me susurró con un tono de que hablaba muy en serio—. Te confieso que hasta yo disfruté al ver su cara de sorpresa cuando ganaste, pero para mantener rivalidad con alguien como él, como mínimo debes tener su mismo nivel social, porque, si no, te destruirá en un segundo.

Estaba segura de que era una advertencia muy importante, pero no me

asustó.

—Temerle a una persona con poder solo la hace más poderosa —fue lo que le dije.

Ella apretó los labios y se reacomodó en la silla. Miró de nuevo la pantalla del portátil. Hubo algo misterioso en su silencio hasta que por fin murmuró:

—Tú no sabes de lo que son capaces de hacer aquí. De lo que Aegan es capaz.

—¿Y tú sí lo sabes? —pregunté de vuelta al instante—. Si es así, dímelo.

No dijo nada, y su silencio fue una respuesta que me dejó mirándola con extrañeza. Quizá ella también veía a los Cash como figuras a las que había que evitar molestar porque tenía muy arraigado el estilo de vida de la élite de Tagus, donde solo por tener un apellido famoso la gente se ganaba el respeto de todos, pero no el mío. Yo sabía que los tipos como Aegan estaban llenos de una sola cosa: defectos que se esmeraban en ocultar.

Aunque no por eso debía discutir con Artie. O sea, tenía un carácter tipo Shrek, y si me buscaban, la discusión la seguía hasta el final, pero ¿discutir por esos tontos? No. No era así como quería llevar las cosas.

Antes de poder decirle algo para reparar la pequeña discusión, nuestra mesa fue asaltada por Dash y Kiana. Ella se deslizó en el asiento de enfrente, junto a Artie, con el rostro ardiendo por la emoción de un buen chisme. Dash se deslizó a mi lado, con una sonrisa amplia y fascinada. Se descolgó la mochila de una marca cara y comenzó a sacar un montón de billetes para dejarlos frente a mí.

—No tiene ciencia que juegues si dejas el premio —me dijo, y por último depositó un reloj sobre el puñado de dinero—. Lo salvé todo anoche antes de que le cayeran encima.

Alterné la mirada entre él y los billetes.

—¿Qué es esto?

—Lo que ganaste en el póquer —respondió Kiana con mucha obviedad—. ¿O solo te acuerdas de que le metiste un pepino por el culo a Aegan?

La verdad era que había olvidado por completo esa parte del dinero de la apuesta.

—Pues eso me pareció más que suficiente recompensa —admití.

—Bueno, pero ganaste la satisfacción y además dos mil dólares —señaló Dash, acercándome más los billetes.

El agua que estaba tomando en ese momento se me salió por la nariz. Tuve que cubrirme la boca para no hacer un desastre. Sí, también había olvidado la cantidad de la apuesta.

—¿Dos mil? —solté, estupefacta.

—Ni que fuera tanto —resopló Dash con un ademán de indiferencia.

¿Le parecía poco? No salía de mi asombro.

—Dios, Jude, dejaste a Aegan con cara de imbécil derrotado —dijo Kiana con una enorme sonrisa de alegría—. ¡Fue icónico! ¡Épico! ¡Inesperado!

—Ahora nadie para de hablar de eso —asintió Dash en un tono más bajo.

—Pero no es todo —continuó Kiana—. Nadie ha visto a Aegan desde anoche.

—Creo que lo avergonzaste tanto que no quiere dar la cara o no sabe qué cara dar —agregó Dash entre risitas.

—O puede estar muy ocupado planeando cómo aplastarla —intervino Artie, concentrada en su portátil, pero con la oreja atenta.

De nuevo habló con demasiada seguridad sobre la crueldad de Aegan. No dudaba de que fuera cierto lo que decía, y ahora no dudaba de otra cosa: ella sabía algo. Artie sabía más de lo que demostraba. Bueno, eso era obvio, pero sabía algo que tal vez Kiana y Dash no.

—Como sea, acabas de cambiar las reglas del juego en todos los niveles —suspiró Kiana, sin caber en su felicidad.

Resoplé y miré mi puré mientras lo picaba con la punta del tenedor. Ya había perdido el apetito.

—No hay juego. —Negué con la cabeza.

—Todo con los Cash es un juego —me advirtió esa vez Dash, muy seguro

—. Y al final solo hay un ganador.

—Ellos —afirmó Artie.

De acuerdo, era un poco irritante que creyeran que ganarían siempre. Sí, sí, era territorio de los Cash. Cualquiera los preferiría a ellos antes que a una desconocida con la valentía por las nubes, pero yo no era asustadiza ni cobarde. Podía enfrentar lo que viniera. Debía enfrentarlo. Había llegado a Tagus dispuesta a lograr todo lo que me había propuesto. Sobrevivir a Aegan Cash solo era el nuevo reto.

—¿Qué puede hacer? —refuté, entornando los ojos—. Es adulto, y es un chico. Los chicos no andan con venganzas estúpidas.

Dije eso solo para parecer indiferente.

—Podría dejarlo pasar —asintió Artie, gracias a Dios, considerando otras posibilidades—. Es bastante maduro para muchas cosas y no le gusta perder tiempo con tontadas.

Me pregunté cómo estaba tan segura de eso. Luego recordé que ahí todos sabían hasta a qué horas orinaban los Cash. Que conocieran bien la personalidad de Aegan no era raro.

—Pero hay veces que es muy cruel —dijo Kiana—. De una forma condenadamente inteligente y cuidadosa. ¿Recuerdan lo que pasó con Pierre?

Dash apoyó la barbilla en la mano e hizo pestañeos nostálgicos. Solo en ese momento me fijé en que tenía los ojos delineados de azul, y que se le veía fabuloso.

—Ay, Pierre —suspiró con ensueño y tristeza—. Todavía recuerdo cuando en esa fiesta lo encontré fumando en el baño y me hizo cosas con la lengua que no sabía que podían hacerse y...

Kiana le puso una mano frente a la cara para interrumpirlo.

—¡Asco! —gritó—. No me refería a que recordaras todas las cosas que pasaron. Lo que quiero saber es qué pasó entre él y Aegan.

Dash asintió y guardó silencio.

—Bien, ¿qué le pasó a Pierre? —pregunté yo, Doña Impaciencia.

—En la clase de Debate internacional corrigió a Aegan en su argumento —reveló Kiana—. Bueno, dijo que estaba equivocado, y sí lo estaba, pero nadie debía decirlo. El caso fue que Aegan perdió puntuación por eso.

—Aegan lo aceptó, pero luego... —Dash se interrumpió, manteniendo el suspense.

Y Kiana complementó el relato:

—Tres clases después, al finalizar su argumento, cada persona del aula acribilló a Pierre a preguntas. Preguntas muy difíciles que hicieron que el pobre entrara en pánico y que, debido a la presión, no pudiera defenderse. Salió hiperventilando y corriendo de la clase.

Me imaginé la escena y la ancha sonrisa de suficiencia de Aegan con claridad, triunfante al fondo de la clase.

—Y eso no fue todo, claro —agregó Dash, de nuevo con tristeza—. Días después, unos estudiantes hicieron hackearon el sistema de Tagus y hubo problemas con las calificaciones de la clase. Al final, lograron recuperarlas todas, excepto la de Pierre. Tuvo que hacer todos los exámenes de nuevo en una sola semana.

—Y suspendió... —quise adivinar.

—No, aprobó —negó Kiana como si fuese peor aún—, pero lo logró a base de metanfetaminas. Esa semana lo vieron comprando. Después no asistió más a Tagus. Los que eran sus amigos dicen que sus padres se lo llevaron porque empezó a hacerse adicto. Tal vez sigue en rehabilitación.

Dash puso cara de tragedia de novela.

—No he vuelto a encontrar otra lengua igual —fingió sollozar.

Kiana entornó los ojos ante su melodrama.

—La cuestión es que Aegan actúa estratégicamente —sostuvo—. Los que atacaron el sistema fueron expulsados y considerados unos vándalos, pero sabemos que el hackeo fue planeado por Aegan.

Más que inteligente: hacía que otros realizaran el trabajo sucio para

mantener sus manos limpias. Las jugadas más sucias y efectivas eran ejecutadas por personas así. Quizá sí había que tenerle un poco de miedo a ese Cash.

—Pues habrá que esperar para ver qué sucederá... —fue lo que dije con un encogimiento de hombros.

Y sí, pasarían muchas cosas.

Solo que no como todos esperábamos.

Ni como planeamos.

Retando y retando al demonio vas enojando

Pasó una semana.

Y no sé cómo no me esperé lo que sucedería ese día.

En realidad, empecé la mañana muy bien. Incluso me atreví a alisarme mi cabello teñido de negro, muy optimista, y usé mi camisa de o te controlas o te controlo. Frente al espejo me dije a mí misma que por un minuto el mundo debía dejar de girar alrededor de los Cash y..., bueno sí, sí, en esta historia casi todo gira en torno a ellos, y sé que eso es lo que más quieres saber, pero debo contarte estas cosas.

Entonces me dije que ya debía intentar cumplir uno de mis primeros objetivos: entrar en el equipo del periódico de Tagus.

En el perfil de Instagram del periódico habían informado de que esa tarde a la una en punto estarían haciendo las pruebas para nuevos postulantes. Como parecía que desde mi nacimiento tenía una maldición que me ponía obstáculos para cualquier cosa, el profesor de mi última clase se había extendido y a la una y diez tuve que salir corriendo hacia el edificio de Audiovisual. Llegué nerviosa pero positiva y atravesé la puerta doble del salón de imprenta, segura de que no habría ninguna razón para tener problemas en esas pruebas.

Pero esa seguridad murió en cuanto la puerta se cerró detrás de mí con un sonido traicionero, como si con toda intención hubiese querido decir: «¡Miren quién acaba de llegar!», y las veinte personas que estaban sentadas frente a una pizarra en la que se proyectaba una imagen digital de la maqueta de una hoja de artículos pasaron a centrar su atención en mí.

De todos los rostros, me fijé solo en los dos que estaban sentados a la cabeza de los estudiantes:

Aleixandre.

«Y... ¿no te lo esperabas?»

Aegan.

«Vaya, parece que te gustó eso de ser el centro de atención, ¿eh?», se burló mi fastidiosa mente.

Me quedé paralizada por un segundo. Aegan no había alzado la cara por el sonido de la puerta, sino que, de hecho, estaba muy concentrado escribiendo algo con un lápiz electrónico en un iPad, pero el momento fue absurdamente incómodo porque Aleixandre, por el contrario, sí clavó los ojos en mí con una ligera expresión de confusión en su rostro. Una confusión rara, como si no entendiera algo en mí o por qué estaba allí.

Pensé que tal vez me había equivocado o que había llegado demasiado tarde. Mi alarma me indicó que me fuera de ahí porque, si había dos Cash en ese sitio, ¡el peligro era evidente!, así que me di la vuelta, pero...

—¿Venías a las pruebas para el periódico o...? —me preguntó Aleixandre antes de que yo abriera la puerta.

Sorprendentemente, su voz sonó amigable, como la de alguien que podía ayudarte en cualquier cosa. Al mirarlo de nuevo ya no vi confusión en su rostro, que era una mezcla más joven, relajada y vivaracha de los rasgos de Adrik y los de Aegan. Me mostraba una sonrisa muy parecida a la de un niño travieso cuando cree que las cosas se están poniendo interesantes.

Traté de sonar relajada:

—Sí, quería hablar con el presidente del club para...

—Pues yo soy el presidente del club —soltó con un gesto de «¡mira qué casualidad!».

Oh, por Loki, ¿era en serio?

—Genial —fingí sorpresa.

Él asintió con entusiasmo, me señaló una de las sillas que no estaban ocupadas y me invitó a pasar:

—Vamos, puedes sentarte, no tienes que irte.

Maldije internamente porque salir corriendo ya no era una opción si no quería parecer una loca, por lo que me dirigí a una de las sillas con el peso de todas las miradas, excepto la de Aegan, sobre mí. En cuanto puse mi trasero en el asiento, justo cuando Aleixandre iba a seguir hablando como antes de que lo interrumpiera, una chica alzó la mano.

—¿Sí? —Aleixandre le concedió la palabra.

—Esta chica asistirá como oyente, ¿no? —preguntó, y su tono de voz era ese que sale cuando uno intenta disimular el odio que en realidad siente—. Porque las pruebas ya las hicimos.

No me detuve a fijarme demasiado en la persona que había dicho eso. Se me encendió la bombilla y me apresuré a sacar el teléfono del bolsillo. Luego mostré la pantalla con la hora exacta a todos.

—Técnicamente la hora no ha terminado —defendí con tranquilidad, sin ganas de crear conflicto—. El anuncio decía que las pruebas serían desde las doce y media hasta la una y media. Es la una y cuarto.

Aleixandre asintió como diciendo: tiene sentido.

Pero eso no terminaría ahí.

—Creo que permitirle hacer la prueba no sería justo —replicó de nuevo la chica, haciendo énfasis en su oposición y, para molestarme, hablando sin dirigirse directamente a mí, sino mirando a Aleixandre—. Todos llegamos a las doce y media. Nadie llegó tarde.

En realidad, su argumento era lógico. Llegar tarde cuando los demás habían sido puntuales era una falta de respeto, pero yo tenía una

explicación.

—No he llegado a la hora porque el profesor de mi última clase acabó diez minutos más tarde —aclaré para que no pensaran que me había retrasado a propósito.

Pero eso no convenció a nadie. Los demás en la sala apoyaron la opinión de la chica: «Es verdad», «Llegamos a la hora exacta», «No puede hacer la prueba cuando se le antoje»... A pesar de ese pequeño alboroto, Aegan continuó concentrado en la tableta, ignorando lo que pasaba, pero quizá escuchando con atención. Aleixandre fue el que paseó la mirada medio entornada y muy divertida sobre cada persona que hablaba hasta que todos se callaron. Después se quedó en silencio, como sopesando la decisión al estilo del presentador de televisión en un momento decisivo.

Noté que tenía la mirada chispeante de alguien para quien todo era un juego.

Demonios, ¿mi oportunidad de entrar en el periódico dependía del que podía ser el inmaduro de los Cash? ¡¿Por qué me perseguían esas desgracias?!

—Propongo que lo sometamos a votación —soltó con un lento dramatismo.

Listo, perdería. Era obvio que todos votarían en mi contra. Él lo sabía. La chica también, porque giró la cara y me dedicó una pequeña y disimulada sonrisa de satisfacción. ¿Has visto la película *Legalmente rubia*? Pues me miró de la misma forma que Vivian Kensington miró a Elle Woods cuando mostró su anillo de compromiso.

De acuerdo, sería un día pésimo. Pensé en darme la vuelta e irme y no jugar a ser Elle, pero habría sido de cobardes. Así que al final decidí enfrentar el momento con la misma cara seria y firme con la que Elle había afrontado a la gente de la fiesta a la que llegó vestida de conejita.

Las cabezas asintieron con cierta duda. La mayoría aceptaron la idea.

No, no lo estaba, pero discutir por ello me habría hecho quedar peor.

—Supongo —fue lo que dije.

—Lo haremos así —asintió él. Hizo una pequeña pausa y luego lanzó algo que nadie se esperaba—: Pero pondré algunas condiciones.

La chica hundió las cejas, entre confundida y contrariada. Incluso a mí me tomó desprevenida eso. Qué tipo de condiciones, ¿eh?

Aleixandre lo explicó con una voz de «esto será interesante»:

—Si dejamos que ella haga la prueba, cualquiera que llegue tarde en lo que resta del semestre, por cualquier razón, no tendrá ningún tipo de problemas. Si no dejamos que haga la prueba, será lo contrario: nadie podrá llegar tarde, ni un minuto más de la hora acordada o será expulsado del periódico. Así que ¿quiénes están en contra de que la chica tenga una oportunidad?

Quedé tan atónita como la imitación de Vivian. Algunos se miraron las caras mientras que otros solo se encogieron de hombros. El silencio fue espeso mientras Aleixandre esperaba que alguien votara para que yo no hiciera la prueba.

Sorprendentemente, nadie alzó la mano.

—¿Está decidido entonces? —preguntó él.

Esperó unos segundos más por si alguien soltaba alguna objeción, pero todos se quedaron callados. Luego me miró con una sonrisa triunfal. Por alguna razón, también quise sonreírle, pero no abusé de mi suerte. Ni quise confiar mucho tampoco, a pesar de que esa condición se inclinaba más hacia mi lado. ¿Es que le caía bien? No podía ser posible.

Pero decidido. Tendría mi oportunidad.

—¿De qué va la prueba? —pregunté, encendiendo motores en mi cerebro para hacerlo bien.

—Será la misma que hicieron los demás —me contestó Aleixandre—. Tendrás que escribir un artículo...

—Sobre mí —lo interrumpió Aegan de pronto.

En la sala flotó un silencio de asombro. Yo me quedé congelada, y estuve

segura de que los demás también. Incluso el tonto reloj de gato de una de las paredes también tuvo que haberse paralizado.

¿En serio? Aegan acababa de alzar la mirada del iPad para decir eso. Ahora sus ojos grises y felinos estaban fijos en mí. Sin sonrisa, pero con un natural aire de burla y de superioridad.

Aleixandre lo observó, desconcertado.

—Pero esa no es la...

—Escribiré un pequeño artículo acerca del presidente del consejo estudiantil —especificó Aegan, mirando a su hermano con autoridad, en un claro: «Ni intentes contradecirme»—. Les diré a los alumnos nuevos lo que necesitan saber sobre mí. Y lo vamos a publicar.

Eso calló a Aleixandre de una forma interesante. Le vi la intención de refutar a Aegan, pero el chico solo cerró la boca y asintió. Su sonrisa de entusiasmo flaqueó un segundo antes de volver a mirarme y a dibujar de nuevo una expresión divertida y segura.

Vaya, así que un hermano mandaba más allá.

Pero lo que no pudo fue callar la sorpresa de alguien más:

—¿A publicar?! —intervino de nuevo la misma chica de antes—. Pero eso es demasiado, los aspirantes no pueden...

—No hemos hecho ninguna nueva publicación en el perfil de Instagram del periódico desde ayer —la interrumpió Aegan, aunque en un tono menos duro; sabía que debía cuidar cómo hablaba a las personas que lo seguían—. Nos servirá para hoy. Y será bueno, ¿verdad, Jude?

Enarqué una ceja.

—Pero al parecer esa no es la prueba que los demás hicieron —dije, señalando su injusticia.

—Es la que tienes la oportunidad de hacer tú —contestó Aegan, y su tono dejó claro que no pensaba cambiar de opinión—. Si no estás de acuerdo, puedes irte. Aunque, si eres inteligente, sabrás qué debes hacer.

«Sabrás qué debes hacer...»

Por un instante no había entendido el objetivo de todo eso, pero esa frase cambió toda mi perspectiva. Aquello era personal. No me gustaba lo que estaba ordenando, pero ya no podía retractarme de nada. Si me levantaba de la silla, sería como perder en un ring de boxeo, porque Aegan acababa de iniciar pelea.

Me descolgué la mochila para sacar mi bolígrafo y una hoja en la que pudiera escribir, pero....

—No, lo escribirás ahí para que todos podamos verlo. —Aegan señaló la pizarra digital en la que la imagen había cambiado y se mostraba un cuadro blanco para escribir texto—. Y cuando acabes, puedes presionar en publicar.

Me bastó ver su disimulada sonrisa de altivez para captar el resto de sus objetivos.

Escribir un artículo sobre él. Delante de todos. Más allá de darme la oportunidad de presentar la prueba, lo que Aegan estaba haciendo era darme la oportunidad de enmendar mi error durante la partida de póquer. Y era, de hecho, una idea cruelmente ingeniosa, porque, sabiendo que mi imagen ante la mayoría de los estudiantes era la de «la chica que había salido de la nada a desafiarlo creyéndose superior», mi única opción en ese momento era escribir algo bueno sobre él, lo cual pisotearía el haberlo llamado imbécil y sería tomado como un: «Estoy arrepentida de haberlo insultado».

Lo peor era que él creía que yo iba a hacer eso. Su carota de idiota transmitía un: «Anda, te estoy permitiendo redimirte».

En serio, Aegan, subestimarme siempre fue tu peor error.

Acepté el desafío.

Dejé mi mochila sobre el asiento, fui a la pizarra y tomé el lápiz digital. Como la pizarra era giratoria, la volteeé, de modo que nadie pudo ver nada mientras me dediqué a escribir. Ni tampoco pudieron detenerme.

Durante todo el rato sentí las miradas pesadas y juzgadoras sobre mí,

esperando. Hubo algunos cuchicheos. Mi mano no paró de moverse, inspirada. En cuanto terminé de escribir, le di a publicar, luego le di la vuelta a la pizarra, me dirigí a mi silla, tomé mi mochila y, como acto final, me fui del aula sin decir nada y sin permitir que me dijeran nada, porque algo así se terminaba con una salida épica.

Lo que todos debieron ver decía:

El consejo estudiantil de Tagus puede ser difícil de entender en un principio, pero no es más que un grupo dedicado a defender los derechos de los alumnos. Su presidente, Aegan Cash, lo asegura. Confiable y multifacético, su apellido le precede. Es posible que su actitud intimide, pero esto le sirve para liderar con responsabilidad y firmeza, y para esconder muy bien su defecto principal: que es un auténtico idiota que cree en costumbres prehistóricas y al que, dicen por ahí, no deberías atreverte a desafiar. En tu primer año tienes dos opciones entonces: amarlo o meterte bajo una piedra para que no te pise con su bota machista.

Tal vez pude haberlo redactado mejor, pero me sentí muy satisfecha.

Por supuesto, eso no era lo peor que iba a pasarme ese día. No era de lo que hablé al principio del capítulo, porque esto solo fue el desencadenante.

Si con ese artículo yo le había enviado a Aegan un mensaje de: «No me provoques porque te puedes llevar una sorpresa».

Él me enviaría uno peor: «Yo siempre responderé a tus ataques».

Empecé a notar que algo sucedía mientras caminaba por el pasillo del segundo piso. Algunas chicas no me prestaban la más mínima atención, lo cual era normal, pero hubo otras que me echaron miradas chismosas. Otras pasaron junto a mí, miraron su móvil, me miraron a mí de forma despectiva y se susurraron cosas. ¿Y sus modales? Seguramente los reservaban para las comidas importantes.

Supuse que les habrían enviado el artículo, así que las ignoré y bajé las escaleras al piso principal. Ahí, otro grupo de chicas hizo lo mismo. Esa vez no susurraron, sino que soltaron risas burlonas. Un par de chicos incluso me miraron dándome un repaso descarado, curioso, como si necesitaran ver qué tenía para ofrecer. Todo eso me pareció muy raro, muy sospechoso. Había algo más, aparte de mi artículo, pero continué con la cabeza alta y mi mejor

cara de «no me importa lo que están pensando».

Ya cuando atravesé la puerta y salí del edificio, unas chicas cerca del barandal de la entrada me vieron y pusieron mala cara. Me acerqué de forma intencional al gran tablón que estaba junto a ellas en el que solían poner anuncios de futuros eventos y fingí leer las fechas de las actividades de la facultad de Arte. Pude escuchar que una de ellas decía: «No lo hizo en serio; es obvio que ella babea por él».

De acuerdo, algo pasaba. Algo que tuve la repentina y amarga sensación de que no me iba a gustar. Algo que, por desgracia, debía provenir o tener que ver con Aegan, y que no estaba relacionado precisamente con mi artículo.

Fui directa hacia mi edificio. Para llegar rápido tomé una bicicleta de las estaciones disponibles para estudiantes. Durante todo el trayecto traté de darle una explicación a las miradas y susurros, pero todo me hizo sospechar que se trataba de algo nuevo.

Y lo era.

Apenas crucé la puerta de entrada al apartamento, me sentí un poquito aliviada. Ahí no había miradas ni comentarios ni rechazo. Era un lugar pequeño, pero seguro. Paredes blancas, una salita y, en el fondo, tres puertas, una de ellas la del baño. Además, un ventanal nos ofrecía la vista de la calle. Artie había puesto una maceta sobre la mesa central porque decía que las plantas daban buena energía al ambiente. Yo no había puesto nada porque ni siquiera creía en mí misma.

Bueno, Artie salió de su habitación apenas oyó que cerré la puerta. Vestía shorts de pijama, tenía la cara cubierta con una mascarilla facial de color verde, el cabello oscuro recogido en dos moños a los lados y unas pantuflas de motitas. Sus ojos verdes se veían preocupados. En sus manos, contra su pecho, sostenía su móvil.

—¿Qué está pasando? —pregunté finalmente yendo directa al grano.

—¿No lo sabes? —respondió ella al instante, un tanto sorprendida—. ¿No

lo has visto?

Ay, Zeus. Había algo que ver.

—No, ¿qué es? —quise saber tras tomar aire.

—Pues resulta que alguien le ha hecho una entrevista a Aegan para la sección de entretenimiento de la revista de Tagus y una de las cosas que le ha preguntado es si podía nombrar a diez chicas con las que querría salir...

Me pasó su móvil. Callada y con el corazón acelerado por un pequeño temor a no sabía qué, vi el trozo de artículo digital de la entrevista, muy al estilo de esa revista juvenil *Tú*. Primero decía lo mismo que me había dicho Artie, y luego agregaba que: desde su perspectiva esas eran las chicas que Aegan elegiría para salir.

Diez números.

Diez nombres.

Diez opciones a escoger.

Y allí estaba yo:

Jude Derry.

Candidata para salir con un Cash.

No pude creerlo.

Bueno, sí podía creer que Aegan hiciera algo así, pero me quedé muy impactada de todos modos. Lo lógico habría sido que, tras mostrarle mi artículo despectivo, él me ignorara para siempre, pero no. Eso solo había sido un error más que añadir a la lista de errores cometidos por Jude con los Cash, y también un mensaje de su parte: «No se me ha olvidado ni se me olvidará lo que hiciste».

Sabía lo que significaba esa lista. Sabía lo que significaba todo. Era un inteligente contragolpe, porque así le demostraba a la gente que mi insulto no lo había intimidado y, al mismo tiempo, incluso podía hacerles creer que en privado yo me había retractado o que estaba bien con él. Ese había sido su objetivo: dejar claro que «esa chica nueva, Jude», que se había atrevido a insultarlo, no era una amenaza para él y que su reputación de chico deseable

seguía intacta.

Así eran las ridículas guerras de los chicos de la élite, y yo ya estaba metida en una.

—Jude... —me dijo Artie ante mi silencio.

—¿Qué? —respondí de forma automática.

—Di algo —me pidió con inquietud—. Si te quedas callada y seria, me asustas.

Cuando la miré, me di cuenta de que me observaba con mucha preocupación.

¿Qué podía decirle? Esos días compartiendo apartamento con ella me habían permitido darme cuenta de que no era como las otras chicas, aunque se esmeraba muchísimo en serlo. En realidad, era muy buena estudiante, tenía una exagerada preferencia por los chalecos y no juzgaba a la gente al primer vistazo. Tal vez lo malo era que temía demasiado el poder de los demás, sobre todo el de los Cash, y que eso hacía que evitara ser perjudicada por ellos, pero como compañera era mejor de lo que había esperado.

El problema era que la Jude de ese momento no sabía cómo confiar en las personas. No era de las que contaban sus más pequeños secretos solo para confraternizar. Iba por la vida desconfiando mucho de todos, incluso de los que se veían confiables, así que hubo cosas sobre mí que en ese momento preferí guardarme, como por ejemplo lo que en realidad estaba sintiendo por el hecho de que Aegan estaba centrando su atención en mí. Era algo parecido al asombro, pero también al miedo.

Por supuesto, nadie debía ver ese miedo.

Recordé mi artículo y supuse que por esa razón Aegan había publicado las respuestas a la entrevista. Busqué en mi móvil el perfil de Instagram del periódico para curiosear qué había comentado la gente a lo que yo había escrito. En cuanto entré, no había tal publicación.

¡El imbécil había borrado mi artículo!

—Jude, a esto me refería cuando te dije que las cosas podían ponerse peor —dijo Artie al entender que yo no pronunciaría palabra—. ¿Por qué no me haces caso y te alejas de ellos?

De nuevo con el «aléjate», que para mí significaba «huir» y para Aegan significaba «derrotar». Era sensato, sí, pero ¡yo no quería que los Cash creyeran que me intimidaban! Solo serviría para aumentar el ridículo poder de Aegan sobre Tagus.

—¿Crees que esto me asusta, Artie? —le solté absurdamente sin poder evitarlo.

—Debería al menos preocuparte —argumentó ella.

—Los niños con hambre son un tema preocupante —dije—, no que Aegan Cash ande pensando que yo intento dañar su imagen. Eso es una tontería de niño malcriado con demasiado tiempo libre.

Artie pestañeó.

—¿Y entonces qué? —Alzó las cejas al caer en la cuenta de que yo podía hacer otra temeridad—: ¿No me digas que vas a responderle? Jude...

Le dediqué una sonrisa pequeña, de esas que no revelaban nada. Artie sabía algo. No lo olvidaba. Quizá podría llegar a averiguarlo.

—No, no lo haré —le contesté.

Una expresión de alivio se dibujó en su cara.

—Es lo más sensato —aseguró ella, un poco optimista.

Hice como que me acordaba de algo.

—Pero el dicho dice: el que busca encuentra —añadí—. Si se mete conmigo, no me quedará callada.

La expresión de alivio de Artie se esfumó y fue remplazada por una de preocupación. Iba a decir algo, tal vez a tratar de que yo cambiara de idea, pero, en un intento de hacerla hablar, me apresuré a agregar:

—Porque, en definitiva, él tampoco puede hacerme algo realmente... grave, ¿no? —Alcé los hombros con indiferencia—. Puede destruir mi vida social, pero a mí me basta con que tú, Dash y Kiana me hablen. No tengo

pensado ser la presidenta estudiantil o algo así. Así que eso no me afecta.

Detecté de nuevo esa rara inquietud en Artie, que volvía a morderse el labio inferior.

—Supongo —murmuró al desviar la mirada.

Sonreí amplio.

—Pues entonces estoy a salvo —aseguré.

Ella también se forzó a sonreírme y caminó hacia su habitación, para seguir ocupándose de sus cosas. Pero por un momento se detuvo bajo el marco de la puerta y se volvió para mirarme con lo que me pareció algo de preocupación.

—Solo intenta alejarte, y verás que se olvidará de ti y podrás tener una vida normal —me aconsejó—. Lo intentarás, ¿no?

¿Qué otra cosa le podía responder a algo tan incierto?

—Claro.

5

El catastrófico «no»

Que conste que intenté alejarme.

El problema era que el hilo negro del destino (no rojo, porque ese es el del amor) nos tenía atados a mí y a los Cash, y mientras más intentaba alejarme de ellos más alargaba algo que pronto sucedería: un choque catastrófico.

Pero me esforcé, gente, me esforcé. Hablé de ellos y evité sitios en donde sabía que estarían. A eso se había referido Artie, ¿no? De igual forma, los días siguientes transcurrieron sospechosamente tranquilos. Así descubrí que Tagus no estaba nada mal. Artie, Kiana y Dash me llevaron a algunos lugares del campus que no conocía y no le prestamos atención a los susurros o a las miradas curiosas. En ciertos momentos, ellos trataron de preguntarme sobre mi familia o de dónde venía, pero les dejé claro que prefería no hablar de eso. A ti te hablaré de eso después, cuando llegue El Momento.

En cambio, yo sí recabé información útil, porque para eso era buena.

Te lo contaré al estilo *¿sabías qué?*

¿Sabías que el padre de los Cash, Adrien, donaba mucho dinero a Tagus, al igual que otras tres familias importantes del estado: los Denver, los Watson y los Santors?

¿Sabías que había todo un pasillo de trofeos en uno de los edificios y que, en su mayoría, pertenecían a algún Cash vivo o muerto?

Así que todo fue bien para mí.

Hasta que llegó el viernes.

Era el tiempo libre antes de mi última clase y estaba sentada en una de las mesas del comedor frente a Artie. Ella hablaba sobre que quería formar parte del equipo de planificación de la feria por el aniversario de los fundadores, que sería en unos meses, y yo solo escuchaba «Bla, bla, bla discurso bla, bla, bla noria bla, bla, bla puntos extras...» mientras comía mis patatas fritas. En cuanto vi por encima de su hombro lo que se avecinaba, me quedé con una patata a medio camino de la boca.

Aegan.

Avanzaba por el comedor en donde Artie me había dejado claro que él nunca ponía un pie, y lo peor fue que no fui capaz de negarme a mí misma que el muy idiota tenía estilo. Llevaba una chaqueta marrón con una camisa blanca debajo, unos tejanos y unas botas trenzadas. Un carísimo reloj adornaba su muñeca derecha y su pelo azabache lucía impecablemente despeinado.

¿De dónde rayos había sacado ese *outift*? ¿De Pinterest?

Lo peor era que le quedaba bien. ¿Por qué la maldad tenía que estar en el mismo pack que el atractivo? Qué injusto.

Llegó a la mesa más rápido de lo que habría deseado, y solo cuando tomó asiento junto a Artie con el aire que tendría un rey seguro de que cada centímetro de terreno que pisaba era suyo, ella notó su presencia.

—Ay, Dios, Aegan... —Se sobresaltó un poco y las gafas se le resbalaron hasta la puntita de la nariz.

Él la saludó apenas con un gesto de los dedos. Luego me observó con una mirada divertida, de guasón.

—Hace años que no entraba aquí —comentó sin tomarse la molestia de decir «hola»—. ¿Siguen sirviendo ese puré de patatas que parece cemento?

Entorné los ojos, tan desconfiada como un soldado al que acababan de obligar a sentarse frente al enemigo. ¿Por qué nos hablaba como si hubiésemos estado teniendo una conversación larga y amigable y hubiese muchísima confianza entre nosotros?

Tampoco saludé.

—¿Qué quieres? —solté sin más.

Aegan extendió las manos, fingiendo incredulidad.

—¿De esta comida? —replicó, y arrugó la nariz—. Nada, nunca me gustó.

—¿Qué haces en nuestra mesa, Aegan? —volví a preguntar, más específica.

Él pestañeó.

—¿Por qué lo preguntas así? —inquirió, fingiendo estar desconcertado—. Según sé, cualquier persona es libre de sentarse aquí.

¿Cualquier persona...? Mis ovarios.

—Pues en nuestro caso nos reservamos el derecho de admisión —dije, y también modifiqué mi voz para sonar falsamente amable.

—No puedes —aseguró moviendo negativamente la cabeza—. Además, tú te sentaste en mi mesa, yo me siento en tu mesa; no veo que haya ninguna diferencia.

—La diferencia es que tú pediste un voluntario aquella noche —le expliqué a su pequeño cerebritito—. Nosotras no hemos pedido que nadie se nos acerque.

Aegan pestañeó con falso asombro y luego se inclinó un poco hacia Artie.

—Vaya, ¿siempre es así de hostil? —le preguntó en un tono más bajo, sin dejar de observarme.

Artie no dijo nada. Estaba incómoda y atónita por la situación.

Yo aparté la bandeja para hacerle saber que había arruinado mi comida y que la seguiría arruinando con su presencia. Le dediqué una dura mirada de advertencia.

—Bueno, al tema —suspiró él, compadeciéndose de mi impaciencia—.

Pasaré a recogerte esta noche a las siete.

Un momentito.

—¿Eh? —dije, con cara de estar escuchando algo rarísimo.

—Que pasaré a las siete, te informo para que estés lista —me repitió lentamente.

Me pareció que estaba escuchando una de esas bromas odiosas que solo producían molestia en vez de gracia.

—Y harás eso porque...

—Porque vamos a salir... —contestó con tranquila obviedad—. ¿Qué más necesitas saber? Cenaremos, hablaremos y luego ya veremos qué pasa.

Pestañeeé, muy confundida. Incluso ladeé la cabeza como un cachorrito ante un sonido desconocido.

—¿Tú y yo vamos a salir? —repetí para comprobar si lo había entendido bien.

Él asintió.

Hice un falso mohín pensativo, entrelacé los dedos por encima de la mesa y luego lo miré todavía más confundida.

—Disculpa. —Esboqué una falsa sonrisa amable para endulzar mi siguiente pregunta con voz exageradamente suave—: ¿En qué parte de esta conversación me lo preguntaste y yo acepté? Porque no lo recuerdo.

Aegan rio sin despegar los labios, muy confiado.

—Ya me quedó claro que eso es lo que quieres, así que lo tendrás.

De acuerdo, era impresionante su nivel de seguridad. Era impresionantemente estúpido.

—¿Cuándo te quedó claro? —volví a preguntar, desconcertada—. ¿En el momento en que te dije que eras un imbécil o cuando en la partida de póquer me levanté de la silla y me fui para no seguir viendo tu cara de idiota?

—Cuando te sentaste en esa mesa y me retaste —puntualizó, ahora con los ojos entornados—. Querías mi atención, ¿no? Pues la tienes.

No podía creérmelo. Internamente, me dio la risa. Por fuera, solo podía tener cara de «¿en serio?». «¡¿Es en serio lo que sale de su insoportable boca?!»

—¿Me estás diciendo que prefieres ver lo que sucedió la noche de los juegos como un grito de atención antes de lo que en realidad fue? —solté.

Aegan elevó las cejas, dando a entender que aquello le parecía divertido.

—¿Y qué fue en realidad?

—Una demostración de que no puedes ganar siempre —aclaré, seria.

Él ensanchó la sonrisa. Unas hendiduras aparecieron alrededor de sus comisuras. Tenía una boca ancha, masculina y maliciosa que me recordó a la del actor Michael Fassbender, solo que Fassbender era todo lo que estaba bien en la vida y Aegan todo lo que estaba mal.

—Sea como sea, nos vemos a las siete —se limitó a decir, poniendo el punto final.

Dio un golpecito a la mesa con los nudillos y se levantó dispuesto a irse.

Pero entonces yo solté, fuerte y claro:

—No.

Aegan se detuvo y se giró de nuevo hacia la mesa. Sus espesas cejas se hundieron, aún con la sonrisa de ganador estampada en la cara.

—¿Qué? —me preguntó como si hubiera escuchado un chiste sin sentido.

Di el mismo golpecito que él había dado sobre la mesa y me puse de pie para encararlo. Frente a frente, yo era varios centímetros más baja, sin embargo, pude sostenerle muy bien la mirada.

—Que no voy a salir contigo porque no quiero hacerlo —repetí con una firmeza decisiva.

Y varios me escucharon. De repente sentí muchas miradas sobre mí, pesadas, curiosas, críticas, pero no miré alrededor y no les hice caso. Me mantuve concentrada en los grises, burlones y chispeantes ojos de Aegan para darle peso a mis palabras, para que entendiera que lo había dicho muy en serio.

Lo entendió.

Sus comisuras perdieron fuerza de la misma manera que la noche de los juegos, y su expresión pasó a ser seria, casi severa.

Al ver eso, le regalé una sonrisa triunfal y le palmeé con suavidad el hombro.

—Mejor prueba con las otras nueve de tu lista.

Tomé mi mochila, mi bandeja y avancé por el pasillo del comedor sin mirar atrás. Llegué hasta el fondo, vacié la bandeja, la dejé allí y atravesé las puertas en una salida que no supe si se había visto triunfal, pero que yo sí sentí que lo era.

Me uní al flujo de estudiantes en el pasillo principal. Caminaba, pero ni siquiera sentía las piernas. Ni siquiera me di cuenta de que Artie me había seguido hasta que apareció a mi lado, jadeante por haber venido corriendo.

—¡Jude, tienes los ovarios de titanio! —exclamó, tratando de seguirme el paso, hablar y respirar, todo al mismo tiempo—. ¡Lo dejaste como culo en agua!

—¿Como qué? —pregunté, riendo nerviosamente por esa comparación—. ¿Qué significa eso?

—Sorprendido, ahogado, en shock, sin saber qué decir —aclaró, y al instante le restó importancia—. La cuestión es que ha sido épico que lo rechazaras, aunque es obvio que, en cuanto otra chica le diga que sí, todo se le olvidará.

Cierto, había dejado a Aegan sin palabras, pero eso equivalía a hacerle un mal corte de cabello. Al final no pasaría nada. Se iba a sentir avergonzado y enojado un rato, pero luego el cabello le crecería y el corte no sería más que un chistoso recuerdo que poco a poco olvidaría.

—Lo he hecho sin pensar —confesé—. Solo quería partirle la nariz.

—Bueno, no importa —suspiró ella—. Basta con que al menos una vez en su vida una chica lo haya puesto en su lugar. Te aseguro que nadie olvidará lo que has hecho.

Por supuesto que no. En Tagus no se olvidaba nada.

Excepto lo que era conveniente olvidar.

Artie me invitó a tomar uno de esos raros batidos saludables para relajarme en su lugar favorito: Bat-Fit, uno de esos sitios para la gente que quería atrasar el proceso natural de la muerte y que iba al gimnasio. ¿Es que ya nadie invitaba a café tras sucesos dramáticos y estresantes?!

Aunque el lugar no estaba mal. Tenía un montón de ventanales y las mesas estaban al aire libre rodeadas por un jardín. Obviamente, todo era ecológico, hasta el papel higiénico en los baños. En una de esas mesas estaban Dash y Kiana, así que fuimos directas a sentarnos con ellos. Al hacerlo puse el culo con fuerza contra la silla y solté bastante aire.

—Uh, percibo un aura de enfado por aquí —comentó Kiana al tiempo que se llevaba un vaso ecológico a los labios.

—Siento que podría arrancar la Estatua de la Libertad de su sitio y plantarla en Tombuctú —dije entre dientes. Tiré mi mochila al suelo junto a mí.

Trataba de reprimir el enojo que me había provocado Aegan, pero sentía que todavía me salía un poco por los poros. Ese descaro al decir que yo quería su atención era lo que más me hacía hervir la sangre.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Kiana, entendiendo que mi molestia era seria y tenía causa.

No quería contárselo, así que intenté cambiar de tema.

—¿De qué es esa llave? —le pregunté, y señalé la llave plateada y grande que le colgaba en un collar a juego con su ropa. Era un poco rara, no tenía la forma de una llave normal.

—Es mi llave maestra de salas de Tagus —dijo sin darle importancia—. Me la dieron por ser líder del club de pintura. Pero, en serio, ¿ha pasado algo?

Artie lo anunció finalmente, incapaz de aguantarse:

—Ay, sí, es que Aegan ha invitado a salir a Jude hace unos veinte

minutos.

Kiana y Dash se quedaron en shock. Sus vasos ecológicos se detuvieron a medio camino de sus bocas. Casi pestañearon al mismo tiempo. Nos miraron alternativamente a Artie y a mí, esperando que alguna desmintiera eso. Luego comprendieron que era cierto.

—¿Qué? —escupió Dash, impactado—. ¡¿Y qué dijiste?!

—Que no —contesté con obviedad.

Volvieron a quedarse atónitos. Se miraron las caras y luego me miraron a mí. Su reacción me hizo entender que mi «no» había sido casi una proeza, algo extraordinario.

—Pero ¡mujer, ¿de qué [...] tú?! mujer!, ¿de qué planeta revolucionario has salido tú? —exclamó Dash, entre fascinado y estupefacto.

—Admito que no me lo esperaba —confesó Artie, aún impactada también—. Creí que Aegan haría cualquier cosa menos esto.

Dash resopló como si ella no supiera nada de la vida. O del trío de hermanos.

—Pues por esa razón lo hizo —aseguró—, porque esperábamos lo peor, no que la invitara a salir. Ha cambiado totalmente de táctica.

Una chica con un uniforme de pantalón y blusa blanca con el sello de Bat-Fit llegó a la mesa en ese instante. Nos miró con cara rara, tal vez porque había escuchado algo, pero se apresuró a parecer servicial y nos preguntó qué queríamos tomar. Artie pidió dos batidos de proteína y chocolate, y la camarera se alejó, aunque echó un rápido vistazo hacia atrás, dando la impresión de querer quedarse cerca para enterarse de lo que sucedía entre nosotros.

Lo que me habían contado sobre ese pobre chico llamado Pierre y los alumnos acribillándolo a preguntas en el debate me había hecho pensar en una teoría conspirativa. ¿Y si Aegan tenía espías y servidores en todo Tagus? ¿Y si los chicos y chicas, además de ser sus seguidores, también funcionaban como sus sirvientes? Él tenía todas las posibilidades de darles

algo muy bueno a cambio...

Debíamos hablar más bajo. Iba a proponerlo cuando noté que Kiana se había puesto las manos sobre la boca y que sus ojos estaban abiertos como platos como quien acababa de tener una gran revelación. Me miraba, pero al mismo tiempo no.

—¿Qué pasa? —le pregunté, ceñuda—. ¿Se te ha congelado el cerebro con el batido?

Ella volvió en sí y paseó su mirada por todos nosotros, repentinamente acelerada.

—Rápido, nombren a una sola chica que haya aceptado ser novia de Aegan sin querer serlo —nos pidió.

Dash pestañeó sin ninguna respuesta. Artie negó en silencio, sin dar tampoco ningún nombre.

—No hay, no existe —dijo Dash.

—¿Y alguna chica con la que haya durado menos o más de los noventa días de marras? —preguntó Kiana, imparable.

Dash hizo un mohín pensativo, abrió la boca para soltar un nombre, pero luego la cerró, descartándolo. Volvió a abrir la boca con otra idea, pero al final no le pareció buena. Acabó negando con la cabeza.

—Tampoco la hay.

Kiana asintió y extendió las manos con obviedad, como si acabara de darnos la clave de algo, pero pusimos cara de no pillarlo. Más paciencia con los lentos, por favor.

—Esto jamás ha pasado porque es Aegan quien suele terminar el día exacto las relaciones con las chicas con las que sale —intentó ayudarnos a comprender—. Ninguna chica ha roto con él. Él nunca ha sido rechazado.

Volvió a mirarnos a la espera de un gesto de entendimiento por nuestra parte, pero...

—¡Por las arrugas de Donatella Versace, ve al grano de una vez, que me tienes en ascuas y esto suena interesante! —le exigió Dash con impaciencia.

Kiana entrelazó las manos sobre la mesa, se inclinó hacia delante y soltó aire para calmarse y poder explicarnos.

—Que Jude haya tenido el valor de rechazar a Aegan me hizo pensar en... —Se mordió los labios como conteniendo una sonrisa cruel—. ¿Y si Jude hubiese aceptado salir con él, le hubiese hecho creer que de verdad le gusta y en algún momento, públicamente, hubiese terminado la relación? Así, rechazándolo, como él ha hecho con todas las chicas con las que ha salido. ¿No habría sido épico?

Se hizo un silencio de impacto en la mesa. Artie pareció impresionada, como si jamás hubiese pensado que algo así fuese posible y ahora estuviese dándose cuenta de que, de suceder, no solo podía ser épico, sino también peligroso.

—No puedo imaginármelo, es decir... —dudó.

—Yo sí —sostuvo Kiana, y los ojos le brillaron de una emoción malévola y divertida que, a decir verdad, habría inspirado a cualquiera a apoyarla—. Sería catastrófico para él, porque siempre demuestra que necesita controlar y dominarlo todo para estar en equilibrio. Si alguien alterara su sistema, si alguien rompiera sus reglas, atentaría contra su mundo de poder absoluto. Y todos los atentados destruyen algo.

Otro silencio envolvió la mesa tras esa frase. Dash asintió con lentitud, mirando a Kiana como si acabara de mostrarle perspectivas nuevas y fascinantes.

—Suená genial —admitió, pero luego se encogió de hombros—. Solo que eso no ha pasado. Jude le ha dejado claro que él le da asquito.

—Pero vamos... —insistió Kiana, buscando que profundizáramos en su fantasía—. Imaginen por un momento, un pequeño momento, la cara de Aegan al ser rechazado en público, al enterarse de que él nunca le gustó, al saber que Jude jugó con él... —Trazó el panorama con ambas manos en el aire—. Un acto de revolución femenina contra la machista tiranía Cash.

Dash curvó la boca hacia abajo, aceptando la creatividad y el impacto de

esa idea.

—Bueno, mi mente siempre está ocupada imaginando cómo conocer a Timothée Chalamet, pero ahora que lo pienso, disfrutaría mucho viendo algo así... —admitió, y después le dio un empujoncito con el hombro a Kiana—. Aunque, genio del mal, si se trata de una rebelión, Jude pudo aceptar salir una noche con él y luego rechazarlo. Habría herido su ego. Más simple y menos peligroso, ¿no?

Me guiñó un ojo, como arrojándome la idea.

—Igual Jude no es así —comentó Artie, negando con la cabeza con una seguridad que flaqueó al verme—. No eres así, ¿verdad?

Ay, Artie. Yo era todo lo que no debía ser.

En mi opinión, Kiana tenía razón en ciertas cosas. Aegan emanaba una seguridad impenetrable. Los mismos alumnos de Tagus lo habían colocado como una figurilla sobre un altar. Con su adoración lo habían inmunizado ante lo que los chicos normales no estaban inmunizados: los rechazos y los fracasos. Estaba claro que a Aegan nadie le decía que no. A Aegan nadie lo dejaba de lado. Aegan nunca era el número dos en nada. Estaba catalogado como un espécimen superior.

Pero solo era así porque los demás querían verlo de esa forma, ya que en realidad era una persona normal con órganos normales. Lo que Kiana decía era que, si todos veían que una chica podía terminar una relación con Aegan Cash, sin temor ni vergüenza, antes de que él lo hiciera, se darían cuenta de que él podía ser rechazado como cualquier ser humano.

Y listo, ya no sería un dios/gurú/líder, sino un chico más del montón.

—Jude puede ser como quiera —resopló Kiana, interrumpiendo mis pensamientos para responder a Artie— porque no estamos hablando de chicos inocentes y buenos. De hecho, ¿saben qué he pensado siempre? —Se inclinó hacia delante y lo susurró—: Los tres deben de tener un oscuro secreto. No es posible tanta perfección, ni una vida tan impecable. Tiene que haber una mancha y, en su caso, una muy grande.

Ahora que leo ese diálogo solo puedo decir que todo estuvo siempre allí, pero que había sido ocultado muy bien.

—Puede ser, Nancy Drew —coincidió Dash con Kiana—, pero eso sería imposible saberlo. Si ellos se equivocan en algo, les basta con hacer una llamada o chasquear los dedos para taparlo.

La camarera chismosa nos trajo los batidos en ese instante. De nuevo, al darse la vuelta, nos echó un vistazo por si captaba algo. Esa vez le dediqué una mirada furiosa que funcionó para que se concentrara en ir a atender los mostradores repletos de bocadillos saludables. Mientras la seguía con la mirada para dejarle claro que metiera sus narices en otros asuntos, vi que la puerta del Bat-Fit se abrió y entró nada más y nada menos que Aleixandre, la ilusión adolescente.

De nuevo iba totalmente de punta en blanco, con el cabello azabache perfectamente peinado hacia atrás y la ropa sin la más mínima arruga. Sostenía su teléfono a cierta distancia de su rostro y le hablaba con ánimo a la cámara, seguramente transmitiendo en vivo para sus seguidores.

Entonces me fijé en una cosa un poco extraña. Pidió algo en el mostrador. Le dieron un vaso muy rápido, como si lo hubiesen tenido listo para él, pero en vez de tomarlo con la mano, sacó un pañuelo de su bolsillo y bebió sosteniéndolo así. Luego se fue.

¿No podía tocar el vaso con la mano o qué?

Un poco extrañada, devolví la atención a la mesa justo cuando Kiana estaba hablando de todas las veces que había visto a una chica llorando por Aegan. No habían notado mi distracción.

—Solo piénsalo, Jude —me sugirió, descansando en el respaldo de la silla con su batido en mano.

—Ni que ella fuera Katniss Everdeen o algo así —la codeó Dash—. Deja a Jude en paz. Con suerte, Aegan no volverá a mirarla de nuevo y las cosas se calmarán.

Pero ¿quién dijo que yo tenía suerte?

O ganas de que las cosas se calmaran.

Uno es peor que el otro

Lunes. Otra vez llegó Literatura, la clase que, por desgracia, compartía con Adrik.

Lo vi apenas entré al aula, ya sentado en nuestra mesa. Me pregunté qué se le ocurriría decir ese día. ¿Que estaba atentando contra su integridad? ¿Que lo estaba amenazando de muerte? ¿Que lo había pinchado con una jeringa contaminada por debajo de la mesa?

Dejé la mochila en el suelo y me senté en mi sitio. Entonces percibí un olor a chocolate, y vi que el muy idiota estaba cortando en trocitos una barrita por debajo de la mesa para comérsela despacio, ignorando claramente el letrero junto a la pizarra que decía: no comer en el aula.

El Cash anarquista, claro.

La profesora llegó un par de minutos después, y tras decir cosas poco importantes, se situó frente a la clase y empezó el tema del día.

—Aquí hay cuatro géneros literarios —dijo, señalando lo que había escrito unos segundos atrás en la pizarra con marcador azul—. Ciencia ficción, *thriller*, romance y fantasía. Escojan uno. Luego escucharemos las elecciones de sus compañeros y los porqués, y al final cada pareja deberá ponerse de acuerdo y elegir un género.

La profesora fue preguntando de mesa en mesa. En parte, resultó aburrido porque todos escogían los mismos géneros: romance y ciencia ficción. Nadie tuvo que intentar convencerse de nada.

Cuando llegó a nuestra mesa, yo fui la primera en hablar:

—*Thriller* —elegí, muy entusiasmada.

—Fantasía —escogió Adrik.

No me sorprendió que difiriera. Ya era obvio que teníamos perspectivas que chocaban. Y, ¡por Dios!, ¿podía dejar de masticar?

—¿Por qué fantasía, señor Cash? —le preguntó Lauris con interés. ¿Y por qué no le llamaba la atención por comer en clase?

Él alzó los hombros en un gesto de simpleza.

—Me gustan las batallas, los dragones y esas cosas —se limitó a responder sin dar más explicaciones.

A mí me pareció una razón estúpida.

—¿Por qué el *thriller*, señorita Derry? —pasó a preguntarme la profesora.

Me reacomodé en la silla, preparada para contestar de forma magistral.

—Es un género muy real, y además la intriga mantiene interesado al lector, se sale de lo convencional y los clichés pueden tomar giros inesperados —argumenté, inspirada, y luego con una sonrisita astuta agregué—: Pero si debo responder de forma tan simple como mi compañero, diré que me gustan los asesinatos.

Se oyó una pequeña risita en alguna parte. Esta vez no me iba a dejar mal. Por mí —dudoso— honor que no.

La profesora asintió. Iba a continuar con la mesa siguiente, pero entonces Adrik emitió un resoplido/risa de burla hacia mi respuesta, como si hubiese sido ridícula. De nuevo captó toda la atención.

—¿Muy real? —repitió mis palabras. Después negó con la cabeza—. La lectura es aventura, escape, entretenimiento, infinito. La realidad es dura, cruda, asfixiante, cerrada y limitativa. ¿Para qué buscar realidad en un libro si ya lidiamos todos los días con ella? Está ahí, dictando que algo azul solo

debe ser azul, exigiendo que algo redondo solo sea redondo. ¿Qué pasa si yo quiero que el color sea verde o la forma sea triangular? ¿O qué pasa si yo no quiero que haya color alguno ni forma alguna? No, no hay nada interesante en lo real. Si leo, es porque quiero olvidarme durante un rato de esta aburrida y cuadrada humanidad.

Tras la última palabra, un par de chicas se mordieron los labios, embelesadas. Los chicos, por otro lado, asintieron en un reflexivo acuerdo, como si nunca hubiesen escuchado nada más cierto. Incluso la profesora pareció complacida.

¿Y yo? Pues mi cara expresó un gran: ¿qué demonios...?

—Una opinión interesante —dijo Lauris, aprobando a Adrik—. Supongo que, si la señorita Derry siempre lee lo mismo, debería darle una oportunidad al tipo de lectura de su compañero. Dejaremos la fantasía como género de este grupo.

Pude haber partido por la mitad mi bolígrafo si lo hubiese tenido en la mano y no sobre el cuaderno. Otra vez. ¡Otra vez! Pero ¿qué demonios tenía Adrik que triunfaba en todo en esa maldita clase?

La profesora continuó y habló de manera general:

—Discutan qué libro del género elegido les gustaría leer mientras escribo la cita final del día en la pizarra.

Abrí la libreta de mala gana y empecé a anotar la cita. No propuse ningún libro. Me quedé totalmente callada durante el resto de la clase porque no tenía ganas de ser la compañera colaboradora. No estaba acostumbrada a ser superada así en algo que sentía que dominaba.

Cuando terminó la hora, cogí mi mochila y me levanté para largarme, pero antes de que diera un paso, Adrik me preguntó mientras guardaba su libreta:

—¿Qué libro vamos a leer?

—No lo sé, ¿el experto en fantasía no eres tú? —repliqué sin ánimos de sonar agradable.

—Puedo recomendarte algunos. —Se encogió de hombros—. Eso si prefieres leer en vez de enfadarte.

—No estoy enfadada —me defendí, frunciendo el ceño. Aunque sí lo estaba, pero no quería darle la razón. Ya se la daban todos en la clase. Era suficiente.

Le di la espalda y pasé junto a su silla mientras mentalmente me repetía: «Vete, no debes decir nada que no debas. Vete, Jude, no puedes decir nada que no debas. Vete, Ju...».

—Solo te falta sacar las uñas para arañarme la cara —dijo él de pronto.

Maldición.

Me detuve. En cuanto me giré, vi que tenía un poco elevada la comisura derecha en una pequeña sonrisa socarrona. Pero ¿qué se creía? ¿El dios de literatura solo por caerle bien a la profesora? ¿El misterioso chico oscuro al que no se podía ignorar porque, a pesar de que parecía no tener intenciones de verse genial, se veía odiosamente genial? Pues yo me creía la chica que no se tenía que quedar callada por el deslumbramiento. Y... con poco control de la ira.

—¿Me estás comparando con un animal? —le pregunté con detenimiento en tono retador.

—Hasta aquí te veo erizada —añadió, colgándose la mochila en un hombro.

Entorné los ojos.

—Cuidado con lo que me dices porque yo creo que eres todo lo que los demás no admiten —le solté entre dientes.

—Y tú para mí eres más creída de lo que es razonable soportar —replicó sin alterarse en absoluto.

No me lo callé:

—Imbécil.

—Qué poco ingenio para los insultos —se burló descaradamente.

—Tengo más, pero usaré ese para no quedar peor de lo que tu hermano

me ha dejado delante de todos —le corregí en un tono tranquilo.

Adrik asintió como si finalmente entendiera algo. Su sonrisa adquirió un aire amargo.

—Ah, claro, Aegan caga y a mí me salpica la mierda —suspiró—. Es bastante justo que por eso me detestes, sí.

Asumía que yo lo detestaba. Mi parte más sensata me invitó a calmarme un poco para dejar de transmitir odio con tanta obviedad. Al final, él no era Aegan, a quien sí quería dirigir toda mi ira sin compasión. Debía aguantarme y no caer en provocaciones. Eso era dar ventaja.

—¿Qué libros tienes? —decidí ceder, aunque no muy contenta, para alejar la idea de que «lo detestaba».

—Te los dejaré y tú escoges. —Se encogió de hombros.

—De acuerdo —acepté. Mi mandíbula estaba tensa—. Edificio F, piso cinco, apartamento dos.

Adrik hizo un leve asentimiento y me rodeó para avanzar entre la fila de mesas. Quise dejar que saliera primero, pero él se giró como si se hubiese olvidado de decirme algo. Y me lo dijo, mirándome fija y fríamente con sus ojos intimidantes:

—Será mejor que pongas los pies en la tierra, Jude Derry. Estás volando peligrosamente alto.

Salió del aula y me dejó la furiosa sensación de que acababa de amenazarme, sobre todo por el tono bajo y arrastrado en que lo había dicho. Solo en ese momento me di cuenta de que ¡lo había invitado al lugar en donde vivía! ¡A mi lugar seguro!

Medio ofuscada por ese estúpido error, salí del aula para volver al apartamento. No le presté atención a nada, hasta que llegué en una bicicleta de alquiler. En Tagus, todo el mundo tenía coche, aunque no lo usaban para casi nada porque a las partes centrales e importantes del lugar se podía llegar caminando. Quizá los ecológicos y yo éramos los únicos que no teníamos casi nada.

Cuando abrí la puerta, me encontré a Artie caminando de un lado a otro mientras memorizaba algo para algún examen. Lo solté:

—Adrik va a venir a dejar unos libros.

Se hizo un extraño silencio en el que Artie quedó en shock con la boca formando una «O» y con los ojos bien abiertos.

—¿Vendrá? —inquirió un momento después con un hilo de voz pasmado.

Solté aire y me moví para dejar mi mochila sobre el sofá.

—Creo que sí. Eso dijo.

—¿A este apartamento? —preguntó también.

—Pues aquí es donde estamos.

—¿Hoy?

—Sí, pero no sé a qué hora.

—¡¡¡Dios santo!!! —gritó de repente.

Entonces corrió hacia su habitación como si tuviera que solucionar una urgencia y empecé a escuchar cómo abría cajones de golpe, buscando cosas en uno y en otro con desesperación mientras decía:

—¡No puedo estar así! ¿Qué debo ponerme? ¿Qué me puse ayer? ¡Dios, tengo tan poca ropa!

Se ocupó en revolver hasta el más mínimo rincón de su habitación, tratando de decidir qué ponerse. Yo, mientras tanto, atendí mi móvil, que sonó de repente. En la pantalla vi que era una llamada de Tina, desde casa, donde también estaba mi madre. Bueno, desde lo más cercano a ella.

—Hola, Tina —saludé con alegría al contestar.

—¿Cómo estás, guapa? —saludó también—. ¿Qué tal es el asombroso Tagus?

Tina hablaba como si fuera una gran amiga y no una madrastra. Nunca se andaba con rodeos si necesitaba decirte algo. Lo mejor que le había pasado a mi madre había sido conocerla en su grupo de apoyo y enamorarse de ella. Ambas habían sufrido mucho, y aun así Tina había dejado su vida, se había mudado con nosotras y había reunido la paciencia necesaria para cuidar de

mi madre.

—Genial, es todo deslumbrante por aquí —admití, jugando con mi boli—. Te puedes desplazar en carritos de golf.

—Procura no atropellar a nadie que no lo merezca, por favor.

Reí por su comentario.

—¿Cómo has estado? ¿Cómo está mamá? —pregunté, ya entrando en el tema en el que, por más que no quisiéramos, siempre debíamos entrar—. ¿Ha... progresado?

—La verdad, sí está bien y sí ha progresado; mejor de lo que creerías. —En su voz se escuchó cierta alegría—. Hemos convertido tu habitación en una sala de cine y esta noche nos veremos una maratón de Rocky.

Eso me gustaba. Me gustaba cualquier idea que la ayudase.

—¿Aún tiene reservas? —pregunté, yendo directa a lo que me importaba saber.

—Sí, no te preocupes por eso.

—Claro que me preocupo —repliqué en un suspiro.

Tras un pequeño silencio, añadió:

—¿No has cambiado de idea? Todavía puedes...

—No.

Me moví hacia la ventana para alejarme lo más posible de la habitación de Artie antes de seguir hablando:

—No volveré a explicar por qué, ¿de acuerdo?

Por detrás de mí, Artie gritó con entusiasmo:

—¡He encontrado un chaleco que no uso desde hace mucho tiempo!

Tina soltó un suspiro al otro lado.

—Te dejaré para que sigas con lo tuyo —se despidió, de nuevo decepcionada—. Textéame cuando puedas. Y vuelve a pensarlo, ¿sí? Tu madre y yo... te estaremos esperando siempre.

—Adiós.

¿Esperarme? Era lo que menos debían hacer.

Me quedé pensando en que debía guardar muy bien los dos mil dólares y el reloj que había ganado jugando al póquer porque me ayudarían mucho después, hasta que Artie salió de su habitación, agitada.

—¡Listo! —exclamó con entusiasmo, mostrándome su *outfit* de tejanos ajustados, camisa blanca y chaleco azul—. Ahora mejoraré un poco mi pelo.

Bueno, al menos ella no tenía problemas con recibir a un Cash en el apartamento.

Yo me dediqué a hacer mis tareas porque necesitaba ocupar mi mente sí o sí. Funcionó. Pasé toda la tarde lidiando con un trabajo. Para cuando llamaron a la puerta, a diferencia de Artie, yo estaba hecha un lío. Llevaba un boli en la oreja y unas mallas negras. Iba descalza y no parecía una persona de la que alguien en Tagus quisiera hacerse amigo.

O una persona preparada para lo que vi al abrir la puerta.

Adrik, con su cara obstinada y somnolienta.

Y a su lado, Aegan, alto, imponente, rebosante de energía y carisma.

Ni siquiera tuve tiempo de procesar su obviamente inesperada aparición porque ambos entraron en el apartamento como si una odiosa voz que solo ellos escucharon hubiese gritado: «¡Adelante, chicos, son bienvenidos!».

—No sé por qué tenía la idea de que todos los apartamentos en Tagus eran iguales —comentó Aegan mientras se movía por la salita y lo miraba todo con curiosidad—. Ya veo que no.

Además de que nadie lo había invitado, estaba criticando mi apartamento. Qué descaro.

—¿Qué haces aquí? —le solté, sin saludar. Quería dejarle claro que me habría esperado antes el apocalipsis que su presencia en mi casa.

—Supe que Driki iba a venir a traerte unos libros y decidí acompañarlo —contestó tranquilamente, como si no necesitara explicar nada más.

¿Driki? Oh, por Dios. ¿Llamaba Driki a Adrik? Al desviar la vista hacia Adrik y comprobar que no se había inmutado, lo confirmé. Pude haberme

reído con lágrimas, mocos y todo, pero eso habría arruinado mi postura de «lárgate», así que me mantuve serio. El único sonido que se escuchó fue la pila de libros que Adrik, alias Driki, dejó caer sobre el escritorio. Aterrizaron de forma odiosa.

—Aquí están —dijo.

—¿Eso es todo? —repliqué, porque en realidad me había imaginado más opciones del maestro de la fantasía y solo había tres libros.

—He seleccionado los más ligeros para ti —contestó.

Y eso me tomó por sorpresa. Mucha sorpresa. Tanta sorpresa que balbuceé:

—Ah..., ¿en serio? Pues gracias, supongo, no me lo espera...

—Los escogí porque los otros son muy valiosos, y no quiero que los toques —me interrumpió con los ojos algo entornados, al darse cuenta de que yo lo había malinterpretado—. No me gusta prestarlos a nadie. Además, aquí cualquiera puede comprarse sus propios libros.

Y la sorpresa desapareció.

Claro, así tenía sentido. Obviamente, Adrik no iba a seleccionar libros de forma especial para una desconocida. ¿Qué me había creído yo?

Para salvar aquel momento tan raro, Artie salió de su habitación. Fue chistoso porque pasó de avanzar hacia nosotros muy animada a detenerse de golpe. Como no llevaba las gafas, la expresión de asombro por lo que vio ante ella fue notable.

—Hola, Adrik —saludó en un tono perplejo—. Hola..., Aegan.

Luego me miró como diciendo: «Joder, no me dijiste que serían dos».

Los hermanos hicieron un gesto muy similar e indiferente con la mano para saludarla. Me di cuenta de que eran curiosamente distintos, porque los rasgos de Aegan no se parecían mucho a los de Adrik, excepto por los detalles básicos que sí compartían: el pelo azabache, la altura, los ojos grises y el tono de piel. Por lo demás, habrían pasado fácilmente como solo primos. Pero la genética es rara, ¿no? A veces no nos parecemos a nuestros

hermanos.

Aegan miró el costoso reloj que tenía en la muñeca derecha.

—Bueno, hecha la entrega, hay que ir a cenar —soltó animoso, y alzó la mirada hacia mí—. ¿Estás lista?

Era increíble. ¿Por qué quería que saliéramos juntos? Debía de tener un plan. Estaba muy segura de que yo no le atraía de verdad. De hecho, estaba demasiado segura de que todo él era falso. El Aegan real todavía no salía. El papel de Aegan sonriente, caballeroso y perfecto formaba parte de una estratagema.

—Te dije que no pensaba salir contigo —le recordé.

—Solos —puntualizó él de forma inteligente—. Y lo respeto.

—Entonces, ¿por qué tanta insistencia? —me atreví a preguntar, y me crucé de brazos con una sonrisa ladina y suspicaz—. ¿Es que acaso te he impresionado?

Aegan ensanchó la sonrisa del Grinch. Nada podía quitarle el aire de personaje malvado con planes perversos y ocultos, en serio.

Se reservó, sospechosamente, la respuesta a mi última pregunta.

—Será solo una cena para limar asperezas —dijo—. Por alguna razón, todos creen que nos odiamos, y yo no tengo nada contra ti, y tú no tienes nada contra mí, ¿no?

El silencio alrededor de esas palabras fue tenso, de ese que ocultaba verdades.

—Claro que no, eso sería estúpido —mentí con una sonrisa.

—Entonces... —Aegan extendió los brazos en un gesto de obviedad y lanzó su propuesta—, ¿por qué no vamos tú, yo, Adrik y Artemis a cenar?

—¿Yo y quién? —preguntó Adrik, repentinamente confundido.

¿Se había perdido pensando en la inmortalidad del cangrejo y acababa de prestarle atención a la conversación o qué?

—Eh, yo soy Artemis —le aclaró Artie, un poco descolocada.

Artie era por Artemis, pero Adrik no lo sabía, así que la observó como si

no hubiera reparado en ella hasta ese momento. Asintió con lentitud en un gesto cordial, igual de forzado que mi sonrisa. Luego nos miró a Aegan y a mí.

—Me parece que no —rechazó, aburrido.

Avanzó hacia la puerta con toda la intención de irse de la misma forma que se iría alguien a quien no le importaba un pepino el resto de la humanidad.

Y... ya sabes que todos tenemos un lado cruel, ¿no? Solo que no siempre le dejamos que nos domine. Pero en esos tiempos mi lado cruel y yo simpatizábamos mucho por razones que te explicaré después, así que mientras Adrik se iba en cámara lenta, las palabras de Dash sonaron en mi mente: «Si se trata de una rebelión, Jude pudo aceptar salir una noche con él y luego rechazarlo. Habría herido su ego. Más simple y menos peligroso, ¿no?».

Aceptar y rechazar. Herir su ego. Eran razones muy válidas, y la oportunidad me pareció perfecta para una pequeña venganza.

Intercepté a Adrik y lo detuve frente a mí. Su altura sombría me intimidó un poco, pero no se lo demostré.

—No seas tonto, Driki, salir todos no es tan mala idea —le dije, dando un énfasis burlón a su apodo.

—No me llames Driki —contestó él, con su habilidad para sonar sereno y odioso al mismo tiempo.

Y deslizó la mirada obstinada de mí hacia su hermano. Le transmitió reproche, quizá por haber revelado el apodo.

—Puedes escoger la comida —intenté mediar.

—No, no puede —rio Aegan, disimulando su necesidad de control.

—Tengo cosas que hacer —dijo Adrik, con tono de «NO rotundo».

—Nadie tiene cosas que hacer a estas horas —rebatí, como si lo que acababa de decir fuera ridículo.

—Yo sí —enfaticó él de manera odiosa—. Tengo que ir a meter un

tenedor en un enchufe. En pocas palabras: tengo algo mejor que hacer.

—Pues eso del tenedor lo puedes dejar para más tarde —resoplé—. Iremos todos a cenar.

Me encaminé hacia la puerta, pero Aegan me arrojó la pregunta para detenerme antes de poner la mano en la manija:

—Espera, ¿irás así? —dijo, incrédulo. No entendí qué era «así» hasta que me hizo un serio y analítico repaso.

—Así ¿cómo? —quise saber.

Volvió a observarme de arriba abajo con el ceño ligeramente hundido. Hubo una chispa crítica en los ojos que disimuló con una inocente extrañeza.

—Como si te acabara de sacar de un basurero —soltó directo, pero con una falsa y experta voz de confusión inocente.

Le dediqué una mirada que habría atravesado los sesos de alguien como una bala.

Bueno, en realidad había olvidado que me faltaban los zapatos, pero me dio la impresión de que para Aegan eso era lo de menos. Lo que le sorprendía era que mi ropa no se ajustaba a lo que usaban para salir las chicas de Tagus, que siempre iban bien arregladas, maquilladas y prolijas, sobre todo si iban a salir con él. Además, hasta el propio Aegan se vestía exageradamente bien y demostraba que el aspecto era muy importante en su estilo de vida. Ropa de diseño, zapatos a la medida, corte de pelo impecable. Un chico con un sentido de la moda marcado y masculino, ¿eh? ¿Qué era? ¿El Chuck Bass del 2019?

—Esperen un momento —dije, y corrí hacia mi habitación.

Cogí las botas trenzadas y me las calcé. Me miré en el espejo y me solté el cabello. No me parecía que me viera mal, es decir, al menos esa ropa no estaba vieja y gastada. Pero Aegan estaba acostumbrado a ver tacones, cabellos peinados, bolsos colgando del brazo y perfumes caros. Y yo no iba a darle nada de eso. No tenía ningún interés en complacerlo ni en cumplir

estereotipos.

Y si lo que quería era hacer algo más que solo molestarlo, tenía que emplearme a fondo. De hecho, iba a darle tan duro que rompería ese cascarón de chico perfecto y sacaría al verdadero animal que tenía dentro, ese que yo sospechaba que se esmeraba en ocultar.

Volví a la sala.

—Ahora sí —anuncié.

Aegan casi ladeó la cabeza y volvió a hacerme un repaso, tratando de encontrar lo que me había cambiado de mi atuendo. Me aproximé a él y fruncí el ceño. En ese instante se me ocurrió una idea para hacer más divertida la noche: le seguiría su falso jueguito a mi sarcástico modo.

—¿Hay algún problema? —pregunté con falsa incredulidad.

Aegan entornó los ojos, pero luego relajó la expresión.

—No, vamos.

Artie, que había permanecido en estado de shock todo el rato, me siguió cuando salí primero. Comenzamos a bajar las escaleras varios pasos por delante. Con disimulo, se me acercó y me preguntó entre dientes:

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué está pasando?

—Solo sígueme la corriente —le respondí en un susurro.

Aegan quería una cita, ¿no?

Mi respuesta mental era:

«Acepto, y nos conoceremos, Aegan, de verdad».

Una cita con un Cash es un sueño de magia y amor... Hasta que te despiertas

Fuimos a un restaurante japonés del campus, y no dejé de analizar a Aegan en todo el camino.

Primer rasgo detectado: controlador.

En serio, no podía ser normal. Tenía que ser patológico porque no le encontraba otra explicación. Le encantaba tener el mando. Primero dijo que todos iríamos en su auto, y no, no lo propuso, sino que nos dio una orden irrefutable, lo cual obligó a que Adrik, que había llegado en su camioneta, tuviera que dejarla aparcada frente a nuestro edificio.

Después escogió lo que comeríamos. Al llegar al restaurante, tras sentarnos alrededor de una elegante barra en forma de «U» que rodeaba una reluciente plancha en la que un chef cocinaría para nosotros, Aegan dijo:

—Lo de siempre.

No nos dieron el menú ni posibilidad de elegir. A Artie no le molestó y a Adrik tampoco, aunque, ahora que menciono a Adrik, qué raro era ese tipo, ¿eh? Había pasado todo el trayecto dentro del vehículo con cara de culo, ¿sabes lo que es la cara de culo? Cara de fastidio, medio arrugada, como la de un niño al que habían obligado a ir a un sitio que no quería.

En fin, mi intención con esa salida era que el verdadero Aegan se manifestara. No quería ver al caballero sonriente de hoyuelos endemoniadamente encantadores y cara de póster político. Para conseguir mi objetivo, se me ocurrió que, además de fingir que me gustaba estar allí con ellos, podía refutar inteligentemente cada una de sus órdenes.

La pesadilla de un controlador, ¿no crees?

—¿Qué es lo de siempre? —pregunté con mi voz más agradable al chef.

—Fideos, rollos de salmón y cangrejo —contestó Aegan sin apartar la vista de mí.

Demonios, sonaba tan bien que consideré cambiar de estrategia y aceptar encantada su propuesta.

Pero Artie me salvó el día sin saberlo.

—Yo soy alérgica al salmón —dijo, y su voz sonó extraña, afectada e incluso temerosa.

Pensé que Aegan le diría al chef que no preparara salmón porque no queríamos ver a Artie inflarse hasta explotar, pero se limitó a observarla, medio ceñudo, con cara de «¿Y qué esperas que haga yo?», porque no le preocupaba en lo absoluto que ella fuera alérgica.

Otro rasgo descubierto: Aegan no era empático.

—Escoge algo diferente —sugirió Adrik con la perezosa simpleza de alguien que resolvía las cosas de la forma más rápida, sin molestarse. Me asombró un poco que eso saliera de él.

—No importa, los fideos y el cangrejo estarán bien para mí —asintió ella en un tono más bajo.

Artie desvió la mirada y me di cuenta de que tan solo unas horas atrás estaba preocupada por la ropa con la que la vería Adrik, y que ahora parecía querer meterse debajo del subsuelo con aire afligido y desanimado. Sospeché que también había notado la indiferencia de Aegan.

Pensé que, por un lado, estaba bien que se diera cuenta de que no era el tipo perfecto que todos decían que era, pero, por otro lado, no me gustó que

la tratara de ese modo.

Así que encendí a la Jude que sabía joder las cosas. Mi favorita.

—Espera, ¿era cangrejo? —solté, falsamente confundida. El chef y todos me observaron—. Creo que escuché mal. Yo soy muy alérgica al cangrejo. Me da una hemorragia estomacal horrible. Mejor escogeré algo distinto. ¿Puedo ver el menú?

El chef se inclinó hacia un lado, cogió el menú y me lo ofreció.

Esa noche Aegan ya no iba a controlar la comida. *Sorry not sorry*.

—Artie, por favor, ayúdame a escoger —le pedí, sonriendo, y su carita se iluminó.

El chef tomó otro menú y se lo entregó. Tardé en decidirme, tratando de elegir de forma totalmente intencional. No sabía mucho de comida japonesa, así que me guie por esa sencilla regla de «el nombre más interesante y el precio más exagerado». Artie escogió unos fideos con pollo teriyaki, y yo me fui por...

—Quiero el *Karashi Renkon* y el *Tantanmen* —pedí con orgullo y entusiasmo.

—Jude, no —intervino Aegan.

Lo dijo tranquilo, pero él tenía una forma muy natural de hacer que todo sonara como una prohibición, como un mandato que no podías desafiar. Obviamente, iba a desafiarlo.

—Aegan, escogeré mi propia comida, ¿podrías respetar eso sin que te estalle una vena de la frente? —le pedí con una voz suave, pero firme.

Atisbé algo de tensión en su mandíbula. Incluso me miró con fijeza como si estuviera insultándome en su mente.

—Creo que... —quiso decirme algo Adrik, pero Aegan lo interrumpió sin dejar de mirarme:

—Adrik —pronunció en un claro: «No digas nada»—. Déjala. Es lo que quiere, es lo que tendrá.

Les dediqué una sonrisa falsa.

Me sentí satisfecha cuando acabaron de tomar nota para empezar a prepararlo todo. En la mesa se hizo un pequeño silencio. Adrik se sumió en su apatía, que debía ser su otra cara, además de la de culo. Permaneció ausente, dando a entender que no le importaba nada en absoluto, porque dentro de su cabeza las cosas estaban más entretenidas. Me pregunté qué habría querido decirme antes, pero solo Diosito lo sabía. Su hermano lo había silenciado. Otra señal de que tenía el poder.

Aegan me lanzó una pregunta:

—¿De dónde vienes, Jude...? ¿Solo Jude o tienes segundo nombre?

Lo hizo sonar casual, pero esto es algo que aprendí luego: Aegan no hacía preguntas solo por conversar. Él hacía preguntas para evaluar las respuestas.

—Es una historia graciosa —admití—. Soy de muchas partes. Y no, no tengo segundo nombre.

—¿De muchas partes? Explícanos eso, por favor —pidió, interesado.

No me molestó contarle:

—Bueno, desde muy jóvenes mis padres viajaban mucho debido a su religión. Vivieron en distintos países como misioneros, así que nunca me quedé solo con una cultura y una nacionalidad. Llegaron aquí cuando yo tenía diez años y nos quedamos porque su iglesia enfrentó un escándalo de acusaciones graves y fue disuelta.

Artie quedó asombrada y perturbada al mismo tiempo.

—Guau —dijo.

Aegan, por el contrario, no pareció ni un poco sorprendido por mi historia.

—Suenas como que tuvieron muchas dificultades, ¿no? —asintió, medio analítico—. Pero aquí estás años después, en una de las universidades más caras del país.

Sonreí ampliamente.

—Sí, aquí estoy —asentí también.

¿Qué? ¿Esperaba que le explicara cómo había pagado la matrícula de

Tagus? Pues no había sido con una beca, porque yo no era tan aplicada, lo siento. Solo había pagado el primer trimestre con unos ahorros que después te contaré de dónde habían salido, pero eso él no necesitaba saberlo. Tagus tenía varias formas de procesar la entrada de sus alumnos.

Antes de él poder hacerme otra pregunta, apareció Aleixandre. Venía muy relajado, como si darse prisa en llegar a la mesa fuera su último objetivo.

—Me he retrasado porque me puse a jugar a básquet con unos amigos y se me fue el tiempo —explicó cuando llegó y tomó asiento junto a Aegan.

¿Básquet? ¿Y no había ni una gota de sudor en su cara? ¿E iba con tejanos y jersey? ¿Y no tenía ni un pelo fuera de lugar e iba bien peinado hacia atrás como siempre? Sí tenía un ligero enrojecimiento en las mejillas que indicaba que había podido hacer algún tipo de esfuerzo en algún momento y que luego se había calmado, pero... ¿en verdad era eso lo que había estado haciendo? Por alguna razón sospeché que no.

Aegan lo miró un poco molesto, pero Aleixandre no lo notó porque estaba mirándonos a Artie y a mí con una divertida curiosidad, que no era en absoluto burlona, como la de Aegan. La suya era agradable, como si el chico en verdad disfrutara de la vida.

—Ella es Artemis —le presentó Aegan para aclararle los nombres—. Y ya sabes que ella es Jude —añadió, señalándome también.

—Jude, imposible de olvidar —asintió Aleixandre, ¿y fue impresión mía o reprimió una risa?

Además, la forma en la que pronunció mi nombre se me hizo rara, y me incomodó un poco.

—En cuanto a Artemis, tengo dudas —agregó, y la miró con cierta extrañeza.

—Voy a segundo año —respondió ella. Su voz aún se oía algo desanimada—. Biología.

Aleixandre entrecerró los ojos y la estudió de la misma forma que uno examinaba un rostro desconocido, pero familiar, tratando de encontrarlo en

los recovecos de sus recuerdos.

—¿Compartimos alguna clase o algo? —le preguntó él.

—No, la verdad es que no —negó ella, rascándose una aleta de la nariz.

—Es que me parece haberte visto antes —insistió.

—Quizá por los pasillos o en el campus —señaló Artie con obviedad.

Aleixandre formó una línea con los labios, chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—No, no así...

—Ya te ha dicho que quizá la has visto por ahí —intervino Aegan, tratando de zanjar el tema—. Cuéntame cómo va lo del evento benéfico.

Al instante, Aleixandre centró su atención en contestar la pregunta de su hermano, y empezó a explicarle cosas con bastante entusiasmo. Resultaba gracioso ver que nadie mostraba su mismo ánimo. Aegan lo escuchaba serio, asintiendo. Adrik..., bueno, parecía que todo el mundo le importaba una mierda, con su aura distante e impasible, mirando el vacío como si no estuviera ahí, con nosotros, sino en un universo en el que nos podía mutilar a todos. Artie permanecía extrañamente pensativa.

—Debes pedirle a Jude sus medidas —dijo Aegan, lo cual me hizo sentir curiosidad por el tema.

—¿Qué? —pregunté para meterme en la conversación—. ¿Por qué?

—Porque vas a venir conmigo al evento benéfico —contestó Aegan, y cogió su vaso de agua para beber un poco. Sus movimientos eran elegantes, no se podía negar.

«Que yo iría con él a un evento.» De nuevo había decidido por mí.

Me quedé con cara de «¿qué te pasa, bro?».

—Es dentro de dos semanas —me aclaró Aleixandre—. No será aquí en el campus porque se organiza en nombre de nuestro padre, se hará en la casa de campo que tenemos en el pueblo. Es un evento grande que saldrá en algunas revistas, así que estamos pensando en que nuestras novias se pongan algo que combine con nuestros trajes.

—¿Como si ustedes fueran Hugh Hefner y ellas sus conejitas? —solté, sorprendida por lo ridículo que sonaba.

—Pues sí, pero más elegantes —asintió Aleixandre, riendo gratamente sorprendido.

Lo miré como si estuviese bromeando, pero no había nada de eso en su rostro, todo lo contrario, solo pude ver el entusiasmo de un niño listo para resplandecer. Luego miré a Aegan, justo cuando él dejó el vaso de nuevo sobre la mesa y se relamió los labios. Se me encendió una llamita que solo necesitaba un poco para convertirse en un fuego arrasador. Tal vez así se hacía en los eventos de la élite. Tal vez los chicos y las chicas procuraban que sus atuendos combinaran para resaltar, pero no me gustó que él tomara una decisión que me afectaba en mi cara.

—El problema es que yo no soy tu novia —le solté sin poder aguantarme.

—No es necesario que lo seas para que vengas conmigo —me aseguró con suma tranquilidad.

—El otro problema es que tal vez no quiero ir contigo —rebatí.

Aleixandre reprimió una risa y la comida salvó el momento. De repente, la trajeron. Me pusieron enfrente dos platillos que jamás había visto ni probado. Uno era un tazón con fideos y trozos de algo que parecía carne. En el otro había varias rodajas algo gruesas de color amarillo con puntos de alguna crema en el centro. Pensando que ya se había acabado el tema de ir juntos al evento, tomé mis palillos y cogí una de esas rodajas.

Sentí que Adrik me estaba mirando fijamente, pero era momento de comer, de disfrutar, de llenar la panza sin oír la insoportable voz de Aeg...

—Cuando quieras negar algo, asegúrate de no decir «tal vez» —me lanzó él justo cuando yo estaba a punto de meter la rodaja en mi boca—, porque dejas la posibilidad abierta.

Y en su rostro de atractivo demonio que por desgracia la genética le había concedido, apareció una sonrisa que solo podía emanar malicia. Encontré de nuevo ese brillo salvaje y desafiante en su mirada entornada. Se estaba

burlando sin decir una jodida palabra, ¿eh? Pues le respondería. Ya enojada, preparé una respuesta monumental para él, una maravillosa que iba a dejarlo callado, pero antes me comí la rodaja y la mastiqué y tragué rápido para poder hablar.

Obviamente, todo me salió mal.

Solo sé que, primero, las palabras no me salieron, y que cuando él vio que no me salieron, aprovechó y añadió con divertida malevolencia:

—Estoy seguro de que estarás preciosa con el vestido en el evento.

Tras eso, un cataclismo estalló en mi boca y en mi garganta. Todo y todos desaparecieron de mi alrededor. El sabor de aquella rodaja que me había zampado a toda velocidad detonó con el mismo impacto que una bomba nuclear. Sentí lo picante, lo ardiente y luego un vapor caliente que subió hasta mi nariz y me picó con maldad. Entonces todo mi rostro se transformó. Con la boca abierta, los ojos desorbitados y la cara a punto de ponérseme roja, lo único que pude pensar fue: «¡¿Qué demonios es esto?! ¡¿Por qué pica tantooo?! ¡¡¡Necesito agua ya mismo!!!».

—Ay, Jude, ¿qué sucede? ¿Estás bien? —escuché que me preguntaba Artie.

—¡¡¡Agua!!! —grité.

Me lancé a por ella. Como si fuera el último vaso de la tierra, lo agarré y me eché hacia atrás para que el líquido entrara mejor en mi boca y pudiera tragármelo sin parar. Pero ¡lo picante no desapareció! Así que me lancé a por el vaso de Artie, tirando los cubiertos al suelo en el intento. Bebí otra vez, desesperada, sin ser consciente de que los demás me observaban porque estaba haciendo todo de forma urgente y angustiada.

Solo escuché las voces discutiendo muy rápido a mi alrededor.

Aleixandre:

—¿Pidió comida picante?

Artie, preocupada:

—Creo...

Aleixandre, confundido:

—Pero ¿por qué se lo ha comido así si sabía que era picante?

Artie, asustada:

—¡Creo que ella no lo sabía!

Aegan:

—Le dije que no lo pidiera.

Artie, más asustada:

—¡No fuiste nada específico!

Aegan, ofendido:

—¿Me estás culpando entonces?

Artie, el triple de asustada:

—¡Pudiste habérselo dicho!

Aegan, desafiante:

—Mira, ten mucho cuidado con lo que dices, Artemis.

Artie, enfadada:

—¡No sé si sabes que podría morirse!

Aegan, imbécil:

—¡¿Quieres ponerme una demanda entonces?! Mejor cállate. No ayudas nada.

Aleixandre, el único sensato:

—¡Traigan leche, por favor! ¡Neutraliza más rápido el picante!

Atacando todos los vasos de agua de la mesa e incluso la jarra de la mesa, provoqué un desastre. Por un lado, sabía que lo estaba haciendo, pero, por otro, que era el lado de mi cuerpo intentando sobrevivir al fuego del picante aún en mi garganta, no me importó. Mis ojos lloraban, la nariz me picaba, mi lengua parecía estar viviendo un infierno. Desesperada, incluso bebí agua y luego la escupí para limpiar mis papilas gustativas. Los platos cayeron, las sillas se arrastraron hacia atrás. Oí a Aegan diciéndome que parara, a Artie intentando ayudarme de alguna manera, a Aleixandre pidiendo que trajeran rápido la leche...

Cuando vi la leche en la mano del camarero, se la arrebaté como un cavernícola debía de arrebatar un trozo de carne a otro cavernícola. Ni siquiera respiré mientras me la bebía. Poco a poco, el picor comenzó a desaparecer. No fue tan rápido como esperaba, pero desde luego la leche me ayudó. Mi pecho convulsionado se calmó y comenzó a aminorar su ritmo enloquecido.

El fuego se fue reduciendo...

Al final solté un jadeo fuerte y caí sentada en mi silla. El mundo volvió a aparecer ante mí y a tener sentido, y recorrí el lugar con la mirada. Había un silencio general. Los hermanos estaban de pie alrededor de la mesa, mirándome, atónitos. El camarero pestañeaba con perplejidad. Desde las otras mesas, la gente me observaba, sorprendida. Artie estaba junto a mí con las manos sobre la boca y las cejas arqueadas de miedo y preocupación.

Ay, Dios...

Acababa de hacer el ridículo.

Lo cual no era una novedad.

—Disculpen —dijo Adrik, rompiendo el silencio y dirigiéndose a algún camarero imaginario—. ¿Me pueden servir una copa de cloro con unas gotas de ácido?

A decir verdad, a mí también me habría venido bien ese combinado en una copita.

La cena quedó arruinada, por supuesto. Mi plan de fastidiar a Aegan, arruinado. Él pagó los platos y vasos destrozados y luego pidió comida para llevar. Después Aleixandre se fue por su lado y los cuatro que habíamos llegado juntos tuvimos que volver al apartamento de la misma forma, en el mismo vehículo, con el mismo denso silencio.

¿Qué había descubierto durante esa cena?

Que no debía pedir comida solo por su nombre.

Que Aegan necesitaba controlarlo todo.

Que Aleixandre era una copia de su hermano mayor.

Y que Adrik era tan indescifrable como un manuscrito escrito el año 1 antes de Cristo.

Lo demostró en el preciso momento en que Aegan aparcó frente al edificio, porque abrió la puerta, se bajó y fue a su auto para arrancar y largarse. No dijo nada ni se despidió.

Artie, por su parte, habló en tono cordial:

—Adiós, Aegan.

Él no le respondió y ella entró en el edificio. Yo no pensaba despedirme. Mi intención era abrir la puerta para bajarme también y darle la espalda, pero Aegan me tocó el codo.

—Espera un momento —me pidió.

—Mira, no sabía que era comida picante, ¿de acuerdo? —me apresuré a dejar claro. Me negaba a recibir cualquier tipo de reproche—. Y estaba demasiado picante, no exageraré, sentía que...

—No es eso... —me detuvo, entornando los ojos.

—Ah.

Volví a acomodarme en el asiento, interesada en saber qué idiotez diría. Estábamos solos, no había gente alrededor, no estaban Artie ni sus hermanos. Esperé que dejara de fingir, porque yo quería ver al verdadero Aegan, el que sabía que estaba ahí dentro, no a ese personaje que usaba para salvaguardar su imagen.

Lo que esperé no llegó.

—Quiero salir contigo —me dijo finalmente—. Como ya sabrás, será solo durante noventa días. En ese lapso de tiempo, hay algunas indicaciones que debes seguir. No son demasiadas, pero cada una es importante para...

—¿No alterar al macho dominante que es obvio que hay en ti? —completé con una ceja enarcada.

—Para mantener un equilibrio entre tú y yo —me corrigió.

Solté una risa absurda, sin rastro alguno de diversión.

¿Indicaciones? ¿Unas indicaciones como si él tuviera el derecho a poner

pautas sobre la gente? No pude evitarlo, eso se clavó hasta en mi apellido, por lo que la llamita que mencioné anteriormente se transformó en un fuego que prometía arder en ansias de consumirlo.

—¿Qué pasa si yo no quiero que haya ningún equilibrio? —refuté.

Aegan dijo simplemente:

—Entonces nos llevaríamos muy mal.

—Ya nos llevamos mal —le solté sin rodeos—. No me creo tu teatrillo de chico caballeroso. Estás fingiendo.

Sus comisuras se extendieron un poco en una sonrisa maliciosa, pero misteriosa. Pudo haber sido un «Ups, me has descubierto» o un «Hum, ¿de verdad lo crees», pero no estuve segura. Esperé que dijera algo, pero no lo hizo, y eso mismo fue la confirmación de mis palabras. Fingía. Ahora, la pregunta era: ¿por qué?

—¿Por qué estás haciendo esto? —le pregunté.

—Porque me gusta cumplir ciertas reglas en mis relaciones —contestó, mostrándose sorprendido por mi incompreensión—. ¿Qué problema hay?

—No me refiero a esa estupidez de reglas e indicaciones al estilo Christian Grey. Me refiero a escogerme, a querer salir conmigo.

—¿Quieres que te diga que eres especial y todo eso?

—No, quiero que me digas cuál es tu plan —exigí—, porque sé que tienes uno.

Estábamos de lado sobre los asientos, encarándonos. Aegan entornó los ojos. Y vi en ellos un brillo astuto y peligroso.

—¿Has escuchado la frase «Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca»? —susurró—. Es parte de mi filosofía de vida, preciosa.

—El «preciosa» te lo puedes meter como un supositorio —escupí.

Soltó un resoplido de alivio.

—Qué bien, ya me estaba fastidiando tener que usar contigo una palabra que no te va para nada.

Ahí estaba. Ese era el Aegan real: cruel, odioso, como una versión menos

sangrienta del Joker.

—¡Por fin! —me mofé—. No eres el Aegan caballeroso y bueno que quieres aparentar.

Él endureció el gesto.

—¿Y tú quién eres? —replicó, desafiante y al mismo tiempo burlón—. Porque sales de la nada y luego andas por ahí insultando mi nombre. Pensé que lo estaba malinterpretando, pero cada vez me queda más claro que quieres empezar una guerra, y me preocupa cómo eso puede terminar para ti.

¿Para mí? Vaya, ¿en serio? Oh, vaya... Aegan confiaba en que, fuera lo que fuera que ocurriera con nosotros, él iba a ganar.

—Si crees que me das miedo, estás equivocado —sentí que debía aclararle—. Los tipos como tú no me intimidan.

Negó con la cabeza y luego sonrió con una satisfacción macabra.

—No intento darte miedo. Intento decirte la verdad. —Habló lentamente y en tono amenazador—: No empieces una pelea que no vas a ganar, Jude Derry.

—¿Estás muy seguro de eso? —le reté.

—Yo tengo los medios para luchar, y tú, por lo que veo, no tienes nada.

Me hizo un repaso muy sutil, de esos despectivos y superiores, quizá como una estrategia para que yo me acobardara. ¿Usaba esa táctica con los demás? Tal vez le funcionara con otros. Conmigo, no.

—Tengo algo que es suficiente para estar en tu mismo nivel —le aseguré con una sonrisa amarga—. Se llama valor. Fue lo que me hizo sentarme en esa mesa la noche de los juegos para dejarte como un imbécil y es lo que tendré para enfrentar cualquiera de tus ataques si es que te atreves a llevarlos a cabo, porque si me buscas me vas a encontrar. Siempre.

Abrí la puerta, bajé del coche y me alejé a grandes zancadas por el caminito. Mientras avanzaba, escuché detrás de mí:

—¡Te pasaré a buscar para ir a clase por la mañana! ¡Buenas noches,

preciosa!

Cuando llegué al apartamento, cerré la puerta y me apoyé en ella. Solté un montón de aire.

Oh, por todos los dioses... El corazón me latía nervioso, pero con una adrenalina de valor. Acababa de decirle a Aegan Cash que me enfrentaría a cualquiera de sus ataques; que si quería guerra, la tendría, como si en verdad tuviera los mismos medios que él, cosa que obviamente no era cierta. Porque sí, el valor era importante, pero Harry Potter no había destruido a Voldemort solo con valor. Había requerido mucho más.

Aun así, no estaba arrepentida. Le había dejado claro que no me intimidaba. Eso serviría para que al menos entendiera que conmigo no la tendría fácil.

En medio de mi caos mental, recordé a Artie. Fui y llamé a la puerta de su habitación porque estaba cerrada. Recordaba haberla oído discutir con Aegan, y cómo él la había mandado callar. En el auto, él no le había devuelto la despedida, y le había importado un comino si ella se moría o no por su alergia al salmón. Era obvio que había pasado un mal rato. Lo peor era que yo no me había levantado de la mesa en ese momento y me la había llevado, solo porque pensaba ser más lista que ellos.

La verdad era que nunca había tenido más que conocidas, jamás había tratado de ser amiga de alguien o dejar que alguien fuera mi amiga. No sabía exactamente cómo debía manejar el asunto, así que volví a llamar a la puerta y traté de ser sincera.

—Artie —dije, pues sabía que estaría escuchándome—, lo siento mucho. Debí decirte que nos fuéramos. No, en realidad debí preguntarte si querías ir a esa cena antes de decidirlo. Fue estúpido por mi parte.

No obtuve respuesta.

—De verdad lo siento —agregué en un suspiro—. Si estás enfadada, tienes todo el derecho de no aceptar mis disculpas y de dejar de hablarme, lo entenderé.

Sin respuesta.

—Bueno, gracias por haberte preocupado por mí —finalicé—. Prometo no fastidiarte a partir de mañana. Por favor, no te sientas mal por culpa de ese imbécil. Buenas noches.

Me di la vuelta para ir a mi habitación a recriminarme a mí misma por mis acciones.

Pero de pronto la puerta de Artie se abrió.

Apareció ante mí con los ojos enrojecidos y llorosos, y el maquillaje arruinado. Sí, había estado llorando, pero he aquí lo importante: lejos de parecer triste o afligida como la Artie del restaurante, se veía enfadada, resentida y sobre todo decidida a algo.

Ahí fue cuando me soltó la bomba que lo cambiaría todo:

—Jude, hay algo que debes saber.

—¿Sobre qué?

—Sobre Aegan.

Mi corazón se aceleró. Tuve un presentimiento extraño.

—Por el tono en el que lo dices parece malo.

Ella asintió.

—Es malo.

Oh.

Dios.

Esto acababa de ponerse bueno.

Los secretos de Aegan Cash tienen más secretos

Mi cara mostró un «¿qué?».

Y mi boca emitió un:

—¿Qué?

Artie se limpió la nariz con la muñeca y entró de nuevo en su habitación, esta vez dejando la puerta abierta para que yo pudiera pasar. La vi dirigirse a su cama. Pensé que se sentaría o se lanzaría sobre ella para empezar a llorar como una princesa Disney, pero ya debiste haberte dado cuenta de que en esta historia no hay princesas ni suceden cosas buenas como las que les pasan a las princesas.

Artie se inclinó, alzó un poco el colchón y cogió algo de debajo de él. Cuando soltó el colchón y vi que era un paquete de cigarrillos y un encendedor, la miré con los ojos bien abiertos de la sorpresa.

—¿Fumas? —pregunté, y lo hice con tono de sorpresa porque, vamos, desde el día número uno Artie había dado toda la impresión de ser una chica buena que evitaba los problemas. ¿Ahora sacaba cigarrillos de debajo de su cama?

Definitivamente, mis sospechas de que no era la chica que aparentaba eran ciertas.

—Cuando tengo mucho estrés por los exámenes —suspiró mientras encendía uno— o por cosas... así.

Dio una calada como si fuese lo único que necesitara, se sentó en la cama y se apoyó en el cabecero con las piernas contra su pecho. Yo me acerqué para sentarme en el borde, a la expectativa, ansiosa de escuchar lo que tenía para decir.

—¿Y bien? —le animé a contarme—. ¿Qué debo saber?

No dijo nada al instante. Miró el vacío por un momento con los ojos humedecidos, y luego, como si ya lo hubiese decidido, me miró, y juro que, de alguna forma, su aspecto en ese instante nada tenía que ver con la chica temerosa y nerviosa que solía ser. Parecía alguien que había estado guardando mucho dolor y que finalmente explotaba, pero sobre todo era evidente que estaba dispuesta a hablar de algo de lo que no había hablado con nadie más.

—¿Has oído el nombre Eli Denver? —me preguntó.

La busqué en mis registros mentales.

—Recuerdo lo que contó Dash, que los Denvers son una de las grandes familias que hacen donaciones anuales a Tagus —contesté—. Pero Eli, exactamente, no sé quién es.

—Estudió aquí el año pasado, y era la novia de Aegan —me reveló—. La novia oficial, la que conocía desde que iban al colegio, con la que no tenía tiempo límite.

Al escuchar esto, me quedé patidifusa (me hace gracia esta palabra y quería usarla).

Es que ¿te imaginas al Aegan que te he presentado hasta ahora con una relación seria? Yo no pude hacerme la idea en ese instante, primero porque: ¿qué chica tenía la paciencia y la poca dignidad necesarias para amar a ese troglodita? Y segundo porque: ¿ese troglodita podía querer a alguien?

—De acuerdo, ¿qué sucedió? —pregunté, sintiendo mucha curiosidad—. Porque de estar aquí ya la habría visto o al menos habría escuchado hablar

de ella.

Artie exhaló humo un momento antes de contestarme:

—Pasó que, un día, Eli desapareció.

—¿De Tagus? —pregunté, confundida.

—De todas partes.

—¿Es que se la llevaron de aquí sus padres o...?

—No, simplemente un día no volvió más a clases, y nadie la ha vuelto a ver otra vez.

Artie miró mi reacción con curiosidad. Seguramente pensó que un iceberg parecería menos congelado de lo que yo lo estaba en ese instante ante esa revelación tan inesperada. Y no vas a entender todavía esto que te voy a decir: pero me pregunté si era que el destino me acababa de arrojar a la cara algo que no podía ser una simple casualidad, algo como una señal, como un mensaje tipo «¿a que esto no te lo esperas, flaca?».

Un montón de preguntas sacudieron mi mente, pero sentí que la primera que debía hacer era:

—¿Nadie sabe a dónde se fue?

Ella negó con la cabeza.

—No, todo fue muy raro. —Sus cejas un poco arqueadas y el nerviosismo con el que le temblaban los dedos que sostenían el cigarrillo me indicaron que le perturbaba el tema—. Un día Eli andaba por los pasillos de la facultad de la mano de Aegan y al siguiente ya no estaba. Luego, una semana después, sus redes sociales desaparecieron. Todos los perfiles en los que solía estar activa se borraron. Si buscas ahora, no hay ni rastro de Eli Denver desde el año pasado. De sus familiares sí, pero sobre ella, nada.

Mi cara demostró mayor confusión, y no me molesté en ocultarlo.

—Es muy raro —admití.

—A mí también me pareció muy raro —concordó conmigo—. Pero creo que fui a la única que se lo pareció, porque solo se habló de ella un par de días. Después pasó como suele ocurrir con todo aquí: apareció un nuevo y

mejor chisme y la gente fue olvidando lo sucedido.

Me levanté de la cama e hice un gesto de «espera un momentito, Artemis».

—Pero ¿y si se fue a otra universidad o se mudó a otro país? —consideré—. A veces la gente se larga sin...

—No hizo nada de eso —me interrumpió—. Lo investigué.

—¿Lo investigaste?! —solté, atónita, y solo porque me sorprendió mucho que ella, la chica temerosa, hubiera hecho algo así.

—Sí, porque...

Se interrumpió con brusquedad. La vi apretar los labios como si dudara en decirme lo que había querido decirme al iniciar la frase, como si una parte de ella le hubiera dicho: «No, cállate. Piénsalo mejor...». Pero, por Dios, no podía dejarme con esa intriga.

—¿Qué? —la animé a completar.

Artie apretó más los labios y negó en silencio con aflicción. Sin paciencia, me puse frente a ella, la tomé por los hombros y la miré a los ojos. Traté de dedicarle una mirada de apoyo, de complicidad, quería que entendiera que el hecho de que me estuviera contando eso acababa de marcar un después en nuestra relación de compañeras de apartamento.

—¿Qué, Artie? —insistí—. Dímelo.

Suspiró sonoramente, y su expresión se mezcló con la preocupación y la valentía.

Lo susurró:

—Creo que Aegan la hizo desaparecer.

Madre santa de todas las madres santas. ¿Aquello en verdad estaba pasando? ¿De verdad Artie acababa de decir eso? Tampoco vas a entender esto aún: pero se me aceleró el corazón de una forma extraña, como si esas palabras me emocionaran, asustaran, sorprendieran y confundieran; todo al mismo tiempo, todo en el mismo nivel.

—Es una acusación muy seria... —fue lo que salió de mi boca.

Artie asintió con aflicción y volvió a dar una ansiosa calada a su cigarrillo, para evitar echarse a llorar de nuevo.

—Lo sé, lo sé, pero es que...

Entonces me lo contó.

Un día del año anterior, ella había salido del campus con un chico. Fueron al restaurante de un hotel popular fuera de Tagus. Justo antes de entrar, Artie vio a Aegan salir del hotel con una chica desconocida. Salir de un hotel con alguien puede no ser sospechoso, pero verlos besarse, que fue lo que ella presencié, fue una confirmación de que no habían estado ahí solo hablando. El día anterior a eso, Eli no volvió a verse por las facultades. No regresó a sus clases habituales. Había desaparecido de Tagus y no se la había vuelto a ver en ningún sitio.

—Pues no me sorprende que Aegan le fuese infiel —admití, porque, a ver, ¿tú te lo imaginas fiel? Yo no—. Es posible que Eli se fuese al descubrir ese engaño.

—Que se fuese de Tagus por eso, sí, es posible, pero ¿que desapareciera por completo? —enfaticé Artie—. Porque te puedes ir enfadada, pero ¿borrar todas tus redes, que no aparezca nada sobre ti aun cuando tu familia es muy activa socialmente, que ellos no te mencionen nunca? Como... como si te hubieras muerto.

«Muerto».

La palabra me causó un escalofrío.

Se hizo un silencio en la habitación, que olía al humo de cigarrillo. Artie fumó con las cejas arqueadas, presa del miedo y la duda. Veía que continuaba luchando contra sus emociones, y eso me indicó que podía seguir explotando, lo cual era bueno porque, más que nunca, estaba segura de que tenía más cosas que revelar. Y que hubiera más en todo ese nuevo e intrigante tema de Eli estaba aumentando mi nivel de adrenalina... Oh, sí... Oh, sí....

Estaba mal, pero necesitaba saber el resto. De ahí no se iba nadie hasta

que me lo contara todo.

Presioné.

—Pero no hay ningún indicio de que lo que tú crees sobre que Aegan le hizo algo malo sea cierto... —Me encogí de hombros—. Así que solo podemos pensar que se fue enfadada al saber que él le había engañado, ¿no?

Los dedos de Artie que sujetaban el cigarrillo temblaron más mientras daba otra profunda calada.

—¿O hay más? —me atreví a preguntarle con cautela.

Dudó, asustada. Yo puse una mano sobre su pierna para transmitirle mi apoyo.

—Puedes contar conmigo —agregué—. Sabes que jamás estaré del lado de ellos. Además, si se trata de secretos, créeme que sé guardarlos muy bien.

Tras un silencio en el que pensé que no diría nada más y que fracasaría, ella apagó con rabia el cigarrillo en un cenicero de la mesilla. De nuevo parecía decidida. Se levantó de la cama y otra vez alzó el colchón. Pero, por Voldemort, ¿cuántas cosas guardaba ahí? Sacó algo diferente a los cigarrillos: una memoria USB.

Me quedé algo confundida por el rumbo que iba a tomar el tema, sin embargo, esperé mientras que de su mesilla de noche cogió su portátil, lo encendió y conectó el dispositivo.

—Te mostraré un vídeo —me dijo—. Es una grabación de una cámara de vigilancia instalada en la biblioteca de Tagus, pero no en la actual que todos conocen, sino en la antigua biblioteca, que el año pasado fue cerrada a los estudiantes normales para que solo fuese usada por profesores, personal administrativo o estudiantes pertenecientes al consejo.

Tras buscar el archivo, Artie me pidió que nos sentáramos juntas para ver las imágenes. Intrigada a un nivel que me tenía moviendo el pie compulsivamente contra el suelo, miré.

La grabación apareció en la pantalla. Se veía a color, pero con esa calidad

característica de las cámaras de vigilancia. Apuntaba a una fila de mesas con ordenadores algo pasados de generación y una impresora. Frente a uno de los ordenadores estaba sentada una chica. Su cabello era rojizo, rizado y muy largo. Sus rasgos faciales no eran completamente claros, pero se captaba un rostro con forma de corazón, nariz pequeña y labios carnosos. Sospeché que Dash hubiera dicho: «Es una diosa de piel caramelo». Sin embargo, lo que más resaltaba era su expresión, porque parecía muy nerviosa. Estuvo un momento moviendo el ratón ansiosa, después se levantó de la silla y, con prisas, fue hacia la impresora. Esperó un instante a que la impresora le diera una hoja y a continuación corrió hacia su silla de nuevo, hizo algo en el ordenador y cogió su mochila. Se la puso muy rápido mientras miraba a todas partes. Finalmente se fue.

Artie cerró la ventana del vídeo y quitó el USB del portátil.

—Esa era Eli el día antes de que no se la volviera a ver más —me informó, mirándome ahora con inquietud—. ¿Notaste algo importante?

—Pues que tenía cara de asustada, que imprimió algo con mucho nerviosismo y que luego se fue corriendo —resumí. Miré a Artie con cierta confusión—. Pero ¿de dónde lo has sacado?

Ella se rascó la nuca con aire apenado.

—Hay un chico con el que me he estado divirtiendo desde el año pasado. —Su voz demostró que no le enorgullecía mucho eso—. Estudia Informática. Es de los pocos que ha entrado con beca, y trabaja en el área de vigilancia de Tagus por las noches.

Me lo contó también:

Tres días después de que Eli desapareciera, Artie fue al área de vigilancia a, digamos, pasar un buen rato con ese chico, ya sabes, a manosearse, besarse, entrar en calor... Bueno, la Artie pasional llegó por sorpresa mientras el chico estaba haciendo la inspección de la grabación de la biblioteca. Se le subió encima en la silla giratoria, frente a las pantallas, y comenzaron a besarse. Artie se separó del beso un instante para quitarse la

camisa y fue entonces cuando sus ojos se encontraron con el momento exacto en el que Eli estaba imprimiendo algo.

—Y robé la grabación —me explicó, poco orgullosa de ello—. No iba a delatarla. Oculté el vídeo porque creí que Eli estaba haciendo alguna broma o algo para mejorar sus notas. No sabía que luego desaparecería y que la grabación me haría pensar lo que ya te he dicho que pienso sobre Aegan.

Estaba muy sorprendida, en serio, porque Artie guardaba demasiada información, pero mi mente estaba más conectada en ese instante con Eli.

Ya entendía por qué Artie creía que Aegan tenía algo que ver con su desaparición o con lo que fuera que le había pasado. Se podían suponer muchas cosas viendo a esa chica asustada en la grabación, pero era fácil conectar su comportamiento con Aegan cuando recordabas que una de las cosas que él inspiraba era miedo, y ni siquiera de forma intencional. Su postura, su voz dictatorial, su seguridad, la fama de su familia, su capacidad para conseguir lo que quería, todo en él hacía que lo vieras como una persona a la que no podías desafiar, una persona superior a cualquiera. Una persona con un lado oscuro.

¿Eli había tenido miedo de Aegan tal vez?

—¿Qué hizo Aegan cuando ella desapareció? —indagué.

—Nada —resopló Artie—. Al día siguiente asistió con normalidad a todas sus clases. Y nunca se le vio afectado o preocupado, andaba por ahí igual que siempre, seguro y feliz. Nadie le hizo preguntas y él tampoco dio explicaciones. Fue como si nunca hubiese tenido una novia llamada Eli. ¿Crees que eso es normal? ¿Es normal que ignores el hecho de que la chica con la que ibas todos los días de la mano, de repente, un día desaparezca?

No, no lo era.

Nada de lo que estaba viendo y escuchando era normal.

Había algo muy raro en la desaparición de Eli, en la grabación, en que Artie viera a Aegan besando a otra chica... Eran retazos desperdigados de un suceso que nadie se había encargado de unir. Retazos intrigantes,

tentadores...

—¿Alguien más sabe esto? —pregunté.

—No, y nadie más debe saberlo —dijo Artie, nerviosa—. Aunque esta grabación exista no prueba nada, y los Cash tienen medios de sobra para tapar cualquier escándalo y ponerlo todo a su favor.

—Pero...

Fue ella quien en ese momento se puso frente a mí y me miró con gravedad. Con el delineado corrido por las lágrimas y los ojos enrojecidos, me pareció una chica afectada profundamente por cosas que nadie se imaginaba.

—Yo no dije nada ni diré nada —afirmó, segura de su decisión—. Y sí, es porque soy una cobarde.

Intenté animarla.

—No eres una cobarde, solo te falta más valentía.

—Esa es una forma amable de decirle cobarde a alguien —resopló ella, poniendo los ojos en blanco—. Pero el caso, Jude, es que decidí contarte todo esto porque él está más cerca de ti cada vez, se nota que le interesas, y tengo la preocupante sensación de que no es porque le gustes.

Yo también la tenía. No le gustaba a Aegan, de eso estaba segura, pero sus razones para salir conmigo seguían siendo un misterio. ¿Tal vez solo por haberlo desafiado?

—No le tengo miedo —dije. Quería dejárselo claro.

—Pues yo sí —contestó ella al instante, y con las siguientes palabras su voz amenazó con quebrarse—: No quiero que un día desaparezcas igual que Eli. Tienes que alejarte de los Cash.

Percibí su preocupación. Era genuina. Sin embargo, no podía pretender que después de soltarme las bombas que me había soltado, a mí, la persona más antipasividad del mundo, me quedara tranquila. No, Artie, no.

—Mira, llevo solo dos semanas aquí y creo en lo que dices sobre Aegan —le dije, antes que nada—. No hay que conocerlo a fondo para notar que es

todo menos lo que las personas creen que es.

Artie dejó caer los brazos, vencida, se sentó de nuevo en la cama como derrotada y miró el suelo. Sus ojos amenazaron con volver a humedecerse.

—No solo Aegan —dijo, sometiéndolo su nerviosismo por otro momento—. Los tres Cash son como un pozo de mentiras que se llena y se llena, pero nunca se desborda. —Su valentía, sin embargo, no duró mucho tiempo—. Aunque igual yo estoy exagerando y Aegan no tiene nada que ver...

—¿Sientes que estás exagerando? —le pregunté cruzándome de brazos.

Ella se mordió la uña del dedo índice, pensó un momento y luego se frustró.

—¡No sé qué siento! —soltó, y empezó a moverse inquieta por la habitación—. No quiero que te pase nada ni que me pase nada a mí, pero también... ¡También quisiera que fuera cierto que él le hizo algo a Eli para que pague por ello y jamás vuelva a tener el poder de tratar a la gente como si fuera basura!

Mi radar me dijo que Artie sabía más de lo que demostraba y eso podía ser algo peligroso, pero no era quién para juzgarla en ese momento en el que solo importaba una cosa: el misterio alrededor de Aegan. Un misterio que se había esmerado en ocultar, porque eso de no hablar sobre Eli al día siguiente de su desaparición sin duda era sospechoso.

Dios, en serio todo eso no podía ser una casualidad.

Y me encantó que no lo fuera.

Artie se detuvo abruptamente, pálida.

—Jude, júrame que no le dirás esto a nadie —me pidió de pronto, como si se acabara de dar cuenta de que me había revelado algo muy grave—. Júrame que, por más enfadada que estés con Aegan, no vas a soltárselo.

Claro que no le diría nada a nadie, y mucho menos a él.

Porque haría algo mejor: pensaba investigar qué había pasado.

Adopté una postura seria.

—Juro que no lo diré a nadie —asentí.

Artie recuperó algo de color.

Pero siempre ten en cuenta esto: hacer juramentos es muy fácil si sabes cómo enunciarlos estratégicamente.

—Lo que no puedo jurar es que no haré nada contra él —añadí.

Volvió a ponerse pálida.

—¿A qué te refieres? —preguntó en un hilo de voz.

Mi cabecita había forjado un plan.

—¿Recuerdas la idea de Kiana? —dije—. Esa de que yo saliera con Aegan para dejarlo antes de los noventa días y humillarlo.

Artie arqueó mucho las cejas, repentinamente asustada porque entendió al instante hacia dónde iba.

—Ay, Jude, no estarás pensando que...

—¿Puedo hacerlo? —completé—. Sí, es lo que estoy pensando.

Bueno, eso y varias cosas más, pero ella no tenía por qué saberlo, y menos con esa cara de cachorro asustado que parecía dudar hasta de respirar.

—Pero ¿¿por qué?!

La tomé por los hombros y se lo expliqué:

—Porque te trató mal, engañó a Eli y me puso en una lista como si yo fuese ganado. Solo con eso me atacó a mí y a mi género, así que yo lo atacaré a él.

¿Cuántas veces había funcionado ese plan? Cady Heron contra Regina George. Blair Waldorf contra cualquiera que intentara opacarla. Verónica Sawyer contra Heather Chandler (este ejemplo es el peor). Esas chicas habían actuado (mal, Jude, mal, admitámoslo), pero habían logrado algo, al menos un cambio. Solo tenía que pensar bien los pasos que tenía que dar; si lo hacía, estaba segura de que conseguiría atentar contra el imperio Cash.

—Es una misión suicida. —Artie negó con la cabeza—. No vas a lograr nada tú sola. Lo único que conseguirás será enfurecer más a Aegan, y entonces tal vez tengas que irte de Tagus. ¿Quieres eso?

—Es que no lo haré sola —sonreí con seguridad—. Cuento contigo, con

Kiana y con Dash.

Artie sintió que necesitaba volver a fumar y empezó a sacar, nerviosa, otro cigarrillo.

—No lo sé, Jude, solo somos chicas comunes y corrientes...

Pronuncié lentamente cada palabra para que lo entendiera de una vez:

—Somos chicas, sí, pero de las de ahora, de las que ya se cansaron. ¿O no estás cansada?

—Sí... —admitió en un susurro mientras intentaba encender el cigarrillo con las manos tan temblorosas.

—Te molestó cómo Aegan te trató, ¿no? —le recordé.

—Sí...

Entonces, ¿qué había que perder?

Claro, muchas cosas, pero ¿qué sabía mi yo de dieciocho años con fantasías de Capitana Marvel?

Artie se dejó caer en la cama, fumando. Suspiró con aflicción.

—Esto puede salir muy mal —murmuró.

—Solo imagina la cara de Aegan humillado —lancé para mostrarle otras perspectivas—. Como tú misma has dicho, ha de dejar de creer que tiene el poder de tratar a la gente como se le antoje.

Para mi sorpresa, la comisura derecha de su boca se alzó un poco. Sin duda, se lo estaba imaginando. Luego emitió una risa nerviosa y negó con la cabeza, mirándome.

—En verdad eres la chica que no tiene miedo de que Aegan la destruya —me dijo.

Le devolví la sonrisa con malicia y adrenalina.

—Y por eso soy perfecta para destruirlo.

Qué asombroso e infalible pareció ese plan en ese momento.

Pareció.

Hay un plan en mi sopa

Seré sincera, después de lo que sucedió la noche anterior en el coche, no creí que Aegan y yo volviéramos a hablar.

Pero se presentó al día siguiente.

A las siete de la mañana.

Como el buen grano en el culo que era.

Abrió la puerta de mi apartamento y entró con esa irritante seguridad que lo caracterizaba, como diciendo: «Soy el rey de todo». Además, iba vestido estilo gángster de los años veinte: con tirantes, camisa blanca de manga corta dentro de un pantalón gris de lino que le llegaba a la altura de los tobillos, zapatos de vestir de punta reluciente y gafas oscuras. La sonrisa ancha le marcaba los hoyuelos. Y no, sus hoyuelos no eran angelicales. Los suyos eran los hoyuelos del mismísimo demonio.

Yo, que estaba en pijama, todavía con legañas e iba justo a entrar al baño, me le quedé mirando con los ojos bien abiertos.

—¿Qué demonios haces?! —le chillé.

Él ladeó un poco la cabeza, como un cachorro que no entendía algún ruido.

—Entro por la puerta.

—¡Ya sé que entras por la puerta, Stephen Hawking! —solté aún más alto con algo de exasperación—. ¡¿Por qué entras tan campante por mi puerta?!

—¿Será porque es la única manera de entrar en el apartamento? —respondió, igual de incrédulo. Y solo le faltó hacer ese gesto de la chica de «*Reatziona*, Justin, *reatziona*». ¿Recuerdas? Esa chica que se hizo viral hace años por dedicarle un vídeo a Justin Bieber pidiéndole que reaccionara. Si no lo recuerdas, googlealo, es un clásico.

—Maldición, sabes muy bien lo que quiero decir, Aegan —bufé entre dientes.

—Puedo entrar donde quiera en todo Tagus, no es ningún secreto —me explicó, como si fuera lo más normal del mundo. Luego fijó sus llamativos ojos en mí con un aire juguetón y cruel—: Sin ninguna excepción.

En su solicitud para las universidades debía de tener resaltado en rojo «habilidad especial»: «joder vidas sin motivo alguno».

—Si vas a hablar de en cuántas cosas o personas te has metido, abandonaré esta conversación más rápido de lo que seguro acabas —repliqué con decisión.

Su risa fue tranquila, pero enérgica.

—Vengo a buscarte para ir a clase —aclaró con naturalidad— como te prometí.

—No voy a ir a clase —le mentí.

Aegan me miró como si fuera una pobre cosita ilusa que no entendiera nada de la vida.

—¿Y en qué universo de Marvel tú decides si vas o no a clase? —resopló él, con ese tonito que se usa con alguien con grandes problemas para comprender las cosas.

—Es que tengo la regla —mentí de nuevo, encogiéndome de hombros—. Un grifo de regla. Suelto tanta sangre que dejaría un camino tan largo como el de las baldosas amarillas en *El mago de Oz*.

Evidentemente, no quería ir en coche con él, pero mi regla no le pareció

un problema.

—Podemos comprar tampones —contestó sin inmutarse.

—No uso tampones. Leí que una modelo perdió las piernas por usarlos —repliqué. En realidad, cualquier excusa me servía en ese momento, aunque fueran mentiras. Pero eso de la modelo no era mentira, en serio.

Aegan alzó los hombros como si todavía no viera cuál era el inconveniente.

—Bueno, podemos demandar a la empresa de tampones —dijo como una obvia solución. Luego me dedicó esa sonrisa amplia y triunfante que me causaba tres tipos de dolores de cabeza—. ¿Por qué tanta negatividad hacia la vida? No hay nada imposible para un Cash y menos para la novia de un Cash, así que anda, ve a vestirme, yo te espero aquí.

No se iría. Aegan no aceptaba un bendito «no» por respuesta cuando se trataba de algo que quería para él. Cuantas más excusas le diera, más soluciones propondría. Lo creía capaz de sacarme del apartamento en pijama con tal de salirse con la suya.

—Eres un grano en el culo —solté, conteniendo un montón de groserías.

—Espero que sea en el culo de Kylie Jenner —canturreó con un perverso entusiasmo.

No, más bien en el culo peludo de un mono.

Así que me llevó a clase. El viaje en coche fue raro. Durante casi todo el trayecto fuimos en silencio. No fue un silencio incómodo, sino espeso, como el de dos contrincantes. Para aligerarlo, decidí poner algo de música. Encendí el reproductor y fui descartando canciones de rap, de rock y de reguetón hasta que milagrosamente encontré una de Adele.

La dejé, pero de inmediato Aegan la cambió.

—No me gusta —dijo.

—Pero está en tu lista de reproducción —rebatí, volviendo a ponerla.

Él presionó la pantalla del reproductor para que sonara la siguiente.

—Seguramente la puso Adrik.

¿Adrik escuchaba a Adele? *Ohmaigá*.

Daba igual, la puse otra vez.

—Suenan bien, la dejaré.

Y él la cambió de nuevo.

—Que no me gusta. Por la mañana siempre prefiero oír a Mick Jagger, de los Rolling Stones. Me da energía. Es mi favorito.

Volví a poner a Adele.

—Podemos oírlos cuando termine esta canción.

Aegan la adelantó.

—No. Y punto.

Me negué a seguir esa ridícula batalla, así que apagué el reproductor y miré por la ventana.

Lo de Eli llegó a mi mente de inmediato, porque la verdad era que no había salido de mi cabeza en toda la noche. Lo siento, pero sí era raro. No, era muy raro. No, era tan raro que pasaba a ser también interesante.

¿A qué conclusiones había llegado con esa historia? Que Tagus tenía tantos secretos como extintores. Uno en cada pasillo. A la vista, pero al mismo tiempo invisibles. Y hago esta comparación porque, dime, ¿quién les presta atención a los extintores? Nadie, hasta que los necesitas.

Artie necesitó un extintor la noche anterior y lo usó para apagar su llama de la ira.

Pero, sin saberlo, encendió mi llama de la curiosidad.

¿Qué había pasado con Eli? ¿Cómo fue que un día dejó de ir a Tagus y nadie la había vuelto a ver? ¿Acaso ahora yo estaba en su lugar? ¿Estaba sentada donde ella se había sentado? Y más importante: ¿el injustamente atractivo espécimen que iba a mi lado mordiéndose con distracción el interior de su labio había tenido algo que ver con su desaparición?

Quería saberlo. Quería saberlo todo. Mi cuerpo exigía al menos intentar encontrar una pista. De no existir el vídeo que Artie tenía guardado habría sido muy difícil, pero la grabación me daba un punto de partida: la antigua

biblioteca.

Esa era la otra parte del plan que no le había contado a Artie para no asustarla. Si no podía decirle a nadie que había algo raro en relación con Aegan y la desaparición repentina de su exnovia, lo investigaría por mi cuenta. Buscaría pistas, cualquier cosa que me pudiera ayudar a comprobar si Artie tenía razón al pensar que Aegan le había hecho algo a Eli. Por otro lado, que Dash y Kiana creyeran que solo quería humillar a Aegan me serviría para recabar información adicional sobre él. Estaba todo cubierto.

La única complicación era que solo tendría los noventa días que duraban sus noviazgos para lograrlo.

Aegan detuvo el coche frente al edificio de mi facultad y yo detuve el hilo de mis pensamientos, y procedí a abrir la puerta para irme sin despedirme, pero...

—Recuerda avisarme de dónde estarás —me dijo.

Solté una risa y no me lo tomé en serio.

—Claro.

—Solo un mensaje; iré a cierto sitio —insistió.

De acuerdo, me giré hacia él, todavía burlándome con la sonrisa.

—Me encantaría ver cómo una turba feminista te oye decir eso.

Su cara impasible demostró que no lo decía solo para molestarme.

—Hablo en serio.

—Y yo también.

—Eso forma parte de las indicaciones para nuestra relación que no me dejaste decirte —me recordó.

—Y que no pienso dejar que me digas ahora porque no me importan —sonreí.

No tuvo más paciencia. Clavó su mirada intimidante en mí, esa que probablemente usaba para meterles miedo a los demás y que cumplieran sus órdenes, esa que no era de Aegan, sino de «Aegan Cash, miembro de la legendaria y poderosa familia Cash».

—Escúchame, Jude —pronunció cada palabra muy despacio con tono amenazador—. Puedes soltar todos los comentarios sarcásticos que quieras y alardear de tu lado de chica superpoderosa, pero respeta mis reglas porque son lo único que va en serio entre tú y yo.

Lo miré por un momento con los ojos medio entornados. Él me sostuvo la mirada. Si en ese momento hubiésemos tenido cinco años —y tal vez parecía que era así—, habría sido una estúpida guerra de miradas intimidantes.

Finalmente, recurrí a todas mis fuerzas, le mostré una sonrisa «dulce» y asentí. Abrí la puerta del coche, y apenas salí y la cerré, él arrancó y se fue. Me quedé en la acera un momento, mirando cómo se alejaba. Me di cuenta de que estaba apretando demasiado fuerte mi mochila contra mi cuerpo.

¿Sus reglas?

¡¿Sus reglas?!

Ya vería lo que haría con sus reglas.

Era hora de empezar a actuar.

Antes, claro, tuve que asistir a mis clases como una buena estudiante para poder mantener mi lugar universitario. Ya sabes, primero los estudios y luego los planes macabros. No, no, mentira. Esta historia es el ejemplo de todo lo que no debes hacer en la vida. No pretendo enseñarte nada más que eso, así que no sigas mis consejos.

Después de mis clases, me reuní con mi equipo.

Porque sabemos que ningún malvado ha sido derrotado sin ayuda de un equipo, ¿no? Harry tenía a Ron y a Hermione. Yo tendría a Kiana, Dash y Artie, que no eran tan inteligentes como Hermione ni tan... ¿para qué servía Ron? Bueno, no eran el cuarteto de oro, pero servirían de mucho porque tenían algo valioso: información. Sabían todo sobre Tagus y, más importante aún, todo sobre la gente de Tagus.

Nos encontramos en los jardines del campus, esa área verde y despejada en la que los estudiantes pueden poner sus mantas y estudiar, hacer pícnic,

reuniones o, en nuestro caso, tramar planes. Allí no correríamos el riesgo de ser escuchados por oídos indiscretos, ya que con ese tema había que tener discreción al estilo de la CIA.

Una vez allí, la información empezó a fluir:

—Aegan es el que tiene el control —declaró Kiana.

—Aleixandre es el más débil —señaló Dash—. Es como ese robot de limpieza que aparece en la película de *Wall-E* que va detrás de todo aspirando. Él se esfuerza demasiado por mantener la reputación de sus hermanos y al mismo tiempo por ser como Aegan, pero no le sale muy bien. Si te fijas, no tiene ni voz ni voto cuando están juntos.

Sí, lo había notado aquel día en la prueba para el periódico.

En cuanto a Adrik...

—Es muy difícil saber algo sobre él —admitió Dash, pensativo—. Parece un fantasma. Pocas veces lo ves en fiestas y en raras ocasiones te enteras de algún chisme en el que esté involucrado.

Adrik, de nuevo, todo un misterio.

—Mira, para que esto funcione, tendrás que convencer a Aegan y a todo el mundo de que en verdad estás babeando por él —resumió Kiana—. O sea, que tendrás que meterte en el papel de chica enamorada como Joaquin Phoenix se metió en ese papel de Joker: magistralmente. Y lo que he visto cuando Aegan tiene una novia nueva es que ella deja de pensar por sí sola para pensar como él, y que siempre andan juntos.

—Excepto en el club —se acordó Dash de repente.

Alterné la vista entre ambos, ceñuda.

—¿Qué club?

Dash ladeó la cabeza, incrédulo.

—¿No has oído hablar del club?

—Por algo les estoy pidiendo información —enfaticé con obviedad.

Me lo explicaron.

Por lo visto, el club era un sitio tan viejo como la historia de Tagus, donde

ya los tatarabuelos de los actuales alumnos pasaban su tiempo libre. Algo así como la sala común de las casas de Hogwarts, pero más grande, muchísimo más grande. Irónicamente, era un espacio exclusivo dentro de lo exclusivo. Al club solo podían acceder los Cash y algunos chicos de las familias más importantes. ¿Recuerdas que te hablé de ellas? Pues esas.

Dentro, tenían una regla fundamental al estilo Las Vegas: «Lo que pasa en el club se queda en el club», así que, fuera de sus miembros, nadie sabía lo que ocurría allí.

¿Qué parecía? El sitio perfecto para esconder más secretos.

—Casi nadie puede entrar —complementó Artie, que había estado callada—. Y para tener acceso necesitas ser o miembro permanente o miembro temporal. Para hacerte miembro permanente, alguien te debe proponer, y para ser temporal, algún miembro debe llevarte al menos un día.

Interesante. Muy interesante. Los Cash tenían una guarida.

—Entonces, ¿ese sería el sitio al que debo entrar si realmente quiero formar parte de su círculo? —quise asegurarme.

Kiana y Dash asintieron al mismo tiempo.

—Creo que debes hacer la ruptura públicamente en la feria de aniversario de los fundadores —sugirió Kiana—. Nadie va a faltar, todo el mundo estará allí. Será el lugar y momento perfecto.

—¡Cierto! —exclamó Dash, iluminado por la genialidad de esa idea—. ¡En la tarima!

Kiana asintió, ansiosa de presenciar ese suceso.

—Subirse a una tarima me parece demasiado dramático —opinó—, pero a Aegan le encantan los escándalos y las noticias a toda voz.

Había escuchado a Artie hablar de esa feria varias veces. Era grande.

—¿Cuánto falta para ese día?

—Dos meses —contestó Kiana.

Bien, si me esforzaba, era tiempo suficiente.

Debía empezar.

Paso 1: entrar en el club.

Se lee fácil, ¿no?

Pues convencer a Aegan de llevarme a ese club no fue tan sencillo como podía parecer; no, no, no, amiguitos y amiguitas.

Se lo mencioné por primera vez al día siguiente después de salir de clase mientras íbamos en su auto. Algo irritante de Aegan era que no decía a dónde nos dirigíamos porque le parecía suficiente con saberlo él. Eso demostraba que, aunque a simple vista parecía ser solo un tipo guapo, en realidad ser el líder de los tres hermanos, el que había construido la reputación que los precedía, le había hecho desarrollar una impecable habilidad para ser un excepcional idiota.

—Bueno, ¿a dónde vamos? —pregunté con mis falsos ánimos de novia feliz de estar junto a él.

—A comer algo —decidió él, sin derecho a réplica—. Nada picante, por supuesto.

Qué gracioso. Desde luego no me quedaban ganas de nada picante. Mi pobre boca había quedado traumatizada.

—¿No se supone que eres un caballero? —le pregunté—. ¿Por qué nunca me preguntas a dónde quiero ir yo?

Él forzó una sonrisa con un tono suave:

—¿A dónde quieres ir, Derry?

—¿Qué tal a ese club al que vas con tus amigos?

Con la misma voz suave dijo:

—No.

Así pasamos cuatro días. Él aparecía en su auto, tocaba el claxon unas veinte veces para meterme prisa, yo entraba en el coche, él conducía y no nos decíamos más de tres palabras. Lo curioso era que los silencios entre Aegan y yo no eran incómodos. Ni siquiera queríamos hablarnos, así de simple, y cada uno lo entendía y lo aceptaba. Al llegar a nuestro destino, yo salía del auto muy rápido y solo por fastidiarlo me despedía con un:

«Gracias, amorcito». Aegan sonreía con cierta malicia y contestaba: «Siempre para ti, preciosa».

Sobre el club todo era: no, no y no. Era obvio que no quería que yo fuera, pero Aegan no me conocía ni un poquito. Negarme algo solo hacía que tuviera más ganas de conseguirlo, sobre todo porque su negativa a invitarme al club me llevaba a pensar: «¿Acaso hay algo que no quieres que vea, Aegan? Pues lo veré».

Pero primero quería saber más sobre Eli, por lo que fui al lugar en el que tal vez podía haber una pista: la antigua biblioteca.

Te preguntarás cómo entré si ahora a esa biblioteca solo podían ir los alumnos pertenecientes al consejo estudiantil o los líderes de grupos estudiantiles. Bueno, ¿recuerdas cuando estábamos en el Bat-Fit y le pregunté a Kiana qué era esa llave tan rara que colgaba de su cuello? Ella dijo que era una llave maestra para salas especiales de Tagus.

Entonces, ¿qué fue lo que tuve que hacer?

Podría decirte que se la pedí prestada, pero considera esto: Kiana habría hecho demasiadas preguntas. No era bueno que nadie conectara nada de lo que tenía que hacer para averiguar más sobre la desaparición de Eli o ahí sí correría verdadero peligro, así que se la robé la tarde anterior mientras estaba de visita en su apartamento. Ya luego me las ingeniaría para ponerla en su lugar de nuevo.

Fui a la hora después del almuerzo. Tuve que llegar en bicicleta al otro extremo de las facultades de Tagus, a un edificio que era casi exclusivo para profesores. Al atravesar las puertas, me di cuenta de que esa biblioteca sí era muy diferente a la que se usaba actualmente. Allí todo era de una madera que a leguas se notaba que llevaba muchos años siendo pulida. Los estantes de libros estaban dispuestos de forma clásica y las lámparas colgaban del techo con dramatismo. En el centro había cinco filas de largas mesas con secciones de ordenadores algo pasados de generación, y en una esquina estaba el área de las impresoras.

Para hacer lo que iba a hacer, necesitaba dos cosas:

Activar al máximo mi instinto de investigación, desarrollado gracias a series de televisión como *Mentes criminales*, *CSI* y *La ley y el orden: UVE*, las cuales, en serio, te dan otra perspectiva de vida y te aportan mucha creatividad investigativa.

Y... consultar un par de tutoriales en YouTube.

Artie había visto a Eli imprimir algo con nerviosismo y luego irse muy rápido, ¿no? Así que tenía que averiguar qué había impreso.

Como esos ordenadores e impresoras eran del profesorado y de la administración, debían tener instalado algún programa para registrar cualquier cosa que saliera de ellos. Y como a esos aparatos solo tenían acceso ciertos alumnos y, aun así, una parte de ellos prefería usar la otra biblioteca, no eran formateados durante largos períodos de tiempo, así que quizá podía verse aún el historial del día en que Eli había impreso algo.

Claro, también existía la posibilidad de que no hubiera nada, de que ya lo hubiesen borrado todo.

¿Tendría suerte?

Me senté delante de uno de los ordenadores. Lo primero que busqué fue la lista de programas instalados. Encontré el de registros de impresión y lo abrí. Me dejó ver todo lo que había salido de la impresora desde el último formateo. Filtré por fecha: 25 de febrero. Tardó en cargar. Tardó tanto que empecé a mover la pierna con impaciencia.

Cuando finalmente apareció la lista, había seis impresiones de ese día.

¡Eureka!

Bueno, eso es para los científicos.

Lo malo de aquel programa era que no me enseñaría los archivos impresos. Me mostraba la fecha, el formato, si hubo algún fallo o si la impresión fue exitosa, y también la computadora desde la que había sido ordenada la impresión con la página web asociada al archivo. Justo eso era lo que quería. En serio, gracias tutoriales de YouTube por enseñarme,

porque a decir verdad mi cerebro no era tan tecnológico.

Muy bien, me incliné hacia delante, totalmente inmersa en mi investigación, y empecé acceder a todos los enlaces de cada impresión de aquel día para poder averiguar de qué se trataban. Tres eran páginas de la universidad, dos eran archivos que habían sido sacados desde una USB y la última impresión había sido hecha desde:

www.agencyride.com

Que era, nada más y nada menos, que una agencia de alquiler de autos.

Hum...

Tal vez...

¿Eli había impreso un comprobante de pago para alquilar un coche? ¿Justo el día antes de desaparecer? Si se había ido a algún lugar por alguna razón, ¿por qué lo hizo con un vehículo de alquiler? Deduje (sí, como Sherlock Holmes) que no quería que se supiera a dónde se dirigía, y eso me llevó a una pregunta preocupante: ¿por qué?

Entonces no había desaparecido, sino que se había ido por su cuenta.

O eso parecía...

—Hola, Jude Derry —escuché de repente.

Al ver el rostro que se había alzado sorpresivamente desde detrás de la pantalla de la computadora en la que estaba casi metida, mi cuerpo reaccionó muy rápido y llevó a cabo distintas acciones: di un salto de susto junto con un gritito mientras que desesperadamente traté de cerrar todas las ventanas que había abierto. Todo eso hizo que casi me cayera de la silla y me dejó temblando.

El causante: Aleixandre Cash.

Soltó una carcajada. Lo miré como si estuviese loco.

—¿Qué pasa contigo?! —me quejé, con el susto todavía en la voz y el corazón acelerado por el temor de que hubiese visto algo—. ¿Por qué apareces así?!

Aleixandre continuó riéndose de mí como un muchachito orgulloso de sus

travesuras. Rodeó la mesa y de un salto se sentó en el borde, junto a mi ordenador. Tenía el cabello azabache peinado hacia atrás en un aire sensual pero relajado, y como siempre se veía extremadamente limpio, sin arrugas, como recortado de una página de revista de moda.

—En mi defensa, diré que no he entrado de forma sigilosa, ni mucho menos, pero estabas tan concentrada que no me has visto —aclaró cuando pudo dejar de reír.

Me puse una mano en el pecho.

—Oh, Dios, se me va a salir un pulmón —suspiré.

Él entornó un poco los ojos con divertida suspicacia.

—¿Por qué te asustaste? —quiso saber—. ¿Acaso estabas haciendo algo malo?

Solo tenía una opción: mentir.

—Estaba leyendo historias de terror —dije con naturalidad, exigiéndole a mi corazón calmarse.

—Ya —asintió él con un tonillo de «díselo a alguien más a ver si te cree».

Pensé que intentaría averiguar la verdad, que insistiría, pero no preguntó nada más, solo miró el costoso reloj de su muñeca y después echó un vistazo hacia la puerta como si estuviera esperando a alguien.

—¿Qué haces aquí? —me atreví a preguntarle.

Me esperé una respuesta odiosa tipo Adrik o Aegan, pero contestó abiertamente:

—He quedado con una chica para que me ayude con unos informes. Debería llegar en cualquier momento.

Ni siquiera llevaba mochila o cuadernos o un mísero bolígrafo para hacer algo.

—¿Por qué no se ven en la biblioteca principal?

Él me miró de reojo, otra vez con la sonrisa de «la vida es mi parque temático».

—¿Quieres que te haga esa misma pregunta?

Inteligente. Muy inteligente. ¿Qué hacía yo usando una computadora de la biblioteca que era exclusiva para profesores y estudiantes del consejo? Sospechoso también.

—Bien, yo ya me iba —avisé.

Empecé a recoger mis cosas y a guardarlas en la mochila. Mientras, Aleixandre sacó su móvil porque sonó una notificación. No vi qué había recibido, pero noté algo raro. Hubo un ligero cambio entre el instante en el que desbloqueó el teléfono y el instante en el que miró lo que fuera que le había llegado. Se quedó como congelado un momento y después alzó la mano hacia su cabello y se lo peinó hacia atrás, aunque ya estaba bien peinado.

Hum... Un gesto de nerviosismo. ¿Qué habría recibido?

Imaginando las más locas posibilidades, de repente tuve una idea. Tan rápido y tan de golpe que no entendí cómo no se me había ocurrido antes.

¡Claro!

Aleixandre. El menor. El que, según me había contado Kiana, socializaba con más facilidad. El que iba de fiesta en fiesta y se dedicaba a disfrutar. El de la amplia y divertida sonrisa que parecía una invitación a hablar con él, a relajarte y reírte con lo que te decía. Todo él transmitía un claro mensaje: «Acércate, yo sé cómo pasarlo bien». Con ese chico sí se podía tener una conversación, pero lo más importante: se podía lograr lo que no podía conseguir con Aegan.

Jude tonta y mentirosa: activada.

—Supongo que al final no me admitieron en el equipo del periódico, ¿no?
—dije de repente.

Aleixandre no levantó la vista de su móvil y empezó a escribir algo.

—Los seleccionados se publicaron en el perfil oficial —me respondió con cierta indiferencia—. ¿No lo viste?

Sí.

Pero mentí:

—No.

—Pues esta vez no has sido seleccionada —dijo, y usó un tono suave como para no hacer duro el rechazo—, pero tal vez puedas entrar el próximo semestre, así que preséntate.

Valoré que al menos no fuese cruel. Con eso me di cuenta de una cosa: era cierto que no le salía bien intentar parecerse a Aegan, pero tal vez era por su propia personalidad, que, aunque no lo creyera, salía a la luz entre los rasgos de sus hermanos.

—Me lo imaginaba —suspiré, y jugué con un tono de voz algo afligido—. Aegan no quería que yo entrara, lo noté el día de la prueba, y sé que él es el que toma las decisiones.

—Solo es el que mejor las toma, y por esa razón confiamos en ellas —aseguró él.

Le dio una nota relajada a esa declaración, pero a mí me confirmó que no había modo de que alguien mandara más que Aegan.

De igual forma me mostré de acuerdo. Falsamente, obvio.

—Me da la impresión de que esa madurez es una de las mejores cosas de Aegan —fingí aceptar—. Lo único malo es...

Hice una pausa dramática e intencional.

—¿Qué? —quiso saber él, aún atento a su teléfono.

—Es un problema tonto —chasqueé la lengua y traté de restarle importancia.

Se encogió de hombros.

—No tengo prisa.

—No quiere pasar tiempo conmigo —dije, afectada—. Y se supone que estamos saliendo, ¿no?

—Pues eso es lo que parece —asintió Aleixandre.

Aunque no me estaba mirando, puse cara de duda, ya sabes, para darle pasión a mi personaje.

—No lo sé, pero estoy llegando a pensar que...

Tras eso, Aleixandre apartó la atención de su teléfono y me prestó atención, curioso. Vio a una chica nerviosa y angustiada por su relación con su novio.

—¿Qué? —me animó a contarle.

Muy bien, era mi momento. Si estaba en lo correcto, lo que iba a decir debía funcionar y alarmar a Aleixandre. Si le importaba mucho la reputación de sus hermanos, trataría de intervenir para evitar algún chisme o rumor.

—Que no es como todos dicen, ya sabes, sincero, caballeroso... —dramaticé, preocupada—. Siempre está en el club, y no sé qué hace allí ni con quién está, o si es que quiere evitarme. ¿Crees que quiere evitarme?

Aleixandre hizo un mohín despreocupado, ni siquiera lo pensó mucho.

—No, lo que creo es que te estás haciendo una película —contestó con simpleza—. No debe preocuparte que esté en el club.

Esa frase me dejó algunas dudas. Me pareció muy ambigua.

Recurrí a algo más.

—Bueno, tal vez esa es su personalidad —acepté, pensativa. Luego hice como si se me ocurriera algo mejor—. Quizá debería preguntarle a alguna chica con la que haya salido antes si le pasaba lo mismo, si él tampoco la llevaba a ciertos sitios. Creo que Artie sabe quién ha sido su...

Aleixandre me interrumpió en un gesto de «espera, espera, baja el nivel de intensidad». Soltó incluso una risa algo forzada.

—Mira, si piensas que está con otra chica, te equivocas —intentó convencerme—. Nosotros no hacemos eso.

¿No? ¿Y la chica del hotel con la que estuvo Aegan mientras salía con Eli? ¿Y la chica a la que él mismo estaba esperando en esa biblioteca solitaria cuando se suponía que tenía novia? Ay, Aleixandre, eras un niño muy acostumbrado a persuadir con las mentiras de tu boca perfecta.

—Pero el club... —dije dubitativa, a lo que él me contestó con los ojos entornados:

—No creí que fueras de las que necesita verlo para creerlo.

Le dediqué una sonrisa de esas indescifrables. Je.

—Oh, lo soy, Aleix, lo soy —admití.

Me observó con cierto desconcierto. Incluso me pareció que no me miraba a mí, sino a sus propios pensamientos. Unos segundos después bajó la vista y tragó saliva.

—Aleix... —pronunció en un tono más bajo, alejado, que me despertó la curiosidad—. Hace tiempo que no me llamaban así.

Iba a preguntarle que quién lo había llamado de esa forma, pero tan pronto como surgió esa rara reacción, desapareció para dar paso a su habitual y coqueta sonrisa.

—Yo puedo llevarte al club —me dijo, animado.

No supe ni qué decir de lo inesperado que fue ese ofrecimiento.

—¿De verdad? —Pestañeeé, sorprendida.

—Sí, así podrás ver tú misma que no hay nada de que preocuparse —asintió con simpleza—. No tendrás que imaginarte cosas extrañas.

—Vaya, Aleix, gracias, en serio...

—Solo... —me interrumpió como si acabara de recordarlo—. Me deberás un favor, ¿de acuerdo?

Enarqué una ceja, nada asombrada por eso.

—Ah, no podía ser un gesto desinteresado.

Aleixandre alzó los hombros y las manos en un gesto de «¿qué puedo decir?».

—Ningún gesto es desinteresado por mucho que lo parezca —aseguró con ingenio—. ¿Qué dices entonces?

—¿Qué tipo de favor te deberé? —quise saber primero.

Su sonrisa de labios pegados fue misteriosa, pero al mismo tiempo me hizo sospechar de una doble intención.

—No será nada que no deba pedirle a la chica de mi hermano —dijo por fin, como prometiendo que no había un trasfondo.

Probablemente sí lo había. Probablemente era peligroso decir que sí a eso, pero necesitaba entrar en ese club. Ya me las arreglaría luego con Aleixandre.

—Bueno, acepto.

Él asintió.

—Mañana. A las dos. Te paso a buscar.

Hecho el acuerdo, me ajusté la mochila y avancé hacia la salida para dejarlo solo con lo que fuera que iba a hacer con la chica que esperaba.

Justo antes de salir me lanzó:

—Oye, que lo del favor sea un secreto entre tú y yo.

¿Qué? ¿A Aegan no le gustaría enterarse? Tal vez Aleix sí era el Cash más estúpido. Igual eso lo descubriría cuando me dijera qué favor le debía.

—Gracias. —Apelé a mis modales para confirmar que no le diría nada a nadie.

—No es nada. —Hizo un gesto para quitarle importancia, y después me dedicó una sonrisa que nuevamente emanó dobles intenciones—. Me agradas, Jude. —Y enfatizó de forma muy rara—: Bastante.

Tras eso, me fui.

Anota esto: nunca le debes un favor a un Cash.

Si a Aegan quieres enojar,
consecuencias deberás aguantar

Aleixandre cumplió lo prometido.

El club estaba ubicado en lo que se conocía como «las lomas de Tagus», cerca de los límites que conformaban la universidad.

Se notaba que había empezado siendo una casa victoriana de tres pisos y ventanas amplias, y que luego habían añadido áreas nuevas y más modernas a ambos lados. Junto a la puerta de entrada había una placa con grabado que decía: hermandad de 1974. Contaba con una terraza cercada y estaba rodeada de árboles y de altos muros de arbustos, ¿tal vez para proteger los secretos del interior?

O... tal vez no.

Me había esperado que entrar me resultase más impactante, pero en realidad no parecía un lugar en donde se escondiera algo.

Apenas pisamos el vestíbulo, me di cuenta de que todo tenía el mismo estilo clásico de la fachada. El suelo era de algún tipo de madera reluciente y oscura. Había cuadros en casi cada pared de personas con caras viejas o de lugares de Tagus. Los muebles eran de madera, el techo era muy alto y las lámparas colgaban del techo. Flotaba un olor a leña y a perfume de

hombre. Era muy... acogedor.

¿Y lo raro? ¿Y lo misterioso? Podía sentarme a tejer ahí.

Emosido engañado.

—Bienvenida —me dijo Aleixandre como un guía turístico mientras lo señalaba todo con los brazos extendidos—. Este vestíbulo, la sala de estar y los dos pisos superiores son los únicos lugares en todo Tagus que están tal cual fueron hechos en su momento. Lo demás empezó a añadirse y a remodelarse cuando mi padre estudiaba aquí. ¿Qué te parece?

—Es interesante —fue lo que pude opinar, decepcionada por no ver nada misterioso—. ¿Por qué ya no se llama Hermandad de 1974?

—Solo porque a mi padre le pareció que sonaba a secta —fue su respuesta—. Ahora sígueme por favor.

Empezó a guiarme por un pasillo en donde tampoco vi nada sospechoso, solo cuadros y diplomas enmarcados, tal vez de miembros anteriores.

—¿Tú no tienes pensado unirme a algún club? —me preguntó—. Hay muchos en Tagus.

—Después de haber visto la serie *Scream Queens* no creo que sea buena idea —respondí.

Soltó una risa.

—Eres graciosa, Jude.

Volvió a girarse cuando cruzamos otro pasillo. Lo que noté es que era una casa con bastantes puertas. Eso me decepcionó por un momento, aunque no sabía qué rayos esperaba. ¿Descubrir que eran una secta? ¿Toparme con una cabeza cortada y colgada sobre una chimenea? Solo me pareció que era un buen sitio para explorar y descubrir cosas, pero no vi nada que me resultara sospechoso.

—Bueno, Aegan debe de estar afuera —comentó Aleix, e iba a decir más, pero de pronto se dio cuenta de algo y se detuvo.

Casi me choqué con él porque se quedó mirando hacia un lado donde había otro pasillo. Eché un vistazo con curiosidad y me fijé en que, al

fondo, había una puerta medio abierta. De ella colgaba un letrero de no pasar.

No entendí qué hacíamos mirándola hasta que...

—Esa puerta no debería estar abierta —murmuró él, tan bajo que me costó oírlo.

—¿Por qué? —pregunté de chismosa.

Esperé tan confiada una explicación que me sorprendió cuando él se volvió hacia mí y me dedicó esa sonrisa que ya sabía que usaba con todo el mundo y que, de alguna forma, siempre era igual de radiante y accesible. Lo raro era que la esbozaba con brusquedad, como si le costara hacerlo.

Yo notaba esas cosas porque llevaba días analizando a los Cash muy detenidamente. Otra persona lo habría pasado por alto.

—Tú, por favor, sigue hasta el final y saldrás al área donde está Aegan —fue lo que me respondió, de nuevo como un guía—. Yo iré en un momento.

Y me puso una mano tras el hombro y me impulsó con suavidad más allá del inicio de ese pasillo para que caminara.

No me quedó otra que hacerle caso. Seguí sola. Por un instante miré hacia atrás y lo vi perderse por el otro corredor. Me quedó la sensación de que eso había sido extraño.

Al pisar el exterior de la casa, mi inquietud por Aleixandre se desvaneció y solo pude pensar: guau.

El terreno que rodeaba la casa era inmenso. Metros y metros de césped cuidadosamente cortado al nivel perfecto se extendían bajo el sol de la tarde. Había mucho terreno, pero capté lo que mi campo visual abarcaba. Un pequeño establo, un estanque, un círculo de troncos con restos de una fogata apagada y algunos caminos marcados por piedras.

Aegan estaba cerca del establo. Por desgracia, no estaba solo. Lo acompañaban un par de chicos y un trío de chicas a quienes ya había visto varias veces cerca de él. No podía decirse que fueran sus amigos, pero siempre eran los mismos, así que eran considerados como las personas que

Aegan prefería para hacer algunas actividades, tal vez porque eran más importantes que el resto. Seguramente habían conocido a Eli, hablado con ella, ido a las mismas fiestas, pero eran tan culos estirados que sabía que de ellos no obtendría más que saludos hipócritas y críticas apenas les diera la espalda, así que sus nombres no me importaban, y socializar con ellos, menos.

Caminé hacia Aegan, muy campante. Apenas él vio mi fabulosa presencia yendo en su dirección, la enorme sonrisa con la que había estado contando algo empezó a reducirse con lentitud al mismo tiempo que su ceño se hundía en una clara expresión de que no entendía qué demonios hacía yo ahí. Fue un gesto tan épico que lo habría grabado solo para guardarlo como momento histórico.

Alzó una mano para disculparse y se acercó a mí a paso poderoso antes de que yo llegara.

—¿Qué haces aquí? —soltó apenas me detuvo frente a él, nada contento.

—He venido con Aleixandre —me defendí rápido.

Él miró en todas las direcciones como buscando algo, luego volvió a mirarme a mí, severo, con los ojos de un gris casi transparente, intensos y amenazantes.

—¿Y se ha hecho invisible o lo traes guardado en el bolsillo?

—Me ha dicho que ahora vendría —contesté, confiada.

Miré hacia atrás, hacia la puerta por la que acababa de salir, esperando que Aleix apareciera en cualquier momento justo como había dicho, pero...

Nada. Nadie. Y tras unos segundos más, ni un alma en pena.

—Se ha debido de quedar dentro... —mascullé como estúpida.

Ahora Aegan tenía los brazos cruzados y una asombrosa cara de ira que no me hacía ninguna gracia. Solo le faltaba repiquetear con el pie la hierba de forma repetitiva.

—¿Entraste aquí por tu cuenta? —escupió, perdiendo la paciencia—. Es un sitio privado, Jude.

—No, no; en serio he venido con Aleixandre —dije, defendiendo de nuevo mi verdad—. Pero no sé dónde está.

Un momento, ¿me había engañado? ¿Aleixandre me había mentado?

—Puedo denunciarte por esto —me amenazó, y luego decidió no tener piedad—: No, voy a denunciarte.

Bueno, Aleixandre no aparecería y no estaba segura de si era cierto que podía denunciar mi aparición allí, por lo que debía recurrir a algún método para salvarme.

Y se me ocurrió uno rápido.

Había gente cerca, ¿no? Gente que podía hacer correr chismes. Gente ante la que Aegan debía mantener su postura y reputación.

—Pero ¿¿por qué te molesta que esté aquí?! —solté en voz bastante alta, aplicando mis dotes de actriz indignada—. ¡Solo he venido porque quiero pasar tiempo contigo!

Lo tomé desprevenido. Había creído que yo me asustaría, y hundió las cejas, entre desconcertado y horrorizado por mi brusca actitud.

—Baja la voz, ¿qué te pasa? —dijo, enfadado.

—Es que... ¿¿qué problema hay con que sepa qué haces en este lugar?! —agregué a mi falso drama.

Y en serio me tuve que esforzar para no reírme en su cara.

—Jude... —intentó callarme con una voz de ultimátum, pero lo siguiente lo dije aún más fuerte y con mayor decisión de novia tóxica:

—¡Quiero ir a donde tú vayas, así que aquí me quedo!

Iba a perder la paciencia. Esperé que la perdiera. Solo que, en serio, a veces subestimaba a Aegan.

Mantuvo la mandíbula y todo el cuerpo tenso con unas notables ganas de taparme la boca con una almohada hasta que dejara de respirar, pero forzó una sonrisa.

—¿Sabes qué? Sí que es una buena idea que te quedes —me dijo para mi sorpresa, y cambió su voz a esa de amigabilidad habitual—. Estaba a punto

de hacer algo divertido con el grupo y me encantaría incluirte.

—¿En serio? —repliqué como novia emocionada e intrigada—. ¿Qué es?

—Vamos a cabalgar.

Me quedé congelada.

Mi papelito se me cayó.

Dios santo.

Cabalgar.

¡Yo no sabía cabalgar! ¡Apenas sabía mantenerme de pie!

Resoplé con un ademán de que no debía darle importancia.

—Ah, no te preocupes, yo puedo esperar...

—Querías estar aquí, ¿no? —me interrumpió, todavía con esa sonrisa que empezó a parecerme más peligrosa que su enfado—. Ese es el tipo de cosas que hacemos aquí, y nadie se queda fuera.

Traté de rechazar la idea con disimulo:

—No, Aegan.

Pero él se giró hacia su círculo y gritó:

—¡Oigan, cambié de opinión! ¡No será una cabalgata, será una carrera!

Y una carrera.

De acuerdo, me obligué a calmarme para no entrar por la puerta del pánico que mi yo mental acababa de abrirme con un «Pase y póngase cómoda». No tenía ni idea de cómo cabalgar, jamás me había subido a un caballo y era torpe, pero ¿iba a permitir que Aegan se enterara de que no sabía hacer algo? No. Ante esa inesperada situación solo tenía dos opciones: lograrlo de alguna forma o dejar que Aegan se anotara un punto en nuestra imaginaria tabla de batalla.

Sabemos que no escogería la segunda.

—Mueve ese trasero, Jude —me dijo Aegan, que sin darme cuenta había empezado a caminar hacia el establo—. Tienes que escoger un caballo.

Con la respiración cortada, moví mis piernas hacia delante. Los otros chicos nos siguieron con la mirada, pero los ignoré. Atravesamos la entrada

y Aegan englobó las opciones con los brazos extendidos. Me recordó el gesto que había hecho el mentiroso de Aleixandre al entrar en el club.

—¿Qué caballo quieres montar? —me preguntó.

Había tantas secciones como caballos dentro de ellas. No tuve ni idea de cuál escoger o si debía escoger por alguna característica específica.

—Bueno, no lo sé, tú los conoces más... —me atreví a decir, aunque no estaba segura de que lo que soltara fuera lo correcto.

Pero eso sí estuvo bien, porque Aegan miró pensativo a los animales. Luego se movió dos secciones a la derecha y yo lo seguí. Se detuvo frente a una impresionante yegua de color blanco con el pelaje brillante que parecía un unicornio, solo que sin el cuerno.

—Esta es Nube —dijo, y le acarició la cara con afecto—. Te irá bien, es muy especial.

Con cierta duda, extendí la mano y Nube estornudó, así que la aparté, nerviosa. Me gustaban los caballos, lo que no sabía era si yo les gustaba a ellos.

—¿Por qué es especial? —inquirí, curiosa.

—Es la yegua de mi caballo Hades. —Eso se oyó agradable, hasta que carraspeó y con malicia añadió—: Pero solo si a Hades no le gusta la principal. En ese caso, lo juntamos con esta preciosa porque estamos seguros de que la montará. Hay ciertas similitudes con nosotros, ahora que lo pienso...

Me crucé de brazos y lo miré con los ojos entornados, lista para enfrentarme a él.

—¿En serio? ¿Similitudes entre Nube y Hades, y tú y yo? —Me atreví a reírme, burlona—. No lo creo. Al menos tu caballo tiene un mínimo de oportunidad de, digamos, «acostarse» con Nube, pero tú de hacerlo conmigo...

Aun con su fastidiosa sonrisa de poder y maldad, me miró de arriba abajo tan solo moviendo los ojos.

—Jude, ¿te has visto con esa ropa? —señaló, y usó un tono de falsa vergüenza—. No sé ni dónde termina tu espalda y empieza tu culo.

Le dediqué una mirada que habría decapitado a Hitler a kilómetros de distancia.

Aunque fue bueno saber que él tampoco tenía ganas de hacer conmigo las *otras* cosas que hacían los novios.

Escogí a Nube entonces. Después de que él mismo la preparó con un cariño y dedicación que no parecía posible que tuviera, volvimos a la zona para cabalgar. Todos, tanto Aegan como sus amigos, parecían muy seguros y tranquilos con la situación. Yo... estaba tan nerviosa que posiblemente se me notaba. Sí que estaba tratando de disimularlo, pero era difícil. ¿Por qué todo era tan grande? ¿Por qué la yegua me parecía tan alta?

Eso sin duda no sería como lo del póquer.

Antes de que pudiera maquinara algo para librarme de pasar una vergüenza épica, todos se subieron a sus caballos con una agilidad impresionante. Obviamente, yo me mantuve de pie.

—Anda, Jude, ¿qué esperas? ¿Una foto? —se burló Aegan desde su montura.

Joder.

¿Qué esperaba? Bueno, algo así como que milagrosamente se abriera la tierra y se lo tragara por imbécil, pero no iba a pasar, porque él era Aegan Cash. En caso de que se abriera, seguramente me tragaría a mí.

Di un paso adelante, pero fue demasiado dudoso y corto. Observé la silla de montar sobre la yegua, luego donde se suponía que debía poner el pie, luego a los amigos de Aegan, que me miraban con una chispa de maldad en los ojos, y finalmente al mismísimo Aegan.

Él lo sabía. Sabía que yo no tenía ni idea de cómo montar. Por venganza, quería verme fallar, disfrutarlo y reírse junto a sus estirados amigos. Y de pronto eso me hizo sentir muy furiosa. No iba a permitirlo.

Di otro paso, esa vez más seguro. Luego, sin pensarlo demasiado, con una

determinación y una confianza casi concedida por los dioses del Olimpo para verme triunfar, coloqué el pie izquierdo sobre el estribo y me impulsé hacia arriba.

¡Tú puedes, *Judecita*, tú puedes!

O mejor dicho: «¡No puedes, *Judecita*, no puedes!».

En vez de terminar arriba, sentada victoriosa, quedé tumbada boca abajo sobre la silla.

Fail total.

Fallé, y no solo eso, sino que fallé de una forma muy estúpida.

Las risas estallaron en ese mismo momento. Unos «jajajás» tan intensos que retumbaron en mi cabeza y empeoraron la situación. Como no logré estabilizarme o acomodarme o hacer alguna jodida cosa decente, no me quedó otra que volver al suelo, donde casi perdí el equilibrio.

Ya de pie, solo escuché cómo se burlaron de mí. Ni siquiera me molesté en ver a los amigos de Aegan, sino que lo miré directamente a él, y encontré una expresión tan cruel, tan burlona, que me oprimió el estómago como una mano que exprimía una fruta con maldad.

Me sentí furiosa y al mismo tiempo humillada.

—Jude no vendrá —dijo Aegan entre risas—. Será para la próxima.

Y cabalgaron todos casi al mismo tiempo, con Aegan a la cabeza, como si con el hecho de dejarme atrás demostraran que eran mejores que yo.

Exhalé con fuerza y me fui de ahí dando zancadas. Entré de nuevo en la casa, caminando rápido y con furia, como un camión sin freno rumbo a la salida para volver a mi apartamento. Mientras, no paraba de preguntarme: «¿Por qué nunca he montado un caballo para evitar esto? ¿Por qué, cuando creo que soy más lista que Aegan, me supera?».

Tuve que pararme en seco apenas crucé el pasillo porque estuve a punto de llevarme a alguien por delante.

—Adrik —dije al reconocerlo.

También se detuvo, pero, a diferencia de mí, no pareció sorprendido de

verme. Su expresión era la misma de siempre: imperturbable, como si le fastidiara la vida, pero no le importara fastidiarse. Noté que incluso la forma de sus cejas, más espesas y más negras que las de sus hermanos, ayudaba a dejar traslucir sus emociones, porque daba a sus ojos un aire de indiferencia natural.

—Antes había una cocinera en casa que siempre preparaba platos con pimientos —dijo sin razón alguna.

Puse cara de que no entendía a qué venía eso.

—¿Qué...?

Siguió con su relato, a pesar de mi pregunta y mi tono extrañado:

—Cada vez que me sentaba a comer, encontraba un pimiento en mi plato. En cada comida, incluso en los sándwiches. Así, de forma inesperada, y yo no entendía por qué si era obvio que no quería ni verlos. Tú eres como esos pimientos. Apareces hasta donde no debes.

Puse cara de póquer.

Me acababa de comparar con un pimiento. En mi cara. ¡Como si nada!

—A mí tampoco me gusta que coincidamos —le solté, malhumorada.

—Los pimientos son tan asquerosos —murmuró él, más para sí mismo que para mí—. Tienen ese sabor raro...

Lo miré con extrañeza. En serio era raro.

—Ya lo he entendido —le aclaré con detenimiento para que dejara el tema.

Adrik reaccionó finalmente y fijó la mirada en mí. ¿Se había perdido pensando en pimientos o qué?

—El establo, que es donde está Aegan, es para allá —me indicó, y con su dedo señaló hacia el pasillo del fondo.

—Vengo de allí, de hacer el ridículo, gracias —resoplé.

Formó una fina línea con los labios, casi como una expresión de pesar.

—¿Cómo he podido perderme eso?

—No te preocupes, quizá Aegan ordenó que me grabaran para verlo y

masturbarse más tarde —dije, todavía algo molesta—. Es obvio que le excita ser tan cruel. No le encuentro otra razón.

Adrik se encogió de hombros, medio pensativo.

—Bueno, no lo sé, siempre hemos tenido cuartos separados, pero en su historial de navegación había cosas bastante raras...

No pude evitar soltar una risa que hasta a mí misma me sorprendió, pero me puse seria de inmediato porque Adrik no estaba sonriendo, sino mirándome en plan neutral, como un enemigo inteligente.

Sabía que el hecho de que fueran hermanos no significaba que fueran iguales, pero me era imposible no desconfiar o sentir recelo hacia los tres. Tener cerebros separados no los eximía de compartir la misma genética cruel de los Cash, y tampoco de ser insoportables al menos en alguna cosa, ¿no?

En mi análisis, me di cuenta de que llevaba puestas unas botas algo sucias, y sobre el tejano y camisa blanca, un delantal protector. Un par de guantes le sobresalían de uno de los bolsillos. Eso le quedaba bastante bien, a decir verdad. Mantenía un aire desaliñado, sí, pero resultaba genial por cómo estaba despeinado su pelo negro. Algo así como si hubiese estado dormido y acabara de despertarse para afrontar el mundo y...

Ya. El punto era que:

—Tú también cabalgas —señalé.

—¿En serio? ¿Cómo lo has adivinado? —respondió con sarcasmo, sin apartar la mirada del teléfono.

Enarqué una ceja.

—El sarcasmo es tu vida, ¿no?

—No hay nada más por lo que respire —me aseguró, mostrándose falsamente animado.

Pues el sarcasmo era divertido.

—De acuerdo, conoces Tagus más que yo —suspiré—. ¿Sabes dónde puedo encontrar un instructor? Necesito aprender a montar a caballo.

Era la única forma de no volver a ser humillada.

Alzó la vista y entornó los ojos. Luego me pareció que su comisura derecha se elevó un poquitín para crear una pequeñísima, maliciosa y divertida curva. Una de las primeras emociones que le veía, vaya.

—Yo soy instructor.

—Ajá —resoplé, entornando los ojos—. Es en serio. Quiero aprender.

Él frunció el ceño y me evaluó.

—¿No me crees?

—No.

—¿Por qué? —preguntó con tranquilidad, aunque desafiándome—. ¿Por qué no crees que soy instructor?

—Bueno, porque...

—¿Porque...?

—Porque... mmm...

—¿Soy un Cash?

Maldición.

Sí, era por eso.

—No —mentí con la barbilla en alto.

—Sinceramente, pensé que la discriminación social era cosa del pasado.

—Chasqueó la lengua, negando con la cabeza—. Pero mira, aquí está Jude discriminando a alguien por un apellido.

Bueno, pero ¿qué culpa tenía yo de que en mi mente no entrara la idea de que los Cash sirvieran para algo bueno?

Adrik pasó junto a mí y avanzó por el pasillo.

—Entonces, ¿quieres aprender o no? —preguntó mientras se alejaba.

Lo dudé un momento porque se trataba de él, pero no era de las que se rendían tan fácilmente. Era de las que, si no podía hacer algo, buscaba la manera de aprenderlo de cualquier forma. Si Adrik sabía cómo montar a caballo, me serviría para no volver a ser avergonzada por Aegan.

Lo seguí de nuevo al exterior del club, en dirección al establo. Sus pasos

eran tan calmados, medio perezosos. Casi me desesperaron.

—Con aprender al menos cómo subirme al caballo, basta —le dije mientras él sacaba uno de los caballos.

No me contestó. Se ocupó de preparar la montura. Lo hizo con la misma dedicación y cariño que Aegan. Acompañó el proceso con algunas caricias, y el animal le respondió de muy buena manera. Tal vez esa era una de las pocas cosas que compartían, aunque, te seré sincera, los movimientos y la naturalidad de Adrik cautivaban más. Transmitían una conexión profunda, como si conociera al hermoso caballo de toda la vida, como si colocarle el equipamiento fuese un arte y al mismo tiempo una técnica de relajación en la que adoraba sumirse.

Cuando terminó, lo guio hacia afuera.

—Quizá hiciste el ridículo porque crees que se trata solo de subirse al caballo y ya —comentó de repente, tratando de tranquilizar al animal, que no dejaba de dar vueltas.

—No sé nada de caballos, así que no me molesta que me digas lo bruta que soy —dije, de mala gana, pero lo dije.

—No tiene gracia decirte algo que ya sabes. —Se encogió de hombros. Luego extendió una mano hacia mí e hizo un gesto con los dedos—. Acércate —me pidió.

Mis pasos fueron dudosos, casi nerviosos, porque en serio la cosa era nueva para mí.

—Es muy manso y tranquilo —añadió Adrik al notar mi poca seguridad. —. No le tengas miedo.

—No se lo tengo —confesé mientras trataba de respirar con calma—. Lo que me da miedo es no gustarle.

Adrik soltó una risa tranquila sin despegar los labios. Y empezó a acariciar al caballo y tras unos segundos empezó a removerse con menor inquietud, reaccionando al tacto.

—Los caballos no son como las personas —me explicó, sin dejar de

acariciar al animal—. No te juzgan, no se burlan de ti, no te odian. Son puros y sensitivos. Pueden estar de mal humor, pero si te rechazan no será por quién eres o por cómo eres, sino por las intenciones con las que te acerques.

Lo miré con cierto asombro, pero con la desconfianza siempre por delante. Algo así como si Batman se sentara a cenar con Joker. Ninguno bajaría la guardia ante el otro.

De acuerdo, debía ser valiente. Debía ser valiente.

—Sabes bastante sobre caballos —le concedí, dando más pasos.

—Me gustan —admitió con sencillez—. Todos los animales me gustan, pero a los caballos los conozco más porque he montado desde pequeño.

Me imaginé a un pequeño Adrik muy *dark* sobre un poni negro.

Ni idea de por qué.

Tras unos segundos, él me echó una mirada de aprobación.

—Fíjate, ya está.

Ni si siquiera me había dado cuenta. Gracias a sus palabras estaba junto al caballo, y el animal estaba quieto y tranquilo. Me atreví entonces a acariciarlo y el caballo lo permitió. Resultó tan agradable, tan increíble, que olvidé la humillación y el enfado.

—Ahora te subirás a él —dijo Adrik.

Primero me explicó dónde debía poner el pie y cómo impulsarme hacia arriba. Después, al intentarlo, fallé y automáticamente me puse a la defensiva, lista para afrontar su burla. Solo que no se burló, lo cual fue inusual para mí. Tomó aire y volvió a indicarme los pasos. Iba a fallar en mi tercer intento, pero él terminó aupándome por la cintura (¿por qué había sentido un raro cosquilleo?) y, cuando menos me lo esperaba, logré estar sobre el caballo.

El triunfo me emocionó y sorprendió al mismo tiempo.

—Oh, Dios, estoy arriba —dije, mirando hacia los lados con una sonrisa de satisfacción en la cara.

Adrik asintió desde su posición, como un profesor satisfecho de sus enseñanzas. El cabello azabache despeinado le brillaba, y sus ojos grises por la genética Cash no parecían tan obstinados.

—Lo demás será sencillo.

—Gracias, yo... —intenté decir, aún entusiasmada, pero él me cortó.

—Estoy aquí para enseñar a cualquiera que necesite aprender, no te confundas —zanjó con un tono neutral.

Por alguna razón, eso me dejó callada.

Bueno, había logrado lo que necesitaba. Ahora quería aprender a cabalgar. Me preparé para esa parte, pero entonces oí unos relinchos y Hades entró a toda velocidad al campo de prácticas. Se detuvo en una estúpida e irreal pose imperiosa con Aegan sobre él, quien se bajó de una manera ágil, demostrando que aquello se le daba más que bien.

En su rostro resplandecía esa insoportable sonrisa de superioridad.

—Parece que Driki hace milagros —dijo, mirándome sobre el caballo—. Puede hacer que un cactus aprenda a sobrevivir en el frío, si quiere.

Abrí la boca para rebatirle épicamente, pero Adrik intervino e hizo algo que ni en un millón de años me habría esperado.

—Yo acabo de llegar —mintió con indiferencia—. No tengo nada que ver.

Y, sin decir más, se alejó caminando hacia el establo de nuevo.

En cuanto Aegan y yo nos quedamos solos, puse mi cara más seria y me bajé del caballo. Pasé junto a él, ignorándolo, y avancé en dirección a la puerta trasera de la casa club, lista para largarme de allí. Escuché sus pasos rápidos detrás de mí. Intenté no dirigirle la palabra, pero él tuvo el descaro de preguntar con cierta diversión e incredulidad:

—¿Qué? ¿Estás enfadada?

¿Que si estaba enfadada?

¿QUE SI ESTABA ENFADADA?

Mi furia podía alimentar tres países en crisis.

Pero no podía demostrarla. Se suponía que él me gustaba. Una novia

enamorada era paciente.

—No —le mentí, tensa, conteniendo mi ira.

De forma intencional, él me detuvo en el vestíbulo para sonreírme en una promesa de caos.

—Qué bien —exhaló— porque ahora que formas parte del club podemos hacer muchas cosas juntos, así que ven mañana.

Mi enfado me hizo hundir un poco las cejas.

—¿Qué plan hay para mañana? —pregunté en un tonillo odioso.

Aegan me guiñó el ojo.

—Ya lo verás.

Se despidió de mí dándome la espalda y avanzó por el pasillo, rumbo a quién sabía qué parte del club, confiado, triunfante, orgulloso de sí mismo. No tuve más remedio que irme.

De acuerdo, a pesar de ese horrible momento con el fallo al subirme a la yegua, no me rendiría porque, al final, el día no había estado tan mal. En realidad, había descubierto algo: *la puerta*, esa que Aleixandre había dicho que debía estar cerrada.

Tenía que ver qué había tras ella.

Y también tenía que encontrar formas más inteligentes de fastidiar a Aegan mientras mis investigaciones sobre Eli duraran, y sobre todo antes de que mi tiempo como su novia terminara.

Ring, ring... ¿Sí? ¿Quién es?

Lo confieso, no dejé de pensar en el «ya verás».

Dio vueltas burlonas en mi cabeza, inquietándome. ¿Qué iba a ver? ¿Tenía un plan? Maldito Aegan, hasta con dos simples palabras lograba poner nervioso a cualquiera. ¿Es que nada lo ponía nervioso a él? Claro que sí. Seguía siendo humano. Tenía debilidades, puntos que atacar. Tal vez el asunto de Eli era uno de esos puntos.

¿De verdad se había ido en un coche alquilado? Pero ¿a dónde? Si se había ido por voluntad propia, ¿por qué se la veía tan asustada en la grabación? Quería averiguar más sobre ella, y luego...

Kiana me interceptó de repente en uno de los pasillos; parecía un poco agitada, como si hubiese estado buscándome por todas partes. Ese día, su largo cabello estaba trenzado al estilo Daenerys Targaryen, lo cual combinaba bien con su parte ruda, pero no tan bien con su ropa de artista pacífica.

—Hay un rumor —me soltó con gravedad.

—¿Cuál? —Entorné los ojos.

Dash apareció también, apurado y resplandeciendo con una bufanda de lentejuelas verdes.

—¡Artie me dijo que lograste ir al club! —exclamó, ignorando lo que había dicho Kiana—. ¿Cómo es? ¿Qué hacen? ¡Cuenta, cuenta!

Sin darme tiempo de decidir a quién contestar primero, tiraron de mí para llevarme a un aula cercana que estaba vacía y cerraron la puerta.

—Dicen que Aegan te tiene miedo porque eres agresiva y tienes problemas de ira —informó Kiana al instante.

—Muy a lo Emma Roberts... —complementó Dash.

Me quedé boquiabierta.

—¿En serio?

—Sí, y que le montaste una escena en el club y casi lo golpeaste —continuó Kiana.

Pero ¿¿qué demonios?! De acuerdo, le habían puesto demasiada creatividad a la transformación del chisme. ¡Yo no era Emma Roberts! ¡Y Aegan, en definitiva, no tenía la inocencia de Evan Peters, gente!

—Eso no pasó así —les dejé claro—. Ni intenté golpearlo ni fui agresiva.

—¿Cómo pasó entonces? —me exigió saber Dash, haciendo un gesto de «no te guardes nada»—. ¿Y cómo es el lugar? ¿Es verdad que hay un cuadro de Aleixandre desnudo?

Les conté cómo había sucedido lo de mi supuesta «escena». Agregué lo de los caballos y luego llegué a lo más importante, que se trataba de un sitio común y corriente. Sin cuadros de nadie desnudo. Sin objetos sospechosos. Lo único extraño había sido esa puerta y la actitud de Aleixandre al cerrarla, y eso no iba a decírselo a nadie. Mi investigación sobre Eli y cualquier otra situación extraña eran un secreto.

Dash puso cara de desencanto total.

—Qué decepción... —suspiró, dramático—. Pensé que sería como una sociedad secreta en la que hacían orgías y tomaban vinos extraños.

Kiana y yo lo miramos con rareza. Ejem...

Por otro lado, aquello era el colmo.

—No puedo creer que hayan colocado a Aegan en la posición de víctima

—resoplé—. ¿Qué dirán mañana? ¿Que hizo un milagro y que lo van a beatificar vivo?

Kiana se quedó pensativa. Por primera vez me fijé en que sus uñas eran pequeñas e irregulares. Uñas así indicaban que se las mordía, lo cual a su vez indicaba que era una persona nerviosa. Aunque no lo parecía. Kiana era segura y osada, alguien que no temía dar su opinión y que cuando hablaba captaba la atención de la gente por la sensatez de sus palabras. Pero ¿qué había aprendido ya? Que en Tagus todos eran lo contrario de lo que aparentaban.

¿Qué podía causarle ansiedad a una chica como Kiana?

—Creo que me estoy dando cuenta de algo... —murmuró tras su análisis—. Y si es cierto, él no es idiota. Es un tipo inteligente que se hace el idiota.

—Bien, cuenta —dije, con curiosidad.

—Aegan te ve fuerte y decidida, y como no puede atacarte directamente, buscará ponerte en situaciones que no puedas manejar para que te quiebres y dejes de ser un obstáculo —teorizó—. Salir contigo y tenerte cerca le ayuda porque puede estudiarte y buscar tus puntos débiles.

¿Era posible que Aegan estuviera haciendo conmigo algo parecido a lo que yo estaba haciendo con él? ¿Por eso quería que fuera su novia? Me sorprendió entender que tenía sentido. En el club había hecho el ridículo porque no sabía cabalgar. ¿Y de quién era la culpa entonces? Mía, por no haber aprendido nunca a montar. Solo yo había pasado vergüenza. Él no.

—Oh, es como robar un banco desde dentro —dijo Dash, asombrado.

—Tal vez debes meterte más en tu papel de novia —me sugirió Kiana—. Aegan podría estar sospechando que no te gusta. Intenta otras cosas.

—¿Como cuáles? —pregunté en busca de otras opciones.

Los dos esbozaron una sonrisita pícaras.

—Ya sabes... —dijeron al unísono.

Oh, sí que lo sabía, pero no quería ni siquiera pensarlo.

Consideré que tal vez Aegan no prestaría atención a esos rumores, pero

¿es que todavía no había aprendido nada? En Tagus, la mayor responsabilidad de los alumnos era no avergonzar a sus familias. Lo tenían todo resuelto: las cuentas, el transporte, la vida. Sus prioridades eran únicamente ellos, y cuando solo te importas a ti mismo, las desgracias ajenas o no te interesan o simplemente te entretienen.

En Tagus solo te entretenían.

Y aun sabiendo eso, no tenía ni idea de lo que me esperaba esa tarde.

Fui al club después de clase. Sorprendentemente, Aegan me recibió en el vestíbulo. Llevaba un short y sandalias playeras, e iba sin camisa. Los tatuajes de su antebrazo resaltaban como obras de arte, dándole un aspecto rudo que de seguro le gustaba mucho tener. Sus gafas de aviador estaban sobre su cabeza y sostenía un vaso con algún tipo de cóctel. No me saludó, fue directo:

—Tengo algo para ti.

Me entregó una caja blanca. Medio desconfiada, abrí la tapa, saqué lo que había dentro y lo contemplé: un biquini que tenía estampados unos dibujos de pequeñas bananas.

—No fue difícil adivinar tu talla —comentó él, divertido.

Por el repaso burlón que me echó, entendí que lo decía por mis inexistentes curvas.

Sí, yo era medio plana.

—¿Para qué es esto? —pregunté, ignorando su comentario y mirándolo alternativamente a él y a la prenda—. ¿Ahora quieres un desfile sobre caballos?

—Para la piscina. —Soltó una risa muy tranquila.

—Aquí no hay piscina.

—Claro que la hay —dijo con obviedad—. Bueno, antes no. Es algo que incluimos el año pasado, cuando remodelamos la terraza. Puedes usar el baño para cambiarte.

—No quiero ponérmelo —me negué de inmediato.

Él dio un paso adelante. Alzó su mano y me pellizcó la mejilla con «cariño».

—Estarás muy guapa —me aseguró con una sonrisita burlona—. Te espero arriba.

Me guiñó el ojo y se alejó con su estúpido vaso en la mano.

Entré en el baño, que tenía un espejo que permitía verte hasta por debajo de la cintura. Me miré en él con una pieza del biquini en cada mano, sosteniéndolas como si fuesen algo extraño. En mi reflejo, mi cara de «no me lo puedo creer» fue de escena de comedia.

Un biquini.

De bananas.

Para ir a una piscina.

Pero ¿por qué bananas?!

¡Era horrible!

De alguna forma, me imaginé a Aegan mientras caminaba, riendo con malicia por haberme tomado por sorpresa, pero inhalé hondo porque no, Aegan, yo no era de las que salían corriendo. Si creía que con esto iba a intimidarme, estaba equivocado.

Me quité la ropa, me puse el biquini y las chanclas y me dejé el cabello suelto. Miré de nuevo mi reflejo, y me pareció bien lo que vi. Otra de mis características: no prestar nunca atención a mis complejos. Por supuesto que los tenía, como toda humana, pero, no sé, mi capacidad para restarle importancia a las cosas me ayudaba a decirme a mí misma: «Esto es lo que eres y te aguantas». Más sencillo y menos tortuoso.

Finalmente salí del baño. Una escalera añadida de forma extra en la parte trasera de la casa me llevó a la terraza, que parecía una zona muy distinta a la de abajo.

Ahí todo era más moderno. La piscina era grande, muy azul, y varios chicos, incluido Aleixandre, estaban jugando a vóleibol acuático. Apenas me vio, con los brazos extendidos hacia arriba, el cabello mojado hacia

atrás y su gran sonrisa me gritó:

—¡Jude! ¡Lánzame una banana que tengo hambre!

Lo ignoré y seguí. También había un área de sillas para tomar el sol, una barra de bar y una caseta de DJ desde la que salía música. Alrededor, barras tiki, lámparas, algunos sofás y sombrillas. Lo más importante: había unas cincuenta personas.

Y parecían haber sido seleccionadas estratégicamente. En su mayoría eran del círculo cercano de los Cash. El resto eran de círculos importantes en Tagus. Eran más chicas que chicos. Chicas con cuerpos tan *fitness* que me dieron hambre, melenas largas y perfectas, algunas con asombrosos labios rellenos, uñas pintadas de colores mates y bronceados delicados. En resumen: comparada con ellas, yo parecía un fideíto, un adefesio, un moco pegado en el labio superior de un feo.

Un moco con un ridículo y estúpido bañador de bananas.

Ni siquiera tardé dos minutos en comprender qué estaba pasando. Toda esa gente ahí, todas esas chicas hablando con curiosidad, con ansias de elaborar una buena historia...

El rumor.

Aegan quería testigos que pudieran confirmar el rumor de que yo era agresiva y podía golpearlo. Pero... para eso yo tenía que montar alguna escenita o comportarme como el día anterior al presentarme en el club. Aegan debía de estar seguro de que eso sucedería.

O seguro de que él haría que sucediera.

Pues ya vería.

Avancé con la cabeza en alto y fui directa hacia donde estaba Aegan, cerca del borde de la piscina. Hablaba con su grupito de siempre y con algunos chicos y chicas engreídos que no reconocí. Mientras me acercaba tuve que admitir que el condenado resaltaba, que emanaba algo que te impedía dejar de verlo. Me pregunté: «¿Por qué, Dios? ¿Por qué a veces haces que la maldad se vea hermosa?».

—¡Ah, Jude! —exclamó él en cuanto me detuve a su lado, y luego preguntó a todo su círculo—: Ya la conocen, ¿no?

—Claro, es todo un personaje —dijo una de las chicas.

Y con una sonrisa me echó un repaso lento. Noté la chispa despectiva al fijarse en las bananas de mi biquini.

Activé a la Jude que Aegan no esperaba.

—¡Hola! —saludé con mucha afabilidad a los presentes—. Y hola, cariño. —Tuve que ponerme de puntitas para lograr darle un cariñoso beso a Aegan en la mejilla.

Como toque adicional entrelacé mi mano con la suya y me pegué a su brazo, sonriendo ampliamente y con felicidad. Que me mirara por un instante con los ojos medio entornados me hizo entender que lo había tomado por sorpresa con ese gesto dulce, pero no lo demostró.

De todas formas, me mantuve así, pegada a él. Su mano era muy grande entre la mía.

Habían dicho que yo era agresiva, ¿no? Les demostraría que era todo lo contrario.

—Es sorprendente que estén juntos —comentó divertido un chico del círculo al vernos en ese plan— porque parecía que se odiaban.

Oh, nos odiábamos mucho, sí.

—Es que Aegan no quería admitir que el hecho de que yo lo desafiara, le gustó. —Reí con dulzura.

Él esbozó una sonrisa de labios pegados, falsa.

—Claro, y tú no querías admitir que me desafiaste porque te gusté en cuanto me viste —replicó.

Ambos emitimos una risita estúpida. Qué hermosa nuestra relación artificial, ¿verdad?

Añadí un comentario para todos.

—Miren, les juro que una vida no es suficiente para describir cuánta suerte tengo. —Parecía la ganadora de un Oscar diciendo esa ridiculez, en

serio—. Cada día, cuando me despierto por las mañanas, digo: «¡Hoy soy la novia de Aegan Cash! ¿Es que Dios no me ha dado ya todo lo que necesito?».

Suspiré para añadirle drama al momento y luego intenté hacer lo que ya sabía que, por desgracia, debía hacer.

Besarlo.

Sí, debía hacerlo. Si quería convencer a todos de que Aegan me gustaba, tenía que sacrificarme.

Me pegué muchísimo más a él y coloqué las manos sobre su pecho para acoplarme mejor. Desde esa reducida distancia, me di cuenta de que olía a perfume caro y de que se podía percibir el calor enérgico que emanaba su piel. Por desgracia, Aegan era de esos tipos que tenían el infierno en los ojos y, aun así, cualquier chica deseaba como una estúpida quemarse en él.

Hice un enorme esfuerzo para no darle un empujón y apartarlo de mí. De hecho, hasta intenté encontrar en él algo que me gustara un poco, algo que no hiciera que me resultara tan desagradable en ese momento.

Iba a besarlo.

Iba a besarlo.

Iba a...

Ay, no, asco, ¡asco!

¡No quería!

¡No quería!

El señor destino me salvó.

—Oye —me dijo alguien de repente, poniéndome una mano en el hombro.

No hubo beso gracias a esa inesperada pero bendita interrupción. Aegan me soltó y se apartó al mismo tiempo que yo me giré para mirar a la persona que había hablado. Era una chica que no conocía, que sostenía una bebida a medio terminar y que, punto importante, tenía los ojos achispados por la ebriedad. Su expresión era de curiosidad e intentaba buscar algo en

mi cara.

—Esto sonará loquísimo, pero tu cara me recuerda mucho a la de una chica que me atendió en el Starbucks de mi ciudad —añadió.

Sentí que todas las miradas del círculo y, sobre todo, la de Aegan se deslizaron hacia mí.

—Eh, nunca he trabajado en un Starbucks —le respondí con desconcierto.

Ella entornó los ojos y se balanceó sin darse cuenta, al perder un poco el equilibrio.

—Sí, tal vez me he confundido. —Esbozó una sonrisa divertida e incoherente—. Su cabello era rojo, pero es que te pareces bastante a ella...

Estaba a punto de decirle que en verdad no era yo cuando, de repente, recibí el impacto de un balón de vóleibol en la mejilla.

Sí, así como lo lees: un balón me dio en la cara.

¿Es que no podía tener un poquito de suerte?!

Me tomó unos segundos entender que había sido atacada, porque el balón con el que habían estado jugando en la piscina fue lanzado con tanta fuerza que fue imposible de parar, y como si mi carita fuese un imán de desgracias, dio contra ella. Fue gracioso, visto desde fuera. La pelota me aplastó la mejilla y, por la fuerza del golpe, me caí al suelo.

Sentí un caliente e intenso latigazo de dolor en la mandíbula. Algunas personas se concentraron a mi alrededor. Escuché voces y preguntas. Por unos segundos, los vi borrosos debido al aturdimiento, pero en cuanto todo se aclaró un poco, me di cuenta de que la gente me miraba como si fuera el mejor chisme, que los chicos de la piscina, incluido Aleixandre, habían salido a ver si no me habían matado. A pesar de eso, me concentré solo en que Aegan intentaba aguantar la risa con todas sus fuerzas.

Un instante después, estalló en una carcajada, y como si con ella diera permiso al resto de los presentes, todos los demás se rieron también.

—Jude, ¿te ayudo a levantarte? —me preguntó Aleixandre entre las risas sin unirse a ellos, y me extendió la mano.

Como reacción natural, acepté su mano para ponerme en pie. El dolor se expandió hasta mi frente y nariz. Solté un quejido.

Aegan siguió con su ataque de risa; se reía tanto que parecía que se iba a orinar. Deseé que se atragantara con su propia saliva y se muriera ahí mismo.

—Tu cara... —soltó entre carcajadas—. Tú... Fue... Te quedó la marca... Déjame... hacer... Hacerte una...

Trató de sacar su teléfono para fotografiarme. En cuanto lo tuvo en la mano, me golpeó una rabia tan intensa, tan vengativa, que solo quise abalanzarme sobre él y quitárselo de la mano con un insulto, pero mi mente me gritó: «¡No! ¡¡¡No!!!», porque hacer eso le serviría a Aegan para mostrarme como una chica violenta. Con todos mirándome, quedaría peor.

Conteniendo la ira, mi única opción era salir de ahí antes de que me diera igual lo que dijeran los demás y me lanzara a ahogar a Aegan en la piscina.

A zancadas rápidas me dirigí a las escaleras para abandonar la terraza. Me dolía la nariz, la mejilla, parte de la boca e incluso estaba algo mareada, pero la rabia por las risas y por la hipocresía me impulsaron a meterme en el primer lugar que vi: el establo.

Empecé a patear el heno como una loca furiosa.

—¡Maldito Aegan! —chillé—. ¡Te odio!

Los caballos miraron mi show. Algunos relincharon como diciendo: «Ey, loca, ¿por qué montas ese escándalo en nuestra casa?». La verdad es que parecía una histérica, pero si no me desahogaba de ese modo iba a darme un infarto. Tenía que liberar la rabia o me desmayaría. Así que despotriqué durante unos minutos, soltando groserías e insultos, hasta que el señor destino dejó de estar de mi lado, se me enredó el pie en el heno y caí al suelo como una estúpida.

Me llené el trasero de heno, tierra y piedrecitas. Medio temblando y medio mareada, me levanté, me sacudí, y cuando me di la vuelta para irme, me topé con Adrik, que estaba ahí mirándome.

Llevaba puesto un atuendo que lo hacía parecer un mozo del establo.

—Si destrozas el heno, solo me haces más difícil el trabajo —me dijo, ceñudo.

Quise soltarle: «¿Qué haces ahí? ¿No puedo tener algo de privacidad para explotar?». Pero tenía más sentido su presencia en el establo que la mía.

—Lo siento —me disculpé, intentando recuperar un poco de calma—. No sabía que te encargabas de limpiar este lugar.

En ese momento pareció darse cuenta de que iba en biquini y de que estaba hecha un desastre, porque me miró de arriba abajo con una expresión incrédula. Sentí la necesidad de cubrirme porque cuando Adrik te miraba de esa manera, tan fijamente y con tanta atención, daba la impresión de que estaba viendo hasta tus órganos.

—No creo que esto sea lo que estoy pensando —comentó él, dudoso, refiriéndose a mi situación.

—Depende, ¿estás pensando que soy una estúpida, ridícula, medio desnuda que lo hace todo mal?

—Una parte de eso —admitió con un mohín de duda.

—Pues sí, estás en lo cierto —le concedí.

No le importó mucho. Procedió a dejar el heno sobre una pila, luego se sacudió las manos y cogió un rastrillo que había contra una de las paredes. Comenzó a recoger el heno que yo había desperdigado. Tuve la impresión de que era el único que se dedicaba a mantener ordenado el establo.

Supuse que ya debía irme, pero...

—Lo que sea que te haya pasado ahora, es culpa tuya —se atrevió a decirme.

Abrí y cerré la boca para decir algo hiriente, pero solo me salió:

—¿Por qué?

—¿Por qué eres su novia si lo odias? —inquirió en una inteligente respuesta.

Recurrí a las mentiras.

—Yo no lo...

—Te odio, Aegan —me interrumpió, imitándome—. Maldito seas, eres un imbécil, ojalá pudiera patearte la cara como estoy pateando este heno.

Vaaale, me había oído. Eso sí que había sido estúpido por mi parte.

Creí que había arruinado mi imagen de novia enamorada hasta que él elevó la comisura derecha en una sonrisa agria, pero divertida.

—Fue casi una declaración de homicidio —opinó.

—Bueno, no lo dije en serio —traté de arreglar mi error—. Solo es que estaba enfadada, pero ya se me ha pasado.

No me creyó. Negó con la cabeza y uno de los caballos pareció emocionado de que Adrik estuviera cerca rastrillando el terreno.

—¿Quieres un consejo de verdad, Jude? —dijo de forma inesperada—. No eres tan tonta como te gusta aparentar. Si quieres hacer algo bueno, si en verdad no quieres seguir pasando por estas cosas, aléjate de nosotros y ocúpate de tus estudios. No le veo sentido a que estés con él si te hace pasarlo tan mal.

Me quedé estupefacta... ¿Me estaba dando un buen consejo? ¿Él? ¿A mí?

¿Me lo creía o no me lo creía?

—Es... complicado —decidí decir. Luego recuperé cierta firmeza—. E igual no hablaré de esto contigo. Sé que los tres pueden conspirar para...

Me interrumpió:

—La última vez que conspiramos teníamos nueve años y tratábamos de decidir si encerrábamos a Aleixandre en el armario o en el sótano. —Detuvo lo que estaba haciendo y se apoyó en el rastrillo. Entornó los ojos y me miró—: ¿O tú crees que nos reunimos los tres para planear cómo fastidiarte la vida?

Lo que sí creía era que eran crueles, muy crueles.

—Es que...

—El mundo no gira alrededor de ti, Jude —volvió a interrumpirme, esta vez con hastío.

—Pero ¿sí gira alrededor de los Cash? —rebatí, enarcando una ceja.

—De nadie, sobre todo no lo hace alrededor de Aegan. —Se rio con tranquilidad, y volvió a su tarea de juntar el heno—. Pero no hablaré de esto contigo. Según tú, somos el enemigo, ¿no? Mejor nos vemos en tu próximo momento ridículo.

Muy astuto.

Bueno, no podía quedarme hablando con el más inteligente de los Cash, y menos con el enfado que todavía burbujeaba en mi cuerpo.

Avancé para irme de allí sin decir nada más. Quería estar lejos de ese club durante unos días.

—Jude —me llamó Adrik justo antes de salir del establo.

Me di la vuelta. Por un instante pensé que me diría algo importante. Ni idea de por qué lo pensé, pero lo pensé.

—¿Qué?

—Tienes una rama pegada en el culo —me informó con total naturalidad, como si tener ramas en el culo fuera de lo más común.

Genial.

Me retorcí para mirarme como un perro cuando se gira para mirar su cola y despegué la rama de la tela del biquini. Adrik enarcó una ceja y, finalmente, siguió con lo suyo.

Un momento, ¿me había mirado el trasero mientras me iba y por eso vio la rama?

Sea como sea, entre bufidos salí de ahí y fui al baño para ponerme mi ropa. Había muchas cosas en mi cabeza y necesitaba respirar lejos de ese club o, si no, no lograría seguir con esa mentira. Me apresuré a vestirme, abandoné el baño y fui directa hacia la puerta de entrada, todavía discutiendo conmigo misma mentalmente.

Justo cuando pasaba por el vestíbulo, como si hubiese estado pactado por el destino que mi curioso oído lo escuchara, el teléfono que había en una de las mesitas de la sala común empezó a sonar.

Pude haberme ido, pero como no podía evitar meterme en lo que no me incumbía, me acerqué y atendí la llamada.

—¿Hola?

—¿Sascha? —preguntó una voz masculina del otro lado. Tenía una nota divertida y medio ebria—. ¿Dónde está Aegan?

No sabía quién rayos era Sascha, tal vez una de las chicas del círculo de Aegan, pero como una pequeña venganza no le dije a esa persona que yo no era Sascha. Igual, si no era capaz de reconocer una voz diferente...

—Está en el baño con diarrea —contesté—. Llámalo a su móvil.

Iba a colgarle, pero dijo:

—Es que he perdido mi teléfono porque... —Soltó una risa pícaro—. No importa, dale mi mensaje, ¿vale? Voy a llegar tarde porque el vuelo se ha retrasado. Sé que me tocaba enviar el código que se usará esta noche en el club, pero no podré. Que le pida a Aleixandre que lo haga, que él ya sabe que el código es «magumbos». —Otra risa—. Que no pregunte de dónde lo he sacado. Te veo más tarde, preciosa.

Y colgó.

¿Un código para usar en el club? Un código que además era una referencia a un capítulo de *Los Simpson*. Pero ¿en qué parte del club? No había visto nada en ese lugar que requiriera poner un código. Me pareció absurdo; en ese instante no logré conectar esa información con nada porque mi cabeza todavía estaba un poco afectada por el golpe.

Pero de repente mi mente se iluminó y uní un hilo con otro...

La puerta que Aleixandre había dicho que debía estar cerrada...

Un código...

¿Y si tras esa puerta había que poner un código?

Oh, Dios.

Oh, Zeus.

Oh, Goku.

¿Acaso sí había un secreto oculto en ese club? ¿Acaso esa era la noche

perfecta para descubrirlo?

Debía volver esa noche para ver a qué se refería el chico del teléfono. Lo malo: eso no podía hacerlo sola, y solo había una persona que podía ayudarme.

Me fui directa al apartamento en una de las bicicletas de alquiler para los alumnos, fantaseando con tomarme algún analgésico para mi pobre carita. En cuanto llegué al apartamento, abrí la puerta emocionada. Artie estaba inmersa en sus tareas, con el portátil sobre las piernas y las gafas en la punta de la nariz. Me miró con confusión por mi agitación.

—Necesito que seas mi botón de emergencia —le solté.

Puso esa cara de duda, nervios y miedo que ya me estresaba un poquito.

—¿Qué?!

—Iré al club esta noche porque sospecho que Aegan llevará a una chica —mentí—. En todo momento tendré mi móvil en la mano, y si llegase a tener problemas o a pasarme algo...

—¿Por qué te puede pasar algo?! —me interrumpió, horrorizada.

—Es que Aegan no sabe que iré —le dije con obviedad—. Y precisamente por todo lo que me contaste de Eli, debo tomar cualquier precaución, así que si llegase a suceder algo raro presionaré un número y recibirás una llamada mía. Sabrás dónde estoy y que necesito que vayas a buscarme con Kiana y Dash.

Puso cara de duda. De mucha duda.

—Igual no me pasará nada, porque no voy a hacer nada peligroso —quise asegurarle para que no se asustara—. Solo quiero que activemos ese botón de emergencia para ambas a partir de ahora.

El botón de emergencia es muy beneficioso, ¿eh?, sobre todo si tienes tendencia a meterte en problemas, como yo.

—Bueno, está bien —aceptó finalmente.

Ahora yo tenía que concretar mi plan.

Jude detectivesca: activada.

Sí, los Cash controlan hasta tus menstruaciones

Noche. Exteriores del club.

Yo, sigilosa, estaba oculta tras uno de los árboles ubicados al otro lado de la calle del edificio. Veía que todo estaba despejado. A simple vista, no parecía que adentro estuviese sucediendo nada importante. No había indicios de fiesta u evento ni tampoco se veía a gente entrando o saliendo. Solo silencio. La noche alrededor estaba tranquila y algo fría, y el cielo estrellado parecía feliz de que no me hubiese acobardado.

Tal vez por eso no me esperé lo que pasó.

—Jude —dijo de repente alguien detrás de mí.

Casi pegué un grito. Me giré tan violentamente que pude haberle lanzado un golpe. Pero reconocí a la persona muy rápido.

—¿Qué haces aquí?! —exclamé en un susurro.

—Me quedé preocupada cuando te fuiste —respondió Artie, nerviosa—. Pensé que sería mejor que te acompañara. Él... —Y lo siguiente lo dijo tan bajito que casi no la oí—: no puede hacerte nada si estás con alguien.

Guauu, en verdad creía que Aegan era muy peligroso.

Pero que estuviera ahí arruinaba mi mentira y me dejaba sin botón de emergencia, por eso tuve ganas de darle un bofetón, pero no quise ser dura.

Tal vez sí debía intentar confiar en ella. Al menos se preocupaba. Nunca nadie se había preocupado por mí desde...

Bueno, ya llegaremos a eso.

—De acuerdo, sé silenciosa —le indiqué en un suspiro— porque vamos a entrar.

No tendría más remedio que revelarle lo de la puerta. Pensé que serviría como una prueba de amistad.

Entramos en el club. El vestíbulo, vacío. Ningún ruido por ninguna parte. Ninguna voz. Artie lo miró todo con fascinación. Primero exploramos un poco las áreas más comunes, por si había alguien por ahí que pudiera sospechar que habíamos ido por una razón en específico, pero descubrimos que no había nadie en todo el lugar.

Entonces fuimos hacia *la puerta*.

Esa noche, al girar la perilla, pensé que estaría cerrada, pero no. La abrí y lo que vi ante nosotras fue un silencioso pasillo que tenía una escalera descendente al fondo.

—¿A dónde vamos? —me preguntó Artie en un susurro inquieto.

—Quiero ver qué hay más allá —le contesté—. Sospecho que puede haber algo raro.

—¿Algo raro como qué? —preguntó al instante.

—Algo raro, Artie —me limité a decirle.

Intenté caminar, pero me tomó del brazo. Sus cejas arqueadas revelaban su miedo.

—Jude, volvamos —quiso convencerme—. Esto no me gusta nada.

La miré con seguridad.

—La primera vez que estuve aquí, Aleixandre actuó de forma rara al ver esta puerta abierta, y ahora necesito descubrir qué esconde —le expliqué—. Si vamos a ser amigas, debes saber que yo no me detengo cuando quiero algo, y que a veces hago cosas estúpidas que es mejor mantener en secreto. Entonces, aquí es donde te pregunto: ¿me acompañarás en esta estupidez o

no?

Hubo un silencio de suspense. Artie pareció demasiado indecisa. En ese instante tenía la opción de irse y decirle a Aegan que yo estaba husmeando en su club o quedarse.

Sorprendentemente, eligió quedarse.

—Bien —suspiró—, pero prepararé un mensaje para Kiana, listo para enviar por si acaso.

—Perfecto —asentí.

Con nuestro equipo formado —en realidad, luego comprobaría si Artie era de fiar o no—, bajamos la escalera. Nos encontramos con otro pasillo que conducía a otras escaleras. Mientras bajábamos, vimos que las paredes eran diferentes, por lo que concluimos que esas secciones habían sido añadidas. Aquella zona subterránea cada vez era más silenciosa y su aspecto nada tenía que ver con el estilo clásico del club.

¿Es que estábamos bajando las escaleras secretas que llevaban a los túneles del Vaticano?

Al final, nos encontramos frente a una puerta que, para mi sorpresa, tenía un panel para introducir letras y números.

Artie y yo nos miramos, impactadas.

Pegué la oreja a la puerta un momento, por precaución. Como no escuché nada, marqué el código en el panel. La puerta se desbloqueó y abrí con lentitud. Asomé un ojo y, al confirmar que no había nadie, Artie y yo entramos.

¿Qué rayos era esa habitación?

Cuatro paredes, dos de ellas con amplios espejos. Otra puerta daba a algún otro sitio, y a ambos lados de ella había dos grandes cajas transparentes. Cuando me acerqué, vi que dentro había un montón de máscaras de todo tipo: de carnaval, de animales, de rostros de muñecas, de muñecos, de personajes de dibujos animados, algunas sin identidad específica y el resto con un estilo sensual y perturbador.

—¿Para qué es esto? —preguntó Artie, atónita, con una máscara en cada mano.

Pues no tenía ni idea, pero estábamos a punto de averiguarlo.

—Ponte una.

Ella escogió una de carnaval y yo una de zorrillo. Gracias al espejo, nos aseguramos de que nuestros rostros quedaran bien ocultos. Luego abrí la siguiente puerta.

Oh, por todos los secretos...

Ante nosotras apareció un lugar completamente diferente al de arriba. Un lugar que me hizo recordar, en un primer momento, a un club nocturno. Desde el techo, varias lámparas bañaban todo de un color púrpura artificial que daba a aquel sitio un aire prohibido y clandestino, como el que tenían esos locales de la ciudad a donde la gente iba a bailar, sudar y hacer cosas que no podían hacer en ninguna otra parte. Además, estaba dividido en pisos, y en el que Artie y yo nos encontrábamos paradas —y perplejas— había un balcón y dos largas escaleras a ambos extremos que conducían hacia un nivel inferior.

Avancé y me detuve frente al límite del balcón, observándolo todo. Vi que en el centro había una barra rectangular rodeada por muchas mesas de casino, secciones exclusivas y sofás. Alrededor, tanto arriba como abajo, había gente y todos llevaban máscaras.

De acuerdo, por un lado, me sentí confundida y, por otro, emocionada. Emocionada porque sí, acabábamos de descubrir algo, y confundida porque... ¿qué era exactamente? ¿Un submundo oculto bajo los pisos del club? ¿Una especie de «lugar secreto para personas selectas»? ¿Algo como el cuarto de juegos de Christian Grey, pero más grande?

Debido a las máscaras, no había ningún rostro reconocible, ninguna identidad revelada...

Tiré de Artie, que permanecía a mi lado tan boquiabierta como yo. Bajamos las escaleras, esquivando a las personas que estaban en medio de

los escalones. De repente, una pareja se cruzó delante de nosotras y se lanzaron contra la pared mientras se besaban efusiva y asquerosamente como si estuvieran haciéndose una limpieza de gargantas.

Imposible saber quiénes eran, porque con esas máscaras y la poca luz que había no podíamos captar detalles. Habría que conocer muy bien las formas de un rostro para poder identificarlo. Justo como me pasó cuando vi, en una de las secciones con sofás, a alguien que llevaba una máscara de lobo que le cubría hasta por encima de la boca.

No necesité verle el rostro completo. Ese cabello negro, ese estilo de ropa elegante pero juvenil y, sobre todo, esa sonrisa ancha, fina y enmarcada con hoyuelos maliciosos y superiores eran inconfundibles. Aegan.

Pregunta número uno: ¿qué hacía el Cash cuya reputación debía ser impecable en ese lugar tan extraño?

Estaba hablando con un chico que llevaba una máscara de... Espera. ¿Era una máscara de la cara de Ernesto de la Cruz, el personaje de la película *Coco* de Disney? Inesperado.

En ese momento me hubiera gustado poder leer los labios para saber de qué hablaban. De hecho, me esforcé un poco en acercarme con mucho disimulo para intentar captar algo. Obviamente, lo único que logré fue que, de repente, Aegan mirara en nuestra dirección. Olvidé que llevaba la máscara y, en una reacción automática, retrocedí para mezclarme entre la gente. Como todo fue tan rápido, mi torpeza se activó y tropecé con una chica que estaba de espaldas.

—¡Ey! —se quejó tras el impacto—. ¿Qué te pasa?

Me giré. La chica se quedó mirando al suelo, en donde vi que había una copa rota con el líquido derramado por mi culpa. Pensé en disculparme, pero de pronto noté algo muy extraño: sus ojos estaban enrojecidos y sus pupilas muy dilatadas.

Oh, santo Bob Marley. Eso en mi pueblo se llamaba estar volado, es decir, no contar con todos sus sentidos, es decir también, haber consumido o

fumado algo ilegal.

Decidí que era mejor guardarme mis disculpas, porque no iba a servir de nada pedir perdón a una persona en ese estado. Tomé a Artie del brazo y tiré de ella para que nos fuéramos.

Obviamente, la chica no perdonó que derramara su bebida.

—¿A dónde vas? —me reclamó, y me agarró del brazo con brusquedad para impedir que me fuera—. Ve a pedirme otra, recuerda las reglas.

No sabía nada sobre ningunas reglas, por lo que respondí a su agarre zafándome.

Y... muy mala idea.

La chica volvió a cogerme para exigirme otra bebida, pero esa vez agarró mi camisa y con sus largas uñas me la rasgó. Mis pies jugaron contra mi equilibrio y mi espalda dio contra otra persona. Su bebida se derramó sobre mí; estaba fría. Esa persona reaccionó mucho más rápido y me dio un empujón.

Se desencadenó un efecto dominó.

Más bebidas se derramaron. Hubo más empujones. Todo se volvió un caos. Sentí un tirón, pero le di un manotazo a alguien y me soltaron. Perdí el equilibrio e impacté contra un grupo de cuerpos. Los cuerpos me lanzaron hacia otro lugar. Negándome a convertirme en una pelota humana, entendí que debía buscar alguna forma de salir de ahí o terminaría molida a golpes, así que empecé a dar empujones y a meterme entre las personas para encontrar a Artie...

Hasta que unos brazos me retuvieron de pronto, más fuertes que yo.

—¡Basta! —escuché que gritaba con tono exigente una voz masculina cerca de mi oído—. ¡Ya basta!

Lo reconocí con un escalofrío: era Aegan.

Un miedo extraño me recorrió el cuerpo porque, además de que me estaba agarrando, las luces dejaron de parpadear de repente, la música dejó de sonar y el ambiente se llenó con el bullicio de la gente. Vi que había caos,

que ya nadie bailaba, que montones de rostros cubiertos con máscaras se miraban entre sí e incluso me miraban a mí. Agradecí que mi cara también estuviese oculta, pero al no ver a Artie por ningún lado me preocupé.

¿Sabrían que era yo?

¿Reconocerían mi capacidad para crear problemas?

Aegan, todavía reteniéndome, no esperó a que sucediera eso. Comenzó a arrastrarme lejos del centro del salón, lejos de toda la gente. No sabía a dónde me llevaría, pero no quise empeorar las cosas y no puse resistencia. Atravesamos una puerta en un pasillito extra y entramos a una especie de sala privada, con un sofá grande y un escritorio.

Resultó que allí estaba Artie, todavía con su máscara. También Aleixandre, él con el rostro libre y con la máscara de Ernesto de la Cruz sobre su cabeza. ¡Identidad revelada!

Aegan me soltó. Artie y yo automáticamente nos pusimos la una al lado de la otra, como unas recién capturadas en pleno delito, listas para ser metidas en celdas.

—¡Las reglas prohíben cualquier tipo de peleas entre los miembros, de lo contrario serán expulsados! —nos lanzó Aegan en un reproche firme y furioso, y en un movimiento rápido me quitó la máscara de la cara.

Al ver mi rostro, se sorprendió tanto que se quedó mudo y dejó de lanzar reproches. Entonces también le quitó la máscara a Artie y nos miró fijamente con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, muy molesto.

—¿Qué demonios hacen aquí? —exigió saber.

No supe qué decir. Mi corazón se aceleró un poco. No tuve ninguna buena respuesta, a pesar de que había tratado de ingeniar un plan antes. Mis ideas desaparecieron como si un borrador invisible les hubiese pasado por encima. Me puse nerviosa como una novata de las mentiras. Creí que ya no podía arreglar aquello; nos habían descubierto.

Entonces sucedió algo inesperado.

—Nos invitaron —le dijo Artie.

¿Qué?

—¿Quién? —preguntó Aegan.

—No lo sabemos —dijo ella con total control—. Solo recibimos un mensaje que decía: «Viernes, ocho de la noche, club».

—Quiero ver el mensaje —ordenó él.

De acuerdo, ¿y ahora? Miré a Artie, callada. Obviamente, a Aegan no se le podía engañar solo hablando con seguridad y con una buena mentira.

Ante la falta de respuesta, perdió la paciencia.

—¡Que quiero ver el mensaje! —repitió con brusquedad.

—¡Para empezar no nos grites! —dije al instante, utilizando su mismo tono para defendernos.

—No es necesario que discutamos... —intervino Aleixandre tras esos gritos.

—Y una mierda —soltamos Aegan y yo al unísono.

Aleixandre nos miró, ceñudo.

—Quiero ver el mensaje y el número que lo envió —repitió Aegan, silabeando y sin gritar.

Decidí actuar para intentar salvarnos.

—¿Sí? —solté, molesta—. Pues nosotras queremos saber qué clase de sitio es este, porque no parece muy normal, ni tampoco un lugar donde alguien como tú debería estar.

Dio justo en el blanco. Aegan apretó la mandíbula enfurecido. Iba a decirme algo, pero de pronto la puerta del pequeño cuarto se abrió y entró un muchacho que jamás había visto en mi vida, pero que, al parecer, ellos sí conocían muy bien.

—Ya he logrado que todo el mundo se calmara allá afuera y he vuelto a bajar las luces —informó quien fuera—. ¿Qué es lo que ha pasado?

Cuando se levantó la máscara, lo primero que llamó mi atención fue que tenía unos ojos ambarinos impresionantes. Tenía el aire de chico con pocas preocupaciones, un chico que podía unirse a una caravana hippy, pero

también interpretar a Dorian Gray en una película. Un mechón de cabello rubio le caía por un lado de la cara, hasta por encima de la mandíbula, mientras que el otro permanecía detrás de la oreja. El resto del pelo, que le llegaba hasta por encima de la nuca, estaba recogido en una coleta. Usaba un pantalón con los bajos doblados hasta por encima de los tobillos y una camisa blanca holgada.

Sin embargo, lo que me dejó perpleja fue que reconocí su voz, aunque ahora no estaba ebrio.

Era el chico que había llamado al club. El que me había dado el código pensando que yo era esa tal Sascha.

Me pregunté quién era él. ¿Y por qué no lo había visto antes? ¿Reconocería mi voz? Debía intentar modificarla un poco.

—Ella es Jude, y sale con Aegan —le puso al tanto Aleixandre, señalándonos—. Ella es Artie, y es amiga de Jude.

—Y ninguna debería estar aquí porque no son miembros del club —completó Aegan, severo.

El rubio alzó las cejas con divertida sorpresa y alternó la mirada chispeante entre Aegan y yo. Culminó mirando a Aleixandre.

—Me he perdido algo interesante, ¿no? —preguntó, disfrutando de la escena.

—Aegan, creo que deberíamos explicarles —dijo Aleixandre, pero su hermano estaba entrando en modo ira y, cómo no, lo ignoró.

—Hablemos afuera un momento —les ordenó a los chicos, pero antes nos advirtió—: Ustedes se quedan ahí.

Salieron de la habitación y nos dejaron a solas. Al instante, Artie y yo nos miramos. Su rostro dejó fluir todo el temor que estaba sintiendo. Le faltaba poco para echarse a llorar. Quizá hasta me odiaba por haberle hecho sentir que debía acompañarme.

—Ay, Jude, ¿qué vamos a hacer? —gimoteó.

—¿De dónde salió esa mentira del mensaje?! —le pregunté, asombrada

—. Porque fue increíble cómo mentiste.

Punto importante: celebrar las mentiras es malo. No lo hagas.

—Sentí que debía decir algo. —Temblaba, y estaba mordiéndose el labio inferior, tal vez para contener sus ganas de chillar—. Pero ¡tengo miedo, Jude! ¡Aegan parece muy furioso! Y este lugar... —Miró alrededor, afligida—. Oh, no tienes ni idea de lo que esto significa.

La tomé de las manos y se las froté.

—Calma, saldremos de aquí —le prometí, sin saber con exactitud cómo íbamos a hacerlo—. Procura no demostrar que estás asustada.

Tras decir eso, los tres volvieron a entrar. Aleixandre cerró la puerta. No les di tiempo de decir absolutamente nada. Solté mi discurso en defensa de mis derechos de repente:

—Miren, si lo que les preocupa es que digamos algo sobre esto, no lo haremos. Nos importa muy poco este sitio. Ahora, Artie y yo nos vamos porque no nos sentimos cómodas aquí.

Tomé a Artie del brazo para tirar de ella e irnos, pero Aegan se interpuso como un indestructible muro de piedra.

—No.

—¿Perdón? —solté, indignada. A mi lado, Artie emitió un chillido de miedo con los labios pegados.

Aleixandre dio un paso adelante. Se sumó a Aegan o eso me pareció.

—Ustedes vendrán con nosotros —sentenció.

Sentí a Artie temblar bajo mi agarre. Quise gritarle: «¡¡¡Para, que me pones nerviosa a mí también!!!».

—Claro que no —le refuté, firme, porque en casos así no hay que mostrarse débil.

—Entonces no saldrán de aquí nunca —sentenció Aegan, inclemente.

Oh, joder.

¿No había una ventana para poder escapar?

El mundo no gira alrededor de los Cash,
pero sí alrededor de sus secretos

Bueno, sí me asusté.

Pero mi reacción fue activar a mi salvaje interna para lanzar patadas y golpes en caso de tener que huir. En un microsegundo traté de calcular si podía lograr llegar a la puerta tras patearle la entrepierna a Aegan y darle un puñetazo en la cara a Aleixandre. Me pareció que sería difícil salir, porque no me daría tiempo de pegarle al rubio, pero...

Tal vez estaba exagerando.

—Aegan, así las asustas —intervino el chico rubio como un mediador pacífico.

—Es que deberían estar asustadas —gruñó Aegan, implacable.

Alcé el pecho y lo reté.

—¿De qué? —solté sin miedo—. ¿De ti?

El rubio se metió al notar que incluso nuestras energías querían pelear.

—Miren —dijo, apartando un poco a Aegan, pero mirándonos a nosotras—. Lo que sucede es que no todo el mundo sabe que existe este lugar. Debes ser invitado para poder entrar y luego debes firmar un acuerdo de confidencialidad. No pensábamos aceptar a nadie este año, y por eso no

tenemos aquí esos documentos.

Así que ese lugar era de ellos. Vaya, vaya.

—Hay unas copias en nuestro apartamento —añadió Aleixandre—. Las llevaremos allí para que los firmen.

—¿Costaba mucho explicárselo así? —preguntó el rubio riéndose y mirando a Aegan.

Paseé la mirada por los tres, desconfiada. A pesar de que Aleixandre no era tan cruel como Aegan, seguía siendo un Cash y mi vena suspicaz no quería creer ciegamente en ninguno. Lo peor era que le debía un favor. En cuanto a ese rubio, daba una buena impresión, pero no lo conocía, y sabiendo lo de Eli, había que estar alerta.

No, no estaba segura.

—Para empezar, ¿quién es él? —exigí señalando al rubio.

—Owen —lo presentó Aleixandre—. Amigo cercano.

El primer amigo. Ya sabía que había estado de viaje. ¿Le habían dado permiso para saltarse las clases? Debía de ser muy importante.

—¿Y por qué no podemos decir nada? —pregunté, cruzándome de brazos—. ¿Por qué tanto secreto?

Aegan no apartó la mirada asesina de mí.

Habló quien menos me esperaba.

—No se preocupen —dijo Artie de pronto—. Firmaremos el contrato.

La miré con brusquedad. Ella me miró también y con mi expresión horrorizada y desconcertada al mismo tiempo traté de transmitirle un: «¿Por qué tomas esa decisión sin que lo hablemos?!». Lo que me devolvió fue un susurro: «Vamos con ellos y luego te explico».

El rubio asintió y avanzó para abrir la puerta. Después se hizo a un lado para permitirnos salir primero. Sin dudar, Artie obedeció.

La traición, la decepción, hermano.

No me quedó otra que seguirla.

Antes de que dejáramos el lugar, Aegan nos dijo con voz implacable:

—No tienen permitido entrar aquí de nuevo.

Ni siquiera quise dedicarle una de mis miradas desafiantes. Él no me iba a prohibir entrar en ninguna parte, pero eso no tenía que saberlo ahora.

Abandonamos el club, seguidas y vigiladas por Aleixandre y el rubio. No me gustaba esa sensación de estar siendo guiadas como si nos llevaran a una celda, pero me aguanté. Pasamos por el aparcamiento y subimos al auto de Aleixandre. Durante todo el camino no dijimos nada. Estaba molesta con Artie, a pesar de que ella parecía saber muy bien lo que iba a pasar. Si lográbamos estar solas en algún momento, tenía muchas preguntas que hacerle.

Pronto entramos en una zona de edificios que eran más grandes que el resto de los del campus. Dash me había contado que había un área de apartamentos más grandes y mejores que los alumnos podían pagar para alquilar durante el semestre. Pues era esa, y se notaba la diferencia. Tenían más pisos, más ventanas y parecían más urbanos que estudiantiles. Por dentro, claro, eran incluso mejor.

Al subir al último piso y entrar, lo primero que vi fue que tenían un ventanal enorme, la cocina conectada con la sala de estar y un pasillo que llevaba a cuatro habitaciones. Había un poco de desorden y todo olía a loción de afeitar, pero era normal considerando que vivían tres chicos. Y no estoy diciendo que todos los chicos sean desordenados, pero esos sí lo eran.

Mi vistazo se detuvo en la cocina porque había una persona. Solo cuando cerró la puerta del refrigerador vi que era Adrik. Nos miró con el ceño fruncido mientras sostenía una lata de Coca-Cola, y luego, muy lentamente, amplió la boca hasta que formó una pequeña sonrisa.

La hija oscura de *La familia Addams* y él tenían el mismo espíritu.

—Dejen que me haga mi propia historia mental sobre esto —pidió con lo que podía ser la forma en la que Adrik demostraba entusiasmo.

Aleixandre nos pidió esperar en la sala y se perdió por el pasillo.

Adrik, por otro lado, se apoyó en la isla de la cocina, bebió un trago de

Coca-Cola y nos observó con los ojos entornados, en silencio. El espejo sobre el pequeño bar cerca del ventanal me hizo darme cuenta de que estaba despeinada, tenía la ropa rota y aún se notaba la marca enrojecida del balón de vóleibol en la cara. Era un desastre.

—Sospecho que ha habido una pelea —comentó Adrik, como si estuviera sumergido en sus propias teorías—, pero no tengo idea de por qué.

—Entraron en el club —le reveló el rubio, apoyado junto a la puerta con las manos hundidas en los bolsillos.

Adrik pestañeó con incredulidad.

—Bueno, ganaron —aceptó—. Eso no me lo esperaba.

Así como Adrik no se esperó que hiciéramos eso, yo tampoco esperé lo que llegó a mi móvil en ese momento con una vibración. Lo saqué de mi bolsillo para mirar la notificación. Un número desconocido me había enviado un mensaje de texto. Decía:

«Quédate con ellos esta noche».

Automáticamente le respondí:

«¿Quién eres?».

Su respuesta fue la misma:

«Quédate con ellos esta noche».

Lo intenté otra vez:

«Dime quién eres primero».

Insistió:

«Quédate con ellos esta noche».

Hum, demasiado raro. ¿Por qué debía quedarme con los Cash esa noche? ¿Y quién era la persona que me mandaba el mensaje? ¿Acaso conocía mis intenciones? Se me erizó la piel de temor.

Aleixandre apareció de nuevo con un par de papeles en la mano e interrumpió mis pensamientos. Guardé el móvil y él nos entregó una hoja a cada una junto con un bolígrafo, fijando en nosotras sus ojos grises más considerados, como para quitarle peso al hecho de que no era un simple

menú para mirar, sino algo muy importante.

—Tenemos que leerlo todo —dije con dureza—. Y preferiblemente con un abogado.

—Sin abogados —contestó Aleixandre con seriedad.

—Un abogado siempre es un derecho —me defendí.

—Es que es solo una hoja con cláusulas simples que pueden entender a la primera lectura —aseguró él.

Miré a Adrik porque quería ver su cara con respecto al tema. Él no había estado en ese sitio oculto bajo el club, sino ahí en casa, comiendo. ¿Por qué?

Pero él se limitó a colocarse unos audífonos que sacó del bolsillo para escuchar música e ignorarlo todo.

—Si necesitan privacidad, pueden entrar en mi habitación —ofreció Aleixandre tras mi silencio.

De acuerdo, necesitaba un momento a solas con Artie para hablar muy seriamente.

—Bien, ¿dónde es? —acepté.

Aleixandre nos acompañó a su habitación, la penúltima en el pasillo. Y lo primero que sentí cuando entré en ella fue perturbación. Oh, ni Monica Geller de *Friends* podía llegar a un nivel de limpieza así, porque no se veía simplemente limpio, se veía maniáticamente ordenado, señores.

Un olor a desinfectante flotaba en el aire mientras que cada cosa, sospeché que incluso las micropartículas, estaban en un lugar específico. Cada objeto —desodorante, reloj, lámpara, etc.— perfectamente colocado. Hasta la puerta de madera del armario relucía como si hubiese sido limpiada una hora antes.

Guauuu, la habitación era igual de pulcra que él. Cada vez se me hacía más rara esa característica.

Él no notó mi impresión y nos dejó a solas.

—¿Por qué aceptaste tan rápido? —le pregunté a Artie en un tono algo

bajo, apenas Aleixandre cerró la puerta.

Ella se me detuvo enfrente, preocupada.

—Jude, ¿has visto algún club nocturno en todo el campus? —inquirió como respuesta.

Ahora que lo pensaba, no. Había un bar, pero cerraba a las seis de la tarde. Negué con la cabeza.

—¡Eso es porque el reglamento oficial de la institución dice que están prohibidos! —me reveló ella, poniendo gran énfasis en la palabra «prohibido»—. ¡El club nocturno de los Cash es secreto porque no debería existir en los terrenos de Tagus!

Oh...

¡Oh!

—Entonces, ¿por eso este contrato de confidencialidad?

—Sí, porque si se entera la rectora serán expulsados permanentemente.

No supe cómo sentirme. Aegan estaba haciendo algo ilegal, estaba incumpliendo las normas de la universidad. Quizá confiaba en que el hecho de que ese club fuera símbolo cultural de la historia de Tagus no haría sospechar a nadie de que pudiera haber algo oculto debajo de él.

Tuve que admitirlo:

—Esto no me lo esperaba.

La preocupación de Artie mutó al miedo, como siempre.

—No debemos involucrarnos más; esto es grave —soltó—. No se trata de su reputación, sino de su sitio en Tagus. Imagina lo que haría Aegan si se llega a descubrir ese club nocturno por nuestra culpa.

—De acuerdo, en serio, debes dejar de tenerle tanto miedo a Aegan. —Entorné los ojos.

Pero ella ya había tomado su decisión y me la dejó bien claro, algo molesta:

—No diré nada sobre ese sitio.

—Bien —dije ante su actitud—. Yo no pienso obligarte.

—Bien —asintió.

Sin más, fue hasta el escritorio exageradamente ordenado de Aleixandre, se sentó y firmó el contrato con una rapidez irrefutable. Me molestó un poco, pero era cierto que no podía forzarla a nada, por mucho que me pareciera estúpido su temor. Bueno, al menos no me había echado en cara que yo hubiera planeado ir allí. Era una persona en quien se podía confiar, pero era demasiado asustadiza. Tenía valor, lo había demostrado, lo malo era que no se atreviera a más.

De todas formas, preocuparme por Artie era lo de menos. El mensaje de «quédate con ellos esta noche» era un asunto más importante. Era un poco aterrador intentar descifrar por qué me había llegado, pero al mismo tiempo era intrigante. ¿Quién quería que yo pasara la noche ahí? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Alguien quería que yo viera algo? ¿Quería hablar? ¿Quería desenmascaramme? ¿Quería atraparme?

Demasiadas preguntas, y solo una forma de responderlas.

Salí de la habitación y volví a la sala. Adrik ya se había encerrado en su cuarto y Aleixandre y Owen estaban esperando sentados en el sofá. Los pillé hablando bajito, pero se detuvieron al verme.

—Creo que es bastante tarde —les dije con mi voz más tranquila—. Si volvemos a esta hora a nuestro apartamento, nos van a sancionar. ¿Creen que Artie y yo podemos dormir aquí esta noche?

Era cierto que llegar fuera de la hora límite a los apartamentos de mi sección tenía su castigo, pero no era tan grave. Mi intención al quedarme era averiguar el misterio del mensaje de texto.

Aleixandre compartió una mirada con Owen que no logré identificar. Se transmitieron algo, pero no entendí qué. Luego me sonrió.

—Claro, pueden usar mi habitación —aceptó con amabilidad—. Yo usaré la de Aegan, porque no creo que regrese esta noche.

—Pero no le desordenen nada —aconsejó Owen con una pizca de burla—, que luego se desmaya.

Aleixandre tenía un grave problema con la limpieza, estaba confirmado.
¿Tal vez un TOC?

De todas formas, le enseñó el dedo de en medio a Owen.

En mi mente: «Muy bien, pasaré la noche en el apartamento de los Cash».

Las horas pasaron y todos en el apartamento se fueron a dormir.

Artie había caído muy rápido. Estaba acostada al otro lado de la cama, ya en fase REM, con la boca medio abierta. Yo no podía pegar ojo. Llevaba rato enviándole mensajes al número desconocido: «¿Quién eres?», «¿Por qué me escribes?», «¿Qué significa tu mensaje?», «¿Y ahora qué hago?». Incluso le llamé, pero nadie respondió. El número ni siquiera estaba registrado en WhatsApp. Qué misterioso...

Me llegó un mensaje de repente:

«Ve a la habitación del fondo. No hagas ruido».

Por un instante consideré que fuese el mismo Aegan haciéndome una broma, así que, dispuesta a enfrentarme a él, me levanté de la cama, me acerqué a la puerta, la abrí con cuidado y me asomé al pequeño pasillo. No había nadie. Ni se oía nada.

Caminé descalza con mucho cuidado por el pasillo. Llegué hasta la puerta misteriosa, que era la última. Inserta música de misterio —¡chan, chan, chaaan!—, porque estaba medio abierta, como esperando que alguien la atravesara.

Me quedé mirándola un momento. El silencio de la noche alrededor, la oscuridad de la sala de estar al otro lado y la soledad del pasillo me hicieron sentir un poco de miedo, pero no podía hacer otra cosa que arriesgarme.

Pasé. En el interior, oscuro, silencioso, sombrío, no había nadie. Ni rastro de Aegan. Entonces, ¿no era una broma? Busqué un interruptor en la pared. La luz me permitió ver que una cortina cubría la ventana y que el diseño se parecía al de la habitación de Aleixandre. La cama estaba hecha y las cosas bien ordenadas. A simple vista, no había nada extraño, pero por alguna

razón sentí un escalofrío, como si ese cuarto no fuese parte del apartamento, como si hubiese algo menos acogedor allí, tal vez un aire frío o esa gelidez que deja una persona al desaparecer por razones trágicas.

Bueno, extraña persona de los mensajes, ya estaba ahí. ¿Y ahora qué?

Tras enviarle un mensaje preguntándole eso mismo, su respuesta fue:

«Busca».

Oh, tenía que buscar algo. Vaaale, qué escalofriante. Aun así, empecé a recorrer la habitación con curiosidad, aunque tampoco había muchas cosas. Un tocador debajo del cual había un par de zapatos con calcetines. Eran masculinos. No supe identificar a cuál de los hermanos pertenecían. Podían ser de cualquiera de los tres, pero si estaban ahí debía de ser porque alguno de ellos entraba a menudo. ¿El que fuera dormía allí? ¿Estudiaba allí? ¿Qué hacía?

También había un armario.

Apenas lo abrí, retrocedí.

Dentro había ropa de chica.

Estaba perfectamente colgada, y parecía que no la hubieran tocado desde hacía mucho tiempo. El corazón se me disparó con tanta fuerza que lo escuché en mis oídos. Sí, solo era ropa femenina, pero fue como si un viento gélido saliera de ella y me envolviera. Me asusté.

¿Y si alguna vez fue ropa de Eli? ¿Y si había vivido con Aegan? Los Cash siempre tenían el mismo apartamento, eso me lo había contado Dash. El año anterior, Eli pudo haber vivido ahí con su novio.

«Acabo de ver ropa de chica», le escribí al desconocido de los mensajes.

«Busca», respondió.

Pero ¿¿podía ser más claro, por favor?! Yo no tenía el cerebro de Sherlock Holmes. Si no era eso lo que debía ver, entonces, ¿qué?

Temiendo ser encontrada, comencé a rebuscar con mayor nerviosismo. Abrí cajones, miré debajo de la cama, aparté la ropa, hasta miré dentro de los zapatos.

La respuesta estaba en el espacio que se creaba entre el colchón y la base de la cama. Esa delgada rendija ocultaba nada más y nada menos que un cuchillo y un pequeño bote de gas pimienta, ambos cerca de la cabecera.

Miré las dos cosas con extrañeza. Cuchillo, gas pimienta, ocultos...

Oh, Dios, ¿y si Eli tenía eso escondido en su cama para protegerse? ¿Y si quería protegerse de... Aegan?

Le envié un mensaje al desconocido diciéndole lo que había encontrado. Esperé, pero no me respondió. Supuse que había dado en el blanco.

Volví a dejar las cosas en su lugar, más asustada que antes, y salí de la habitación con rapidez. Todo tenía sentido para mí. Eli había tenido miedo de alguien (posiblemente de Aegan) y había alquilado un auto para escapar. ¿Acaso él era violento? ¿Y si le hacía daño alguna vez? Ella debía de estar escondida en algún lugar.

Me puse una mano en el pecho, algo agitada. Todo era demasiado fuerte e interesante al mismo tiempo.

En plan de volver a la habitación de Aleixandre para seguir pensando, noté que otra de las puertas estaba abierta sin nadie dentro...

La idea bailó sensualmente en mi mente hasta que me convenció y me acerqué a echar un vistazo, porque, si habría encontrado algo en la habitación anterior, ¿tal vez encontraría algo en esa?

Bueno, ni idea, pero era la habitación de Adrik. No tardé ni un minuto en deducirlo. Había un armario con puertas corredizas, una estantería llena de libros contra una pared y un escritorio, pero todo estaba desordenado de forma interesante: repleto de hojas viejas, nuevas y arrugadas; libros abiertos, cerrados, apilados, ordenados, acumulados... También había lápices, instrumentos de dibujo, revistas, objetos de exploración, un mapamundi, un enorme póster con información de criaturas marinas y ropa de equitación por todos lados.

Parecía el lugar privado de un filósofo de más de cien años con experiencias infinitas y aflictivas, incluso flotaba un ligero olor a él, y quizá

a pedo..., pero bueno, todo es imperfecto en el universo de los chicos.

Algo en específico me llamó la atención mientras curioseaba. Sobre una pila de libros en el escritorio, había una fotografía. No tenía marco, solo estaba puesta ahí como si él la hubiese sacado para mirarla. Mostraba a una chica utilizando un *hula hoop*. Era, de hecho, una chica muy guapa. Tenía el cabello largo y castaño, los ojos de algún color oscuro y sonreía tanto que parecía en extremo feliz. Hubo algo en su rostro que me resultó familiar, pero no logré recordar por qué.

Me pregunté si era su novia, pero ¿también iba a Tagus? Ni siquiera la había visto.

De pronto escuché pasos y algunos murmullos. Alguien se acercaba por el pasillo. Solté la foto y de pronto no supe qué hacer porque si salía me verían y podía verme en un gran problema por husmear. Miré hacia todos lados con desespero y el armario pareció ser lo único suficientemente grande para ocultarme, así que deslicé la puerta y me metí al mismo tiempo que oí a Adrik decir:

—Hablaremos de eso mañana, Aleixandre, no fastidies a esta hora.

Lo bueno fue que desde mi lugar entre la ropa colgando y sobre una fila de zapatos, podía ver lo que ocurría fuera a través de las delgadas rendijas de la puerta de madera.

Adrik cerró la puerta de la habitación y avanzó hacia la mesilla de noche. Cogió su teléfono y lo revisó. Pasó como un minuto, durante el cual asumí que debía de estar viendo Instagram, y después comenzó a quitarse los zapatos, todavía sin soltar el móvil. Luego arrojó los zapatos por ahí y se quitó la camisa.

Solo podía pensar: «Dios mío, va a desnudarse. Se desnudará, y yo estoy escondida en su armario como una auténtica psicópata».

Me apreté más la boca, pero seguí mirando. De hecho, hasta me sorprendí fijándome en los detalles: a diferencia de Aegan, no tenía tatuajes. Su piel estaba limpia y tenía una musculatura moderadamente tonificada. Sí, sí,

estaba muy bueno, lo admito. Y..., siendo sincera, era incluso más atractivo que Aegan, quizá por esa mezcla de *misterio* + *oscuridad*, pero en realidad estaba comparando a un demonio con otro demonio. La diferencia no era mucha.

Se desabrochó el pantalón mientras seguía mirando el teléfono. Quise cerrar los ojos porque sabía lo que venía a continuación. Sabía que se iba a quedarse en calzoncillos. También sabía que si lo veía seguiría pensando que ese hijo de satán era guapo, y necesitaba continuar siendo objetiva en todo momento.

Aunque, bueno..., de todas maneras, verlo en calzoncillos no significaba que fuera a cambiar de opinión sobre él, ¿no? Así que me agarré a esa idea y mantuve los ojos bien abiertos.

Adrik dejó el teléfono de nuevo sobre la mesilla de noche y, acto seguido, se quitó el pantalón. Listo. Sus bóxers eran grises y le quedaban ajustados. No, en realidad le quedaban increíbles. Se reacomodó el paquete y se movió hacia el escritorio. Cogió un libro con marcapáginas y se tiró en la cama para leerlo.

Desde mi lugar, la imagen era interesante. Para rematar cogió un cigarrillo de la mesilla de noche, lo encendió y se relajó. Leyó y fumó al mismo tiempo.

Tuve que recordarme que era un Cash, que era odioso, que no podía verlo atractivo...

Adrik leyó durante una hora. En cierto momento giró la cabeza y creí que me miraba, pero en realidad estaba mirando la puerta del armario. Entonces entendí que si me quedaba mirándolo fijamente él quizá tendría la extraña sensación de sentirse observado, así que, mejor, dejaba de mirarlo, que tenía que dejar de hacerlo. Cuando él volvió la atención al libro, me senté en el suelo del armario y comencé a jugar con los cordones de algunos zapatos para matar el tiempo.

Adrik se quedó dormido con el libro sobre el pecho mucho rato después,

cuando ya me dolía el hueso del culo de estar encogida en el armario. Me aseguré de no hacer ningún ruido y abrí la puerta para salir. La habitación olía a cigarrillo y a pedo. Avancé de puntillas y salí victoriosa.

Al menos no me había visto.

Pero yo sí que lo había visto a él bastante bien.

Y, aunque no quise aceptarlo, me había gustado.

¿«M» de mentiroso o «M» de misterios?

Cuando me desperté, por unos segundos ni siquiera me acordé de que no estaba en mi cama.

En cuanto me orienté, volví a mirar el contrato. No tenía ninguna otra opción si quería seguir cerca de Aegan y si quería que él creyera que me gustaba, así que de mala gana lo firmé. Por supuesto, esa firma no me silenciaría o detendría, y menos ahora que sabía que Eli temía por su vida y que los hermanos Cash tenían un secretito que les podía costar su plaza en Tagus. Ay, Aegan, ¿por qué hacías esas cosas?

Salí de la habitación y llegué a la cocina. Aleixandre, que ya tenía el cabello bien peinado hacia atrás y su carismática sonrisa dibujada en la cara, estaba sirviendo huevos revueltos de una sartén en varios platos. Aegan, sin dejar de mirar su portátil, que estaba colocado sobre la isla, cogió las tostadas que en ese instante saltaron del tostador y le lanzó ágilmente una a Adrik. Este, con su ya habitual cara de «espero que todos se mueran hoy», sentado en un taburete, cogió la tostada, la sostuvo con los labios y continuó escribiendo en una libreta, tratando seguramente de terminar alguna tarea de clase que tendría pendiente.

Ese trabajo en equipo para el desayuno les hacía parecer hermanos unidos,

buenos, que no tenían un club secreto bajo Tagus.

Me acerqué, me senté y dejé la hoja allí, a la vista de todos. Artie también estaba sentada, untando mantequilla en unas tostadas. El ambiente era un poco raro, evidentemente ninguno de nosotros hubiera esperado nunca estar reunidos alguna vez durante una mañana.

Pensé que Aegan estaría enfadado conmigo por lo de la noche anterior, pero no me dijo nada, solo tomó la hoja y me ignoró.

—Que el champán sea importado —añadió Aegan a lo que estaba diciendo, que yo no había escuchado por haber llegado tarde.

—Ya me he encargado de eso —aseguró Aleixandre, y se acercó a la isla con los platos para repartirlos—. No falta nada, todo está listo.

Tomé una tostada también. Supuse que hablaban del evento ese de beneficencia.

Aegan miró a Aleixandre y en tono de demanda le preguntó:

—¿Cuándo aparecerá tu chica?

Ya con los platos repartidos, Aleixandre se sentó para comer.

—En la fiesta, no te preocupes —respondió, muy tranquilo—. Ah, tenemos que probarnos los trajes hoy.

—Pasaré en cuanto tenga un rato libre —dijo Aegan.

Las miradas de ambos recayeron en Adrik. Este ni siquiera los miró. Mientras masticaba beicon, dijo con tono apático:

—Tengo cosas que hacer.

Aegan lo observó, ceñudo.

—¿Como qué?

—Como arrancarme la piel centímetro a centímetro con una hoja de afeitar —dijo con indiferencia—, lo cual sería mejor que ir a probarme un traje que sé que me quedará bien, pero que, si no me queda bien, me da lo mismo.

Para finalizar, se levantó y se fue.

A Aegan le chocó la contestación; fue obvio. A mí me causó cierta

diversión, por lo que tuve que reprimir la risa.

Pensé que Aegan diría algo, pero se sacudió las manos, cerró el portátil, soltó un «Nos vemos más tarde» y también se fue. ¿No íbamos a ir juntos a clase? Bueno, supuse que no.

—¿Siempre ha sido así de intenso? —me atreví a preguntar a Aleixandre.

—Nuestra madre nos contó una vez que Aegan ya era intenso cuando estaba en el útero. —Se echó a reír—. Le daba muchas patadas. Cuando nació, lloraba todo el tiempo para fastidiar y llamar la atención.

Eso tenía todo el sentido. De hecho, si lo analizaba, Aegan no había cambiado mucho. La diferencia estaba en que ahora su llanto eran las órdenes que repartía y el útero que pateaba para fastidiar era el mundo entero.

—Te da órdenes para que te ocupes de todo, ¿eh? —mencioné—. ¿No te molesta?

—Soy el único con la suficiente paciencia para hacer este tipo de cosas —contestó, encogiéndose de hombros—. Y Aegan es así. A ti debe gustarte demasiado para soportarlo.

Me fascinaba, me encantaba Aegan. De hecho, me encantaba como para verlo asarse sobre una hoguera mientras gritaba de agonía hasta que la piel se le chamuscara y...

—Creo que incluso me estoy enamorando —dije, añadiéndole un toque de bobita ilusionada.

Era mentira, obvio, pero era divertido hacerme la tonta.

—Eso podría terminar mal, Jude... —opinó, casi como un consejo.

—¿Qué? ¿No crees que Aegan pueda enamorarse de mí? —pregunté con cierta inquietud, como si de verdad temiera oír la respuesta.

La sonrisa de Aleixandre fue un poco... misteriosa, de las que decían algo, pero al mismo tiempo no. Me intrigó.

—No lo sé —terminó por encogerse de hombros—. Depende de cuántas veces se pueda enamorar uno en la vida.

¿Lo decía por... Eli?

¿Acaso Aegan se había enamorado de ella?

Aleixandre empezó a abrocharse la camisa. Diría que iba al gimnasio muy poco, quizá solo para asegurarse de no perder músculo. Me permití mirarlo mientras comía. Entonces él pasó sus dedos por el borde del bóxer como si quisiera reacomodárselo. Apenas la tela se alzó un poco, vi algo. En la línea de las caderas que solía parecer una uve, se asomaba algo...

—¿Qué es eso? —pregunté de golpe, señalando el lugar.

Aleixandre bajó la mirada y con su pulgar apartó unos centímetros el borde del bóxer. Era una pequeña «M» tatuada en tinta negra.

—Me lo hice a los dieciséis, ¿te gusta? —respondió, y me miró con sus ojos dulces, pero al mismo tiempo pícaros y divertidos.

—¿Qué significa?

—Lo que quieras —contestó con un aire juguetón.

No explicó más y no pregunté, pero me quedó la curiosidad. ¿«M» de qué?

Apenas Aleixandre fue a buscar sus zapatos, me giré hacia Artie. Lo cierto era que no necesitaba estar peleada con ella. El enojo era para los Cash, no para nosotras. Quería decírselo, pero para mí era un poco difícil este asunto de la amistad. ¿Ya dije que nunca había tenido algo así como una amiga? Artie era la chica con la que había convivido durante más tiempo. Además, no me convenía hacer más enemigos, y ella conocía mi plan contra Aegan. Tenía que mantenerla de mi lado.

—Oye, no deberíamos estar enfadadas —logré decir—. Respeto tu decisión; no trataré de incluirte de nuevo en algo como lo de anoche.

Ella miró su tostada, algo pensativa.

—Igual tienes algo de razón, ¿sabes?

—¿En qué? —Hundí las cejas.

—Debería dejar de tener miedo...

Suspiré.

—Dejar de tener miedo a algo es difícil, Artie —dije—. A veces lo olvido.

Me sonrió, y me pregunté si había pasado algo en su vida que la hiciera ser así de temerosa, pero no era momento de preguntárselo. Si ella quería, me lo contaría. Todos teníamos nuestros secretos. Lo importante era que habíamos aclarado las cosas entre nosotras y que todavía compartíamos el mismo objetivo: joder a Aegan.

Ese día, en clase de Literatura, Adrik llegó tarde. Se sentó a mi lado y no me habló en todo el rato más que para lo necesario. En cierto momento, la profesora le pidió que se colocara delante de la clase y leyera dos hojas de la novela *Cartero* de Charles Bukowski, y para mi gran desgracia resultaron ser los minutos más interesantes del día.

Las letras crudas del autor, saliendo de su boca con ese tono amargo e indiferente, embelesaron a toda la clase, incluida yo. De repente me vino a la mente la imagen de Adrik en su habitación, semidesnudo, fumando, leyendo, ajeno a la vida. Y resultó..., resultó todo tan atractivo que hasta me fijé en lo bien que le quedaba el cabello tan despeinado y lo agradable que fue que me enseñara a montar a caballo, y...

Salí de mis ideas cuando cerró el libro y terminó de hablar.

La profesora tenía un aire extasiado. Hasta juraría que, de haber podido, le habría dado un pellizco en una nalga.

Adrik volvió a sentarse a mi lado y traté de ocultar que también me había hipnotizado por un momento.

—Adrik —dije cuando finalizó la clase, mientras él guardaba sus libros en la mochila.

—¿Mmm? —emitió con esa indiferencia que lo caracterizaba.

Me aseguré de no preguntarlo muy alto.

—¿Tú no vas al...? —No supe cómo llamarlo, así que solo dije—: Esa parte del club.

—¿No te hicieron firmar algo anoche? —inquirió como respuesta.

—Sí.

Cerró la cremallera de la mochila y se inclinó un poco hacia mí con la mano apoyada en la mesa.

—Bueno, una de las cláusulas dice que no puedes mencionar el sitio a nadie fuera de él, ni siquiera a otro miembro —me susurró—. Si eso sucede, la otra parte debe informar sobre ello.

—¿Y lo harás? —pregunté, sorprendentemente con algo de nerviosismo—. ¿Me delatarás?

Durante un segundo no dijo nada, solo me observó con tal fijeza que lo único que quise fue apartarle la cara de un manotazo porque... ¿por qué rayos su mirada era tan intensa? ¿Y por qué la sentí tan severa?

Metió una mano en el bolsillo de su pantalón.

—Solo una cosa, no vuelvas a entrar en mi habitación —dijo, tajante y repentinamente frío—. Mantén los límites.

Y dejó sobre la mesa nada más y nada menos que mi móvil, que seguramente había olvidado en el armario la noche anterior.

Mier-da.

Después se colgó la mochila, me dio la espalda y se largó.

La sensación que me dejó fue de vergüenza y de estupidez por no recordar mi propio móvil. Además, temí que pensara que era una loca mirona que se ocultaba para ver a la gente, lo cual en realidad no debía importarme, pero sí me importó un poco, aunque me obligué a pensar que no.

Tenía algo más importante que hacer en realidad: ir a la agencia de alquiler de autos.

Tuve que coger el autobús que salía desde Tagus hacia el centro del pueblo más cercano a la universidad, porque era obvio que no podía pedirle a nadie que me llevara y menos alquilar una bicicleta del campus. Me fui con unas gafas negras y un pañuelo en la cabeza al estilo Audrey Hepburn, solo para ser cuidadosa y que no me viera nadie.

Tardé veinte minutos en llegar. Era un local pequeño entre dos tiendas

mucho más grandes. Al entrar, me dirigí hacia el recibidor. Una joven de unos veinte años, con su nombre Rita Roman cosido en la camisa, me preguntó si podía ayudarme.

Activé a mi Supersaijayin de las mentiras.

—Soy estudiante de Periodismo de la Universidad de Tagus —me presenté, y mostré mi carnet con la rapidez suficiente para que no viera mi nombre completo—. Estoy escribiendo un artículo sobre autos que han sido alquilados y luego no han sido devueltos a las agencias. ¿Podrías ayudarme con cierta información?

Ella señaló con el pulgar hacia una oficina del fondo mientras dijo:

—En ese caso, debo avisar a mi...

Pero insistí porque la necesitaba a ella.

—Es que son solo tres preguntas rápidas. No serán ni tres minutos.

Dudó un momento, pero le sonreí con mucha amabilidad para hacer presión. Parecía una de esas personas poco seguras de todo y que por esa razón cedían con facilidad.

—Bueno, supongo que sí —aceptó—. Dime qué quieres saber.

Empecé con mis preguntas de tapadera.

—¿Qué pasa cuando alguien no devuelve un vehículo?

—Depende, si justifica el motivo, debe pagar una multa. De lo contrario, se denuncia como vehículo robado.

—¿Hay algún porcentaje de coches no devueltos por año?

—No es muy alto. Siempre nos aseguramos de pedir información específica sobre la persona que alquila un vehículo y hay ciertos requisitos. Puedes verlo aquí.

—Lo anotaré.

Fingí estar escribiendo eso, pero, sin embargo, lo que anoté en mi libretita fue: «Aegan Cash se come sus propios mocos y juega con su propia saliva».

—Una amiga alquiló un vehículo aquí el año pasado; fue ella quien me recomendó venir —comenté mientras tanto.

La chica sonrió.

—Oh, genial.

Ahí lancé lo que en verdad necesitaba.

—Bueno, por último, quisiera alquilar el mismo coche que alquiló mi amiga aquella vez. ¿Es posible?

—Solo si lo tenemos disponible —dudó la joven—. Déjame revisar. ¿Cómo se llama tu amiga y qué día alquiló el auto?

—Eli Denver. El 25 de febrero.

Escribió en la computadora con la mirada fija en la pantalla. Aproveché para mirar hacia los lados. De la oficina del fondo no salía nadie y las casetas de otros empleados estaban ocupadas con clientes.

—Aquí está —dijo al fin—. Bueno, lo alquiló a su nombre, pero lo vino a buscar otra persona.

—¿Eso es posible?

—En casos especiales y con una cuota extra —asintió—. Ella tuvo que haber firmado una autorización para que la otra persona pudiera recogerlo.

—Ah, pero ¿fue devuelto?

—Sí.

Hum...

—Tal vez fue su novio y no me lo mencionó —dije, fingiendo que sabía que debía de ser así, pero lanzando el tonito de «¿me lo confirmas?».

Lo hizo.

—Pues aquí dice que lo retiró alguien llamado Mick Jagger —me informó, y soltó una risita—. Qué chistoso.

Me quedé tan atónita que no me di cuenta de que de la oficina del fondo salió alguien y se situó rápidamente junto a la chica del otro lado del escritorio. Era un hombre con sendas manchas de sudor debajo de las axilas. Su camisa decía Ryan Thompson. Y no se veía muy amigable.

—¿Qué está sucediendo? —quiso saber, exigente como un superior.

—Esta chica está haciendo un artículo sobre autos alquilados y escogió

nuestra agencia —le explicó ella al instante, encantada.

Pero su encanto murió en lo que el hombre le dijo con dureza:

—Tendrías que habérmela enviado a mí. ¿Te entregó una autorización firmada por la universidad para solicitar información?

—No...

Me dedicó una mirada severa. Sentí que era de esos hombres capaces de liarse a golpes a la mínima.

—¿Puedo ver tu carnet? —me exigió.

Hice lo único que me quedaba por hacer: salir de allí muy rápido.

—Ya obtuve lo que necesitaba —dije, y me apresuré a ir hacia la puerta soltando un «¡Gracias!».

Apenas abandoné el local, me aseguré de cruzar la calle por si el hombre salía a perseguirme. Entré en una tienda de ropa solo para despistar.

Entonces, si estaba entendiendo y conectándolo todo bien, Eli nunca se había ido en el coche que había alquilado, ya que lo había ido a recoger otra persona. Sumando eso a su miedo de ser lastimada, a su necesidad de protegerse, tal vez... ¿sí había sido lastimada después de todo? Tal vez... ¿no había logrado escapar de aquello a lo que temía? De ser así, no estaba oculta ni a salvo.

Tal vez estaba...

¿Muerta?

¡¿Y quién rayos era Mick Jagger?! Porque estaba segura de que no se trataba del cantante.

Un Cash puede lograr todo lo que quiera,
pero ¿cuáles son sus más crueles métodos?

Salimos del campus el sábado por la mañana.

Tagus estaba a las afueras del estado de Pensilvania, rodeada de un área de zonas residenciales para gente influyente. Los Cash eran propietarios de una casa de campo allí, lugar favorito de Aegan para celebrar eventos que no tuvieran fines universitarios. Era mejor porque no había que respetar reglas.

El trayecto de dos horas fue bastante normal. Al menos nadie discutió dentro del vehículo y con «nadie» me refiero a Aegan y a mí, jeje. Él estaba de buen humor al igual que Aleix y Artie. Quien obviamente parecía haber sido obligado a ir era Adrik, que tenía la peor cara del mundo, serio y con las cejas algo fruncidas, dando la impresión de que no le gustaba nada lo de la fiesta o lo de ir con todos. O lo de existir.

Pero, bueno, llegamos. Todo lo que nos rodeaba era bosque. Olía a madera, árboles y tierra. La casa de campo parecía más bien una mansión de campo. Tenía el aire rústico de una cabaña, pero se veía inmensa desde fuera; perfecta para fiestas. De ella salía y entraba gente que decoraba, preparaba la comida, las bebidas, el sonido y todo lo necesario. Entre esas

personas, me di cuenta de que había alguien muy raro frente a la entrada.

Era un hombre no muy alto, vestido con pantalón negro y camisa de traje blanca. Tenía el pelo canoso, pero oscuro en algunas partes, y debía de estar en los cincuenta. Inspiraba rectitud y fuerza, como una mezcla de mayordomo de película y guardaespaldas capaz de romper rodillas. Llevaba puestas unas gafas de sol negras.

Nos abrió la puerta del vehículo para que bajáramos. Antes, sorpresivamente, bajaron Owen y Aleixandre a toda velocidad y le saltaron encima dándole un abrazo cariñoso.

—¡Largo! —le saludó Aleixandre en el abrazo con mucha alegría.

¿Largo? ¿Qué? Me quería morir de la risa.

—Aleixandre, Owen, yo también los he echado de menos —contestó el hombre, dándoles palmadas en las espaldas.

Aleixandre lo soltó y se giró hacia nosotras, que mirábamos la escena. Con todo el entusiasmo del mundo nos lo presentó:

—Él es Largo. Fue nuestro chófer desde que nacimos, pero después pasó a ser la mano derecha de nuestro padre. Lo conocemos de toda la vida.

—Encantado —dijo Largo con cortesía.

Por un momento, el hombre me miró fijamente. No detecté ninguna expresión en específico. Solo sentí que no podía aguantarme la pregunta y la solté:

—¿Por qué Largo?

—Por el mayordomo de *La familia Addams* —contestó Owen, divertido y con tono de obviedad—. Y el chiste del nombre es que no se parecen en nada, solo en que sirven a una familia de locos.

Cierto, ese Largo no se parecía al Largo de la familia Addams.

Aegan se acercó a Largo y no hubo un saludo claro de palabras, solo le palmeó el hombro. Ay, sí, el hombre serio y maduro.

—Tu padre me pidió que te dijera que espera lo mejor de ti en este evento —le informó Largo—. Por eso me envió.

Aegan asintió con todo el peso de la responsabilidad, y se volvió hacia nosotras para dar una orden clara:

—Bueno, a prepararse ya.

Artie y yo tuvimos que subir a una habitación a toda velocidad. Nos duchamos y esperamos con las toallas puestas como si estuviésemos en un *spa*. Mientras, Artie me contó todas las tácticas que tenía preparadas para que Adrik le prestara atención, ya que, como íbamos a pasar tiempo con ellos, quería intentar divertirse con él.

—Porque admitamos que es sexy —opinó—. ¿No?

—Lo confirmo —acepté, recordando lo visto desde su armario, lo cual había estado mal, pero qué le íbamos a hacer.

—Entonces ¿por qué no? —Alzó los hombros, algo emocionada—. Quiero comprobar lo que dicen las chicas que han estado con él.

Alcé las cejas, tomada por sorpresa.

—¿Qué dicen?

Artie se mordió el labio inferior con una risa, resistiéndose a compartir conmigo lo que yo insistí en que me dijera.

—Bueno, que... —Soltó una risita inevitable y casi me desesperé—. Que es toda una experiencia.

Mi yo más curiosa, esa de dieciocho años que solo había estado con un chico en toda su vida y que era algo que recordaba como normal y no muy maravilloso, se quedó intrigada. ¿Era toda una experiencia estar con el obstinado y apático Adrik? Eso significaba que había un Adrik oculto por ahí, uno que quizá solo salía cuando andaba con una chica...

No me pareció mala idea que Artie intentara algo de ese tipo. Estábamos tratando de fastidiarlos, ¿no?

De repente, la puerta se abrió de manera abrupta y nuestra interesante conversación murió.

—¿Son ustedes?! —nos preguntó una mujer en un tono exigente y chillón.

Artie y yo nos quedamos inmóviles. La desconocida entró y mi mente de inmediato la asoció con una caricatura. Era muy flaca y muy alta, de esas mujeres en las que todo era largo: el cuello, los dedos, las piernas e incluso la nariz. Tenía unos ojos pequeños, pero atentos y críticos. Su piel lucía un tono bronceado y el cabello rojizo le caía en una cascada bien peinada.

Nos ubicó y nos echó un largo vistazo de arriba abajo. Tuve ganas de cubrirme cualquier cosa que tuviera cerca.

—Por los cielos, las del año pasado eran más bonitas —opinó lanzando un resoplido.

Yo fruncí el ceño. O sea, nos acababa de decir que éramos feas. Quise decirle a Artie: «Sostén mi fealdad», para luego hacer un gesto como las de *¿Y dónde están las rubias?* dispuestas a discutir.

—¿Usted es la estilista? —le pregunté en respuesta a su comentario.

Ella me miró como si yo fuera un ser mal puesto en el mundo.

—Soy Francheska Vienna —se presentó. Me tragué una risa al escuchar el nombre. Como lo notó, añadió—: Estilista personal y de confianza de las mujeres de la familia Cash desde hace muchísimos años.

—Bueno, nosotras somos Jude y Artie —le hice saber con una amabilidad fingida—. Simples mortales bajo la protección de los hombres Cash desde hace, no lo sé, unas semanas.

La mujer soltó un «ja» odioso y cínico.

—Los nombres son lo de menos. —Chasqueó los dedos y gritó hacia afuera—: ¡Entren!

Una fila de mujeres entró en la habitación. Traían de todo: organizadores de maquillaje, sillas de salón, herramientas de peinar, carritos con fijadores de cabello, secadores, planchas y cajones que tenían dentro cosas que no sabía ni qué eran. La última chica arrastraba un enorme armario con ruedas del que colgaban los vestidos escogidos para la noche. Había tres en total, pero la chica de Aleixandre no estaba allí.

—Un momento, ¿y la tercera chica? —preguntó Francheska, girando

sobre sus pies como si la desconocida se le hubiera pegado al culo y tratara de encontrarla.

—Ni siquiera la conocemos —se atrevió a hablar Artie.

Francheska resopló.

—Entonces comenzaré con ustedes. Siéntense ya.

Artie y yo nos sentamos en las acolchadas sillas de salón. Nos miramos sin saber si reírnos o ponernos a temblar de miedo.

—Yo no quiero nada demasiado elaborado —avisé.

Francheska detuvo en seco su búsqueda de cepillos y peines, un tanto ofendida.

—Tengo órdenes de Aegan y esas son las únicas que cumpliré.

Genial, esta noche me vería como una payasa.

Decidí no contradecirla para no alargar el momento. Francheska empezó a tunearnos sin permitir que nos viéramos en ningún espejo. A ser sincera, pasaron tres segundos y ya quería levantarme. Sentía tirones en las cejas, sobre los labios y en la cabeza. No cesaron los comentarios sobre que mi cabello necesitaba una hidratación extrema.

Cuando entraron en los comentarios de que mi cara necesitaría la intervención de un cirujano, alcé las manos en señal de «basta». Las mujeres se paralizaron, curiosas.

—Necesito aire unos minutos —dije, y utilicé un tono y una firmeza que habría usado Aegan. Tal vez por eso no me replicaron.

¡Mi falso novio estaría orgulloso de mí!

Me levanté y salí de la habitación. Más que necesitar aire, lo que necesitaba era agua o alguna bebida, porque me moría de sed. Se me ocurrió coger algo de la cocina. Debían de tener muchas cosas preparadas, ¿no? A lo mejor hasta pillaba algo de alcohol.

Bajé las escaleras con esa intención, pero tuve que detenerme detrás de una pared apenas escuché la voz de Aegan en el pasillo por el que debía pasar para llegar a la cocina.

—En la fiesta harán fotos importantes para un artículo —rugió—. ¿Quieres cooperar por una maldita vez en tu vida y cambiar de cara?

—No, no quiero —le replicó Adrik, que, por lo que oía, también estaba furioso—. Pensé que no harías esta estúpida fiesta, pero te tengo demasiada fe a veces, ¿no?

Ohmaigá, ¿estaban discutiendo?

—Esto es para la beneficencia que Adrien...

—No —le interrumpió Adrik, más molesto aún—. Este show es para ti. Sabes que puedes enviar el dinero al hospital directamente a su nombre, pero no puedes vivir tres segundos sin que te tomen una puta foto.

Sospeché que Adrik dio algunos pasos para irse, pero Aegan le lanzó:

—Te encanta complicar las cosas porque si no lo haces no te sientes en paz, ¿no?

Quise asomar la cabeza para verlos, pero era probable que me descubrieran si lo hacía, así que solo me valí de mi oído.

—Paz... —soltó Adrik como si esa palabra fuera demasiado absurda—. Nosotros no tenemos paz, Aegan, y nunca la vamos a tener porque tú sigues con esta ridiculez.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —escupió Aegan medio en burla, medio con rabia—. ¿Lo que tú digas? Si fuera así, ya nos habríamos lanzado de un puente.

—No me interesa qué quieras hacer con tu vida —dejó claro Adrik—, pero deja de incluirme en ella.

—Sigues siendo parte de esta familia —le recordó Aegan con fuerza—. Sigues siendo hijo de Adrien y sigues teniendo la responsabilidad de hacerle frente al apellido. ¡Supéralo de una vez! ¡Ya ha pasado un año!

—¡No te atrevas a decir nada sobre ella! —le gritó Adrik al instante—. ¡No tienes ningún maldito derecho!

Sonó tan lleno de rabia que me sorprendió.

Ese «ella» además solo me hizo pensar en... ¿Eli? ¿Se refería a Eli?

—Lo que quiero que entiendas es...

—Lo que tú debes entender —le interrumpió Adrik, cargado de ira— es que puede que Aleixandre te tenga miedo, a lo mejor él cree que haciendo todo lo que le pides va a cambiar algo o va a borrar lo que pasó, pero yo no. Déjame en paz, ¿oyes? Solo déjame en paz.

Escuché unos pasos furiosos alejarse, y luego un fuerte portazo. Me aparté rapidito de la pared y, por un momento, no supe hacia dónde ir, así que di vueltas sobre mis pies sin lograr conectar dos neuronas para esconderme. Aegan apareció más rápido de lo esperado y al toparse conmigo me dedicó la peor mirada del mundo.

Sí, estaba enfadado. No, más que enfadado. Estaba tan pero tan furioso que su mandíbula estaba tensa y sus manos hechas puños.

—¿Y tú qué carajos haces ahí? —me rugió.

—Es que iba al baño —tuve que mentir.

—Hay un baño junto a la terraza —soltó con colérica obviedad.

—Jejé —emití, ampliando la sonrisa—. Sí, ya lo sabía.

Le lancé un bobo beso con la mano y me fui corriendo más rápido que una flatulencia antes de que desatara su ira sobre mí.

«Lo que pasó.» ¿Qué había pasado? ¿Y lo de Aleixandre...? Quizá el hermano menor no obedecía a su hermano mayor por admiración, sino por temor y deber. De nuevo alguien le temía a Aegan por algo específico, como Artie, y sobre todo como Eli. Más flechas apuntando a que era un monstruo, a que podía hacer cosas horribles como...

¿Matar?

Además, los hermanos ocultaban algo. Esa discusión entre Aegan y Adrik me lo había dejado claro. Tenían problemas entre ellos, no eran los hermanos unidos que hacían creer a todos que eran. ¿Siempre había sido así o tal vez, en algún punto, *algo* había roto la hermandad?

Los hilos se estaban conectando. Cada vez era mayor mi sospecha de que Aegan le había hecho algo a Eli, tal como me había dicho Artie. Debía

seguir investigando para confirmarlo, porque si esa chica estaba muerta, habría alguna evidencia. La encontraría.

Primero, claro, debía sobrevivir a la fiesta y a la versión femenina de Paolo del *Diario de la Princesa*.

Volví a la habitación sin los beneficios del alcohol. Cuando Francheska terminó de arreglarme, me dijo que ya podía ponerme el vestido. Sus secuaces me ayudaron con los zapatos de tacón y me rociaron con algún perfume que al menos olía bastante bien. Para finalizar, Francheska se puso frente a nosotras y nos miró durante un minuto largo como si buscara fallos en nuestro aspecto. Al parecer no los encontró, porque de repente asintió y chasqueó los dedos.

—Espejo —exigió.

Una de sus secuaces corrió y arrastró un espejo movable de cuerpo entero que estaba cubierto con una manta. Lo puso frente a nosotras y tiró de ella con dramatismo.

Artie y yo nos vimos reflejadas. La reacción de Artie fue poner la boca en «O», asombrada y fascinada al mismo tiempo. Yo me miré, seria, porque no sabía si odiaba o me gustaba lo que veía.

Lo que había en el espejo era como una versión Cash de mí. Tenía ese brillo elegante y lujoso que los caracterizaba a ellos. El vestido dorado era impresionante y hacía que tuviera una figura aceptable. El collar, que era caro, me daba un toque distintivo. El cabello muy lacio y planchado, junto con el maquillaje, me daban un aire más maduro y sensual.

De acuerdo, Francheska era rara, pero sabía hacer su trabajo. No me veía como una payasa. Nada era tan exagerado. Me veía asombrosa desde un punto de vista objetivo. O, mejor dicho, me veía desde el punto de vista de Aegan, desde lo que a él le gustaba en una chica. Y, bueno, así no era yo.

Artie, por otro lado, estaba fascinada con ambas. Su estilo era más salvaje: el cabello en ondas desenfadadas y abundantes y el maquillaje resaltaban sus delicadas facciones.

—Gracias, Francheska —le dije con total sinceridad—. Estamos increíbles.

La mujer asintió con orgullo y, sin decir nada, salió con su séquito de la belleza detrás. Cuando volví a mirarme en el espejo, me dije a mí misma: «Puedes con esto».

Y sí, podía con el vestido, el peinado y el maquillaje, e incluso podía fingir que adoraba aquella fiesta, pero no iba a poder con lo que pasaría después.

Al cabo de una hora, nos encontramos todos en el pasillo de las habitaciones porque debíamos oír instrucciones y luego bajar juntos. Apenas vi a Aegan, Adrik, Aleixandre y Owen con sus trajes...

Bueno, creo que para que entiendas lo increíbles que se veían te los tengo que describir uno a uno, comparándolos de una forma poética porque eso eran ese momento: arte. Malvado, pero arte.

Aegan parecía listo para pasar por la alfombra roja de los Oscar. Le habían peinado el cabello azabache hacia atrás y unos anillos de plata muy varoniles refulgían en sus poderosos dedos. Con sus ojos claros y endemoniados, parecía un felino, y daba la impresión de que con una sola palabra era capaz de hacer que el mundo se moviera a su antojo. Era poder, lujuria, vanidad y malicia al mismo tiempo.

Aegan era un personaje escrito por Oscar Wilde.

A Aleixandre le brotaba un estilo más romántico, como el del chico con el que esperabas que fuera tu primer beso, te quitara la virginidad y te llevara a todas las fiestas, también a la de la graduación, e incluso al fin del mundo. Por primera vez, de su cabello engominado se había escapado un mechón que le caía sobre la frente, dándole un toque juvenil. Todo en él gritaba risas y amor, pero también picardía y juegos.

Aleixandre era un caballero creado por Jane Austen.

A Owen el traje le quedaba más informal. Llevaba los primeros botones de la camisa desabrochados y dos mechones rubios le enmarcaban la cara,

mientras el resto del cabello estaba recogido en una coleta baja. No se había dejado peinar y ni siquiera lo había necesitado. Pero viéndolo ahí parado, con las manos hundidas en los bolsillos, no había duda de que, si le tomaban una fotografía para una revista, saldría perfecto.

Era el muchacho deslumbrante de la novela juvenil que tanto nos derrite.

Y, por último, estaba Adrik. Serio, impasible, pero más misterioso que nunca, como si todo él te incitara a descubrirlo. Su traje era negro, muy informal, e iba sin corbata. Le habían peinado como a Aegan, pero tuve la sospecha de que él mismo se había despeinado un poco para diferenciarse. Y desde luego que sí se diferenciaba, sobre todo por esa chispa de amargura que le daban sus cejas.

Adrik era un personaje oscuro y atrayente de un cuento de Edgar Allan Poe.

—Sabía que Francheska haría milagros —me dijo Aegan, analizándome con una sonrisa casi de burla—. Es la primera vez que me gusta cómo te ves.

—Quisiera tener esa primera vez también —opiné, mirándolo de arriba abajo—, pero... *meh*.

No pensaba decirle que se veía desgraciadamente guapo, así que la sonrisa se le esfumó y pasó a mirar a Artie. La repasó. A ella se le colorearon las mejillas. Luego se giró hacia Adrik, como esperando algo. Adrik estaba tan distraído en nada que tardó unos segundos en notar que todos estábamos esperando que dijera algo. Se removió.

—Estás guapa —le dijo a Artie, seco, simple.

Ese halago me sonó obligado, nada sincero.

De repente, una puerta del pasillo se abrió y salieron dos chicas. Una se detuvo junto a Owen y la otra, sorprendentemente, junto a Aleix. Me fijé más en esta chica, porque a la otra la había visto en el círculo de Aegan. Esta era desconocida para mí, exageradamente bonita y rubia, y con un aire angelical.

—Ella es Laila, mi novia —la presentó.

La joven nos sonrió con dulzura a todos. Me recordó a la protagonista de *Candy Candy*.

Owen no se molestó en presentarnos a su chica y a ella no pareció importarle mucho.

Pasamos a las instrucciones.

—Bueno, esto es lo que va a pasar —empezó a decir Aleixandre—. Ya está llegando la gente al área de la piscina. En todo momento todos nosotros debemos ir con nuestras parejas porque habrá periodistas y querrán fotografiarnos. Luego, a eso de las doce, Aegan hará un brindis y anunciará algo especial, así que no estén lejos en ese instante.

¿Un anuncio especial? Seguramente sería alguna tontería.

Antes de irnos, Aleixandre se tomó un momento para arreglarle la corbata a Aegan, los últimos toques.

—Jude, tóname una foto, por favor —me pidió Artie, aprovechando el momento que nos quedaba.

—¿No es mejor que te la hagas con Adrik? —pregunté, alternando la mirada entre ella y él, pensando que sería una genial idea.

Sabía que ella quería, pero que no diría nada porque no estaba segura de que él quisiera. Y es que ni siquiera daban ganas de preguntarle. Adrik se mantenía en silencio, con esa cara de repelente humano que lo caracterizaba. Emanaba rechazo. Toda su presencia gritaba: «Si me hablas, te lanzaré ácido».

Pero ella se atrevió.

—Yo... no sé... Adrik, ¿tú quieres...?

—No me gustan las fotos —zanjó él.

Fue seco y odioso. Artie se quedó rígida. Yo me quedé boquiabierta.

Nuestros respectivos chicos nos ofrecieron su brazo, así que yo me agarré al de Aegan y todos salimos al área trasera de la casa. La noche estaba bonita, llena de estrellas, y la decoración era bastante sutil, pero elegante.

Apenas nos hicimos visibles para los invitados, todos ellos con trajes y vestidos caros, empezó el show de saludar y del postureo.

Aegan comenzó a dar la mano y a hablar con todo el mundo. Fue fastidioso tener que sonreír y soportar que me agarrara por la cintura como si fuera de su propiedad. La fiesta ni siquiera era muy divertida. Era en un setenta por ciento como las tediosas fiestas de la gente de posición en las que vas hablando con uno y con otro, bebiendo de una copa y comportándote correctamente y no como una loca; el treinta por ciento restante se salvaba por la buena música, el alcohol y porque, para hacer las donaciones, los invitados podían probar vinos de diferentes países y comprarlos.

De todos modos, empecé a aburrirme porque solo oía cosas como:

—He escuchado que tu padre va a lanzarse a la presidencia.

—Pienso votar por él.

—Igual no necesita ganar porque ya son importantes...

—Esta fiesta es increíble, Aegan. ¿Cuál es la meta de las donaciones?

—¡Estás guapísimo!

Aegan respondía a todo con elocuencia. Hablaba con tanto orgullo de su familia que daba la impresión de que había nacido solo por ese apellido. Adoraba su linaje, eso estaba claro. Ser un Cash lo era todo para él.

En cierto momento, mientras estaba sonando una musiquita aburrida de baile lento, me di cuenta de que Artie estaba cerca de una mesa de bebidas y que parecía que le pasaba algo porque tomaba sorbos rápidos de su copa y miraba hacia todos lados con preocupación. Me excusé:

—Voy al baño. Ahora vuelvo.

Aegan ni me oyó, inmerso como estaba en su conversación, así que me acerqué a Artie.

—¿Qué te pasa? —le pregunté en un tono bajo.

—Es que Adrik se puso a beber y luego desapareció —dijo con cierta molestia—. No lo veo por ninguna parte, así que he andado sola por toda la

fiesta y todos me miran rarísimo.

Hum, después de la discusión que había escuchado entre él y Aegan, imaginé que estaría por ahí, aún muy enfadado.

—¿Alguna vez te has preguntado si Aegan y él están verdaderamente unidos? —pregunté.

—Pues eso es lo que aparentan, ¿no? —dudó ella, y luego hizo una mueca de frustración—. Igual Adrik... No lo entiendo. Nadie lo entiende.

Yo sí entendía lo que era estar enfadada con la vida. Sabía que era eso lo que le pasaba a él. Algo había pasado que lo enfurecía mucho. Algo en lo que Aegan tenía que ver, pero no lograba comprender cómo eso se conectaba con Eli.

Mi fabuloso novio se acercó a nosotras de pronto, así que no dije nada más. Sostenía su vaso de whisky y su anillo se veía poderoso, capaz de romper caras. Era malvadamente guapo, claro que sí. Y lo sabía. Le gustaba saberlo.

—¿Nos dejas solos? —le pidió a Artie de forma inesperada.

Sonó cortés, pero igualmente fue muy feo por su parte decir eso, considerando que Artie era mi amiga. Iba a replicar, pero ella le dedicó una mirada dura y luego se perdió entre la gente. La verdad es que Aegan se comportaba de una forma odiosa con ella; ya me había quedado claro.

—Te gusta tratarla mal, ¿eh? —me quejé—. No lo vuelvas a hacer.

—El que da órdenes aquí soy yo —dijo sin inmutarse— y...

Dejó el vaso sobre la mesa más cercana y, para mi sorpresa, me ofreció su mano. Alterné la vista entre la palma y su cara con una ceja enarcada.

—¿Qué?

—Bailemos.

Pestañeeé. ¿Quería que bailara? ¿Con él? ¿Aegan? ¿Estábamos en la realidad o me había muerto del aburrimiento un rato atrás y no lo sabía?

—¿Me quieres pegar un papel en la espalda que diga «patéame» o qué? —desconfié.

Él giró los ojos y, sin esperar a que le diera permiso, me tomó de la mano y me llevó consigo un poco más lejos de la mesa, hacia donde había otras personas bailando. Sin aviso me puso una mano en la cintura y me pegó a él, tanto que mi pecho se aplastó contra su pecho duro y mi frente quedó a la altura de su nariz. Su colonia cara entró por mis fosas nasales y entonces su boca se acercó a mi oreja.

—No —respondió contra mi oído a mi anterior pregunta—, pero si tuviera un papel lo haría.

Como por arte de magia (o de sus órdenes), el DJ puso la versión de *Quando Quando* de Michael Buble. Y entonces empezó a bailar conmigo.

Pues... guau, Aegan, guau. Sus pasos y su forma de guiar al ritmo de la música eran expertos, confiados, elegantes. Desde luego, él resaltaba y, por ende, yo también, por lo que en tan solo un segundo fuimos objeto de muchas miradas. Eso a él no le importó en absoluto. A mí, en cambio, que al menos sabía bailar (no te asustes, no hice el ridículo), me costaba creer que estuviésemos haciendo algo tan cliché. ¿De verdad estábamos bailando como una pareja que se gustaba? ¿Esa canción tan cursi? ¿Por qué? ¿Solo porque sí? No podía ser posible...

—Escucha —me susurró de repente al oído, cuidando el movimiento de sus labios para que nadie lograra leerlos—. Las fotos que nos van a tomar justo ahora son muy importantes. Pon tu mejor cara de enamorada.

Tras eso, noté que un fotógrafo que estaba entre la gente que nos miraba con curiosidad y la que no nos estaba haciendo fotos mientras seguíamos el movimiento de la música.

Todo cobró sentido para mí. Dejé de sentirme sorprendida.

—Ah, es que necesitas algo —respondí con una sonrisa, aliviada al ver cuáles habían sido sus verdaderas razones para sacarme a bailar, pero quise fastidiarlo—: Y yo que pensé que me sacabas a bailar para tener un momento romántico y tocarme.

Su sonrisa rozó mi oreja. Sentí su respiración, era la respiración calmada

de quien tiene la seguridad de controlar su mundo.

—¿Estoy entendiendo bien? —preguntó con una diversión juguetona—. ¿Acaso tienes ganas de que te toque, Derry? ¿Es que quieres pasar una noche conmigo? Aunque no sé si sería muy romántico, no es mi estilo...

—Oh, ¿cuál es tu estilo? —le seguí el juego, falsamente intrigada—. Déjame adivinar «hacerlo duro».

—Mejor dicho: hacerlo inolvidable —me corrigió.

Buena respuesta. Seguramente habría derretido a cualquier otra chica con ella, sobre todo por esa magnética y natural confianza con la que sonaban sus palabras. Nadie podría dudar de que eso fuese cierto. De ser yo otra persona, habría pensado que Aegan era capaz de enloquecer a una mujer con solo guiñarle el ojo.

—Vaya, es todo lo que deseo hoy —mentí, impresionada.

—Bueno, con tu aspecto de esta noche, no me parece mala idea —consideró.

Alcé las cejas y busqué sus ojos. El brillo astuto, orgulloso y malicioso estaba allí, en esos iris de un gris casi transparentes. Era impresionante cómo sus ojos entornados parecían reírse de todo con naturalidad. Habría sido el encantador y perfecto villano de una película.

—¿Entiendo bien, Cash? —recurrí a su misma estrategia con la misma picardía—. ¿Es que acaso te gusto?

—Me gusta cómo te ves justo ahora. —Alzó ligeramente los hombros.

—Eso no responde mi pregunta —aclaré, y la pronuncié más lentamente—. ¿No te gusto ni un poquito, Aegan?

Tuve muchas ganas de escuchar su respuesta.

Pero tenía formas más astutas de desviar las cosas.

En ese instante, él me hizo girar con habilidad. Me retuvo con sus brazos alrededor de mi cintura y me obligó a mover nuestros cuerpos con ligereza de izquierda a derecha. Un paso muy delicado, dulce, aunque yo solo fui consciente de que mi espalda quedó contra su pecho, su pelvis contra mi

trasero y su boca contra mi oreja. Me sentí extrañamente pequeña, atrapada entre sus brazos, como si pudiese romperme con tan solo apretar un poco más.

Delante de nosotros vi al fotógrafo inspirado con la cámara a la altura del rostro.

—Sonríe para la foto —me ordenó Aegan con una sonrisa.

El flash se disparó, cegándome por un momento. Pensé que él me giraría entonces para seguir bailando, pero en esa misma posición susurró contra mi oído con una voz tan baja que sonó peligrosa:

—Estaré encantado de pasar la noche contigo, si es que después de la fiesta todavía quieres, claro...

Volvió a darme la vuelta con agilidad, hizo una inclinación caballerosa como para despedirse y se fue a buscar su vaso de whisky para continuar su tour de conversaciones por la fiesta. Por supuesto, ya había obtenido de mí lo necesario, así que me dejó ahí parada, demasiado intrigada por lo último que había dicho. ¿Si todavía me apetecía? ¿Qué significaba eso?

Oh, realmente no sabía lo que me esperaba.

Unas horas después de puro aburrimiento y de escuchar lo maravilloso que era el padre de los Cash, llegó el momento del brindis.

Todos se concentraron en el patio. No vi a Adrik por ninguna parte, pero sí a Artie, frustrada; a Owen, enganchado del brazo con su chica, y a Aleixandre, con su rubia Laila, muy acaramelados los dos. Los camareros nos entregaron copas de champán. En el cielo aún refulgían las estrellas, prometiendo, como una mentira, una linda noche.

El DJ bajó el volumen de la música y Aegan esperó un momento a que la concentración se completara, y luego se situó en el centro de la gente, que esperaba ansiosa, atenta.

Esbocé mi más ancha y perfecta sonrisa al mundo hipócrita y cruel de Tagus.

—La noche apenas acaba de empezar, pero quiero hacer una pausa para

anunciar algo muy importante —comenzó a decir Aegan con esa voz poderosa, elocuente, embelesadora. Sus ojos brillaban de malicia, pero como él siempre era así, no le di importancia y me hinché como una novia orgullosa de estar a su lado. La gente escuchaba, expectante, ansiosa—. Esta fiesta es para recaudar fondos para la fundación de personas sin hogar que dirige mi padre, pero hace poco decidí que beberíamos y lo pasaríamos bien juntos para ayudar también a otra causa. Por eso he traído varias botellas de mi colección personal de vino para venderlas en esta fiesta. No me ha resultado fácil tomar esta decisión, pero me satisface saber que el dinero recaudado con cada una de estas botellas irá a una nueva causa que ya considero muy especial para mí.

Todos estallaron en aplausos. Incluso a mí me sorprendió. ¿Él haciendo caridad con sus valiosas cosas personales? Bueno, estaba bien. Considerando que era un imbécil, donar era lo mínimo que podía hacer por el mundo.

Aegan pidió que disminuyeran los aplausos. En pocos segundos cesaron y él arrojó la bomba:

—Ese dinero irá en beneficio del Hospital San Francis y costeará todos los tratamientos de mi suegra, Elein Derry, la madre de mi novia, Jude Derry. Este tema me toca en lo más profundo porque Elein padece las consecuencias del VIH.

Cuando Aegan se volvió hacia mí con la copa en alto, yo estaba paralizada.

A eso se había referido con «si después de la fiesta todavía quieres». Me había insinuado que tenía algo preparado. Algo tan cruel que me superó por mucho.

En un primer momento fue como si todo se hubiese detenido en el segundo en el que había dicho «VIH». Todo a mi alrededor desapareció. Pausa. Una pausa por el impacto. Y luego, de forma abrupta, todo se reanudó. Todo volvió a adquirir movimiento y entendí lo que Aegan

acababa de hacer.

Acababa de decirle a todo Tagus, a los que se reían de mí, a los que mañana y pasado comentarían aquello como un cotilleo, que era cierto, no obstante, que en casa mi madre estaba enferma desde hacía seis años. Era un tema serio, privado, doloroso y, aun así, Aegan lo había soltado sin más, delante de todo el mundo, como si no fuera más que un chisme.

Cuando me atreví a mirar hacia los lados, vi que todos se mantenían en un silencio expectante, pero en sus rostros había expresiones y miradas que no disimulaban lo que estaban pensando sobre mi madre, sobre cómo se había podido contagiar, sobre si yo había nacido con la enfermedad o no...

—Salud —dijo Aegan de pronto, y todos se le unieron en un coro:

—Salud.

Yo no alcé la copa. Seguí inmóvil porque todo se me había congelado, incluso la vida.

Aegan bebió de su copa, luego tragó, frunció el ceño en un gesto fingido y me dijo:

—Jude, ¿quieres decir algo? ¿Quieres contarnos cómo está Elein?

Entreabrí los labios. En verdad intenté decir algo para no quedar peor, pero nada salió de mi garganta. Algo caliente me recorrió el cuerpo y se agrupó en mis ojos, venciendo toda mi dureza y mi valentía. Quise... quise llorar como una estúpida, pero me contuve, y toda la fuerza se me fue en eso. Ni siquiera me sentía capaz de rebatirle como se lo merecía, de mostrarme fuerte.

Todos esperaban.

Me miraban.

Murmuraban.

—Y-yo... —logré pronunciar. El mundo daba vueltas. Tenía la boca seca, quería vomitar—. Bueno, ella...

—¿Ella...? —me animó Aegan con descaro.

—Es que... ella... pues...

Entonces, antes de que me saliera otra palabra o tal vez un acceso de vómito, de forma inesperada un grito me interrumpió:

—¡¡¡Chúpamela, Aegan!!!

Fue tan repentino que la atención de todos se dirigió hacia la terraza de la casa. En cuanto lo vi, no lo pude creer. Adrik estaba de pie en el borde. Sostenía una botella de whisky. ¿Qué demonios estaba haciendo? Ni siquiera nos dio tiempo de buscar una respuesta porque se lanzó de cabeza a la piscina. Voló por los aires hasta que la caída hizo saltar el agua. Se hundió, salió y cogió aire. Después, con la botella en alto, soltó un grito potente:

—¡¡¡GUAUUU!!!

En un segundo, la música volvió a sonar más alta y animada que nunca. Y todo el mundo estalló en gritos de GUAAAUUU para conseguir que la fiesta fuera finalmente divertida.

Al girarme hacia Aegan, descubrí que estaba mirando a Adrik con una furia incontenible. Adrik, por su parte, flotó en la piscina con los ojos entornados, desafiantes y fijos en su hermano.

Para mejorar la noche, más gente comenzó a lanzarse al agua, motivados, olvidando lo del brindis al menos por esas horas.

Sentí una mano en el hombro. Era Artie. Me dedicó una mirada que incluso me pareció de lástima. No lo supe. Quizá quería darme su apoyo, pero no lo necesitaba en ese momento. No necesitaba nada de esa mierda.

Me aparté y me alejé de ahí lo más rápido posible, humillada, pero sobre todo aguantando el mar de llanto y rabia que prometía derrumbarme.

Si había creído estar un paso por delante de Aegan Cash, me acababa de lanzar por un pozo.

Incluso pude oírlo en mi cabeza:

«Yo siempre tendré un plan mejor».

La oscuridad puede ser un buen refugio,
pero cuidado con el monstruo que vive en ella

Me alejé de la fiesta hasta que oí la música lo suficientemente lejana. Y ahí tuve mi ataque de furia.

Me quité los estúpidos tacones y los arrojé lejos con fuerza. Me pasé la mano por la cara como si así pudiera quitarme todo ese ridículo maquillaje. Incluso solté un extraño grito/grosería/gruñido de rabia. Fue todo tan explosivo, tan colmado de ira, que al final me quedé quieta, agitada y derrotada, pensando, procesando que lo que acababa de pasar había sido peligroso e inesperado.

¿Cómo se había atrevido a contarle a todo el mundo que mi madre estaba enferma? Ese tema siempre fue delicado para nosotros y nos tenía constantemente preocupados. Mi madre estaba bien un día y al otro no. Era impredecible: dolores, infecciones repentinas, debilidad, depresión... Su enfermedad me había roto por dentro. Que Aegan hubiera hablado de ello ante todos, en tono burlón, como si fuera parte de sus juegos, me había dejado claro que era el ser más miserable del mundo, que era lo más despreciable que había conocido nunca.

Y que no se detendría. Mientras yo lo retara, mientras siguiera atacando

su imagen, seguiría siendo cruel, seguiría tratando de hundirme. Escarbaría en mi vida, esperando el momento en el que me equivocara. Lo peor: yo no le había temido a nada de lo que pudiera hacerme, a pesar de que aquella noche, en el auto, me había advertido que contaba con todos los recursos necesarios para una guerra.

En ese momento, tras demostrarme que no le importaba cuán malvadas fueran las medidas para derrumbarme, me pregunté si debía seguir con el plan.

Y no pude darme una respuesta clara porque la cabeza me daba vueltas. Me arrepentía mucho de no haber cogido alguna botella antes de huir de la fiesta.

Me quedé en medio de la oscuridad, sentada sobre una piedra. Lloré un rato para desahogarme y no guardarme nada que quisiera salir después... Oye, llorar es bueno. Si quieres llorar como las protagonistas de las novelas de época, hazlo, pero después está en cualquier constitución que seques las lágrimas y te levantes.

Yo me sequé las lágrimas con decisión, pero me quedé inmóvil, mirando el vacío, tratando de equilibrar mi rabia. El enfado era normal, pero demasiado enfado solo llevaba a errores. Tenía que calmarme.

Lo único seguro era que no pensaba regresar a esa maldita fiesta en lo que quedaba de noche. Se me ocurrió que quizá podía escabullirme hacia la habitación para tirarme en la cama, así que comencé a andar por ahí sin acercarme demasiado, intentando encontrar entradas alternativas en las que no me topara con nadie.

En cierto punto ni siquiera supe en dónde me encontraba, porque todo eran árboles y oscuridad. Pero de repente vi una casita sobre las gruesas ramas de un árbol enorme. La casita se veía bastante grande y lo más importante: vacía.

A lo mejor podía pasar la noche ahí. Lo que fuera con tal de estar lejos de los Cash durante unas horas.

Subí los tablones de madera. Pero al asomarme para mirar dentro, casi me caigo desde esa altura al ver una figura en el interior. No me salió el grito porque reconocí quién era, a pesar de la oscuridad.

Era Adrik y tenía una botella en la mano.

¿Un rato sin los Cash?

No, hija, eso aquí es imposible.

Pensé en bajarme e irme, pero recordé que él se había lanzado a la piscina en el momento en que Aegan pretendía humillarme más. No sabía si fue casualidad o de una forma intencionada, pero me había salvado.

—¿Se puede? —pregunté después de carraspear.

Él, que estaba mirando al vacío, giró la cabeza y notó mi presencia.

—Aprovecha que hay alcohol en mi sistema y no estoy tan idiota —dijo con algo de indiferencia.

Terminé de subir y traté de ponerme derecha, pero no pude erguirme del todo. La casita estaba diseñada para niños, y bueno, ninguno de los dos lo éramos ya, de manera que me senté a su lado, derrotada.

—Aquí estoy como predijiste, justo después de un momento ridículo —le dije tras una cansada exhalación—. ¿Tú qué haces aquí?

—No me gusta mezclarme con mucha gente —respondió.

Apoyé la cabeza en la madera y me quedé callada durante un rato. Solo se oían los tragos que Adrik le daba a la botella y su respiración tranquila. Por unos instantes, fue bueno sentirme acompañada, aunque en teoría no me estaba acompañando por consideración.

—Gracias —dije al fin— por interrumpir en el momento adecuado.

—No lo hice por ti —zanjó.

Por supuesto, él siempre se aseguraba de lanzar baldes de agua fría.

—Bue...

—Lo hice por mí —me reveló.

Alcé las cejas con cierta sorpresa.

—¿Quisiste tener toda la atención del público?

—Quise que Aegan no se saliera con la suya por una vez.

Hundí el ceño. Adrik estaba en mi lista de personas que decían cosas que no esperaba escuchar, pero por un instante me atacó una enorme duda.

—¿Tú sabías que él diría eso en el brindis? —le pregunté.

—Jude —pronunció mi nombre tan serio que sentí que iba a regañarme—, ¿todavía piensas que los tres hacemos planes para humillarte?

Mira, lo aceptaré. Yo notaba que los tres tenían actitudes distintas como la indiferencia de Adrik hacia las cosas que le gustaban a Aegan o la amabilidad de Aleixandre al tratarme, pero me resultaba difícil separarlos. A fin de cuentas, eran hermanos, habían crecido juntos, obedecían a Aegan, le tapaban cualquier error... En pocas palabras, si debían ser fieles a la sangre, no se podía confiar mucho en ellos.

—No importa lo que yo piense —suspiré para no entrar en detalles.

Él cogió aire y lo soltó con resignación.

—Sospeché que tramaba alguna cosa cuando empezó a hablar de un brindis especial —confesó, como si no le quedara otra que responder a mi pregunta anterior—. Para Aegan, «algo especial» siempre significa «algo que he planeado cuidadosamente», así que en cuanto comenzó con su show se me ocurrió hacer lo que hice. Eso es todo. Ahora ten, te ayudará.

Para mi sorpresa, me ofreció su botella. Dudé un momento solo por reacción automática, pero sí lo necesitaba, así que al final la acepté y me eché un trago largo. Me bajó por la garganta como fuego, pero funcionó como una inyección de valor al mismo tiempo.

Se la devolví.

—¿Puedo preguntar si también sabes cómo averiguó lo de mi madre? —dije, todavía saboreando la potencia del alcohol.

Adrik se encogió de hombros.

—No, pero sí sé que tiene sus métodos para enterarse de las cosas. No debió hacer eso delante de todo el mundo.

Me sorprendió que fuera consciente de lo mal que había estado lo que me

había hecho Aegan.

Pero ya no lo podía borrar.

—Bueno —suspiré—, como dijiste una vez: lo que sea que me haya pasado es culpa mía.

Después de eso, ninguno dijo nada. Adrik se echó un trago y luego me pasó la botella para que yo también bebiera. Y así estuvimos durante un rato, bebiendo en silencio. Cuando uno bebe, siempre pasa por diferentes etapas: al principio estás lúcido y el alcohol te da ánimos; varios tragos después, estás relajado, disfrutando; unos pocos más, y entras en ese estado que yo llamo «el mareíto rico», porque el mundo comienza a ser poco estable, la bebida te sabe deliciosa y pueden pasar dos cosas:

O todo te da risa porque tu lucidez se ha ido a la mierda.

O todo te afecta más que antes.

A mí me pasó lo primero. Ya sentía el mareíto rico, ya sentía que la casita daba vueltas, cuando empecé a reírme sin más. Y fue divertido porque, contagiado por mis risas, Adrik también comenzó a reírse. Sus carcajadas no eran tan desbocadas como las mías, pero, considerando su personalidad, uno se daba cuenta de que ya no estaba del todo sobrio.

—Gritaste: «¡Chúpamela, Aegan!» —le recordé entre pequeñas risas—. ¿Alguien le había dicho eso alguna vez?

Adrik resopló, pero ese resoplido se convirtió en una risa apática.

—No en su cara.

Seguí riendo al recordar cómo se había lanzado a la piscina. Su figura volando por los aires de repente me pareció demasiado chistosa.

—Nunca imaginé que precisamente tú podrías hacer algo así —le confesé—. Siempre eres tan serio y parece que lo odias todo...

Él chasqueó la lengua.

—Tuve que tomarme varios tragos antes, pero ya ves, hasta el más serio tiene su momento de locura.

Continuamos compartiendo la botella. Y no sé si lo sabes, pero cuando

compartes una botella con alguien se forma una especie de pequeño vínculo amistoso. No lo digo yo, lo dice la *ciencia alcoholística*.

Tenía que aprovechar las ventajas que me daba ese vínculo mientras durara.

—Necesito preguntarte algo —dije de pronto.

Adrik bebió otro trago y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Suelta.

—¿Por qué eres tan duro con Artie?

—No soy duro con ella —aseguró él con una nota de fastidio—. Simplemente no me gusta, y no quiero darle pie o que piense que sí.

—Pero...

—Yo fui a tu apartamento aquel día para darte los libros —interrumpió—. Y Aegan y tú decidieron que esa noche saldríamos los cuatro. A partir de ahí, fue él quien quiso juntarla conmigo. En ningún momento acepté. ¿O recuerdas algún instante en que lo haya hecho?

No, no lo recordaba aceptando nada.

Bebió otro trago. Sonaba bastante normal, pero era obvio que respondía a mis preguntas porque estaba medio ebrio.

—Mira, Aegan, Aleixandre y yo solo compartimos dos cosas: el apellido y la sangre, porque no somos iguales en nada —dijo, e incluso sonó agrio, como si le molestara mucho ese tema—. Que el mundo entero piense que sí es justo por lo que Aegan se esfuerza. Él quiere que seamos una copia suya.

Yisus, ¿era cierto lo que oía?

Una chispa de entusiasmo y curiosidad se encendió en mí. Aquello era como atravesar una de las barreras del silencioso, reservado y serio Adrik Cash.

—Y tú no quieres parecerte a él —asumí en un tono de «Anda, cuéntame más».

Él emitió una risa ácida.

—Me amputaría un testículo primero. —Dio un trago largo y luego se

relamió los finos labios—. No sé por qué te digo todo esto, sabiendo que en cuanto puedas irás a contárselo a todos.

Le arranqué la botella de la mano y bebí. Después le dije con una nota de disgusto:

—¿Crees que yo, que he sido humillada por Aegan más de lo que querría admitir, iré a decirle a todos que eres el único Cash que se acaba de tomar la molestia de ser sincero conmigo? Más bien debería darte las gracias.

Tuve la ligera sospecha de que Adrik sonrió.

—Bueno, no eres tan tonta —admitió.

—Ay, gracias, no serlo tanto es muchísimo mejor que serlo del todo —repliqué, entornando los ojos.

—Me refiero a que me di cuenta de lo que eras capaz el día que te sentaste en aquella mesa y retaste a Aegan —agregó, de nuevo, asombrándome. Dudó unos segundos, pero luego añadió—: Fue interesante. Lo mejoraste en el comedor cuando le dijiste que no querías salir con él. Pensé que tenías cerebro hasta que los empecé a ver juntos.

De acuerdo, hacerme la estúpida delante de él acababa de dejar de ser divertido porque se había dado cuenta de que en realidad no lo era.

—No sé qué es peor, que nunca hables o que empieces a soltarlo todo —resoplé, y le quité la botella cuando él acabó de beber—. Lamento decepcionarte entonces, idiota.

—Para decepcionar está la gente.

Eché la cabeza hacia atrás y la giré para mirarlo. Me asombré a mí misma al admitir que me agradaban las opiniones de Adrik. Eran realistas.

—¿Hay al menos una cosa que nos guste al uno del otro? —No supe por qué pregunté eso.

Adrik también echó la cabeza hacia atrás y me miró. Sentí el peso de esos ojos parecidos a la nostalgia. Tenía una sonrisa escasa.

—Dímelo tú.

—Bueno, sabes dejarme callada, y eso es bastante difícil —confesé. Fue

como: «Oh, nooo, acabo de entrar en la fase de sinceridad, y ya no puedo parar»—: Tienes unos argumentos muy buenos.

—Uno debe nacer con algún talento —contestó, y alzó la botella como si fuera un brindis.

Nos reímos, yo con más confianza y él apenas demostrando que se reía un poco.

—Dime tú ahora —le exigí, removiéndome en mi sitio, ansiosa por escucharlo.

Adrik se pasó la mano por el cabello y se lo despeinó a propósito. Se quedó un momento mirando el vacío, quizá pensando, quizá preguntándose por qué la Tierra daba vueltas o quizá solo existiendo, y luego dijo:

—Es complicado porque no tienes nada que deba gustarme.

—¿Quééé? —emití en un tono agudo, impactada—. ¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—Porque no eres guapa, no llamas la atención cuando llegas a un sitio, no eres dulce ni amigable y tampoco tienes ninguna cualidad que resalte. De hecho, eres torpe, entrometida, insufrible, apareces en los momentos menos indicados, crees saberlo todo cuando no sabes nada, y a veces eres arisca y aburrida. Sin olvidar que tienes un pésimo gusto para la lectura y que siempre parece que tuvieras una escoba por cabello.

Lo dijo todo con tanta naturalidad y simpleza que ni siquiera parecieron insultos. Me quedé boquiabierta, pero fui incapaz de sentirme enfadada, solo mal. Sabía que decía la verdad. Yo era todo eso e incluso más, de modo que no me quedó otra que cerrar la boca, echarme un trago y callarme.

No me esperaba lo que agregé de repente:

—Pero es eso lo que me gusta.

Lo miré con rapidez, estupefacta.

Él siguió:

—Que no eres nada de lo que deberías ser, nada de lo que este sitio te exige que seas. Solo eres como eres, y aunque toda tu existencia es

insuportable, no te esmeras en ocultarla. Eres algo así como un interesante desastre. Por eso sigo sin entender qué haces saliendo con un bruto, malintencionado e idiota como Aegan.

¿En serio creía que Aegan me gustaba de verdad? Guau, entonces mi actuación era bastante buena.

De todos modos, me concentré en lo que había dicho. Era la primera vez que me soltaban mis verdades con tanta naturalidad y sin tono u intención de ofender. Eso me hizo sentir como Rafa de *Los Simpson*: feliz y enojada.

—Adrik —empecé a decir, parpadeando como una tonta por el asombro—, si tenía un poquito de autoestima, me la acabas de fulminar.

Para mi sorpresa, a él le hizo gracia mi comentario y se echó a reír. Entonces, entre las risas se le escapó un eructo grotesco y sonoro que desató en mí un ataque de carcajadas.

Nos reímos como dos estúpidos hasta que pasé a la siguiente fase del alcohol: la rabia.

—No, joder, no sé de qué demonios me estoy riendo —solté, sacudiendo la cabeza de un lado a otro con furia y ebriedad—. Odio esto. ¡Odio lo que fingí ser en esa maldita fiesta! ¡Odio este estúpido maquillaje! ¡Odio este jodido vestido!

Adrik se terminaba un trago. Apenas apartó la botella de su boca dijo sin más:

—Quémalo.

Me detuve. El cabello se me quedó pegado a la cara.

—¿Qué? —emití en un tono poco estable.

—No hablo en chino, Jude, ya me has oído.

—Sí, pero ¿cómo voy a quemarlo?

Adrik intentó levantarse. Yo lo miré entre confundida y desorientada. Le costó un poco e incluso se balanceó sobre sus pies, pero al final sus hombros llegaron al techo. Se quedó encorvado, pero, aún sosteniendo la botella, logró acercarse a la entrada y poner un pie en el tablón de la

escalera.

—Ven —me dijo.

Como mi cerebro estaba frito por el alcohol, no apliqué ni la lógica ni el sentido común a nada, e intenté bajar las escaleras también. Ambos estuvimos a punto de caer como mierda al suelo, pero por suerte logramos pisar tierra ilesos.

Adrik rodeó el enorme árbol. Solo cuando la débil y lejana iluminación de la casa y de la luna me permitió verlo mejor, me di cuenta de que todo el rato había estado sin camisa. Lo único que llevaba encima era la corbata blanca del traje y el pantalón con el que había saltado a la piscina, ahora húmedo, arrugado y sucio.

Tragué saliva como una tonta y él desapareció por detrás del árbol.

—Ven, Jude, no te quedes ahí —dijo desde algún lugar.

Mis piernas se movieron sin que yo les diera muchas órdenes. Rodeé el árbol y vi que Adrik había empezado a reunir un montón de ramas junto a algunas tablas viejas sobrantes de la construcción de la casita del árbol que nadie nunca se había preocupado de quitar.

Mientras él hacía eso, yo estuve mirándolo. Lo vi con unos ojos más adolescentes y vulnerables. Estaba muy guapo con el pelo despeinado y el torso torneado desnudo. Lo mejor era que si apartabas el hecho de que estaba bueno, notabas que era diferente.

Adrik no hablaba de manera pretenciosa, no alzaba la cara con suficiencia, no reía como si tuviera al mundo cogido por el cuello. Era sencillo, natural. Sí, algo chocante. Sí, algo odioso. Sí, muy sarcástico e indiferente; pero sospeché que debía de tener sus buenas razones para actuar con tanta frialdad ante el resto.

Incluso me pregunte qué era lo que tanto lo enojaba. ¿En verdad era Aegan? ¿En verdad era solo eso?

Parpadeé con fuerza y abandoné mis extraños pensamientos cuando él echó un chorro de alcohol de la botella sobre las ramas, la madera y las

hojas. Luego se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un encendedor. Encendió una hoja y la dejó sobre el montón.

Poco a poco se formó un fuego. Él lo ayudó a crecer y crecer hasta que las llamas se hicieron lo suficientemente grandes para... ¿para qué?

—Bueno, quítatelo —me ordenó Adrik.

—¿Eh? —dije sin comprender, alternando la mirada entre él y las llamas.

—El vestido —contestó—. Quítatelo para quemarlo.

—¿¿Cómo lo voy a quemar?! —pregunté, estupefacta.

—Acabas de decir que lo odias, ¿no? Bueno, a mí tampoco me gusta este maldito traje, así que...

Dejó la botella en el suelo y comenzó a desabrocharse el pantalón. En un momento se lo quitó y se quedó únicamente con unos bóxers blancos. Jamás había visto que unos bóxers le quedaran tan bien a nadie. Hasta ese momento, jamás unos bóxers me habían parecido mucho más que bóxers. No sé, era como si lo hubiesen hecho para ser modelo de Calvin Klein.

Salí de mis pensamientos cuando él arrojó el pantalón al fuego. Y a continuación se quitó la corbata y también la arrojó. Luego se sacó los zapatos, los calcetines y los lanzó a las llamas, que crepitaban y crecían.

Ya no tenía nada más para arrojar. Estaba en ropa interior. Por un momento llegué a pensar que también se la quitaría, pero no lo hizo.

—Solo te diré que te vas a sentir mejor —añadió al final.

Le creí. La verdad era que en el estado en el que estaba hubiera creído hasta a un perro si hubiera decidido hablarme. Me acerqué un poco, le di vueltas a la idea durante menos de un segundo y empecé a sacarme el vestido. Sentí el peso de la mirada de Adrik, pero no me importó. Deslicé el vestido por mi cintura y me lo quité con una sacudida de piernas.

Tomé aire y lo arrojé al fuego. No pude evitar sonreír. Sí me hacía sentir bien. Era como mandar a la mierda todo lo que había sucedido esa noche, como liberarme de la fiesta.

—Anda, el collar también —me propuso Adrik.

—Pero debe de ser caro... —dije con cierta duda.

—A la mierda cuánto cueste —soltó sin la más mínima preocupación o culpabilidad.

Pues si él lo decía... Me lo quité y lo lancé a las llamas. Nos quedamos mirando el fuego. Mientras crecía y ondeaba con fuerza, la ropa se quemaba poco a poco. No sabía si desaparecería por completo, pero el hecho de que el fuego la cubriera ya era suficiente para mí.

Cuando me atreví a girar la cabeza, la piel de Adrik estaba bañada por el naranja y el amarillo de las llamas. Su reflejo ondeaba sobre su silueta como sombras. Su cabello apuntaba en todas las direcciones. Sus labios parecían frescos y tenían un tenue tono rosado debido al contacto con la botella. Sus ojos parecían más oscuros y brillantes, quizá por el alcohol, pero resultaban hipnotizadores.

Descubrió que lo miraba y volvió su atención hacia mí. Durante un instante, la piel me quemó y no por el fuego. Adrik tenía una manera de mirar que te removía por dentro. Parecía tan indescifrable, tan enigmático, que incluso podías llegar a creer que le habían concedido el don de saber qué pensabas. Y yo ahora estaba pensando cosas nuevas sobre él... Cosas que no debía... Cosas...

—Jude —dijo, rompiendo el silencio.

El estúpido corazón se me aceleró y me pregunté si iba a sufrir un infarto o qué...

—¿Sí? —pregunté sin aliento, nerviosa por lo que fuera a decir.

—Ahora tengo frío —soltó con cierta aflicción.

Me reí. La risa me salió de golpe, extraña, nerviosa, y me sentía aliviada al mismo tiempo. ¿Qué había esperado que dijera? ¿Qué?

—No hemos pensado en eso —admití, rascándome la cabeza—. ¿No deberíamos regresar?

Ambos miramos hacia la lejanía. Las luces y la música parecían ecos de un mundo al que, al menos yo, no pertenecía. Estuve más que segura de que

estar ahí, en medio de la oscuridad, casi desnuda, era muchísimo mejor. Y poder ver a Adrik en bóxeres por supuesto era mejor todavía.

—Si te atreves a pasar así y que todos te vean... —respondió él, encogiéndose de hombros.

—¿No hay otra entrada?

Negó con la cabeza.

—Solo por delante y por la cocina. Pero por ambos lados hay mucha gente. No se irán hasta mañana.

Exhalé.

—La verdad es que justo ahora no tengo lo que se necesita para ver la cara de alguno de esos hipócritas —admití. Pensar en lo sucedido me llenaba de rabia, pero decidí alejar el recuerdo—. Mucho menos la de Aegan.

—Mejor subamos a la casita de nuevo —propuso él.

Dejé que Adrik subiera primero porque me daba algo de vergüenza. Lo único que llevaba encima eran las bragas (que en realidad no eran muy atractivas, más bien eran de esas que te pones cuando tienes la menstruación) y el sujetador. Y no combinaban. Bueno, es que no combinas la ropa interior si nadie te va a ver con ella puesta, y a ser sincera nunca imaginé terminar en esta situación. Confié en la oscuridad y en la ebriedad de Adrik para que no se diera cuenta de esos detalles.

Ya en la casita, se movió en cuclillas de un lado a otro. Desapareció en la oscuridad y luego me llamó. Intenté seguir su voz hasta que me golpeé la frente contra la madera de una pared. Solté un quejido fuerte junto a una grosería mientras me palpaba con la mano en el lugar del impacto.

—Procura no romperte el cráneo —comentó Adrik.

—Jajá imbécil.

Apenas mis ojos se acostumbraron de nuevo a la oscuridad, descubrí que había un montón de cojines en una esquina. También había pósteres de superhéroes en las paredes, un cajón, un estante con un montón de juguetes

viejos y algunos cables y cosas desperdigados por el suelo.

—Podemos quedarnos aquí —dijo, señalando los cojines.

Juntos formamos una cama. Resultó que había suficientes cojines para crear un enorme cuadro y echarnos los dos, uno al lado del otro. Él se acostó boca arriba y yo boca abajo.

Pasamos unos minutos en silencio, pero como no lograba dormirme (y mantenerme callada no es algo que yo sepa hacer durante mucho tiempo), lo rompí con una pregunta:

—¿Esta casa era tuya?

—Mía y de Aleixandre —respondió con voz baja y apática.

—Imagino que a Aegan no le gustaba.

—Siempre hizo cosas más serias. Mientras Aleixandre y yo jugábamos, él quería estar con papá y aprender cosas de su trabajo.

—¿Aegan siempre se mantuvo distante con ustedes?

Lo escuché soltar una exhalación.

—Jude, estoy entrando en esa fase en la que no quiero oírte —me cortó.

—Siempre estás en esa fase —susurré, entornando los ojos—. Me callaré entonces.

Quería que Adrik me siguiera respondiendo, pero fui consciente de que ya me había dicho muchas cosas esa noche y que no debía presionarlo. Entonces de repente me pregunté: ¿hasta qué punto estaría implicado Adrik en lo del club nocturno?, ¿aprobadaba las cosas ilegales que se estaban haciendo en Tagus?, ¿iba al club nocturno y hacía lo mismo que los demás?

Me removí inquieta sobre los cojines y apoyé la cabeza de lado, de modo que logré ver el perfil de Adrik. Tenía los ojos cerrados y la expresión tranquila. Su pecho desnudo subía y bajaba en una respiración pacífica. Admití que podría mirarlo durante mucho rato. Hasta podía... hasta podía...

«Joder, ¿qué demonios estoy pensando?»

Bueno, no tenía ni idea. El alcohol todavía me dominaba. Me quedé así, intentando no hacer nada que no debiera hacer. En cierto momento comencé

a sentir frío de nuevo y me pregunté como una tonta por qué no nos habíamos quedado abajo, al lado de la fogata.

La verdad es que sí éramos bastante estúpidos...

—Deja de mirarme —me rugió Adrik de pronto.

—¡No te estoy mirando! —me defendí, rugiendo también—. Estoy mirando a la nada y resulta que tú estás en medio de esa nada. Además, tengo... tengo frío.

—Busca en aquel cajón. —Señaló el cajón de la esquina sin abrir los ojos, como si supiera con exactitud dónde se ubicaba cada cosa ahí dentro—. Debe de haber una manta o algo.

Me levanté de mala gana, abrí el cajón y rebusqué. Había juguetes, revistas de autos, cómics y... algo que parecía de tela. Lo saqué, lo estiré y descubrí que era bastante grande, como una manta. La olí. Bien, no tenía un olor extraño.

—¿Cuánto lleva esto aquí? —pregunté, desconfiada.

—No lo sé, sacúdelo y ya está.

Lo sacudí tanto como pude hasta que ya no salió nada de polvo. Luego volví a echarme sobre los cojines y, con incomodidad, me cubrí.

—Espero que esto no esté lleno de pulgas, Adrik, porque si no... —le advertí.

—Calla y duerme —zanjó.

Bueno, al menos daba calor. Nada me picó, nada me atacó... Me removí un poco y cerré los ojos, pero lo siguiente lo solté sin pensar:

—Lo haré, romperé con él. Ya no quiero seguir soportando esto.

Pasó un buen rato. Entré en un estado de somnolencia, pero todavía no me había dormido del todo. Más bien, mi cerebro trabajaba a mil, pensando en muchas cosas: en Aegan, en cómo usar toda la información que había conseguido, de qué manera proceder, en cuáles serían las consecuencias...

Y entonces sentí que algo temblaba junto a mí. Giré la cabeza, ceñuda. Durante unos segundos, no supe qué era hasta que entendí que se trataba de

Adrik, que estaba tiritando. Temblaba de frío y no decía nada. Me di cuenta de que no podía. Debía de estar profundamente dormido, y muriéndose de frío.

Dudé un momento: ¿debía ofrecer parte de mi manta a mi enemigo?

Bueno, ahora no tenía claro que fuera mi enemigo. Las cosas parecían un poco distintas. Con todo lo que había dicho, con lo de la fogata... No sé. Desde el principio Adrik me había parecido muy diferente a sus hermanos, pero no quise aceptarlo. Sin embargo, era algo evidente por muchas cosas: su aspecto, su comportamiento, lo que hacía y decía en clase de Literatura, cómo evitaba las situaciones que a Aegan le encantaban...

Pero tampoco podía confiar en él.

No podía confiar en nadie.

No podía asegurar que uno de los Perfectos mentirosos no era en realidad tan mentiroso...

No obstante, me había salvado de la doble humillación de Aegan, me había ayudado a quemar ese maldito vestido, habíamos compartido nuestro deseo de estar lejos de la fiesta, me había acompañado en medio de aquella oscuridad y no se había comportado como un idiota a pesar de estar borracho...

Y por todo eso hice lo correcto.

Me deslicé con sumo cuidado hacia él y le eché el resto de la manta por encima. Se removió, pero no abrió los ojos. Soltó un leve gruñido y luego se quedó quieto. De manera inevitable, mi piel hizo contacto con la suya. Fue un contacto caliente y suave. Me dejó paralizada y envió una rara corriente a mi cuerpo. Me sorprendió tanto que me obligué a mí misma a dormirme de una maldita vez.

Y entonces él se giró. Fue un movimiento rápido, producto de su sueño y su búsqueda de comodidad. Se quedó de lado y lanzó su enorme brazo por encima de mí. Abrí los ojos desmesuradamente porque en tan solo un segundo tuve su rostro a escasos centímetros del mío. Mi rigidez se

acentuó. Esa cercanía era tan nueva y tan abrupta que mi cerebro casi dio error.

—Adrik, ¡¿qué demonios...?! —chillé.

Él dijo algo incomprensible, todavía dormido. El alcohol lo había dejado frito. Ni siquiera se apartó. Ni siquiera sabía que era yo a la que estaba aplastando como un sándwich. No supe qué rayos hacer. Intenté quitarme de encima su brazo, pero me presionó más con él, molesto.

Visto desde lejos hasta habría parecido que me abrazaba, pero la verdad era que estaba rendido, el condenado. Percibí el olor de su colonia mezclada con el del alcohol. La mezcla me resultó agradable, a lo mejor porque mis sentidos tampoco estaban en condiciones.

Solté aire por la nariz. Observé cada centímetro de su cara con una perplejidad nerviosa. Sus labios ligeramente entreabiertos, la mandíbula afeitada, sus pestañas masculinas, los mechones de pelo sobre la frente... Durante una fracción de segundo incluso quise colocar la mano sobre su mejilla, como si eso pudiera confirmarme que todo lo que me había contado gracias al alcohol era cierto.

Pero fui incapaz. Nuestros cuerpos estaban muy cerca. Si movía una pierna, aunque solo fuera un poco, chocaría con la suya. Mi peor temor, sin embargo, fue hacer contacto con... con cierta parte que solo estaba cubierta por cierta tela blanca...

Mierda.

Cerré los ojos. Me fijé como objetivo no moverme, pero contra lo que en verdad luché durante toda la noche fue con la peligrosa sensación de que era agradable tener a Adrik Cash a mi lado.

Y con las ganas de querer besarlo.

Mal, muy mal.

No todos los mensajes son de texto

Cuando me desperté, me sentía como si alguien me hubiera taladrado la cabeza. Tenía los ojos legañosos, el cuerpo cansado y la resaca palpitándome en las sienes. Solté unos quejidos, parpadeé mucho hasta que mi visión se esclareció y entendí el mundo a mi alrededor.

Me encontraba recostada sobre los cojines dentro de la casita del árbol.

El sol brillaba con una intensidad fastidiosa.

Y Adrik no estaba por ningún lado.

Durante un segundo me pregunté si había soñado lo de la noche anterior, pero las pruebas lo decían todo: seguía en ropa interior; y cuando bajé los tablones procurando no caerme de bruces al suelo, vi los restos del fuego.

Los zapatos de Adrik y una parte del resto de la ropa ni siquiera se había desintegrado, lo cual me causó cierta risa. Probablemente, el viento y el frío habían apagado las llamas más rápido de lo que pensamos. También quedaba un trocito de su corbata, quemado en los bordes, pero blanco satén en el centro. A lo mejor se me habían chamuscado todas las neuronas por el alcohol, pero lo cogí y decidí quedármelo.

Luego tomé bastante aire y reuní valor. Así, descalza y semidesnuda caminé de regreso a la casa de campo de los Cash.

Come on, girl!

Atravesé la puerta trasera y descubrí que los que quedaban de la fiesta habían decidido desayunar en el jardín. En una mesita muy de pícnic, estaban sentados Aegan, Aleixandre, su tapadera/cita Laila, Artie, Owen y su chica de la fiesta.

Me detuve un momento y los miré con mi más esplendorosa cara de palo. Ellos me observaron fijamente, entre sorprendidos y desconcertados. Aegan me repasó sorprendido. Incluso Aleixandre masticó lentamente, como si estuviera tratando de imaginar una historia que justificara mi aspecto.

Sí, debían de estar pensando que habían subestimado mi locura, que en realidad estaba mucho más loca, pero como a esas alturas me importaba tres hectáreas de excremento lo que ellos pensarán, me acerqué a la mesita. Los ojos llameantes de consternación de Aegan me siguieron hasta que cogí una tostada de la cesta que había en el centro.

—Buenos días —les dije a todos, asentí y seguí caminando hacia el interior de la casa.

Pensé que había salido bastante bien hasta que Aegan me alcanzó justo cuando llegaba a las escaleras. Me tomó del codo y me dio la vuelta con algo de brusquedad.

—¿Qué te ha pasado? —soltó, ceñudo y aparentemente disgustado—. ¿Dónde estuviste?

Sacudí con rabia el brazo para que me soltara. Lo miré con ira y desprecio. El recuerdo de lo que había sucedido amenazó con llenarme de una furia capaz de hacerme escupir una ópera de barbaridades.

—No vuelvas a tocarme nunca más en tu asquerosa vida —le advertí.

Sus oscuras cejas se hundieron todavía más. Por un instante, incluso pareció confundido por mis palabras, pero después eso desapareció. Sus ojos adoptaron un brillo que denotaba satisfacción, como si esa fuera la reacción que él esperaba.

—¿Por qué no? —dijo.

No pretendía explicarle nada. Mi paciencia en ese momento estaba en menos cero (- 0).

—¿Cómo averiguaste lo de mi madre? —le pregunté—. ¿Es uno de tus caprichos investigar a todas tus novias?

Aegan alzó las cejas, falsamente sorprendido.

—¿Por qué lo preguntas tan enfadada?

—¡Respóndeme! —le grité.

Se encogió de hombros con una encantadora indiferencia.

—Si algo me sobra son contactos —alardeó—. Digamos que me gusta saber a qué me enfrento.

Di un paso adelante, alzándome para demostrarle que no me intimidaba.

—¿Una madre enferma parece peligrosa para ti? —rebatí—. ¿Temiste que se levantara de la cama y viniera a poner en duda tu superioridad?

Mira, esa era una de las cosas que más odié de Aegan siempre: su asombrosa capacidad para decir algo con ironía, descaro y falsa inocencia al mismo tiempo.

—Mi intención es demostrarte que estoy dispuesto a ayudarte en lo que sea —mintió, y usó la carta de «mosquita muerta» en ese momento.

Le dediqué una sonrisa que por dentro era furia pura.

—Me conmueve tu bondad. Pero ¿qué tal si me ayudas manteniéndola lejos de todo esto?

Aegan alzó otra vez las cejas y fingió asombro. Le quedaban bastante bien las expresiones teatrales.

—¿Llamas «esto» a nuestra increíble relación? —replicó con una falsa nota de sufrimiento—. Por Dios, Jude, debo admitir que me duele. No soy más que un novio preocupado.

—Novio —repetí en un resoplido absurdo y amargo. La palabra había sonado espantosa en su boca, como un castigo, una tortura, lo que únicamente le desearías a tu peor enemigo—. Mira, Aegan, lo de anoche fue la gota que colmó el vaso; ya no quiero...

—¡Jude! —me interrumpió bruscamente la voz de Artie.

Tanto él como yo giramos las cabezas muy rápido. La vi bajar las escaleras a toda velocidad, ya vestida con su ropa. ¿Cómo osaba interrumpir nuestra maravillosa discusión?

—Un momento, Artie —le pedí para poder terminar de dejarle a Aegan las cosas bien claras.

Ella negó con la cabeza.

—Puedes hablar con Aegan después de que te bañes y te vistas —dijo, y me hizo un gesto con los ojos, pero estaba tan furiosa que no lo capté muy bien, así que me negué:

—No, es que tengo que...

—Lo que sea que le tengas que decir puede esperar —insistió, y al llegar a mi lado, me puso las manos sobre los hombros y me empujó con fuerza hacia las escaleras—. Porque tengo algo que mostrarte.

Entonces entendí que era muy importante.

Paseé la mirada entre Aegan y ella, tensa y furiosa todavía por lo que sentía que debía gritarle. Seguía con el ceño hundido y las manos apretadas con fuerza. Todo mi cuerpo ardía, pero no por el motivo que a mí me hubiera gustado, sino de una forma peligrosa, capaz de escupir miles de insultos y de lanzarle una bofetada a Aegan, pero disminuí un nivel mi furia, inhalé hondo para calmarme y me dejé llevar escaleras arriba, no sin antes, claro, dedicarle una mirada de odio a ese idiota.

Su descarada respuesta casi me hizo volver corriendo para seguir discutiendo con él: me guiñó el ojo y me lanzó un beso como yo se lo había lanzado el día anterior al oír su conversación con Adrik.

Pero Artie volvió a empujarme y ganó.

Subimos las escaleras. Apenas entramos en la habitación, le dije, disgustada:

—¿Por qué no me dejaste mandarlo a la mierda?

—Porque tienes que ver esto —soltó ella, y tiró de mí con urgencia hacia

el baño de la habitación.

No entendí qué rayos estaba pasando hasta que abrió la puerta, y entonces lo vi en el espejo rectangular que colgaba encima del lavabo.

Había algo escrito:

Viernes.

Club.

1802.

Baño de chicas.

Mi furia se disipó al instante. Me quedé mirando las letras. Eran de un rojo intenso. Un rojo de lápiz labial. Lápiz labial que, de hecho, la persona autora del mensaje había dejado sobre el lavabo, sin tapa.

Artie se situó junto al espejo y lo señaló. Sus cejas pintadas a la perfección estaban arqueadas, solo le faltaba sudar para verse como un personaje de anime asustado.

—¿Qué es eso, Jude? —preguntó, nerviosa y algo asustada.

—Un mensaje, obviamente.

—Pero ¿de quién? —enfaticó la pregunta—. ¿Es que alguien, además de Aegan, Aleixandre, Adrik y Owen, sabe que conocemos la existencia del club?

Era obvio que otra persona lo sabía. La misma persona que me había citado en el antiguo apartamento de Eli, solo que no pude ni quise contárselo a Artie. Era un secreto demasiado valioso, demasiado peligroso, porque parecía que el desconocido me estaba ayudando, pero también existía la posibilidad de que me estuviese llevando por un mal camino de forma intencional.

—Esto es malo —jadeó Artie con horror, poniéndose las manos en la cabeza—. Esto es muy malo.

Yo volví a mirar el mensaje. No había visto la letra antes, aunque, bueno, tampoco era experta en reconocer letras. Lo que me quedaba claro era que

había dejado la contraseña para entrar el viernes al club e ir al baño de chicas.

—Esto es muy extraño... —murmuré.

—¡No! —exclamó Artie—. ¡Es malo! ¡Puede hasta ser una trampa!

—Es posible —asentí sin dejar de mirar las palabras.

Artie empezó a caminar por el baño, inquieta.

—¿Y si lo hizo Aegan? —comenzó a teorizar debido a su nerviosismo.

—Había muchas personas en la fiesta.

Siguió pensando en Aegan:

—¿Y si sabe lo que intentas hacerle públicamente y quiere hacernos algo la noche del viernes?

La detuve y la miré a los ojos para tranquilizarme.

—Artie, cálmate —le pedí con firmeza—. Sí, puede que lo haya escrito Aegan, pero también pudieron ser Kiana o Dash o alguien que quiere ayudarnos a que veamos algo.

—En todos esos casos es peligroso —sostuvo, no menos aterrada— porque nadie debería saber que nosotras hemos ido al club. Firmamos el acuerdo y Aegan no creería que no dijimos nada a nadie. ¿Y por qué alguien nos «ayudaría a ver algo»? No puede ser solo porque sí.

—Aún no lo tengo claro. —Fui sincera—. Tal vez hay más personas en contra de Aegan de las que creemos. Tal vez alguien sospecha de él como tú. Tal vez hay algo que descubrir.

Ella se quedó pensando como si mis palabras tuviesen mucho sentido.

De acuerdo, de momento no podía terminar mi relación con Aegan. Tras ese mensaje, no. Debía encargarme de nivelar mis sentimientos y aflicciones. Retirarme por las humillaciones no era una opción. Si él atacaba, tenía que concentrarme en defenderme, en reforzar mis escudos y mejorar mi estrategia. Solo así podría vencer su tiranía. Tampoco podía darle el gusto de derrotarme.

—De igual forma, ya sé que tú no quieres ahondar en la desaparición de

Eli ni investigar sobre los secretos de Aegan —le dije para calmarla y que no se muriera de un infarto—. Así que ignora este mensaje, es solo cosa mía. Ya pensaré qué puedo hacer.

Artie se rascó la nuca, estresada y asustada.

—De acuerdo —asintió, y añadió lo demás en ese tono que usa la gente cuando algo le da lástima—. Oye, siento lo de anoche, lo de tu madre. ¿Por qué no me lo contaste?

Nunca me esperé que Aegan revelara que mi madre tenía VIH. Era un inconveniente grande, sí, pero, apartando esa parte, me molestaba que cuando alguien se enteraba de ello me mirara de esa forma y me hablara con ese tono, pensando que toda mi vida debía de ser una tragedia por culpa de la enfermedad de mi madre.

—¿Debí presentarme de otra forma? —pregunté, algo disgustada—. Hola, me llamo Jude y mi madre tiene sida, ¿qué tal todo?

Artie suspiró y negó con la cabeza.

—Jude, soy tu amiga, aunque te hubieras presentado así lo habría tomado de la mejor manera.

«Soy tu amiga.» Yo no lo veía así del todo, pero de pronto recordé lo que me había dicho Adrik en la casita del árbol. No le gustaba Artie. ¿Debía decírselo? ¿Debía contarle que había pasado la noche con él? Sentí que era mi deber como compañera de apartamento, pero también sentí que no tenía que contárselo. Ella era sensible, ¿cómo reaccionaría al saber que había dormido semidesnuda con el chico que la había hecho sentir mal en la fiesta?

—No me gusta hablar de ello —me limité a responder.

—De acuerdo —aceptó después de entender que no iba a decir más—. Fue muy bajo lo que hizo Aegan.

Le pedí que me dejara sola para ducharme. Cuando entré en la ducha, me quedé quieta debajo del agua tibia durante un largo rato. Pensé con meticulosidad en lo que haría y traté de organizar y conectar toda la

información.

Miré desde todas las perspectivas. Conocía los riesgos, sabía las consecuencias, entendía las probabilidades. ¿Sospecharía Aegan que las dos chicas a las que consideraba estúpidas tenían un pequeño pero gran plan? ¿Había dejado él el mensaje para tendernos una trampa? ¿O es que alguien me estaba dando la oportunidad de descubrir algo mucho más importante?

Tal vez era eso. Aegan nos subestimaba. En su mundo, solo a él le funcionaba por completo el cerebro. El resto éramos una panda de estúpidos a la que podía patear y movilizar a su antojo. De todas formas, era bueno que pensara así, porque para vencerlo se necesitaba hacerle creer que él iba ganando.

Y ser una perfecta mentirosa.

¡Mick Jagger ha robado un auto!

Ah, lunes...

O mejor dicho: ¡¡¡AAAH, LUNES!!!

Esa mañana todo el alumnado estaba superatareado. Artie, Dash, Kiana, yo e incluso se notaba que el resto estaba ocupado tratando de acabar tareas y yendo de una clase a otra para entregar trabajos. Las semanas pasadas habían sido solo un calentamiento. A partir de ahora, el semestre comenzaría a ponerse lanzar golpes como Manny Pacquiao.

Aunque tener tantos asuntos académicos pendientes tuvo sus ventajas. La primera: que nadie tenía tiempo para mirarme mal por lo de mi madre. La segunda y más importante: que no vi a Aegan ese día, ni el martes ni el miércoles. Lo único que supe de él me lo contó Dash, quien iba a algunas clases con él, cuando nos reunimos después del almuerzo en el Bat-Fit. Según me dijo, tenían tantos trabajos, exposiciones, exámenes sorpresa y proyectos que Aegan no levantaba la cabeza de los libros, porque los Cash podían ser idiotas, pero tenían un promedio académico excelente.

Pero sabemos que las mentes más crueles han sido bastante inteligentes.

Le mencioné a Dash algo de lo que quería hablar.

—Ayer conocí a un amigo de los Cash, Owen. Nunca me habían hablado

de él.

Dash alzó las cejas, sorprendido. Fue curioso su asombro.

—Pensé que ya no volvería a estudiar aquí —dijo.

—¿Qué sabes de él? —pregunté.

Dash miró alrededor y luego se inclinó hacia delante para contarme el chisme:

—Lo expulsaron por acostarse con una profesora el año pasado. Fue todo un escándalo porque ella estaba casada con el profesor de Idiomas, ¿sabes? Ese calvo.

—¿Tal vez lo han perdonado?

—Tal vez su padre ha intervenido —me corrigió él con una risa algo... ¿amarga?—. Su familia son los Santors, igual de importantes y amenazantes que los Cash y amigos desde siempre.

—Compinches de poder.

—Owen es muy amigo de los tres hermanos Cash desde pequeños, pero sobre todo es amigo de Aleixandre.

Hum..., entonces Owen era lo más cercano a un mejor amigo de los Cash que existía en Tagus. Debía vigilarlo también, aunque aparentemente no se parecía en nada a ellos. Me había dado una impresión más relajada y menos problemática.

Me fijé de repente en que junto a los libros de Dash había una cajita dorada.

—¿Qué es eso? —le pregunté, señalando la cajita.

—Un regalo —respondió al tiempo que volvía a escribir en su cuaderno—. Los compró un amigo para aligerar el día.

Me incliné hacia delante, cogí la cajita y la abrí. Dentro había varios palillos largos y oscuros. Desprendían un aroma interesante.

—¿Es incienso? —pregunté, intentando descubrir qué eran en realidad.

—Sí, es terapéutico. Suelen usarse para momentos de estrés o ansiedad. Puedes coger uno si quieres.

¿Disminuir mi estrés? Sí, por favor, porque la cabeza ya comenzaba a darme vueltas con tantas cosas: las tareas que todavía no había terminado, todo lo que aún debía organizar para llevar a cabo mi plan, lo que no me encajaba de la desaparición de Eli...

— Lo usaré esta tarde con Artie —dije, y tomé un incienso de la cajita para luego guardarlo en mi mochila.

—Por cierto, ¿dónde está? —quiso saber Kiana.

—No lo sé. —Dash alzó los hombros—. A veces sale y se pierde durante unas horas.

¿Artie todavía se veía con el chico de Informática?

Ese día tuve clase de Literatura. Adrik llegó como siempre llegaba Adrik a un sitio: serio, algo apático y silencioso. Su cabello apuntaba en todas las direcciones en un perfecto y atractivo desorden. Era como si se acabara de levantar de un largo sueño o como si de verdad todo le importara tres hectáreas de mierda.

Ya no podía verlo sin recordar la noche de la casita del árbol. Me venía a la mente cómo nos habíamos reído, cómo nos habíamos sincerado, esa estupidez de quemar la ropa y luego esas sensaciones tan extrañas que experimenté cuando pensó que yo era su almohada y casi me aplastó. Pero alejé esos pensamientos tan rápido como llegaron y me sentí algo incómoda.

Él se sentó oliendo a loción para afeitar, colocó los antebrazos sobre la mesa y se quedó inmóvil mirando la nada con una expresión de «no me hables nunca».

Pero yo sí le hablé, claro; tú ya sabes cómo soy.

—Adrik —dije, mirándolo con extrañeza. No se movió. Parecía que ni siquiera respiraba—. ¿Adrik? —pregunté de nuevo, pero nada, era como una estatua, como un maniquí—. ¡¿Adrik?! —insistí con fuerza.

Al fin reaccionó. Inspiró hondo con fastidio y giró la cabeza. Apoyó la barbilla en su mano y me observó con esos ojos plomizos, perezosos.

—Parece que es mentira eso de que si no te mueves no se te ve —suspiró, resignado.

Fruncí el ceño y puse mi mejor mueca de rareza.

—¿Qué? ¿Qué rayos estabas haciendo? ¿Pensabas que no te hablaría si me ignorabas? —Sacudí la cabeza, todavía sorprendida por su estupidez—. ¡Esa técnica se aplicaba para los dinosaurios!

—Explícame la diferencia entre tú y un dinosaurio —respondió, indiferente y odioso. Abrí la boca para hablar, pero la verdad es que ese tipo siempre me sorprendía—. Exacto, no la hay —agregó ante mi silencio.

—¿En qué demonios me parezco yo a un dinosaurio, según tú? —me quejé.

—Ambos son irritables y agresivos, para empezar.

Desvié la mirada y decidí mirar hacia la ventana. Es que, si lo pensaba bien, me resultaba raro discutir con él al recordar cómo habíamos dormido juntos en ropa interior. ¿Él se acordaría?

—No quiero oír el resto de las similitudes, que seguro son bastante buenas —resoplé. Dudé un momento, pero luego lo dije—: ¿Te acuerdas que pasamos la noche de la fiesta en la casita del árbol?

—Sí —afirmó.

Me giré con rapidez para mirarlo. No lo había negado. Eso era bueno. ¿Era bueno? Supuse que sí.

—¿Y...? —Esperaba que dijera algo sobre las estupideces que habíamos hecho.

—¿Y qué? ¿Debo acordarme de algo en específico? —preguntó.

El modo en que lo dijo se interpretaba como un: «Esa noche no sucedió nada relevante». Y si él quería eso, bien.

—No —me limité a decir.

Unos segundos después, la profesora llegó, comenzó a dar la clase y Adrik y yo no cruzamos palabra, excepto para lo que era necesario. Mencionarle algo más sobre la casita del árbol no tenía sentido. ¿Para qué?

Simplemente, debía olvidarlo. Lo único bueno de aquella noche fue la información que me había dado.

—Así que lo que harán hoy será esto —decía la profesora, ya casi terminando la hora—. Escogerán un libro según el género acordado en la clase anterior. Se reunirán con su compañero y cada uno leerá en voz alta tres páginas al otro. Quiero que lo graben en vídeo y me lo entreguen mañana en la segunda parte. No la próxima clase, sino mañana mismo. Estaré en la biblioteca.

El timbre sonó y todos comenzaron a dejar el aula. Yo empecé a guardar mis cosas en la mochila. Adrik cogió la suya, se levantó y lo dijo claro, seco y sin derecho a protesta:

—Estaré a las tres en tu apartamento.

Exhalé con cansancio.

Mis días libres de los Cash habían terminado.

Mis días de descubrir cosas, no.

De pronto me llegó un mensaje de Artie a mi móvil:

Jud, ¿recuerdas la zona del bosque de Tagus de la que te habló Dash el otro día?

Nos vemos los cuatro allí dentro de media hora. Te envío la ubicación

Busqué una bicicleta en uno de los puestos de alquiler y me puse en marcha. La zona indicada por Artie estaba en las profundidades del campus, hacia donde dejaba de haber edificios y empezaban los árboles y los bosques que rodeaban la universidad. Se podía ir allí, pero no se recomendaba mucho hacerlo solo porque la gente corría el riesgo de perderse. De todos modos, era tan hermoso que a veces en grupo se planeaba ir allí a pasar el rato. Supuse que para eso me estaba invitando.

Me tomó como diez minutos llegar siguiendo el GPS. Pasé un cartel de advertencia y luego seguí por un sendero. El camino de repente desapareció, así que me bajé de la bicicleta y caminé mientras la conducía. Sí era hermoso, todo verde, repleto de árboles y algunos arbustos. Cuando llegué al punto final, no vi a nadie.

Eh, ¿y Artie, Dash y Kiana?

Miré en todas las direcciones hasta que de pronto vi algo. Estaba un poco lejos, pero era reconocible: un auto. Dos siluetas estaban sentadas sobre el capó, de espaldas a mí. Supuse que debían ser ellos, así que empecé a acercarme.

Unos pasos más, y me di cuenta de que no era Artie, sino que eran dos chicos.

Y uno de ellos era nada más y nada menos que Aleixandre.

Lo raro: no estaba vestido como siempre, sino con ropa deportiva y una gorra. Hablaba con la persona sentada a su lado. Pensé que debía de ser alguno de sus amigos, aunque me pareció raro que el otro chico también llevara gorra y gafas oscuras.

Intentaba entender por qué Aleixandre estaba ahí y Artie no, cuando de forma inesperada el chico que estaba a su lado, a quien no conocía, se inclinó hacia él y lo besó en la boca.

Así mismito: el chico misterioso y Aleixandre se dieron un beso.

Me quedé boquiabierta. Luego retrocedí automáticamente. Recordé todas las veces que Aegan le había preguntado a Aleix dónde estaba su chica. ¿Y qué pasaba con Laila, que había sido su pareja en la fiesta? Estaba segura de que ni Aegan ni Laila tenían ni idea de esto.

Se acababa de prender esa mierda.

¡¡¡Y demasiado!!!

Me subí de nuevo a la bicicleta y volví rápido, ya que era obvio que Artie no estaba por allí. En cuanto llegué al apartamento, abrí la puerta de golpe, fuera de mí. La encontré en su habitación, sobre su cama, con un montón de libros y tareas alrededor, sin nada que indicara que había salido o que pensara salir. La miré, ceñuda.

—¿Por qué me citaste en el bosque y no apareciste? —le pregunté. No estaba enfadada, más bien necesitaba respuestas.

Ella no entendió nada.

—No te cité en ninguna parte.

—Pero ¡recibí un mensaje tuyo!

Se puso una mano en la frente como si hubiese olvidado decírmelo por culpa de todo el trabajo que tenía.

—Perdí mi móvil esta mañana mientras estaba en una exposición en el auditorio —me contó.

Entonces ¿quién me había citado en el bosque utilizando su teléfono?

El exquisito y tentador fallo en el plan

Pues ahora resultaba que Aleixandre tenía una relación secreta con un chico.

Todo lo relacionado con la persona que me estaba ayudando en mi investigación sobre los Cash estaba siendo demasiado raro. Me estaba guiando, pero me resultaba escalofriante, porque ni siquiera entendía cómo sabía mis verdaderos objetivos. En el fondo, me ponía muy nerviosa, me asustaba, me inquietaba no poder asegurarme de que no diría nada, pero era obvio que esa persona anónima tenía que odiar mucho a los Cash. E igual mientras nada saliera a la luz, debía aprovechar su ayuda.

Antes que nada, por supuesto, ese día debía lidiar con un desafío: Driki.

Llamó a la puerta a las cuatro en punto. Cuando la abrí, lo tuve ante mí con su mochila, un libro en la mano y esa expresión de pocos amigos estampada en la cara. Me hice a un lado para dejarlo pasar. Él miró el apartamento con el ceño fruncido. Entendí por qué. Era un desastre. Había libros, hojas, latas de café y Coca-Cola por todos lados. Además, era el apartamento de dos chicas desordenadas, podías encontrar de todo ahí.

—Lo siento —me apresuré a decir, disculpándome por el desorden—. Ha sido una semana dura.

Adrik dejó la mochila en el suelo y demostró que podía ser igual de caótico. Estaríamos solos porque Artie había ido a comprarse un móvil nuevo.

—Traje mi ejemplar de *Jonathan Strange y el señor Norrell* de Susanna Clarke —dijo, y alzó el libro para que lo viera—. Para que no digas que soy tan desconsiderado, no tiene dragones ni elfos. Creo que es el que deberíamos leer, aunque si crees que no puedes con esto y quieres algo más ligero, tengo la saga Harry Potter.

Era muy bueno burlándose sin ser demasiado obvio. Entorné los ojos.

—Según la profesora, debo aprender de ti, ¿no? Así que leeré el que tú elijas —repliqué, intentando sonar amable.

Adrik pareció sorprendido. Alzó las cejas y toda su cara denotó un gran «¡guau!».

—¿Jude Derry admitiendo que sé más que ella? —dijo con asombro—. Hay que hacer una raya en el cielo...

—No estoy admitiendo nada —resoplé—. Solo... —suspiré. No tenía ganas de discutir ahora—. Hagamos esto. Grabaremos con mi móvil.

Adrik me miró con suspicacia.

—¿Por qué no con el mío?

Ah, esa pregunta era tan fácil de responder:

—No quiero que me tengas en tu teléfono. Espera aquí mientras yo lo preparo todo.

Corrí a la habitación, busqué un par de cojines y los coloqué en el centro de la sala. Adrik había dicho que solo teníamos que grabarnos leyendo, pero yo quería hacerlo perfecto. Así que él se dedicó a curiosear mientras yo despejaba un poco el lugar. O sea, empujé las cosas hacia una esquina y coloqué mi teléfono sobre el escritorio del portátil para que apuntara directo a nosotros.

—¿Qué es eso? —preguntó Adrik.

Señalaba mi mochila. El incienso que me había regalado Dash sobresalía

de ella.

—Ah, es un tipo de incienso para relajarse, despejar la mente, calmar los nervios, la ansiedad, algo así —respondí al tiempo que probaba el ángulo de la cámara y ajustaba el temporizador para que empezara a grabar—. ¿Lo encendemos? La verdad es que estoy superagobiada con todo lo que hay que hacer esta semana y creo que debo bajar un poco mi nivel de estrés.

Adrik se encogió de hombros.

—Por mí no hay problema —aceptó.

Lo encendí en la cocina y lo coloqué junto al escritorio, sostenido por una lata de Coca-Cola. Al instante en que empezó a soltar ese humo delgado y lento, percibí un aroma agradable. No podía determinarlo con exactitud, pero me recordó a un hermoso prado. Lo dejé actuar y poco a poco el ambiente fue adquiriendo un aire mucho más ligero y refrescante.

Con todo ya listo, Adrik se sentó en uno de los cojines y luego yo me senté en el otro. Quedamos frente a frente. La cámara lo estaba grabando todo.

—De acuerdo... —dije, abriendo el libro—. Yo primero. Son tres páginas, ¿no?

—Sip.

Comencé a leer las páginas que seleccioné. La verdad es que mi capacidad narrativa era muy buena, pero me esmeré mucho más porque quería superar a Adrik en el vídeo. Él escuchaba con atención. Que me mirara no me molestó en absoluto.

De hecho, de repente, nada me molestó en absoluto.

Pensé que ese incienso sí que funcionaba. Comencé a sentirme más tranquila. Fue como si el humo entrara por mis fosas nasales, reuniera todo el estrés y lo drenara. Fuera preocupaciones, fuera pensamientos complicados, fuera temores por los posibles fallos en mi plan, ¡e incluso fuera plan! Me sentí tan pero tan liberada que de repente me quedé callada y parpadeé como si intentara entender algo...

Y luego estallé en una risa inesperada.

No tuve muy claro por qué me reía como una loca, solo sentía ganas de hacerlo, y fue relajante, tanto que de pronto el mundo me pareció más divertido y menos realista. Me reí a carcajadas un rato hasta que los ojos me lagrimearon un poco, entonces me los limpié y descubrí que Adrik me estaba mirando fijamente con cara seria.

—Lamento interrumpir tu ataque de risa-epiléptica, pero es mi turno — me avisó sin juzgar mi momento de locura.

Le entregué el libro y comenzó a pasar las hojas. Yo quería escupir pequeñas risas sin motivo alguno, pero me las aguanté.

—De acuerdo, ahora silencio. —Adrik carraspeó y empezó a leer.

Me esforcé, en serio, pero al mismo tiempo me empezó a suceder algo muy pero muy extraño. Un segundo, Adrik leía con normalidad y, al otro, me pareció que su boca comenzaba a moverse más lentamente. Fruncí el ceño, extrañada. Lo oía leer los párrafos del libro, pero mi perspectiva lo estaba captando de forma rara. ¿Hablabo despacio o rápido? ¿Por qué movía la boca de esa manera? ¿Y por qué de repente eso me causaba ganas de reír?

Apreté los labios porque él parecía bastante concentrado y me había pedido silencio.

No podía estropearlo...

No podía interrumpirlo...

No podía...

La risa me salió en contra de mi voluntad, fuerte, escandalosa, como el estornudo que no puedes evitar.

Adrik dejó de leer y me miró, serio.

De inmediato me cubrí la boca con la mano para contener la risa, y lo miré con los ojos bien abiertos.

Él me miró también, impasible.

Yo lo miré, tragándome la risa.

—¿Puedo leer o qué? —se quejó, aunque con un tono bastante tranquilo.

—Lo siento —me disculpé, todavía con las manos sobre la boca—. Sigue, no me hagas caso, sigue...

Adrik bajó la mirada al libro y continuó. Su voz se escuchó igual que siempre: baja, clara, interesante, pero la boca, joder, y sus ojos...; todo siguió volviéndose rarísimo. Vi que los colores resaltaban más, y sus movimientos, primero normales, acabaron siendo parecidos a los de una película de una animación, muy llamativos. Percibí el mundo de una manera alocada, psicodélica. ¿Era real? Quería comprobarlo, necesitaba comprobarlo...

—Jude, ¿qué demonios haces? —soltó Adrik, ceñudo.

Cuando sus palabras desinflaron el globo que eran mis pensamientos (en serio, incluso escuché ese sonido que hace un globo al desinflarse), me di cuenta de que me había movido sin tan siquiera notarlo y que en ese instante estaba a gatas, cerca de él, a punto de tocarle la punta de la nariz con la puntita de mi dedo índice.

Me quedé inmóvil con la mano suspendida frente a su cara.

—¿Qué? —emití como una tonta.

—¿Qué te pasa? —inquirió, mirándome de arriba abajo, extrañado.

—¿Qué te pasa a ti? —refuté como si tuviera que defenderme por alguna razón—. ¿Por qué haces esas cosas?

Adrik no entendió nada. Su expresión fue de desconcierto absoluto, un desconcierto gracioso que amenazó con hacerme reír de nuevo, pero me tragué la carcajada.

—¿Qué cosas?

—¡Esas cosas! —Lo señalé por todos lados al tiempo que él seguía mi dedo como si fuera a pincharle un ojo—. Mueves la boca y la cara y los parpadeos y los colores...

Adrik me estudió, ceñudo, luego miró hacia el escritorio donde el palillo de incienso todavía soltaba humo. El ambiente estaba cargado de ese sutil

pero delicioso aroma.

—¿Quién te dio eso? —me preguntó con cierta sospecha.

—Un amigo —respondí en un tonillo agudo, intentando no estallar en risas porque ahora sus orejas aleteaban como las de Dumbo—. A él se los regaló un chico que los compró para relajarse, pero...

—Jude —me interrumpió Adrik con detenimiento. Luego exhaló—. Encendiste un incienso con marihuana o quién sabe con qué más.

Formé una «O» con mi boca.

Marihuana.

O quién sabe con qué más.

Dios mío.

Dios mío.

Diossss míoOoOoOo.

En vez de entender la gravedad de la situación, exploté en una carcajada. Fue una risa escandalosa y burlona. Adrik enarcó una ceja. Ahora todo tenía sentido. La verdad era que me sentía rarísima, pero al mismo tiempo bastante bien, como si mi cuerpo fuera ligero y el mundo debiera disfrutarse, nada más.

¿Por qué Adrik no lo disfrutaba?

¡¿Por qué Adrik nunca disfrutaba nada?!

De repente me centré en eso.

—No me mires así, ¿yo qué iba a saber? —le solté entre risas. Me enderecé y quedé arrodillada frente a él, pensativa—. Entonces por eso tu boca está chorreando arcoíris...

—No entiendo cómo no lo sospechaste —replicó sin asomo de diversión, solo con esa expresión inalterable y aburrida que lo caracterizaba.

—¡Ay, vamos, riete un poco! —resoplé.

—No sé de qué debería reírme —respondió él, serio.

—Pues de lo que *ssssea* —insistí y pronuncié la *ese* con un serpenteo demasiado gracioso para soportarlo yo misma—. ¿No te afecta también?

Adrik suspiró y negó con la cabeza.

—Un poco, pero tengo autocontrol —admitió, y me propuso con sensatez —: Mejor ve a lavarte la cara, tomar agua y acostarte. Apagaremos ese incienso y luego puedes escuchar música o algo para que se te pase el coloquio más rápido.

Intentó ayudarme a levantarme, pero lo esquivé, me incliné un poco hacia delante y le toqué la punta de su loquísima nariz. Sí era real, *ohmaigá*...

—No quiero acostarme, quiero hacer algo divertido —dije, esquivando y apartando sus manos, que insistían en calmarme.

Se me ocurrieron miles de cosas, desde lanzarme desde algún sitio hasta comer cosas que no había comido nunca. Incluso me pregunté qué se sentiría corriendo desnuda.

—No puedes, estás colocada —recalcó Adrik, como si no entendiera por qué yo no lo entendía y por qué él sí lo entendía y yo no y...

De pronto logró agarrarme la muñeca, pero me resistí a ponerme de pie. ¡Tenía mi nivel de diversión a mil y él lo destrozaba todo con su actitud cortante y amargada! Buu.

—¿Por qué siempre eres así? —me quejé con un gesto exagerado de disgusto. Luego se me ocurrió algo y lo hice—: Uy, soy Adrik, los odio a todos y voy a demostrárselo poniendo cara de culo todo el tiempo —dije, imitando su voz fuerte y grave.

—Sí, jaja, qué graciosa —dijo él con fastidio—. Ahora levántate.

—¡No! —me negué, hice un movimiento con la mano, me zafé y fui yo quien le agarró la muñeca esa vez—. Quiero que te rías. ¡Haré que te rías!

Entonces me lancé encima de él. A saber por qué rayos hice tal cosa, pero sí, la hice. Fue tan rápido e inesperado que Adrik se cayó hacia atrás con todo mi peso. Quedé a horcajadas sobre él en el suelo. Aproveché su desconcierto, la confusión por lo imprevisto de mi movimiento, y comencé a hacerle cosquillas.

—¡Ríete! ¡Quiero comprobar que no estás muerto! —exclamé mientras

repartía las cosquillas por su abdomen, debajo de sus brazos, su cuello...

—Jude..., no... ¿Qué haces? —decía él, intentando luchar contra mí.

Como no aparecía ni un asomo de risa, aumenté la intensidad de las cosquillas.

Tenías que haberme visto la cara. Era como si toda mi vida girara en torno a lograr que Adrik sonriera, aunque fuera un poco. La decisión con la que lo hacía era admirable y chistosa. Estaba dispuesta a conseguir algo, el gesto más mínimo, cualquier cosa, por eso combatí contra sus manos, que trataban de detenerme.

Hasta que lo logré.

En cierto momento, Adrik no pudo más. La risa se le escapó sin que él lo quisiera. Ensanchó los labios y mostró los dientes blancos, todos igualitos. Era la primera vez que le veía una risa tan amplia. Una de las comisuras se le levantaba más que la otra, no era una sonrisa perfecta, pero hacía que su rostro perdiera esa amargura que siempre cargaba, que adquiriera un brillo de alegría, de vida, de entusiasmo.

Era muy atractivo incluso con esa actitud de indiferencia y seriedad, pero sonriendo era... Joder, sonriendo era maravilloso.

—¡Basta! —exclamó de pronto. Se impulsó hacia delante con una fuerza propia de su tamaño, me sostuvo de las muñecas y ambos nos quedamos sentados, frente a frente—. Ya, ¿feliz?

Sus ojos grises tenían una chispa divertida. Ya no estaba tan serio. Le había despeinado tanto el pelo que además tenía un toque salvaje.

—Hay que avisar al periódico de Tagus —anuncié, alto y con toda la energía que me producía haber logrado mi cometido—. ¡Adrik Cash tiene algo de alma! ¡Adrik Cash sabe reír!

—Diles también que colocada eres el triple de pesada —gruñó.

—Soy el triple de pesada, pero ¡puedo hacer esto! —solté.

Empecé a mover los brazos, la cabeza y el torso de adentro afuera en un raro intento de baile. Añadí un tarareo con un ritmo extraño, pero intenso.

Mi cara acompañó lo ridículo del momento cuando puse la boca como un pato.

Adrik me miró, ceñudo.

—¿Qué haces? ¿Qué? ¿Qué es eso? ¿Qué? —emitió, escupiendo algunas risas.

—Un baile —respondí, todavía moviéndome y haciendo caras extrañas—. Tengo mis propios bailes, ¿no lo sabías?

—Déjalo —me ordenó.

Pero como se le escapaban algunas risas, empecé a bailar con mayor intensidad y más soltura. Me gustaba porque el pelo se me iba a la cara y sentía la cabeza como un globo ligero e inflado. Toda mi existencia me parecía liviana. Quería reír, gritar locuras, quería hacerlo todo al mismo tiempo.

—Déjalo, Jude, ya —insistió él de nuevo.

Intentó agarrarme las manos, pero yo seguí moviéndolas, moviéndome de una manera loca y sin sentido. Iniciamos una especie de minipelea de manos y brazos hasta que él me cogió los antebrazos con una fuerza imperiosa y me detuvo.

—¡Ya deja de moverte, joder! —exclamó con voz ronca.

Me quedé quieta, respirando de manera agitada, con mechones de cabello sobre la cara y notando las manos fuertes de Adrik como garras en mis antebrazos. Parpadeé como una estúpida y me pregunté por qué me exigía que parara si nos estábamos divirtiendo, hasta que de repente me di cuenta de lo que había estado ignorando todo el rato.

Estaba encima de él.

Y con «encima de él» me refiero a que estaba «sobre su...».

—Lo siento —susurré, y tragué saliva—. Voy a... levantarme.

Lo intenté, pero él no me soltó. Me he preguntado demasiadas veces por qué Adrik no me soltó o por qué yo no lo manoteé y me levanté, y he llegado a admitir que, en ese momento, en un lugar muy dentro de mí, no

quería que ninguno de los dos hiciéramos eso.

—No. —Fue un sonido áspero, autoritario—. ¿No querías saber si estaba vivo?

Todavía sosteniéndome los brazos, impulsó las caderas hacia arriba y, con ese movimiento, mi cuerpo se ajustó perfectamente al suyo. La dureza sobre la que estaba sentada hizo que los colores y las cosas locas se quedaran suspendidas en el aire, desvaneciéndose. Más que nunca fui consciente de su presencia, de su atractivo aroma, de que me superaba en tamaño, de que estábamos en contacto, en una cercanía peligrosa.

—¿Te parece que lo estoy? —me preguntó en un susurro ronco.

Entonces, no sé quién lo hizo primero, si él o yo, pero nos besamos. Bueno, me gusta pensar que fue él, pero admito que ambos tomamos el impulso.

Así que estás leyendo bien: Adrik Cash me besó.

Durante un momento entre nuestros rostros había una separación, y al otro siguiente ya no. Él soltó uno de mis brazos y me pasó una mano por la mejilla, apartándome el pelo. Me cogió la cara y me atrajo hacia él sin vacilación. Sus labios separaron los míos con mucha facilidad.

Mi coloquio con el estúpido incienso se me pasó al instante, ¿de acuerdo? Lo único importante fue que los labios de Adrik se movían a un ritmo demandante y que yo le seguía sin poner objeción alguna. ¿Cómo podía negarme? El condenado sabía cómo dar un beso. No había fallos en la manera en que su lengua hacía contacto con la mía o en cómo daba pequeños y suaves mordiscos a mi labio inferior, ni mucho menos en cómo su mano se había deslizado desde mi cara hasta mi cuello y luego se había enredado en mi cabello. Incluso su aliento era delicioso, fresco. Sus labios eran suaves, su respiración pesada, su piel caliente...

Bajó las manos hasta mi cintura y me reacomodó de nuevo sobre su cuerpo con muchísima habilidad. Sus palmas fueron ágiles, supo dónde colocarlas para mantenerme embelesada mientras intensificábamos ese

repentino beso. Por inercia, le rodeé el cuello con los brazos y terminé enredando los dedos en su cabello. Hundió un poco los dedos en mi piel y aquello fue como un toque que nos encendió más todavía.

El beso pasó a ser más efusivo. Se llevaba unas cinco estrellas, un mil sobre cien. Jamás, en mi récord de chicos besados, que en total eran seis, aunque dos no contaban como beso completo, había experimentado algo así. Juro que sentí como si me estuviera destornillando las piernas, los brazos...; todo. Si tenía algún tipo de resistencia, se fue al carajo. Me sentí dirigida por él, atrapada, totalmente atraída de inmediato...

Hasta que terminó. Nada es para siempre, ¿verdad? Cosas que descubrí después, pero en ese momento Adrik detuvo el beso y rompió la magia. Yo abrí los ojos como una tonta, con los labios todavía entreabiertos, hinchados, asombrados por ese asalto.

Nos miramos atónitos. Él respiraba de manera pesada. Por primera vez lo veía vulnerable. Estaba tan confundido como yo, como si ni él entendiera por qué había sucedido.

—Jude —empezó a decir, como con cierto temor—, dime que no acabo de hacer lo que creo que acabo de hacer.

—S-sí lo has hecho —susurré, mirando cada centímetro de su cara con asombro.

—Mierda —murmuró.

—Mierda —murmuré.

Él cerró los ojos en un gesto que me pareció de arrepentimiento. Por un instante sentí... No sé..., me sentí mal, pero... tenía razón.

—No tenía que haber pasado —suspiró Adrik.

—Nunca —suspiré yo. La palabra me salió ronca, seca, extraña.

—Fue... No quise... No debía... —masculló, rascándose la nuca con incomodidad.

—No importa —resoplé como si no importara, y añadí una risa, que de manera inevitable me salió incómoda—. Pfff..., fue solo un beso, nada de

otro mundo.

Adrik asintió y forzó una media sonrisa. Me pregunté por qué no ponía su cara de palo y acabábamos con eso, por qué no entraba en su faceta seca e indiferente. Por el contrario, me pareció que quería intentar... ¿enmendar el error?

—Sí, sí, exacto —coincidió con rapidez—. Es decir, sí estuvo bien, ¿no? Pero no tiene importancia.

—Totalmente de acuerdo —me apresuré a decir, sonando bastante amigable. No quise demostrarle lo que me pasaba por la mente—. Estuvo bien, nada más. Ni siquiera me acordaré de ese beso dentro de un rato, te lo aseguro.

—Claro, aunque, bueno, tampoco es que fuera tan insignificante —comentó, todavía algo inquieto—. Me refiero a que... fue interesante.

—Lo sé —solté. Emití otra risa, pero de nuevo me salió algo rara—. Eres muy atractivo, y sí, eres odioso y no te soporto, pero mentiría si dijera que besas mal.

—Gracias, creo que soy bueno en eso. —Después me señaló como si acabara de darse cuenta de que estaba ahí. Yo alcé las manos sonriendo. (¿Por qué demonios sonreíamos?! O, mejor dicho, ¿por qué actuábamos así?)—. Y tú no te quedaste atrás. Buen control. ¿Has besado a muchos chicos o...?

—No, no —negué, haciendo un gesto de poca importancia—. Tú marcaste el ritmo y yo te seguí; eso fue todo.

—Claro...

—Sí...

Asentimos al mismo tiempo hasta que solté:

—Bueno, creo que tengo que levantarme.

Adrik apartó las manos en un gesto rápido, tipo: «Ups, lo siento». Intenté mover las piernas porque, literal, lo tenía envuelto con ellas, pegado a mí, pero en el intento me removí un poco sobre él y..., bueno, una siente lo que

una siente sobre lo que sea que se siente. Es decir, estaba duro. ¡Duro! Ni siquiera supe cómo reaccionar. Mi cabeza quería explotar. Así que me levanté tan rápido como pude y me alejé de él.

Apenas di unos pasos, descubrí que incluso yo... Dios mío, ¿me había excitado con ese beso? ¿Qué narices pasaba conmigo?

Carraspeé y me detuve cerca de la ventana. Se hizo un silencio raro, un silencio que me despertó la sensación de que aquello no estaba bien. Era Adrik, era el hermano de Aegan, era un Cash...

Me pareció que él también se levantó, pero no me giré para comprobarlo.

—Tienes que irte —fue todo lo que pude decir.

—Pero el incienso aún...

—Llamaré a Artie para que me acompañe —le interrumpí con rapidez, sin derecho a réplica—. Además, ya se me está pasando.

Sentí todo el peso de su mirada sobre mi espalda. Experimenté cosas extrañas. El corazón me latía rápido. Quise girarme hacia él, pero no pude, no podía. Mis piernas no querían moverse. Por un instante... tuve miedo de mirarlo a la cara.

Sonó un móvil. Pensé que era el mío y me dispuse a hacer que dejara de sonar, pero...

—Es Aegan —dijo Adrik.

Para empeorar las cosas, claro, sentí un ramalazo de miedo al escuchar ese nombre. Me sentí como si me hubieran pillado haciendo algo horrible. Apenas me di la vuelta, vi que Adrik salía por la puerta.

La cerró tras de sí, dando un portazo que me sobresaltó.

En el instante en que me quedé sola, cerré los ojos con fuerza y exhalé.

¿Qué mierda había pasado ahí?

¿Cómo había olvidado a quién tenía enfrente?

¡¿Cómo demonios me había olvidado de mi plan?!

Quería destruir a los Cash, no besarme con el Cash mediano mientras era la novia del Cash mayor.

Quise estampar la cara contra el vidrio. Me sentí enfurecida conmigo misma. Ahora seguramente Adrik creería que me gustaba. O sea, su beso me había gustado, sí. Él... él... era diferente. Estaba segura de que había algo diferente en él, pero seguía siendo el enemigo. Tenía que seguir viéndolo como el enemigo si no quería fallar.

Ahora el plan estaba en peligro. Podía acabarse todo si Adrik le contaba a Aegan lo que había sucedido.

Empecé a rezar para que no lo hiciera.

¿Se lo contarían todo entre ellos o se ocultaban cosas?

¿Y qué pasaría conmigo si Adrik le decía a Aegan: «Me acabo de besar con tu novia»?

Oh, mierda.

Eso no lo había planeado.

A veces hay que decir la verdad... ¿o mejor no?

Estaba temblando cuando atravesé la entrada de la biblioteca para ver a la profesora de Literatura. No sabía qué iba a pasar, pero estaba muy nerviosa.

Ella esperaba sentada en una mesa mientras escribía calificaciones en algunos informes. Al frente tenía una pila de dispositivos USB de los alumnos y alumnas que le habían entregado sus vídeos. Lo único que yo tenía en la mano era mi teléfono, en el que había quedado grabado todo, y una carta llamada: suplicar.

—¡Buen día, profesora! —La saludé con todo el ánimo del mundo, a pesar de que en el fondo me sentía muy nerviosa.

Ella me respondió con afabilidad. Me senté enfrente y comencé a explicarle que Adrik y yo habíamos intentado hacer el vídeo, pero que todo había salido mal al final, y no le podíamos presentar el trabajo ese día, y que necesitábamos una prórroga para volverlo a hacer bien.

En el preciso momento en que iba a responder, apareció Adrik. Nunca me había molestado el hecho de que llegara tarde a cualquier lugar, pero en ese momento me irritó a niveles astronómicos. Él sabía que no habíamos terminado el vídeo. No habíamos vuelto a hablar desde que salió de mi apartamento. A pesar de todo, vi que ni siquiera venía nervioso, al

contrario, se mostraba tranquilo y apático, como si no pasara nada.

Me entraron ganas de gritarle: «¡Estamos a punto de suspender! ¡¡*Reatziona*, Adrik, *reatziona!!!*».

—Si nos deja dárselo mañana, se lo entregaremos sin problemas — culminé con un tono dócil al tiempo que Adrik se sentaba a mi lado en la mesa.

Lauris, pensativa, alternó la vista entre ambos. Quise estrujarme las manos, pero confiaba en que ella era comprensiva. Era una profesora tranquila, nada estricta. Y Adrik era su favorito, ¿no? No podía suspendernos. Tuve esperanza. Percibí un brillo positivo en su rostro...

—Déjenme ver qué hicieron —suspiró ella finalmente, extendiendo la mano hacia mí.

Y... la esperanza murió al instante.

—¡No! —exclamé con rapidez, y pegué el teléfono a mi pecho—. Por favor, profesora Lauris, le juro que lo haremos bien para mañana.

Busqué apoyo en Adrik por un instante, esperando que dijera algo, pero él solo estaba ahí sentado, quieto, mirando a la profesora con un aire ausente y distante.

—Si no me demuestran que al menos lo intentaron, no puedo darles otra oportunidad —insistió ella, como si fuera muy simple—. ¿Cómo, si no, puedo saber que simplemente se les olvidó hacer el vídeo, y que por eso ahora vienen a pedirme una prórroga?

—Porque usted sabe que soy responsable —alegué con una nota de súplica.

Ella formó una fina línea con los labios y observó a Adrik. En serio esperé que dijera algo porque, de lo contrario, yo misma era capaz de hacerle tragar el teléfono con el vídeo.

—Nunca me he dejado de hacer un trabajo —aseguró él sin más, medio adormilado.

¿Ese era su argumento? ¿Solo eso?! ¿Por qué no nos defendía? Quise

golpearlo ahí mismo, pero me contuve.

Lauris extendió más la mano hacia mí.

—O me dejas ver el vídeo o les pondré cero de inmediato —advirtió.

Lo que menos quería era un cero, pero tampoco quería pasar vergüenza delante de ella. En el vídeo había quedado grabado todo. Cuando digo todo, es, bueno, *eso* tan raro que había sucedido entre nosotros.

Antes de entrar en la biblioteca creí que podía convencerla. O, mejor dicho, creí que Adrik me ayudaría a convencerla, pero como él no estaba colaborando, aquello era un caso perdido. Me daba vergüenza, pero la vergüenza no me haría salir de Tagus, un cero sí.

Con mucha duda y con el corazón latiéndome a mil, desbloqueé el móvil, busqué el vídeo y le di al *play*. Le pasé el teléfono y ella comenzó a verlo.

Al principio todo estaba bien. Salíamos Adrik y yo sentados uno frente al otro, leyendo, pero luego... ahí estaba el horror. Yo comenzaba a comportarme como una estúpida, él intentaba hacerme entrar en razón, yo le saltaba encima y al final nos besábamos. Para rematar, ni siquiera nos besábamos como personas normales que no sabían lo que estaban haciendo. ¡Nos besábamos como unos calenturientos que jamás habían tenido contacto físico! Lo peor era que se veía el bulto en el pantalón de Adrik. Sin olvidar que se oía perfectamente todo lo que decíamos sobre el maldito incienso.

La profesora lo paró en medio del beso.

Nos miró, curiosa y seria. Me ardía la cara por la vergüenza. Quería meterme debajo de una piedra y no salir jamás. Además, era raro pasar por eso teniendo a Adrik al lado, pero aún era más raro que él no parecía incómodo.

—Lo siento mucho —me excusé, superapenada, esperando que el verme tan patética ayudara en algo—. No era por completo yo... Si nos da otra oportunidad...

Lauris se reacomodó sobre su asiento y exhaló. Su expresión empeoraba

mi estado. No parecía la profesora relajada de siempre. Su mirada había pasado a ser algo dura.

—Lo único que no puedo pasar por alto es el hecho de que se drogaron —soltó, con un tono duro de reproche.

—No teníamos ni idea —la interrumpí, de nuevo recurriendo a lo que fuera para salvarme—. No es algo que yo suela hacer. Me dijeron que era terapéutico. Yo no sabía que...

—¿Y el señor Cash no tiene más experiencia en esas cosas? —inquirió ella, lanzando esa afilada pregunta directamente hacia él.

Adrik se encogió de hombros. Maldición, quería coger el libro más grueso de los estantes y golpearle con él en la frente. Seguía sin parecer preocupado.

—Al principio no me di cuenta —se limitó a decir sin mucho interés—. Esa es la verdad.

La profesora esperó que dijera algo más, yo esperé que dijera algo más, pero él no dio señales de tener intención de agregar nada. Entonces Lauris suspiró como si estuviera decidiendo qué hacer con nosotros. Permanecí encogida en la silla, nerviosa. Quería hablar, quería seguir rogando, pero temí empeorar las cosas.

—Les voy a aprobar con la nota mínima —dijo después de un minuto que me pareció eterno.

El mundo se me cayó a los pies.

—¿Qué? —emití en un jadeo de miedo y desconcierto—. Pero usted dijo que si le enseñaba el vídeo podía...

—No puedo darles otra oportunidad —zanjó—. Si el problema hubiera sido que su grabación había resultado ser un desastre, quizá sí les habría dado más tiempo, pero lo que acabo de ver está mal.

Claro que no habría sido Jude Derry si me hubiera quedado con esa respuesta. De nuevo intenté convencerla. Recurrí a todos los métodos, pero no funcionó. Dijo que debíamos agradecer que nos ponía un suficiente y

que no nos suspendía. Al final salí de la biblioteca a zancadas apartando a la gente sin importarme quiénes fueran, furiosa conmigo misma, con la profesora y con el jodido mundo.

—Jude —me detuvo Adrik en uno de los pasillos.

—¿Qué?! —solté. Me di vuelta y lo miré con los ojos llameantes de ira.

Él frunció el ceño y me observó con extrañeza. Lo único que le faltó fue decirme: «Oye, tranquilo viejo».

—¿Por qué estás tan enfadada? No nos ha suspendido —puntualizó.

Y mira, fue eso que dijo, cómo lo dijo y en qué momento lo dijo lo que causó que una oleada hirviente de ira me recorriera el cuerpo y estallara en mi boca.

—¿No nos ha suspendido? —repetí, silabeando y apretando los dientes. Cada palabra salía cargada de una rabia intensa, contenida pero amenazadora—. ¿Qué demonios pasa contigo? Llegas tarde y, además, no intentas hacer que nos dé otra oportunidad. Sé que no te importa una mierda nada, pero a mí sí. No estabas solo en esto del vídeo, yo también salgo perjudicada.

Adrik pareció confundido.

—Pero lo que no querías era suspender, ¿no? —me preguntó, desconcertado.

Que se rascara la cabeza con incredulidad me molestó más.

—¿Te parece que la nota mínima es buena? —refuté.

—Pues no, pero al menos no es un cero.

Di un paso adelante y lo señalé con el dedo. Él miró mi dedo sorprendido y luego me miró a mí con algo de inquietud. Sí, yo era un poco más baja que él, pero en ese momento me sentí altísima, capaz de superarlo en lo que fuera.

—Te diré algo, Adrik Cash —empecé en un tono firme y agresivo—. En tu mundo un suficiente no te afecta en nada. Lo tienes todo resuelto. Si te da la gana, transformas esa calificación en una mejor, y aunque no lo hicieras,

igual tendrías las puertas abiertas en todos lados. En mi jodido mundo, una nota mínima lo estropea todo, así que no puedo permitirme notas mínimas. ¿Te digo por qué? No tengo un apellido que me asegure que no me moriré de hambre.

Acto seguido me di la vuelta y me alejé por el pasillo.

Salí del edificio y me detuve fuera, frente a una máquina expendedora de barritas energéticas. Me hurgué los bolsillos y saqué unas cuantas monedas. Las metí de mala gana y luego la máquina no quiso entregarme la barrita. Le di unos cuantos golpes y luego, de repente, empecé a darle más golpes y patadas, descargando toda mi furia por lo que había sucedido, además de mi indignación por haber sido robada por una maldita máquina.

Terminé pegando la frente en la máquina. Cerré los ojos y exhalé con frustración.

—Después preguntas que cuál es la diferencia entre un tiranosaurio rex y tú —dijo Adrik por detrás de mí.

—No me compares con nada en este momento, ganarás de todos modos —resoplé en la misma posición, con los ojos cerrados y unas ganas enormes de que me tragara la tierra.

Lo escuché suspirar con cansancio.

—Mira, es solo una clase extra. —Como no dije nada, añadió con resignación—: Si quieres, volveré a hablar con la profesora mañana para pedirle otra oportunidad.

—No conseguirás nada —solté, frustrada.

Él se detuvo a mi lado y me apartó la frente de la máquina. Abrí los ojos y detecté una expresión pícara en su cara bien afeitada. Tenía unas leves ojeras, pero no le hacían perder su atractivo.

—¿En serio? Porque yo creo que nada más tengo que respirar cerca de ella, y problema resuelto —dijo tan tranquilo.

—¿Qué? ¿Te vas a prostituir por una nota? —pregunté, ceñuda.

—¿No estás armando un escándalo? —dijo, como si estuviera

esforzándose demasiado. Después agregó una nota dramática a las palabras, como si me estuviera imitando—: Que tu futuro depende de esa nota, que esto, que lo otro... Me obligas a tomar medidas drásticas.

Eso me causó cierta gracia, pero seguía preocupada, así que pateé una piedra imaginaria, inquieta, dudosa.

—¿Crees que funcionará? —murmuré.

Él asintió y, a decir verdad, me transmitió cierta calma. Si en algo era bueno Adrik Cash, era en hacer parecer que no valía la pena preocuparse por demasiadas cosas. La vida se percibía más sencilla y menos dura a su alrededor.

—Estoy tan seguro como que una vez esa profesora me dejó una nota en un examen que decía: «Puedo darte clases privadas». —Luego añadió en un susurro confidencial—: Y sabemos que ella no enseña matemáticas.

No pude evitar reírme. Tampoco pude evitar sospechar que el motivo de ese cambio de actitud tan brusco de la profesora se debía a que le gustaba Adrik, y que lo del beso le había causado celos. No me sorprendió. Ella lo miraba raro cuando nadie se daba cuenta..., excepto yo.

—Qué extraño... —Negué con la cabeza y reí al mismo tiempo—. Bien, dejaré que tú lo resuelvas.

Adrik esbozó una sonrisa escasa.

—Deberías confiar un poco en mí, Jude.

Entonces le dio un golpe lateral a la máquina, en un punto específico, y la condenada expulsó la barrita que yo había seleccionado.

—Gracias —asentí con sinceridad después de cogerla. Carraspeé y con cierta dificultad agregué—: Lo que te he dicho antes... estuvo un poco feo.

Él hizo un gesto para restarle importancia. Ni siquiera parecía molesto, a pesar de que estuve a punto de darle una patada en la cara.

—No importa, en realidad es cierto —admitió, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Digo mi apellido, y puedo acceder a los archivos secretos del Vaticano si se me antoja.

Ambos comenzamos a caminar por la acera. Yo iba a mi apartamento para hacer las tareas del día. No sabía a dónde iba él, tampoco sabía por qué no cogía su coche, pero el caso fue que nos hicimos compañía.

Rasgué la bolsita de la barra y le di un mordisco. Por un momento no quise decir nada, solo masticar. Pero de repente empecé a sentirme algo incómoda al recordar lo del beso. No era la primera vez que besaba a alguien, pero sí la primera que me sentía así después de besar a alguien. No estaba segura de si debía ignorarlo o qué. Era rarísimo. Yo solía ser bastante equilibrada en esos temas. No tenía problema para dar la cara cuando pasaba algo. Pero ahora era como que quería ignorar lo sucedido y al mismo tiempo saber qué pensaba él. Aunque ambos sabíamos que había sido un error influido por el incienso, ¿no? ¡¿No?! Sí.

Me armé de valor.

—Sobre lo de ayer... —comencé a decir, pero para mi sorpresa él me interrumpió.

—El beso —aclaró, tranquilo, sereno, *relax*...—. No lo digas como si fuera tabú. Fue un beso, todo el mundo se besa, así que está olvidado si tú quieres que lo esté.

Mastiqué lentamente y luego lo miré con una expresión de «¿qué demonios...?».

—¿Si yo quiero que lo esté? —pregunté, casi estupefacta—. Explicate.

—Que si quieres hacer como que no pasó nada, por mí no hay problema —contestó con calma—. Solo te diré que de lo que fuera que estuviera hecho ese incienso no era algo tan fuerte como para dejarnos totalmente inconscientes.

—¿Me estás tratando de decir que el incienso no tuvo nada que ver? —Hundí las cejas.

—Sí influyó, pero tú me respondiste el beso y reaccionaste a él.

Alcé la vista, más ceñuda. Adrik tenía esa pequeña sonrisita fastidiosa en su atractiva cara de culo de siempre. Era la sonrisa que aparecía cuando

estaba muy seguro de tener la razón en algo.

—¿Estás insinuando que me gustó? —solté al darme cuenta de lo que estaba tratando de decirme.

—Lo estoy asegurando —me corrigió.

¡Lo estaba asegurando! Debía defenderme de inmediato.

—Pues entonces a ti también —refuté, igual de desafiante—. Y las pruebas fueron evidentes.

Adrik puso los ojos en blanco.

—Sí, tuve una erección, lo que es normal considerando que te movías como una loca encima de mí y que el incienso me relajó —dijo, como si nada de eso fuera relevante o le hubiera incomodado—. Que sea obstinado no significa que no sea humano.

Le regalé una sonrisa ancha, triunfal.

—Recalquemos la parte de «tuviste una erección» y añadámosle «por mí».

Entonces se detuvo, me miró y soltó en un tono retador:

—Ajá, ¿y cuál es el problema con eso?

Resoplé nerviosa. Resoplé tanto que hasta resultó chistoso y estúpido.

—El problema —repetí, mirando hacia todos los lados, moviéndome como si acabara de escuchar algo ridiculísimo—. El problema es grande, Adrik. Claro que hay un problema. Hay un montón de problemas. Hay una lista entera de problemas.

Él se cruzó de brazos y se removiό, mirándome desde arriba con los ojos entornados y desafiantes.

—A ver, dime uno.

Seguí resoplando porque la verdad era que no sabía qué cara poner. Él estaba tratando aquello de una forma que no me había esperado. A decir verdad, yo creí que él haría dos cosas: o se lo diría a Aegan o lo ignoraría. Como Aegan no había aparecido a humillarme públicamente llamándome infiel, era obvio que Adrik no le había contado nada.

Vamos, sabemos que de haberse enterado, Aegan hubiera hecho acto de presencia a los dos segundos.

—Pues para empezar tú... tú eres mi enemigo —argumenté.

—¿En serio? ¿En qué guerra? —inquirió él con la misma postura retadora.

—En... esta. —Hice un círculo con la palma de mi mano para englobarlo todo—. Esta guerra. Esta.

—No hay ninguna guerra, te lo estás inventando.

Sí la había, solo que él no lo sabía o aparentaba no saberlo.

Decidí no seguir arriesgándome. Retomé la caminata, mordiendo la barrita con rapidez y nerviosismo. La mordí tantas veces que se me formó una enorme bola dentro de la boca.

—No sé qué demonios intentas decir —bufé con dificultad, tratando de tragar.

Adrik me siguió el paso. Me miraba. Sentía el peso de sus ojos, pero yo mantuve la vista en el camino y le pedí a los dioses que me ayudaran.

—Nada, solo que no sé por qué no admites que te gustó —replicó él con obviedad.

—Pero ¿¿por qué tengo que admitir eso?! —me quejé, y me limpié la boca en un gesto brusco—. ¿Para que tú sientas que me has ganado?

Adrik me tomó del brazo y me detuvo. El corazón comenzó a latirme rápido. De nuevo experimenté esa sensación de no saber cómo reaccionar, cómo enfrentarme a la situación. Él lo provocaba. Me dejaba sin argumentos, sin armas, sin un jodido escudo para defenderme. Y odiaba que fuera así.

—¿Me puedes explicar por qué crees que todo es una competencia? —me preguntó con una nota de enojo. Ya no había sonrisa en su rostro. Sus cejas estaban hundidas. Parecía confundido—. Porque no lo entiendo.

—¿Es que no lo es, Adrik? Dime, ¿no lo es? —rebatí, firme, o con lo que creí que era firmeza.

La verdad es que ya dudaba de todo. Él parecía más desconcertado que nunca. Era una confusión genuina, con una chispa de molestia en los ojos.

—Antes creías que yo conspiraba con Aegan para humillarte, ¿y ahora en serio crees que necesito superarte en algo tan ridículo? —soltó, como si esa posibilidad fuera demasiado absurda.

¿Y lo era? ¿Era absurdo? Joder, me sentí rara. No sabía qué hacer, y por ello recurrí a la vieja conocida: la actitud defensiva.

—Tú puedes decir muchas cosas, otra cosa es que sean ciertas. No creo que el apodo de Perfectos mentirosos sea solo por casualidad —lancé. Sin embargo, la expresión de Adrik no cambió. Todo lo contrario.

—¿Y un estúpido apodo ya lo explica todo?

—Si fuera solo un apodo y no toda una reputación... —canturreé, entornando los ojos.

Hundió mucho más las cejas, abrió la boca para decir algo, pero quizá le pareció que no era lo correcto porque sacudió la cabeza y en un gesto tonto preguntó:

—¿Estás hablándome como si fuera un prostituto o algo así?

Fingí sorpresa.

—Mira tú, noventa días... ¿Son cuántas chicas al año? No tantas, pero si contamos las del entretanto porque no me creo que conozcan el concepto de fidelidad...

Se enfadó... mucho. La confusión desapareció, apretó los labios y endureció la mirada. Por un instante me inquietó que me mirara así. Supe que la había cagado, pero cagarla era lo único seguro en ese momento.

—Te dije que no me interesan esas cosas, pero nada más ves lo que tú quieres ver, ¿no? Por un maldito segundo deja de compararme con mis hermanos y a lo mejor te darás cuenta de quién de nosotros dos es el que se moriría antes de admitir algo aquí, porque no soy yo.

Tras decir esto, me dio la espalda y cruzó la calle para alejarse.

Exhalé con cierta molestia y también me giré para irme. Durante un

momento me detuve. Por un segundo sentí ganas de volverme e ir a decirle que sí, que en realidad sí me daba cuenta de que él era distinto, pero que demasiadas cosas me hacían desconfiar. Sin embargo, levanté la cara y seguí.

Oh, de acuerdo, yo era la que se moriría antes de aceptar que Adrik en realidad tenía demasiadas cosas que me atraían.

Maldito y sensual Adrik.

Maldito y sensual.

Tal vez sea «M» de muerte

Llegó el viernes, día en que el desconocido del espejo me había citado en el club.

No sabía qué sucedería, pero estaba nerviosa.

Entré en el club. De nuevo lo encontré desolado. Atravesé la puerta con código, utilizando el que había aparecido en el espejo. Esa noche las luces eran una mezcla de violeta, rosa y rojo, sonaba música electrónica y, como siempre, había gente con máscaras por todos lados. Lo clandestino e ilegal dominaba aún más el ambiente que la otra vez. Vi que un chico se llevó una pastillita a la boca, que no le cubría la máscara, y una chica junto a él se le lanzó encima para besarlo.

Mal, muy mal, Aegan. ¿Cómo podías permitir el consumo de drogas?

Seguí hasta el baño de chicas. Sorprendentemente, no había nadie. Era bastante grande, con cuatro compartimentos de retretes y una larga encimera con cuatro lavabos. El espejo sobre ellos era rectangular y llegaba al techo.

Bien, ya estaba ahí. ¿Ahora qué? ¿Debía esperar a alguien? ¿Debía esperar algo?

Tras unos minutos, entendí que no. Nadie llegaría, porque de nuevo no

estaba ahí para encontrarme con quien había escrito el mensaje del espejo, sino para ver algo, y para ver ese algo, me había dejado otro mensaje. Lo vi a través del espejo mientras daba algunos pasos impacientes.

En el techo, dibujada, había una delgada flecha roja que señalaba un conducto de ventilación.

Me metí en uno de los compartimientos y miré hacia arriba. No tenía la rejilla que normalmente tenían los conductos. Estaba abierto, como invitando a mirar lo que había dentro. Pestañeé. ¿Quería que entrara ahí? ¿De verdad? ¿Esa persona creía que eso era una película de James Bond o qué rayos? Bueno, al menos estuve segura de que no podía ser un plan de Aegan, porque de matarme lo haría mirándome a los ojos para disfrutarlo.

Bueno, solo sabría de qué iba todo si me arriesgaba otra vez.

Y me arriesgué, porque, vamos, si no, no habría historia.

Primero me subí a la tapa del váter, luego a la tapa del tanque y después tuve que dar un saltito peligroso para poder agarrarme al borde del conducto. A continuación, apoyé los pies en las paredes del compartimento para impulsarme hacia arriba y logré entrar, casi ahogándome el esfuerzo, claro. Me quedé a gatas.

No podía creer que estuviera metida en un conducto de ventilación. Algo más para mi currículum de experiencias patéticas y absurdas.

En cuanto recuperé el aire, empecé a gatear sin tener ni idea de a dónde me llevaría el conducto. Lo bueno fue que no tuve que gatear demasiado porque en pocos segundos me topé con una rejilla que daba ventilación al mismo cuarto en el que habíamos estado Artie y yo al ser descubiertas aquella noche. Vi que tras el escritorio estaba sentado Aegan y que enfrente, en una silla, había un hombre que yo no conocía.

Entendí que eso era lo que debía ver en cuanto Aegan le preguntó al tipo:

—¿Hay algún riesgo de que se sepa lo que en verdad pasó con ella?

¿Ella?

¿Quién era ella?

El corazón empezó a acelerárseme. Mi inteligencia se activó y se me ocurrió registrar ese momento, así que saqué el móvil y empecé a grabar la conversación.

—Todos los rastros fueron borrados cuidadosamente —le aseguró el desconocido—, pero...

—¿Se me puede relacionar de algún modo? —completó Aegan. Su voz era calmada, pero parecía preocupado; dejaba claro que el tema era grave.

—No, si todo sigue como está. Lo que debemos hacer es evitar que alguien descubra algo de lo que en verdad pasó.

«Lo que en verdad pasó.»

—Esto era lo que ella quería que pasara —se quejó Aegan con ese tono dominante y enfadado que lo caracterizaba—. No sé ni qué podría suceder si...

—Aegan —le interrumpió el hombre, tratando de que no perdiera la calma.

Pero él quería perderla.

—No puedo tomármelo a la ligera —dijo, tenso—. Esto es peligroso. Todo está en juego. Mi libertad y mi apellido.

—Tienes que pensar con la cabeza fría, y lo conseguirás —dijo el tipo—. Por ahora, lo importante es que está muerta.

A mi mente solo llegó un nombre: Eli.

Estaban hablando de Eli. ¡Eli estaba muerta!

Me asusté demasiado, me asusté tanto que las manos comenzaron a temblarme, pero al mismo tiempo fue como si ese miedo, de alguna forma, despejara algo en mi mente, porque en ese momento me di cuenta de algo muy pero que muy importante.

Recordé que Aegan, la primera vez que me había ido a buscar para llevarme a clase, cuando cambiábamos las canciones había dicho: «No me gusta. Prefiero oír a Mick Jagger, de los Rolling Stones».

A Aegan le gustaba Mick Jagger, era su cantante favorito. Él había usado

el nombre de Mick Jagger para recoger el auto con una autorización que seguramente había obligado a Eli a firmar antes de matarla. ¡Todo lo había hecho él!

—Aun así, tengo que encontrar su móvil —dijo Aegan con frustración—. Ahí está todo lo que ella pretendía usar para culparme y esas pruebas deben desaparecer.

—¿Has buscado en los lugares que te recomendé?

—No he parado de buscar —contestó él con un resoplido—. Y nada. No sé en dónde lo escondió antes de... Bueno, antes de lo que pasó.

—No te preocupes más de lo necesario —le aconsejó el hombre—. Seguiré vigilando y buscando, y te traeré la información necesaria.

Aegan iba a decir algo, pero sucedió lo peor.

Como ya estaba demasiado nerviosa y al mismo tiempo a tope de adrenalina, mis manos temblorosas me fallaron por un momento y, de repente, el móvil se me resbaló. Al intentar cogerlo, golpeé mis dedos y ello evitó que cayera con fuerza contra el suelo metálico del conducto, pero aun así cayó y produjo un ruido.

De-mo-nios.

Obviamente, los dos lo oyeron. Al instante, Aegan miró hacia arriba con el ceño fruncido. Yo reaccioné rápidamente y me eché hacia atrás para que no pudiera verme a través de la rejilla.

—¿Eso ha sido en el conducto? —preguntó Aegan.

Escuché su silla deslizarse. Se había levantado. Mi corazón se aceleró muchísimo debido al miedo de ser descubierta por un asesino. Seguí moviéndome hacia atrás. Mi respiración quiso salir por mi boca con rapidez, pero traté de contenerla.

—Creo que sí —respondió el hombre desconocido, y tras una pequeña pausa dijo—: ¿Han revisado los accesos? Puede haber ratas.

—No —zanjó Aegan, sonando más duro que nunca—. Aquí nunca ha habido ratas. No de las que crees.

Tras oír esto, mi voz interna me gritó como Jenny gritó a Forrest Gump: «¡Corre, Jude, corre!».

Debía salir de ahí de inmediato. Nerviosa, gateé hacia atrás hasta que llegué a la entrada. Primero saqué la cabeza para comprobar que no hubiera nadie. Una chica estaba saliendo. Cuando se despejó todo, saqué la pierna por el agujero. Mientras me esforzaba por poner el pie sobre el tanque para hacer una salida exitosa, mi agilidad, mi equilibrio y mi propio pie me dijeron: «Pues no, mi ciela», y me resbalé. Primero me caí sobre el retrete, después me di contra la pared del compartimiento y finalmente mi cara golpeó contra la puerta. Sentí más dolor en la cadera que en el rostro, pero me reacomodé la máscara y salí de ahí.

Una vez fuera, traté de no parecer tan nerviosa como en realidad estaba. Avancé entre las personas, rumbo a la escalera que llevaba al piso superior y a la salida. Pensé que lo lograría con éxito, pero de repente vi que Aegan salió por un pasillo. Supe que era él por su ropa, no por su rostro, que estaba cubierto por una máscara de zorrillo. ¿Sospechaba que había alguien en el conducto de ventilación? Eso parecía porque miraba en todas las direcciones como buscando algo.

Me desvié hacia la barra. Aegan se movió por la gran sala, inspeccionando. Más atrás, me fijé que el hombre que estaba con él en la habitación también rondaba ahora por allí. Dios, cuando tenía que haber mucha gente en ese lugar, no la había. No es que fueran pocas las personas que había, claro, pero con más público me habría sido más fácil pasar desapercibida.

Empecé a sentir los nervios de una persecución, pero rodeé la barra para poder retomar el camino hacia la escalera. Sin embargo, de alguna forma, Aegan se giró y quedamos de frente, pero a unos metros de distancia.

Lo bueno: debido a la poca luz y al hecho de que había personas pasando de un lado a otro, era difícil que me reconociera.

Lo malo: se me quedó mirando, tal vez sospechando de mí.

Lo único que pensé fue que necesitaba un plan rápido, o me descubriría, y en un impulso hice lo primero que me llegó a la mente, que no fue lo más inteligente, pero sí lo más útil. Había una bebida sobre la barra. La cogí y la volqué sobre la espalda de una chica. Me aparté para que pareciera que lo había hecho otra. La joven empujó a la desconocida y se inició una discusión.

Eso se llama estrategia.

Aproveché y rodeé la barra de nuevo como si el mismísimo Flash se hubiera metido en mi cuerpo. Justo antes de llegar a las escaleras, se me ocurrió mirar hacia atrás. Aegan estaba apartando gente para llegar a mí.

Solo me quedó una cosa por hacer:

Correr.

Correr como si no hubiera un mañana.

Y como dirían nuestros amigos mexicanos:

¡Vámonos a la verga, güey!

Subí las escaleras a toda velocidad. Me asusté de verdad. Las luces, las máscaras, los cuerpos; todo pareció demasiado peligroso y abrumador a medida que huía. Quizá lo único que me ayudó en ese momento fueron las luces bajas y mi capacidad para no tropezar. Atravesé la puerta mientras el pecho me subía y bajaba con violencia, solté la máscara en la caja, atravesé la otra puerta y seguí corriendo.

Por un momento sentí que no lo lograría, pero salí del club. Agradecí que fuera de noche, porque todo estaba más oscuro y era menos visible. Crucé la calle a una velocidad sorprendente y corrí más rápido.

Necesitaba ir a algún lugar.

Pero no podía ser a mi apartamento.

Porque ahí estaba Artie y yo estaba asustada y era posible que Aegan me siguiera... ¿Y si me había reconocido? ¿Y si no? Pero ¿y si sí? Podía ponerla en peligro...

Por pensar y correr al mismo tiempo, no me fijé que andaba por en medio

de la calle hasta que un auto que giró en la esquina frenó de golpe para no atropellarme. Fue todo tan rápido que no pude reaccionar y me quedé paralizada, así que tras el ruido de las llantas quedé con las manos sobre el capó.

Una cabeza se asomó por la ventana:

—¿Jude?

Era Adrik.

¡Era Adrik!

Pasé a sentirme totalmente religiosa y creyente, porque eso tuvo que haber sido obra de un milagro.

Me miró con confusión, como si encontrarme ahí —y en ese estado tan catastrófico— fuera lo que menos se esperara en la vida. Así que nos observamos durante un instante, de extremo a extremo, como un par de personas paradas en el sitio menos indicado, entre las circunstancias más peligrosas, corriendo el riesgo de colisionar en lo equivocado.

Caos y tragedia, cara a cara.

Sin embargo, a toda velocidad fui hacia la puerta del copiloto, la abrí y entré en el coche.

—¿Qué sucede? —me preguntó, sin entender qué estaba pasando—. ¿Por qué estabas...?

No iba a explicárselo.

—Arranca y llévame a tu apartamento —le pedí.

—Pero...

—¡Arranca ya!

Él obedeció. Pisó el acelerador y nos fuimos. Por un momento miré hacia atrás. Como no vi a nadie, me acomodé en el asiento. Tenía la respiración agitada y un miedo abrasador palpitándome en el cuerpo.

Estaba segura de que no podía regresar a mi apartamento por ahora.

Aunque eso significaba estar con Adrik.

Y esa vez no había alcohol de por medio para llevarnos bien.

Ay, Jude, estás jugando con fuego.
No te quemarás ahora, pero te quemarás

Aegan había matado a Eli.

Y yo iba en el vehículo de su hermano.

Me pregunté si me lo había topado porque iba al club, pero al mirarlo de reojo me di cuenta de que vestía ropa deportiva como si acabara de salir del gimnasio y que su pelo estaba como cuando se te seca después de haber sudado. Además, unos auriculares colgaban de su cuello. No era ropa de club nocturno.

—¿Qué hacías? —le pregunté, como si él no acabara de encontrarme en la calle corriendo.

Igual no le pareció raro.

—Entrenamiento —respondió. Después señaló una bolsa que reposaba justo delante de mí y en la que no había reparado hasta ese momento—. Y eso es comida. ¿Y tú...?

—No preguntes —zanjé—. No ahora.

No dejaba de escuchar en mi cabeza: «Está muerta, la chica está muerta, y fue Aegan quien la mató, justo como Artie había sospechado». Todo me daba vueltas porque sospecharlo era una cosa, pero confirmarlo era...

aterrador. De nuevo.

Todo de nuevo.

Me di cuenta de que habíamos llegado porque Adrik abrió su puerta. De forma automática hice lo mismo y caminé detrás de él hasta entrar en el edificio. Empezamos a subir las escaleras sin decir nada, aunque en un momento dado no pude subir el siguiente escalón. De forma inevitable, me cubrí el rostro con una mano. Mi control se desvaneció y me salieron unas estúpidas lágrimas. Como tenía los ojos cerrados, no me fijé en que Adrik había notado que me había detenido y en que él se había detenido también.

Hubo un silencio.

—Jude —dijo al cabo de unos segundos—. No sé qué hacer cuando la gente llora, pero me puedes contar qué ha pasado.

Negué con la cabeza, incapaz de contenerme.

—¿Te ha ocurrido algo con Aegan? —preguntó.

Me froté los ojos para secarme las lágrimas, pero salieron otras.

—No te prometo que pueda decirte algo que te sirva de mucho, pero tal vez hablarlo te haga sentir mejor —insistió él.

Aspiré los mocos que amenazaban con unirse a mi patético momento.

Pero, en vez de contarle lo que había pasado, dejé fluir el raro impulso que me atacó en ese momento.

Eh, eh, alto ahí, loca/loco, que no fue el impulso que tú crees.

Me acerqué a él y apoyé la cabeza contra su pecho, así de atrevida y de confianzuda fui. Todavía tenía miedo y me acababa de empezar a sentir menos valiente que antes, por eso necesitaba de nuevo esa rara sensación de bienestar que había experimentado cuando Adrik me había abrazado en la cabaña. Era lo que quería sentir otra vez, aunque fuera solo un momento para recuperarme, porque no sabía por qué demonios, pero él era reconfortante.

Y sí, estaba mal, pero no era incómodo. Ni siquiera podía sentir vergüenza después de haber dormido semidesnuda con él y de habernos drogado con

incienso. Era inevitable, algo había cambiado.

Él se quedó desconcertado por mi gesto, pero enseguida posó sus manos en mi espalda. Olía a sudor, pero era un olor leve, masculino, nada desagradable, además también confirmaba sus palabras. Sí había estado en el gimnasio.

—¿Adrik...? —susurré con el rostro hundido en su cuello.

—¿Sí? —respondió en un tono bajo, algo tomado por sorpresa, pero íntimo, como si aquel fuera un momento romántico.

Un momento romántico que se rompió cuando dije:

—¿Te vas a comer toda esa comida tú solo? ¿Puedes compartirla conmigo?

Me separó de él y me miró con una expresión de divertida extrañeza. Con esas pequeñas sonrisas su rostro perdía su amargura habitual y sus ojos se achinaban un poquito. Maldito. Era muy guapo. No lo podía negar.

—No hay cosa más rara que tú, Jude —me dijo, como si no tuviera remedio.

Llegamos al apartamento. No le conté lo del club, por supuesto. Tuve que mentirle, como siempre. Le dije que había ido a una fiesta muy loca a la que no debí haber ido y que me habían hecho una broma muy pesada. Me creyó. Según él, yo hacía cosas demasiado extrañas y ya no le sorprendía nada de lo que le dijera.

Ya en el apartamento, tuve que esperar a que se diera una ducha. Aguardé sentada en el sofá, mordisqueándome una uña y moviendo la pierna con inquietud. El corazón aún me latía con una rapidez inusual. ¿Y si Aegan aparecía? Le diría que había estado haciendo tareas de clase con Adrik. Era una coartada. Nunca pude haber estado en el club.

Volvió unos minutos después, limpio, con el pelo mojado y los hombros algo salpicados de agua y desnudos, ya que se había puesto una camiseta sin mangas. Me fijé en que una cadenilla con dije plateado en forma de «M» le colgaba del cuello. Hum, ¿qué significaría?

Nos sentamos a comer en el sofá ubicado frente al enorme ventanal de la sala. Él se quedó en un extremo y yo en el otro. Se veía que el cielo estaba repleto de estrellas y afuera no se oían más que los grillos. La brisa era algo fría, pero, guau, su apartamento tenía la mejor vista de Tagus. Se veían los techos de los edificios, los grupos de árboles y terrenos verdes. Era hermoso.

—¿Qué ha sido exactamente lo que te han hecho? —me preguntó mientras se llevaba fideos a la boca.

—Ha sido lo suficientemente horrible como para haber venido contigo aquí; así que imagina.

Adrik soltó una risa tranquila, algo burlona.

—¿Qué? —Enarqué una ceja—. ¿De qué te ríes?

—De nada. —Se encogió de hombros—. Pensaba que Jude Derry era capaz de enfrentarse a todo y de comerse el mundo. No esperaba verla llorar nunca.

Me sorprendió que admitiera haber creído eso de mí, que me creyera fuerte y valiente. Yo ahora no podía verlo a él igual que antes por culpa del jodido beso. De hecho, estaba notando cosas que antes no notaba, como que no tenía el aire de superioridad que tenía Aegan, que no era altivo, no necesitaba distinguirse entre los demás, ni controlarlo todo o ser admirado. Ni siquiera le interesaba mostrarse odioso o parecer indiferente. Y no necesitaba fingir que era agradable.

Adrik demostraba que no le importaba nada, pero al mismo tiempo yo sospechaba que le importaban demasiadas cosas.

Era diferente, sí, ya, y yo había sido grosera con él al tratar de defenderme.

—Eso de juzgarte solo por tu apellido estuvo un poco mal —le dije en cierto momento, jugando con mis fideos.

—No es la primera vez que me pasa, Jude —aseguró él, encogiéndose de hombros para restarle importancia—. Y tener dinero no hace la vida más

fácil, como tú crees. Por ejemplo, no ha habido un solo dólar que haga que nuestro padre deje de ser un imbécil o que a mí me deje de parecer una mierda estar aquí.

Eso sí fue una sorpresa.

—¿No te gusta Tagus? —pregunté, totalmente desconcertada.

—No me gusta la mayoría de las cosas que tengo que hacer solo porque así debe hacerlas mi familia —admitió. Luego sacudió la cabeza y avisté tensión en su mandíbula, como si le diera cierta rabia hablar de ello—. Siempre he podido elegir, tampoco es que sea una víctima, pero también me han dejado claro siempre que mis elecciones solo causarían problemas, y me da pereza enfrentarme a ese tipo de problemas.

Me pregunté cómo rayos conseguía dejarme tan impresionada cuando me contaba algo sobre él. Era como descubrir a una persona que no pertenecía a los Cash, como si lo que yo sabía de él y de su familia fuera una mentira bien armada.

—Pero siempre parece que haces lo que te viene en gana —señalé.

—A veces me salgo con la mía, pero otras no —aceptó, aunque sin mucho ánimo—. Trato de no oponerme a Aegan porque prefiero que esté entretenido a que ande fastidiándome con que debemos dejar huella, con que somos importantes...

Y porque Aegan sabía algo. Algo con lo que trataba de controlar a sus hermanos. Me pregunté si tendría que ver con Eli y su muerte, pero si el causante era solo Aegan, ¿qué tendrían que ver Aleix y Adrik? ¿Acaso ellos sabían qué había ocurrido y lo encubrían?

No me agradó la idea de que Adrik fuera un cómplice.

—Lo dejas ganar para que te dé libertad —dije para confirmar si había entendido bien.

—Algo así —afirmó con una nota ácida.

—Es injusto. Al final estás haciendo lo que él quiere.

Adrik fijó la mirada en mí. Quise preguntarle por qué se veía cansado.

¿Había algo que no le dejaba dormir? Esas ojeras..., ¿qué o quién las causaba?

—Soy un Cash después de todo, como tú dices —soltó, elevando un poco la comisura derecha en una sonrisa agria—. Prefiero no enfrentarme a nada, solo lo dejo pasar. Si hay un problema, le presto atención cuando me golpea la cara, y si me piden que haga algo, lo hago, porque me parece tedioso contradecir o crear un lío que luego no quiero manejar.

Miré la botella con el ceño fruncido, algo enojada por lo que me estaba contando. ¿Es que, en todos los universos posibles, Aegan conseguía lo que quería de cualquier forma? Tener dominados a sus hermanos era algo muy rastrero.

—Pero tú... —empecé a decir, y apreté los labios con cierto disgusto—. No tienes por qué seguir ese juego de los noventa días solo para complacer a Aegan. Aunque supongo que estás enamorado de la chica de la foto porque...

Al instante en que lo solté entendí que fue un error. Adrik me miró con sorpresa, como diciendo: «¿Cómo rayos sabes eso?».

—Olvídalo —agregué con rapidez, pero por supuesto que él no lo ignoró.

—¿Qué chica de qué foto? —preguntó.

Bueno, ya lo había soltado... Quise pegarme con una piedra en la boca. En definitiva, ese no era mi día. Bebí un trago largo en un gesto de frustración y cogí impulso para continuar.

—La de tu habitación —respondí—. La vi, y también sé que te tiras unos pedos horribles.

Adrik soltó aire por la boca en una risa ácida y nada divertida, más bien me pareció algo absurda. Al mismo tiempo negó con la cabeza.

—No estoy enamorado de la chica de esa foto.

Tensó más la mandíbula y hundió un poco las cejas. Avisté un gesto de disgusto, así que sentí la necesidad de aligerar el momento.

—Mira, yo no te voy a pedir nada, ¿de acuerdo? El hecho de que nos

hayamos besado ni siquiera estuvo bien y...

—Es mi prima —me interrumpió, algo bajo. Cerré la boca abruptamente—. Bueno, era como mi hermana.

De acuerdo, eso no me lo esperaba. Ni siquiera supe qué decir, hasta que caí en cuenta del tiempo verbal que había usado.

—Espera, ¿has dicho «era»? ¿Es que le pasó algo?

—Se fue, ya no está aquí —contestó, y miró hacia la calle, esa vez serio e inescrutable, de nuevo con esa expresión que no permitía descifrar nada.

Aun así, entendí que el hecho de que ese asunto le había afectado. Por eso abrí la boca para decir algo, para tratar de enmendar mi error, de salvar el momento, pero balbuceé y solo logré decir:

—Mierda, lamento habértela recordado, Adrik. Yo...

—Tranquila, no importa —me interrumpió él, seco, duro, como el Adrik inalcanzable de siempre.

Entendí que no debía preguntarle más sobre esa chica, que no debí siquiera mencionar lo de la foto. Mierda, a veces soy una bocazas.

Nos quedamos un momento en silencio. Tuve la pequeña esperanza de que desapareciera el aire incómodo y distante que se había creado al sacar el tema de su prima, pero ya no había arreglo y me enojé conmigo misma por ello. Cuando Adrik por fin se abrió para contarme cosas, de repente yo decía algo que no debía y él alzaba de nuevo los muros, y volvía a su faceta de chico silencioso y frío al que no le quedaban ganas de hablarle. ¿Qué demonios pasaba conmigo?

Exhalé y me levanté del sofá.

—Debería irme ya —suspiré, sintiéndome estúpida por haberla cagado de ese modo—. El rato fue increíble, gracias por... acompañarme y eso.

—De acuerdo —se limitó a decir él, igual de frío.

Bien, ni siquiera le importaba que me fuera. Seguramente estaba enfadado.

«Perfecto, Jude. ¿Cómo se te ha ocurrido hablar de su prima/hermana que

tuvo que irse lejos? Por Dios, ¿y no querías mejor darle una patada en la entrepierna?»

Inicié una pelea mental conmigo misma mientras dejaba la botella sobre la mesita de la sala. Ya no me quedaba más que irme porque, a pesar de que la había cagado, en mi mundo de orgullo siempre se debía salir con la cabeza en alto, y no se contemplaba el disculparse. Solo que por primera vez me pregunté: ¿debía seguir haciendo eso?

Comprendí que no quería, que había un nuevo impulso dentro de mí ansioso por salir. Uno parecido al que me había empujado a abrazar a Adrik antes. Este impulso era que deseaba decirle algo que no debía decirle.

Pero ¿y si me equivocaba al hacerlo? Por otro lado, ¿cómo sabría si me equivocaba o no?

Joder...

Jude Derry encaraba cualquier circunstancia.

Había llegado el momento de que encarara esa.

Me giré con cierto nerviosismo. Adrik seguía mirando hacia la calle, quizá esperando escuchar la puerta cerrarse.

—Las cosas que dijiste en la casita del árbol aquella noche son bastante ciertas —dije, intentando sonar firme y tranquila, aunque sentía que se me estaba removiendo el estómago y que el corazón había comenzado a latirme con más fuerza—. Soy un desastre. Soy insoportable. Siempre creo que lo sé todo, que puedo hacerlo todo y que soy más fuerte que nadie. Soy muy intensa y tan orgullosa que me pica la lengua solo ante la idea de pedir perdón, pero a pesar de todo eso creo que no me moriré si por una vez admito que me he equivocado.

Adrik giró la cabeza y me miró con interés.

—¿En qué te has equivocado? —me preguntó, sereno y nada sorprendido. Tampoco parecía por su tono que tratara de burlarse de mí aprovechando ese ataque mío de sinceridad.

Tragué saliva porque de repente sentí la boca seca. Estaba nerviosa.

—En algo que solo no quería decir —admití en un tono más bajo, algo inseguro.

Adrik se reacomodó en el sofá. Ahora me miraba a los ojos, atento.

—¿Y por qué no querías?

Me pasé la mano por el brazo, sintiéndome expuesta, vulnerable. Desvié la mirada, algo dudosa, nerviosa, con el corazón latiéndome más rápido que al inicio. No sabía si decirlo. No sabía qué pasaría si lo decía, pero necesitaba ser sincera. Era una sensación que me revolvía el estómago. Si no lo soltaba ahora, se acumularía dentro de mí y se convertiría en algo peor. Necesitaba al menos una cosa que me hiciera desprenderme de ese sentimiento. Si la conseguía en ese momento, sería mucho más fácil.

—Porque me daba miedo —admití.

—¿Qué te daba miedo? —Adrik hundió las cejas, fue un gesto de verdadera incredulidad, como si no le viera sentido a lo que estaba diciéndole—. ¿Qué creías que sería lo peor que pasaría?

—Que... —La palabra fue como un hilo de voz.

—¿Qué...? —me animó.

Cerré los ojos e inhalé hondo. No puedo decir que mi voz fuera firme. Quizá sonó vulnerable, afectada, dudosa en ciertas ocasiones, pero fue sincera:

—Que al admitirlo no supiera cómo dejar de sentirlo, porque me gustó el beso, Adrik. Sí me gustó.

Hubo un silencio. Fue el peor silencio de mi vida. Fue tan profundo, tan significativo y al mismo tiempo tan incomprensible que me di la vuelta con intención de irme porque juro que pensé que él no diría nada, que me mandaría a la mierda sin decir una palabra...

Pero él, de repente, se acercó a mí y me cogió del brazo. Me giró y quedamos frente a frente. Fui consciente de su altura, de su cercanía, del calor que emanaba su cuerpo. Me observó por un instante con una atención extraña que me hizo estremecer y que me causó un temblor temeroso, pero

efervescente.

—¿Te has desintegrado o explotado por decirlo? —dijo, menos frío que un instante antes.

—No te burles —susurré, ceñuda—. Sabes que el hecho de que me gustara no está bien, Adrik; no está nada bien.

Soné en verdad afligida, frustrada, y él lo notó. Hundió las cejas mostrando su desacuerdo.

—¿Quién dice que no está bien?

—Es que tú no tienes ni idea... —murmuré, sintiéndome demasiado agobiada y culpable—. No sabes nada...

... del plan, de lo que estoy haciendo en secreto, de que estoy fingiendo... Había muchas posibilidades de que Adrik fuese cómplice de Aegan o de que supiera que yo solo quería atacar a su hermano, pero como a veces demostraba ser todo lo contrario a lo que era un Cash, no sabía qué pensar. Y lo supe menos cuando sus manos me sostuvieron el rostro y me exigieron que lo mirara.

—¿Qué es lo que no sé? ¿Que no esperabas que te gustara el idiota que te deja callada todo el tiempo? —preguntó dando en el punto justo—. ¿Eso es lo que te molesta? No importa, las cosas pasan y ya está.

—Yo no te gusto, Adrik —contesté, intentando no sé qué cosa estúpida para convencerlo de algo que no tenía sentido.

Él apretó los labios y me dedicó una mirada algo dura.

—Puedes dejar de ser todo menos una insoportable sabelotodo, ¿verdad? —se quejó.

—¿Qué? —dije, molesta, y después solté una risa absurda—. ¿Me vas a decir que sí te gusto, aunque sea un poco?

No dijo nada por un instante. Soltó aire por la nariz. Se quedó pensativo. Quizá se debatió entre decir o no decir algo, pero al final habló.

—La verdad es que tú no me gustabas, Jude —admitió, serio, decidido—. Ahora no tengo ni idea de si me gustas un poco o mucho, pero averiguaré

qué demonios es esto.

Sus labios presionaron los míos antes de que yo entendiera qué pretendía. Atrajo mi rostro hacia el suyo y me besó, no de la misma manera que la otra vez, no con esa efusividad inconsciente, sino con una suavidad, una lentitud y una espartez que volvió a desarmarme el cuerpo.

Que si había un plan yo no me acordé. Los labios de Adrik separaron los míos con sumo cuidado y trazaron un roce cuidadoso y pausado que me quemó la boca. Sus manos bajaron como una caricia desde mi cara hasta mi cuello, siguieron por mis brazos y luego se detuvieron en mi cintura y me pegó a su cuerpo. Entonces, en un arranque imprevisto, intensificó el beso y su lengua se coló con agilidad en mi boca hasta que hizo contacto con mi lengua.

Oh, Dios, fue el beso más delicioso que me habían dado en la vida. Nunca me habían hecho retumbar el corazón de esa forma; toda yo era nervios y ansias. Nunca me habían hecho temblar como lo hizo Adrik con aquellos movimientos expertos. Por eso ni siquiera me di cuenta de en qué momento nos movimos. Solo entendí que Adrik cayó sentado sobre el sofá y que yo me situé a horcajadas sobre él. Puse las manos en sus mejillas para atraer su rostro al mío y que su boca no se separara de la mía. No quería perder ni una mordida, ni una succión a su lengua. Era exquisito, fresco, como lo que experimentas la primera vez que pruebas el plato que luego se convertirá en tu favorito.

Adrik colocó las manos en mis nalgas y me reacomodó sobre su cuerpo. Apenas lo hizo, sentí una corriente en el vientre, ya sabes, esa punzada que te da cuando estás comenzando a excitarte. La verdad es que ni pensar eso me avergonzó. Las cosas como son. No había otra manera de decirlo: yo ya estaba caliente. Él apretó ligeramente mis nalgas y otra corriente me encendió, pero fue peor en el instante en que sus manos subieron hasta pasar por debajo de la camisa que yo llevaba puesta.

—Adrik, ¿qué ha...? —dije sobre sus labios en un intento de detenerlo.

El intento falló porque, en cuanto sus dedos tocaron mi piel desnuda, me estremecí. Fue un contacto caliente, suave, pero poderoso. Dio un apretón a mi cintura y lo acompañó con unas mordidas a mis labios. Tuve que respirar hondo ante la locura de sensaciones que comenzaron a despertarse en mí.

—¿Qué hago? Te beso... —dijo de pronto en un tono ronco, bajo, con la respiración algo pesada. Sonó tan sensual, tan ansioso que entre mis piernas se acumuló un palpito doloroso—. Y te toco...

Las manos subieron un poco más, acariciándome con las palmas. Eran grandes para mi torso, y eso era fabuloso. Sentí que podía sostenerme de cualquier manera. Me imaginé tantas situaciones que cerré los ojos apenas sus pulgares tocaron la curva de mis pechos.

—¿Quieres que deje de hacerlo? —susurró.

—No... —jadeé en un hilo de voz.

—Ah, mira, esta es la primera cosa en la que estamos de acuerdo —murmuró, maliciosamente divertido.

Subió hasta que encontró uno de mis pechos. Lo apretó con suavidad y al mismo tiempo fue a por mis labios de nuevo. Los atendió un rato con exigencia, sin limitaciones, sin dudas. Luego decidió descender a mi cuello, y allí me besó con cuidado, dejando un rastro de humedad y de pequeños mordisquitos. Pensé que no podía gustarme más hasta que, con la mano que todavía mantenía en mi pecho, su pulgar y su índice me dieron un pellizco que me hizo soltar un gemido sobre su boca.

Y eso fue como presionar el botón de encendido. Adrik cogió el borde de la camisa para quitármela. Instintivamente, alcé los brazos para que pudiera hacerlo más fácilmente y luego él la lanzó al suelo. Quedé expuesta ante él. Sentí en la piel el frío que entraba por el ventanal. Contempló mis pechos durante un instante, pero no sentí vergüenza, al contrario. Me encantó ver esa chispa de deseo brillar en sus ojos, esa tensión en su mandíbula. Le gustaba. Mi cuerpo, que no era la gran maravilla del mundo, que no era especial, que no era curvilíneo en exceso, le gustó.

Yo le gusté.

Sin embargo, no se limitó a mirar. Me movió con suma agilidad hasta que quedé recostada en el sofá. Se colocó entre mis piernas y yo me enganché a él con facilidad, como la pieza del rompecabezas que encaja a la perfección. Entonces presionó su pelvis contra mí y sentí la dureza oculta en su pantalón. Comprobar que se sentía igual yo, me motivó más, así que enredé los dedos en su cabello y lo atraje hacia mí para besarlo. Él jugó con mis pechos un rato hasta que quiso darles otro tipo de atención.

Yo ya había..., bueno, mi primera vez fue con un imbécil del que prefiero no hablar, ¿de acuerdo? No fue horrible, pero tampoco fue fantástica. De hecho, fue insignificante. Lo admití finalmente cuando descubrí que no sabía nada sobre qué era estar con otra persona hasta que Adrik me enseñó el placer que se sentía al ser besada en los pechos. Yo sabía que podían ser una zona muy sensible, pero no tenía ni idea de cuán explosivos llegaban a ser si quien los tocaba, quien los rozaba con la lengua y los pellizcaba era alguien que te excitaba tanto.

Solté algunos gemidos pequeños hasta que él volvió a mi rostro. Tanteé su pecho. El gimnasio le daba buenísimos resultados; moderados, pero muy atractivos. Su piel gritaba «¡Tócame!» por todos lados. Sus brazos, su pecho y su abdomen estaban duros, y se veía enorme encima de mí.

Toqué la cadenilla que colgaba de su cuello.

—¿Qué significa? —le pregunté en un susurro mientras jugaba con ella.

Me tomó la mano para que soltara el dije y la presionó por encima de mi cabeza en un gesto dominante.

—Nada —respondió, y me atacó con un beso que no me dejó ganas de seguir hablando.

Estuvimos en un jugueteo de besos y mordidas durante un rato. Lo que emanaba de nuestros cuerpos era calentura pura. Nuestras respiraciones se aceleraban cada vez más. Cuando Adrik se movía un poco contra mí, sentía la dureza entre sus piernas más firme, más grande que antes. Una humedad

brotaba de mi zona íntima. Era una humedad exigente que controlaba mis pensamientos. Quería saber cómo me sentiría teniéndolo dentro de mí, calmando ese delicioso pero tortuoso dolor. Estaba segura de que lo sentiría como si fuera mi primera vez, porque Adrik superaba con mucho al idiota con el que me había acostado a los diecisiete.

No era capaz de describir por completo lo que experimentaba. Se me antojó enterrar las uñas en su espalda, así que terminé arañándolo con suavidad. Adrik soltó un par de gruñidos y comenzó a tocarme en cada parte de mi cuerpo, pero me sentí mucho más ansiosa cuando su mano se deslizó por mi vientre hacia la cremallera de mis tejanos para bajarla y...

Entonces lo detuve.

Reaccioné.

Algo dentro de mí gritó: «*Mija*, ¡¿qué estás haciendo?!».

Recordé. Puse los pies en la tierra. Volví a la realidad tan rápido como me había alejado de ella y tomé su mano justo antes de que me tocara en ese punto sensible. Si permitía que Adrik llegara hasta allí, estaría perdida. Si accedía a que me causara un placer tan grande, tan nuevo, no habría vuelta atrás. Y tenía que haber un retorno. No podía lanzarme de lleno por más que quisiera que nos quitáramos la ropa y nos tocáramos hasta la epidermis.

En serio, tenía muchísimas ganas de dejarlo hacerme lo que quisiera, pero no estaba bien. No podía. Eso nunca estuvo en mis planes y no debía añadirlo ahora.

—No, esto no puede pasar, Adrik —solté con rapidez, agitada—. No puede. Tengo que irme.

Lo empujé para apartarlo de mí. Se enderezó en el sofá, confundido. Tenía el pelo hecho un lío, los labios entreabiertos, la respiración acelerada y un bulto enorme en el pantalón que me tentó..., pero me mordí los labios con muchísima fuerza para contenerme y me puse en pie.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó, desconcertado, siguiendo cada uno de mis movimientos mientras yo recogía la camisa para ponérmela—. ¿He

hecho algo que no te ha gustado?

—No, no es eso, Adrik, es que no tiene sentido porque... —intenté explicar, pero entre ponerme la camisa y buscar mis cosas no sabía cómo pronunciar las palabras—. Tengo que irme.

Él se levantó del sofá y me interceptó cuando me dirigía a la puerta. Tragué saliva apenas contemplé su enormidad ante mí. Joder, quería seguir. Quería volver a besarlo, engancharme a él, retenerlo la noche entera, pero me aguanté. Sabrá diosito cómo pude contenerme, pero logré reprimir el impulso de abrazarlo.

—No te vayas, explícamelo —me pidió. No lo entendía. No entendía nada. Comprobé en sus ojos que su desconcierto era genuino—. Somos adultos, Jude. Si me dices las cosas, yo las entenderé y las resolveremos.

Mierda. Me gustaba mucho. Me gustaba que no se anduviera con rodeos. Me gustaba que fuera directo, sin filtros, que no jugara.

No tenía problemas en enfrentar las cosas. Yo tampoco, hasta que tenía que enfrentarlo a él.

No podía negar que todo había cambiado. Lo veía distinto y al mismo tiempo lo veía como el hermano del tipo al que pretendía destruir. Como uno de los Cash.

—Lo siento —dije con voz temblorosa—. De verdad.

Con rapidez lo rodeé y salí del apartamento. Lo escuché llamarme. Pronunció mi nombre. Me pidió que esperara, que no me fuera así. El corazón me latió con fuerza, pero corrí escaleras abajo, alejándome de lo mucho que me tentaba.

¿Sabes? Yo también he leído esas historias en las que el chico abandona a la chica por su propio bien. Creo que son las más comunes. Sí, lo son. Quizá habría sido más fácil acostarme con él y que luego él me abandonara sin explicación alguna, solo porque no quería lastimarme con los fantasmas de su pasado.

Pero, de nuevo, las cosas son diferentes para mí.

El problema no era Adrik.

Y tampoco estaba huyendo para protegerlo, huía para protegerme.

Porque él no mentía...

La mentirosa era yo.

Algunos no saben nada mientras que otros lo saben todo

Cuando me llegó el mensaje de Aegan a las ocho de la mañana del día siguiente, me asusté.

«A las diez en el club.»

Y cuando Artie entró en mi habitación de golpe, con su móvil en mano y dijo sorprendida:

—Aegan me ha invitado al club.

Pues me asusté el triple.

Tuve la sensación de que Aegan ya lo sabía todo: que yo había estado en el conducto de ventilación oyendo su declaración de asesinato y que, además, Adrik le había contado que había ido a su apartamento, porque a fin de cuentas sus lazos de sangre importaban más que una chica. Tuve la sensación de que todo era un plan: Aegan me estaba citando en el club para avergonzarme de nuevo delante de todo el mundo, para ponerse delante de todos y decirme: «Caíste redondita, Derry».

Bien. Había sido descubierta y estaba lista para ser expuesta.

Y todo era por mi culpa, porque ¿qué demonios había pasado conmigo la noche anterior?! Fue como si mi cuerpo se hubiera desconectado de mi

cerebro, de cuyo tamaño ya dudaba. Le había dicho a Adrik cosas (innecesarias) y luego nos habíamos besado efusivamente mientras que casi nos desnudamos en el sofá. Eso hasta que una chispita de conciencia me gritó: «¡¡¡No la cagues más!!!», y solo los dioses saben cuánto me había costado parar e irme.

Eso había sido un delicioso error. Ahora, ¿cómo demonios fingiría que no había pasado nada? ¿Cómo podría plantarme frente a Aegan y al mismo tiempo mirar a Adrik a la cara? ¿Cómo iba a ocultar lo mucho que me ardía la piel al pensar en el cuerpo de Adrik sobre el mío y en su respiración acelerada por... mí?

Aunque, a ver, a ver, Adrik sabía que yo «salía» con Aegan, ¿no? Aun besándonos en el sofá, aun admitiendo que no quería dejar de tocarme, seguro que fue consciente de ese detalle, así que ambos lo habríamos traicionado.

La culpa no era del todo mía, ¿eh?

O eso quise hacerme creer para no morirme de un ataque de ansiedad.

Bueno, solo había una solución. Tenía que recurrir a mi vieja confiable: fingir que todo estaba bien, que nada había pasado.

Me bañé y me preparé para la jornada. Me fui con Artie al club. Al llegar fuimos directas a la zona de la piscina. Mi nerviosismo me había hecho pensar que habría mucha gente, pero no. Nada de chicas en biquini ni de chicos con bebidas. En una de las mesas solo estaban Owen, Aleixandre, Laila, Aegan y, por desgracia, Adrik.

Mi corazón se aceleró de temor. Aegan estaba de pie, hablándoles a todos. Todavía no oía qué les decía, pero Adrik estaba sentado con el codo apoyado en la mesa y la cara apoyada en su mano, notablemente fastidiado de estar ahí. Se dio cuenta antes que nadie de que yo me acercaba a la mesa y por un instante nuestras miradas se encontraron. No hubo nada descifrable, ninguna emoción.

Solo pensé: «Estoy jodida».

Quizá por eso me tomó muy desprevenida que al llegar a la mesa Aegan se girara hacia mí y dijera:

—¡Aquí está la chica que me vuelve loco!

Y antes de que yo pudiera decir algo, puso ambas manos en mi rostro y me plantó un beso en la boca.

Sí, mi primer beso con Aegan fue en ese instante, delante de todos (o, mejor dicho, delante de Adrik), sin que yo me preparara mentalmente para aceptarlo.

Ahora seguramente quieres saber cómo fue o cómo me sentí, ¿no? Bueno, ese fue el beso de un experto. Cientos de bocas selladas por Aegan Cash podían confirmar que no había nada que criticar. Un beso así le habría derretido las piernas a cualquier otra chica. La manera en que abrió mis labios fue exigente, pero astuta, como la forma en que un tirano le roba la libertad a un país: ni siquiera te das cuenta hasta que sucede, y entonces ya no hay vuelta atrás, el mal está hecho.

Tal vez por eso no lo procesé con rapidez. Solo supe que Aegan me besó y luego mi mente intentó comprender que habíamos compartido saliva, que finalmente había sucedido lo que no había querido que sucediera, que había besado a un asesino. «El asesino.»

Cuando su rostro se separó del mío, él me miró con una ancha, perfecta y diabólica sonrisa. Me quedé pasmada.

—¿Me has echado mucho de menos todos estos días que no nos vimos?
—me preguntó.

Cierto, no nos habíamos visto oficialmente desde hacía varios días, pero yo, atónita, me quedé mirando el vacío. El único pensamiento en mi cabeza fue:

«Adrik.»

Adrik me miraba. Sentía todo el peso de sus ojos sobre mí. El resto también me estaba mirando, pero no como él, no de la misma forma. Como una cobarde, no me atreví a levantar la vista hacia él.

—Bueno, ¿y por qué nos has citado aquí? —le preguntó Owen a Aegan, relajado en la silla—. Iba a cortarme el cabello y tuve que cancelarlo.

—Oh, no; no lo hagas —le dijo Laila, alarmada—. Así te queda perfecto. Owen la ignoró de forma extraña.

Aegan se frotó las manos, entusiasmado por poder hablarnos a todos. Yo no estaba segura de poder soportar alguna otra sorpresa más; temía desmayarme.

Lo soltó:

—Esta mañana la rectora ha anunciado que se adelantará la feria de los fundadores y que empezará este viernes.

Oh, no.

¡Nononono!

¡¿El viernes?! ¡Faltaban solo dos días!

No me desmayé porque me esforcé en seguir de pie.

Pero Aegan continuó hablando; aún había más.

—También me han pedido que haga el discurso de apertura —reveló, feliz.

—¡El mismo que dio papá en su último año! —exclamó Aleixandre con alegría por su hermano.

Owen alzó un vaso con agua que había sobre la mesa en señal de felicitación. Laila le dedicó un pequeño aplauso. Solo Artie y yo no dijimos nada. Adrik, ni idea. Aegan asintió a todo, orgulloso, pero luego se puso serio.

—También me he enterado de que él estará viendo el discurso en vivo y en directo —agregó—. Por esa razón necesito que todo salga perfecto, así que he decidido que ustedes sean el comité de organización de la feria. Ya casi todo el trabajo está adelantado, pero...

—¿Implica esfuerzo? —interrumpió Owen, pues él consideraba importante saber eso primero.

—Solo tendrán que vigilar que no falle nada —le contestó Aegan.

—Cuenta conmigo —aceptó Owen entonces.

Aegan siguió explicando:

—Los he organizado por parejas, Aleixandre y Laila, Owen y Adrik, y Jude y Artemis. También he redactado las instrucciones sobre las secciones que tienen que vigilar.

Entró en juego un sobre amarillo que reposaba sobre la mesa. Aegan lo tomó, lo abrió y sacó hojas para todos. Las fue entregando hasta que llegó a mí. Vi que el título era: «Decoración» y que bajo él había una lista de las cosas de las que debíamos asegurarnos.

—¿Es todo? —preguntó de repente Adrik. Al escuchar su voz me quedé helada.

—Sí —contestó Aegan.

—Bien —soltó, seco.

Rígida, escuché su silla deslizarse. No quise alzar la vista, pero cuando lo hice, lo único que vi de Adrik fue cómo nos daba la espalda y se alejaba de la zona de la piscina.

—¿Qué le pasa a Driki? —preguntó Aleixandre con extrañeza.

—Lo normal: desprecia a la humanidad y no aguanta pasar más de cinco minutos con nosotros —respondió Owen, encogiéndose de hombros.

—Ya hablaré con él —aseguró Aegan, como si a Adrik le esperara un sermón solo por comportarse como Adrik.

Los demás no parecieron notar nada raro y se pusieron a hablar sobre la feria y las cosas que tenían que hacer. Yo entré en cierto pánico interno porque ¿sabes lo que significaba eso?, pues que todo el tiempo que creí que tendría para encontrar pruebas en contra de Aegan se acababa de reducir a dos insuficientes días. ¡Además, adelantar la feria significaba también que lo de terminar con él públicamente en la tarima también se adelantaría!

Todo acababa de dar un giro complicado para mi plan. ¿Qué podría lograr en tan poco tiempo? Aunque tenía en mi poder la grabación de Aegan en el club confesando tener algo que ver con la muerte de Eli, la prueba de que

ese sitio existía aun cuando las reglas lo prohibían...

—¿Qué te pasa? —me preguntó Aegan de repente en un tono más bajo, solo para nosotros dos.

Salí de mis pensamientos. Lo miré entre parpadeos estúpidos.

—¿Qué me pasa? —inquirí como respuesta automática.

—No estás hablando o haciendo preguntas que no debes. —Me contempló con ojos entornados, cargados de curiosidad.

—Bueno, es que tienes reglas estúpidas como que no debo hacerte muchas preguntas, ¿no? Creo que una vez lo mencionaste en el auto, aunque no te estaba prestando mucha atención, a ser sincera.

—¿Y desde cuándo tú cumples las reglas? —Se rio como si fuera algo absurdo.

Ah, vaya.

—¿Es que te pones nervioso cuando no te fastidio? —inquirí, esbozando una falsa sonrisa—. Has debido de echarme mucho de menos...

—¿Cómo no iba a echar de menos a mi rara, fastidiosa y escandalosa novia? —Sonó divertido, pero solo yo entendía la falsedad y la malicia de esas palabras. De pronto pareció acordarse de alguna cosa—. De hecho, te he echado tanto de menos que te he comprado una cosa.

Metió la mano en el bolsillo de su short y sacó una pequeña cajita dorada, amplió su perfecta y retorcida sonrisa apenas notó mi expresión, y abrió la tapa para mostrar el regalo. Abrí los ojos como platos porque no me esperaba eso.

Adentro había un anillo. Era de un plateado delicado, fino, y en el centro se unía en una «A» también de plata. Era un anillo sencillo.

—Aegan —dije, porque sabía que eso significaba la «A».

Él asintió con orgullo y satisfacción.

—Su mano, por favor, señorita Derry —me pidió en un tono caballeroso y masculino que me dejó pasmada.

No supe qué rayos decir. Intenté que se me ocurriera algo, pero la boca se

me secó tanto que terminé tragando saliva. Hice lo que me pedía como una muñeca mecánica y seguí, estupefacta, cada uno de sus movimientos. Aegan me tomó la mano que se vio pequeñísima sobre la de él, sacó el anillo de la caja y lo deslizó por mi dedo medio.

Solté una risa rara, incómoda.

—¿Por qué en ese dedo?

—Para que se lo muestres al mundo y digas: «Jódanse todos, soy la novia de Aegan Cash» —respondió él sin más, pero con mucho entusiasmo como si esperara que yo en verdad hiciera algo así.

—No puedo usarlo —me negué, inquieta e indecisa.

—¿Por qué no? Eres mi chica... Puedo regalarte cosas mejores, pero elegí este anillo porque sé que no te gusta lo extravagante.

¿Y desde cuándo él sabía qué me gustaba y qué no? ¿Desde cuándo me hacía regalos y me llamaba «su chica»?

Caí en la cuenta de que los demás en la mesa nos estaban mirando con unas sonrisas de fascinación, como si la escena fuera lo más romántico y genial que habían presenciado en su vida. Volví a mirar el anillo, pero no sentí la misma alegría que el resto. Algo agrio me sacudió el estómago. No estaba bien, aquello no estaba bien, pero debía disimular.

—Gracias —logré decirle a Aegan, dedicándole una media sonrisa—. Tienes buen gusto para estas cosas.

—Tengo buen gusto para todo —alardeó él, como acostumbraba hacer. Luego acercó una mano a mi rostro y me pellizcó la mejilla en un gesto que odié—. ¿Estás más guapa o son cosas mías? —me preguntó, juguetón.

Claro que Aegan no podía dejar de ser odiosamente sarcástico ni por un minuto.

—Son cosas tuyas —le espeté—. Ahora, si me disculpas, tengo que ir a orinar.

Él soltó una risa y se puso a hablar con los demás sobre las cosas para la feria. Salí de la zona de la piscina, bajé las escaleras, pero no llegué hasta el

baño. Atravesé los pasillos del club tan abrumada que el lugar me pareció a un enorme y complejo laberinto. Durante un momento tuve que detenerme y apoyarme en una pared. Inhalé hondo y miré el anillo con espanto.

Esa «A» no era de Aegan. Para mí, esa «A» era de «Ahora estás liándolo todo, Jude», y ese nunca fue el objetivo. Esa «A» debía de ser de «¿Acaso sabes lo que va a pasar si sigues por el camino que vas? Si sigues besándote con Adrik, sintiendo la necesidad de ir a buscarlo para comprobar que todo está bien (que era lo que me había impulsado a llegar ahí), confundida por lo que debía hacer el día de la feria...».

No tuve que esforzarme demasiado en buscar. De pronto, de una de las habitaciones salió Adrik. Se había cambiado de ropa, ahora llevaba puesto el pantalón y las botas que usaba para ir al establo. Su cara y todo su ser transmitían amargura y algo de enfado.

—Adrik —lo llamé, pero él pasó junto a mí y me ignoró.

No lo dejé irse. Más rápida que él, me coloqué frente a él para detenerlo.

—Adrik, te estoy hablando.

—Quítate —me exigió, y sin esperar a que yo me moviera, me apartó de su camino con un leve empujón.

—¿Qué demonios crees que haces?! —solté, y le di un manotazo en la espalda apenas pasó por delante de mí.

Entonces se giró en un arranque furioso.

—¿Qué crees tú que haces?! —rebatió. Su voz era afilada, fuerte, capaz de herir—. ¿A qué demonios estás jugando, Jude?

—No estoy jugando a nada —me defendí con el mismo tono que él—. Eres tú el que te has ido de la reunión de forma muy extraña.

—Ah, disculpa, ¿es que tenía que haberme quedado para ver cómo Aegan te metía la lengua hasta el fondo de la boca? —bufó con los dientes apretados.

Eso no me lo había esperado. ¿Acaso era...? ¿Tal vez...? ¿Era un arranque de celos de Adrik Cash? ¿En serio?

—Pero ¿qué rayos te pasa? —me quejé, mirándolo con mucha extrañeza—. Pensé que tenías claro cómo son las cosas.

Dio un paso adelante con la mandíbula tensa. Su rostro estaba dominado por una expresión de ira que nada tenía que ver con su amargura habitual. Parecía un Adrik endemoniado, capaz de despedazar el mundo con una mano.

—¿Podrías decirme cómo son las cosas, Jude? —exigió con fuerza—. Dime cómo demonios son porque parece que las interpreté de otra forma.

Me sentí más confundida que nunca, como si ambos habláramos diferentes idiomas o viniéramos de diferentes planetas y no lográramos entendernos.

—Tú ya sabes que... que salgo con Aegan —dije, aunque me resultó difícil soltar esas palabras.

Adrik apretó los labios. No dijo nada por un momento, me miró como si esperara que yo agregara algo más, pero entonces pareció darse cuenta de algo. Fue como si acabara de notar algo que no había notado jamás, como si todo adquiriera sentido.

—Así que no lo hiciste —dijo, pronunciando muy lentamente cada palabra, contenido.

—¿Qué es lo que no hice? —repliqué, mirándolo desconcertada, porque la verdad era que no entendía a qué se refería.

Él soltó una exhalación parecida a una risa amarga y nada divertida. Después se pasó la mano por la cara y luego por el cabello en un gesto de frustración.

—Maldita sea. —Se removió con inquietud y rabia. De pronto parecía furioso, frustrado, arrepentido; todo al mismo tiempo—. Lo dijiste en la casa del árbol. Dijiste: «Lo haré, romperé con él. Ya no quiero seguir soportando esto».

Oh, Dios...

Grandes errores de Jude Derry: decir una cosa y hacer otra.

—¿Pensabas que Aegan y yo ya no salíamos? —pregunté, con la intención de confirmar lo que era demasiado obvio.

—Los últimos días no te he visto con él, y él no hablaba de ti, así que pensé que habían roto —contestó, y se removió con demasiada frustración, como si estuviera tratando de comprender por qué yo había estado besándome con él si aún salía con su hermano.

No pude decir nada. Joder, era cierto. Yo había dicho eso, y había estado dispuesta a hacerlo, pero luego Artie apareció para avisarme que debía ver el mensaje del baño y... Después había olvidado por completo esa parte. Ni por un segundo se me pasó por la cabeza que fuera relevante.

—No he roto con él —admití, consternada por mi propio error—. No, no lo he hecho.

—Entonces ¿por qué me pediste que te llevara a mi apartamento? —rugió. Ahora había añadido a su acusación una nota despectiva—. ¿Habías planeado estar conmigo y con Aegan al mismo tiempo? ¿En serio eres así de retorcida?

—¡Claro que no lo soy! —exclamé, sacudiendo la cabeza. Muchas cosas comenzaron a arremolinarse en mi mente y me dejaron casi sin palabras—. No te lo pedí por eso, yo...

—¿Tú qué? ¿Te gustamos los dos y no quieres perdernos a ninguno? —escupió él con rapidez, presionándome de forma insistente y agresiva.

Cerré los ojos y de repente me sentí más abrumada que nunca. Tenía la boca tan seca que tuve que relamerme los labios y tragar saliva. Mi relación con Aegan era una mentira, pero eso Adrik no lo sabía y por esa razón no entendía que yo hubiera permitido que fuéramos más allá del beso del incienso. Ahora él quería respuestas y yo no sabía cómo dárselas.

—Adrik, lo entendimos todo mal... —dije en un intento de aclarar aquel lío, pero él me interrumpió encolerizado y no me permitió seguir hablando.

—Lo que yo entendí fue que cuando volvimos a Tagus después de la fiesta de beneficencia ya no estabas con Aegan, y por eso fui tan estúpido

como para intentar ser distinto contigo y pensar que tú y yo podíamos... — se interrumpió lanzando una exhalación de frustración. Negó con la cabeza —. Esto es ridículo. Esta mierda no tiene sentido.

Avanzó con la intención de irse, pero volví a atravesarme en su camino. Quería responder a sus dudas, a pesar de que ni siquiera me era posible responderme a mí y a pesar de que toda la situación hacía que solo yo me viera como la malvada.

—¡No estoy jugando a nada! —le aseguré, tratando de convencerlo—. ¡No pensé que le darías importancia a lo que dije! ¡¿Qué demonios iba a saber yo?!

Su risa fue amarga. La manera en que me estaba mirando era cruel, pero no podía reprochárselo.

—Sí, ¿qué demonios ibas a saber? —replicó con algún tipo de sarcasmo absurdo—. Solo pensaste que yo me enrollaría con la novia de mi hermano sin ningún problema, ¿no? Siempre crees lo que te da la maldita gana.

—Si me lo hubieras preguntado... —traté de decir, pero él no tenía ninguna intención de considerar mis argumentos.

—¿Qué? —soltó de golpe en un tono tan intencionalmente cruel que me costó creer que saliera de él y no de Aegan—. ¿Me habrías dicho: «Sí, Adrik, sigo siendo su novia, pero no importa, vamos a besarnos en tu apartamento»?

—Te detuve, hice que los dos paráramos... —insistí.

—¿Lo hiciste porque se te removió la conciencia o porque querías esperar a acostarte primero con él y después conmigo? —lanzó con una malicia gélida, iracunda, con toda la intención de herirme—. Así podrías comparar, ¿no? Adrik lo hace de este modo, pero Aegan de este otro... ¿Cuál me gusta más? A lo mejor los dos me gustan porque...

—¡Basta, Adrik! —le grité horrorizada.

Cerró la boca y me miró en una postura retadora.

Alcé la mano dispuesta a abofetearlo. Reuní toda la fuerza que necesitaba

para golpearlo por hablarme como si fuera una... cualquiera. A mí no me gustaban esos dramas, pero en ese instante tuve ganas de darle un puñetazo. Solo que... no lo hice. Me quedé con la mano a medio camino, no porque él me detuviera, de hecho, estaba listo para recibirlo, sino porque en parte tenía razón.

Nadie sabía la verdad, solo yo, así que en ese momento lo único que podía pensar cualquiera que oyera la versión de Adrik era que yo era una arpía que se había enrollado con los dos hermanos al mismo tiempo. ¿Cómo podía defenderme, con qué argumentos? Defenderme implicaba delatarme, y algo dentro de mí no me permitía hacerlo.

Bajé la mano, pero no bajé la mirada. Se la sostuve con firmeza, porque en realidad no le mentía al decirle que lo que había ocurrido con él no había sido planeado.

—Te lo diré una sola vez, Jude —dijo ante mi silencio. Se oyó amenazante, gélido, como quien contenía la potencia de su ira—. No pienso pelear con él por una simple chica. Si eso es lo que pretendes, olvídalo.

«Por una simple chica.»

Esas palabras se reprodujeron en mi cabeza unas cinco veces con eco incluido. Las dijo de un modo tan... desdeñoso. Sentí un dolor en el pecho y me quedé rígida. ¿Y por qué me afectaron tanto? Porque aunque yo en ese momento quise decirle, y lo intenté, que él también era para mí un simple chico, no pude hacerlo.

Eso fue una revelación.

Joder, me gustaba Adrik más de lo que había creído.

Dita.

Sea.

Él se mostró hastiado de esa discusión, así que me rodeó y avanzó unos pasos para alejarse, pero yo me giré sobre mis pies como una autómatas.

—Si me dices que no quieres traicionar a tu hermano, lo entiendo, pero... ¿una simple chica? —me fue inevitable no soltar—. ¿Así es como me ves?

Adrik se detuvo. Dudó un momento, de espaldas a mí, pero terminó por darse vuelta. Tenía la mandíbula apretada, una mano formando puño, el pecho aún agitado. Parecía el dios griego de la destrucción. Con un leve movimiento, podía acabar con lo que quisiera. Quiso acabar conmigo y lo consiguió cuando dijo:

—No lo sé, Jude, porque no tengo ni idea de cómo debo verte ahora. Ni siquiera sé quién eres en realidad.

Y... ¿oíste eso? Sí, un ¡crash!, como el sonido que producen mil cristales rompiéndose. Así me rompí yo, pero no te preocupes, me barrí, recogí los trozos y me rehíce yo sola después.

Tragué saliva para diluir el nudo, aunque aun así noté su presión en la garganta. Sin embargo, no dejé que me dominara.

—Exacto, no lo sabes —asentí, intentando recuperar mi valor—. Ni tú, ni Aegan, ni nadie puede decir quién soy. No saben nada de mí. Por eso no puedes creerme cuando te digo que nunca intenté jugar a nada tan bajo como estar contigo y con tu hermano. Fue algo que simplemente pasó. No sé por qué dejé que pasara, pero fue real.

A pesar de que me sinceré, de que le dije eso luchando contra mi orgullo y mi necesidad de irme con la cara en alto, Adrik me miró con los ojos entornados, duros y tensos. No hubo ni siquiera un destello de entendimiento en ellos, nada de lo que había visto cuando nos besamos o cuando pasamos aquella noche en la casa del árbol. Ante mí estaba el Adrik intratable, frío y distante que había visto la vez que me senté en aquella mesa de póquer a retar a Aegan.

Y me dio miedo volver a encontrarlo. Descubrí que no temía tanto la crueldad de Aegan o el peligro que representaba saber el secreto de la muerte de Eli como que Adrik me odiara sin conocer la verdad.

—Puedes romper con él —me dijo de forma inesperada. Luego señaló en dirección al pasillo por donde se volvía a la zona de la piscina—. Si es verdad lo que dices, ve a buscarlo y pon fin a vuestra relación. Yo te estaré

esperando, y no me importará una mierda lo que diga él, Aleixandre o el resto. Si lo haces, te creeré.

Me quedé con la boca entreabierta. Quise decir algo, pero no me salió más que un carraspeo de estupefacción. Algo helado me recorrió el cuerpo, una sensación horrible. ¿Estaba oyendo bien? ¿Adrik me estaba pidiendo que eligiera?

Sí, quería que eligiera entre él y Aegan.

—¿Qué? —emití en un aliento.

—No voy a pelear con él por ti —me aclaró. Sus ojos, fijos en los míos, me confirmaron que hablaba en serio—. Así que tú decides, pero hazlo ya.

—Adrik, no... —intenté explicarle, pero me interrumpió:

—Yo no habría hecho nada de lo que hice si hubiera sabido que seguían juntos. Por mucho que me gustes, me habría controlado. Pero lo hice, y significó algo.

Se acercó a mí. Yo continuaba inmóvil, pero de todos modos su cercanía envió una ráfaga de sensaciones a mi cuerpo, una corriente potente. Me pregunté si sería muy ridículo e inmaduro lanzarme sobre él y olvidarlo todo. Me pregunté también en qué punto estábamos ahora. Parecía... el fin de algo.

No quise que siguiera hablando. Quise retroceder unos minutos y no haberlo ido a buscar para no tener esa discusión.

—Eso es injusto —negué con la cabeza.

—Lo injusto es que pasó algo entre nosotros y que sigue pasando algo en este momento, pero no puedo hacer nada porque Aegan es tu novio —corrigió. Todavía emanaba furia. No había bajado el nivel de su ira y menos la frialdad y la inflexibilidad en su tono, pero ante mi falta de respuesta y mi cara de aflicción añadió—: Jude, te veo delante de mí y solo quiero darte la espalda e irme lejos, pero al mismo tiempo también quiero pedirte que nos vayamos juntos a otro lugar y arreglemos esto de alguna manera.

Creí que iba a colapsar de tristeza, emoción y furia hacia mí misma. Odié

que me mostrara que todavía tenía más partes de él por descubrir, y quise decirle que sí, que nos fuéramos lejos, pero no podía... Mierda, no podía.

—No es tan fácil, Adrik... —negué, tratando de ser realista—. Habría problemas porque primero estuve con él y luego contigo...

—Buscaré la forma de arreglar eso —me interrumpió, intentando que viera el otro lado—. Pero tienes que elegir. Suena egoísta, sí, pero es que no quiero estar contigo a sus espaldas.

Esa habría sido una decisión fácil si yo no hubiera sido una... imbécil. Habría elegido a Adrik sin pensármelo ni un segundo. A pesar de lo que estaba pasando, él se estaba sincerando conmigo, admitía que entre nosotros había una chispa, que ambos nos gustábamos. Era más maduro, más transparente cuando no quería ser un tipo oscuro. Pero lo que él en realidad me estaba pidiendo era que eligiera entre él y mi plan.

Eso era Aegan para mí, solo un plan.

El problema era que el plan ya no era un simple plan. Dentro de mí crepitaba un fuego que exigía venganza. Un fuego alrededor del que luego nos sentaremos a hablar tú y yo, lector. Así que por más que me gustara Adrik, por más que me lastimaran sus palabras, lo que sentía no era tan profundo todavía y era el momento perfecto para evitar que creciera. Él me ofrecía estar juntos, pero eso significaba probar primero si lo nuestro funcionaba y ver qué sucedía después.

¿Y si no sucedía nada? ¿Y si después de acostarnos se esfumaba lo que nos atraía al uno del otro? No era seguro que fuéramos a enamorarnos o que nuestra relación fuera a salir bien.

Lo único seguro que tenía eran las pruebas que me permitían destruir a Aegan.

Lo único seguro era mi venganza.

Lo que ambos sentíamos era un error.

—No puedo —susurré.

—¿No puedes o no quieres? —me preguntó.

—No puedo —contesté con decisión—. No es por ti, ni por mí. No lo entenderías, pero no puedo, no lo haré.

No quise mirarlo a los ojos. Siempre he pensado que soy bastante fuerte, que no soy de las que se echan a llorar. Todo lo contrario, soy de las que convierten las lágrimas en combustible para enfrentar lo que venga, pero no me sentí así en ese momento. Me sentía destrozada.

La noche anterior, Adrik me había mirado como si estuviera dispuesto a permitir que yo descifrara sus enigmas, como si yo pudiera convertirme en la chica que derrumbaría sus muros de frialdad y distancia. Ahora, sin embargo, sentía que si me enfrentaba a la forma en que me miraba, con rabia y con desprecio, como si quisiera acabar conmigo ahí mismo, me derrumbaría. Ver sus ojos plomizos en ese momento me debilitaría.

Así que lo único que hice fue escuchar las palabras cargadas de ira y resentimiento que dijo antes de irse:

—Se te da bastante bien eso de hacer creer a la gente que eres diferente.

Después se alejó y yo me quedé plantada en ese sitio un momento, tragándome la bomba de sentimientos que amenazaban con hacerme explotar. Luego tomé aire, mucho aire, y avancé para volver a la terraza. Caminé fuera de foco, con la mente revuelta y unas insistentes ganas de salir corriendo. No obstante, ya había hecho mi elección. Ahora tenía que seguir adelante, a pesar de que todo lo que venía prometía sería desastroso.

Cuando volví a la zona de la piscina, todos se encontraban en el bar porque Owen estaba preparando unos cocteles para brindar por el discurso de Aegan. No había rastro de Adrik. Artie parecía entretenida mientras hablaba con Laila. Aegan estaba contando a Aleixandre algo que había hecho, algo que según él era maravilloso.

No supe dónde dirigirme. Ningún lugar me pareció adecuado, ninguno me pareció cómodo. No encajaba allí. Quise irme, pero me quedé quieta, mirando a Aegan, hasta que él sintió el peso de mis ojos. Me observó desde su lugar en la barra y frunció ligeramente el ceño con extrañeza.

Como te dije antes, si hay algo que nunca debes hacer es subestimar a Aegan Cash. No conoces el poder hasta que lo conoces a él. Mientras avanzaba hacia mí con pasos seguros y confiados, tuve la impresión de que lo sabía todo, de que quizá siempre lo había sabido. Fue un ramalazo punzante el que me hizo ver que incluso desprendía un aire de triunfo.

Y no tuve el valor de confirmarlo.

Llegó hasta mí y me miró desde arriba, serio.

Seré sincera, no tenía ni idea de cómo lo hacía, pero Aegan conseguía imponer su voz para mover los hilos de Tagus y de las vidas que lo rodeaban. No era fácil anticiparse a sus jugadas. No era un simple chico malo y predecible, era una mente metódica, omnipotente, astuta. Por eso me pregunté: ¿sabría que Adrik me pediría que eligiera entre los dos? ¿Sabría que Adrik y yo discutiríamos? Sabiéndolo o no, había ganado.

Me sentí tan mal que pensé que, si lo único que tenía eran mis mentiras, me aferraría a ellas durante un rato.

Di un paso hacia Aegan y rodeé su torso con mis brazos, hundiéndome en su pecho. Él me devolvió el abrazo y comenzó a acariciarme el pelo. Al mismo tiempo me susurró al oído en un tono tan tranquilizador como inquietante:

—Todo está bien, preciosa, yo siempre haré que esté bien.

Y entonces dejó un beso sobre mi cabello, así que me aferré a su cuerpo y fingí que era cierto que todo estaba bien, que yo no acababa de preferir la venganza a estar con el único chico que, por primera vez en mi vida, me había arrancado las armaduras con un beso.

—Necesito que finjas que me quieres —le susurré.

—Puedo incluso fingir que te amo.

Esa endemoniada sensualidad es cosa de genética... Y la maldad también

48 horas antes de la feria

De acuerdo, las circunstancias me obligaron a idear un plan nuevo, y no estaba tan mal.

A falta de tiempo para seguir investigando, debía utilizar lo más valioso que tenía: la grabación de Eli saliendo asustada de la biblioteca y el vídeo que yo había grabado en el club nocturno en el que aparecía Aegan hablando de que estaba muerta. Podía mostrarlos el día de la feria a todo el mundo y el resto se haría solo, ya que las imágenes se difundirían por todas partes.

En cuanto a terminar con Aegan públicamente como esperaban Dash, Kiana y Artie, finalmente no lo haría. Confiaba en que la revelación de los vídeos sería tan impactante que bastaría con que yo, su inocente y nada sospechosa novia, dijera: «Creo que esto es suficiente humillación para él, chicos. Está acabado».

¿Qué tal? Abrupto, pero podría funcionar.

Ese día salí del apartamento porque teníamos que reunirnos con Aegan para ayudarle con los preparativos de la feria, como nos había pedido.

Aunque, para ser sincera, lo único que yo quería en ese momento era comer helado y hundirme en mi absoluta miseria porque no podía olvidar la discusión con Adrik.

—*Deberías hacerlo, Jude. Harías que me sintiera orgullosa de ti.*

—*Cállate, estúpida conciencia.*

—*Uy, qué genio...*

—*¡Que te calles ya!*

—*Oh, vale, conciencia fuera.*

No, no podía hacer nada de eso. Tampoco debía pensar más en Adrik. Era mejor que me detestara porque jamás podríamos «estar juntos» por razones muy obvias: yo quería destrozar a su hermano, y eso significaba destrozar su apellido de paso, lo que al mismo tiempo le afectaba a él. Al final también le haría un daño irremediable. Esa pequeña parte me hacía sentir algo confusa, pero traté de ignorar mis emociones.

No tardé en llegar en bicicleta. El área de eventos de Tagus abarcaba varias hectáreas y varias estructuras: anfiteatro, salón audiovisual, salón de conferencias y salón de fiestas. Sin embargo, en el centro de todo, al aire libre, había una tarima parecida a las que ponían en los conciertos, y era allí donde estaba todo el jaleo. Había muchas cosas por todos lados: telas, cajas, amplificadores, mesas, sillas, estructuras de feria, carritos sin montar. La gente iba de un lado a otro decorando y colocando las cosas para que el homenaje que se haría el viernes resultara asombroso.

Busqué a Artie entre la gente. La encontré con Laila. Ambas tenían la pinta de chicas universitarias centradas en la organización de los eventos: short de mezclilla, camiseta con el logo de Tagus, zapatillas deportivas y coleta alta. Estaban mirando algo que pasaba a pocos metros.

Al acercarme no tuve que preguntarles de qué se trataba, porque la voz de Aegan se escuchó desde donde estábamos.

—*¡Si lo voy a decir yo, debe tener mi sello!* —soltó en voz alta y autoritaria.

No estaba muy lejos de nosotras y hablaba con Aleixandre y la rectora de Tagus, una mujer de cuarenta y tantos años con el cabello muy liso y siempre peinado hacia atrás como una tiesa cortina. Su aire era rígido, aunque no daba miedo, más bien inspiraba respeto.

Pero... Aegan no respetaba a nadie. Su postura ante la rectora era de «estoy a punto de explotar». En las manos sostenía un par de hojas que debían de ser el discurso, y tenía el ceño fruncido y ese aire que dejaba claro que usaría todas sus influencias, capaces de cambiarle el nombre y el himno a cualquier país, para salirse con la suya.

—Ese es mi novio, ahí está, comportándose como su naturaleza le exige —dije al acercarme a las chicas.

Laila soltó una risilla.

—Lleva así todo el rato —dijo Artie, entornando los ojos—. Quiere modificar el discurso, pero la rectora dice que siempre hay uno establecido.

Aegan estaba defendiendo su causa con bastante intensidad. A su lado, Aleixandre parecía preocupado. Se rascaba la nuca y alternaba la mirada entre su hermano y la rectora como si temiera que las cosas empeoraran. Parecía que la rectora se lo estaba tomando con bastante paciencia, obviamente porque se trataba de los Cash. Un secretito: me había enterado por Dash (Dash siempre con sus chismes) de que daba un trato especial a los hermanos Cash.

—Pero ¿por qué hemos de repetir cada año lo mismo? —escuché que se quejaba Aegan—. No hay honestidad en estas palabras. —Golpeó las hojas con el dorso de su mano—. Puedo escribir algo mejor en tres segundos.

La rectora tomó aire. Tenía las manos enlazadas sobre su vientre.

—Señor Cash, usted es un miembro muy importante para la comunidad estudiantil —comenzó a decir con un tono maduro y sereno, tan tranquilo que rozaba lo manso e inferior—. No dudamos de sus capacidades y nos honra que participe en los eventos de la institución porque da una muy buena imagen que motiva al resto, pero el discurso se ha dicho tal cual fue

escrito desde la fundación y...

Por supuesto que él no la dejó terminar.

—¿Cuánto ha pasado desde entonces? ¿Tres siglos? —le escupió junto con una risa absurda—. Por favor, este discurso es más potente que el cloroformo. En cuanto empiece a leerlo, la gente se va a quedar inconsciente del aburrimiento o, peor, se irá.

—Pero la prensa estará... —intentó decir la rectora.

Sin embargo, tuvo que cerrar la boca de golpe, lo que hasta resultó gracioso, porque Aegan gritó:

—¡Mejor, los periodistas me adoran! —No ocultó el orgullo que eso le producía—. Puedo hablar hasta de quesos y sacarán un titular épico. Déjeme modificar el discurso y todo queda resuelto.

—Señor Cash... —empezó a decir la rectora, tratando de seguir manteniendo la calma.

Aegan se preparó para rebatirla. Nosotras estábamos embelesadas con la ridícula discusión. Era divertido ver a la rectora tragarse las palabras solo porque Aegan tenía poder en Tagus. También era gracioso que Aleixandre tratara de hablar, pero que cada vez que empezaba a pronunciar una palabra no pudiera completarla porque su hermano hablaba más alto. En verdad era una situación interesante, no obstante, mis ojos se fueron hacia otro lado por un momento. Incluso Artie y Laila giraron la cabeza en cuanto notaron que yo me había distraído.

Pero... ¿en serio, destino?

¿Primero me dejabas solo dos días para completar mi plan y luego me enviabas otro giro inesperado?

O, mejor dicho, a una persona inesperada.

—¿Ese no es...? —preguntó Artie de pronto con un tono agudo y pasmoso, y con rapidez colocó una mano sobre mi hombro como si necesitara apoyo para no desmayarse.

—Regan Cash —completó Laila, igual de asombrada.

Oh, sí, había un cuarto Cash.

En este punto imagina el ritmo de la canción *Do I wanna know?* de Artic Monkeys. No la letra, solo ese ritmo de batería, aplausos y guitarra que te inspira cosas malas. Ahora pongámoslo de fondo mientras Regan avanzaba hacia la escena. Lo ralentizamos un poco, le añadimos un ligero viento y algunas cabezas que se giran en su dirección, asombradas...

Y ahí estaba.

Regan Cash. Veintiocho años. El mayor de los Cash. Sonrisa de curva ancha y encantadoramente sensual, altura titánica, pasos que paralizaban el mundo a su alrededor. Según fuentes confiables: en realidad era el único medio hermano del trío. Su padre, Adrien Cash, tuvo una aventura, y de allí salió Regan. Lo reconoció de todas maneras, lo unió a la familia y le enseñó lo mismo que al resto de sus hijos. Eso explicaba algunas diferencias.

Los Perfectos mentirosos se destacaban por su cabello negro. Regan, por el contrario, tenía el pelo castaño, casi rubio, tan salvaje como los pensamientos que te inspiraba. Ahora bien, lo que sí compartían los cuatro, que quizá era el sello Cash, eran esos ojos grises. Los de Regan eran de un gris engañoso, de los que parecían azules en ocasiones. Y esa mirada tenía un aire juguetón, astuto, sin un atisbo de duda o amargura.

Si uno creía que Aegan desprendía poder, Regan parecía tener al planeta de mascota. En donde los Perfectos mentirosos parecían intimidantes, Regan era una presencia imponente de una manera más seductora. Si la crueldad emanaba de Aegan en ondas que te golpeaban la cara, en Regan había una malicia... ¿tentadora? Ese porte, esa altura, esa esbeltez enfundada en un traje gris de pizarra, ajustado en las partes adecuadas, dejaba ver lo que era: un empresario importante.

Cuando logré salir de mi estado hipnótico y ver a las demás, comprobé que Artie tenía los labios entreabiertos por la fascinación y Laila parecía haberse desconectado de su cerebro solo para admirar a tal espécimen.

—Nunca lo había visto tan de cerca —susurró Artie, perpleja, como si

estuviera demasiado ocupada manoseándolo mentalmente como para hablar bien.

—Yo sí, pero cada vez que lo veo está más impresionante... —añadió Laila, igual de embelesada.

Parpadeé con algo de desconcierto. Tuve la impresión de que el mundo se detuvo mientras veía a Regan, pero en realidad nada se había parado. Aegan seguía discutiendo. De hecho, apenas su escandalosa voz llegó a mis oídos, todo se esfumó y volví a la realidad.

Una realidad que prometía convertirse en un infierno.

Porque, oh, destino, eres una perra y lo sabes.

Apenas Regan se unió al círculo donde estaban Aegan, Aleixandre y la rectora, soltó:

—Si tienes tantos problemas, hermanito, yo puedo dar el discurso por ti.
—Su voz era el complemento perfecto: una nota pícara, divertida, pero a la vez serena y confiada.

Aegan se volvió de golpe y vi que su reacción y la de Aleixandre, así como la de la rectora, fueron muy distintas.

Aleixandre se sorprendió de manera positiva, como quien veía a alguien querido después de mucho tiempo.

La rectora esbozó una sonrisa nostálgica.

Aegan..., bueno, Aegan se quedó como si le hubieran dicho: «Bájate del trono que llegó el verdadero rey». Su confusión, sorpresa y algo de horror se tradujo en una mueca chistosa. Miró de arriba abajo a Regan como si no creyera que fuera él.

—¡Regan! —exclamó Aleixandre con emoción. Ambos se dieron unas palmadas en la espalda en uno de esos abrazos masculinos.

Con Aegan no pasó lo mismo. De hecho, Aegan seguía en el sitio como si esperara que esa horrible aparición no fuera su medio hermano.

—Rectora —saludó Regan, tomándole la mano. Se inclinó y le dio un beso en los nudillos. Artie y yo ladeamos la cabeza al mismo tiempo para

chequearle el trasero. Algo bueno se adivinaba bajo el pantalón—. Cuando estudiaba aquí no podía decírselo, pero ahora que la situación es distinta puedo confesarle que su belleza siempre me tentó a romper las reglas.

Si alguna vez le habían dedicado un halago a esa mujer, desde luego no fue nada comparado con lo que le hizo sentir el de Regan. La rectora se hinchó, y pareció como si estuviese conteniendo el chillido de una fan en un concierto.

—Ay, Regan... —rio ella, como si él no tuviera remedio, pero incluso se le colorearon las mejillas.

Quiso agregar algo más, pero...

—¿Qué mierda haces aquí? —soltó Aegan con brusquedad y un ápice de molestia.

Aleixandre le dedicó una mirada de reproche, pero Regan ni se alteró. De hecho, se encogió de hombros con una elegante indiferencia.

—Soy uno de los antiguos alumnos más importantes de Tagus y esta semana es el aniversario de esta universidad —contestó—. ¿Por qué no iba a pasarme por aquí? ¿O hay algún inconveniente, rectora?

Sus ojos se detuvieron en la mujer, y ella negó con rapidez. Todo su rostro brilló con interés. Se lo habría comido ahí mismo, pero mantuvo su posición.

—La verdad, Regan, se me acaba de ocurrir que sería muchísimo mejor que un antiguo alumno diera el discurso —propuso.

Un ataque nuclear a Sudamérica habría hecho menos daño. Esa bomba cayó sobre Aegan y detonó en su cara. Abrió los ojos como platos al tiempo que hundió el ceño como si no creyera lo que estaba oyendo, tal sacrilegio, tal ofensa, tal osadía...

—¿Qué?! ¿Qué demonios...? —dijo mi pobre y ahora desplazado novio, como si le hubieran pateado el culo—. Pero ¡si ya acordamos que...!

—Aegan —canturreó Regan con mucha paciencia y una sonrisa maliciosa—. No te hará daño compartir el espacio con alguien más.

—No me importa compartirlo, claro, pero siempre que no sea contigo. Antes prefiero amputarme el pene —bufó, directo, sin restricciones, con toda la intención de dejarle claro que su presencia le molestaba.

—¡Señor Cash! —exclamó la rectora, escandalizada.

La risa de Regan fue tan tranquila que habría sedado a una masa de gente.

—No se preocupe, así nos hemos tratado siempre —le dijo a la rectora. Esas palabras bastaron para tranquilizar a la mujer, que asintió y le dedicó una sonrisa ladina. Luego Regan miró a Aegan y tuvo la impresión de que chispeó una especie de rivalidad, algo que nadie más que ellos entendían—. Él en realidad no tiene ningún problema con que yo dé el discurso. Verdad, ¿hermanito?

Claro que tenía un problema. Sospeché que el problema iba más allá de que le quitara protagonismo. Si apartabas todo el magnetismo que desprendía Regan, quedaba un aire mucho más pesado que el que aparecía cuando Aegan y yo estábamos solos. Lo percibía. Había algo allí..., algo más importante que calaba en Aegan con tanta fuerza que al mismo tiempo lo obligó a contenerse. Y que ese ser se contuviera era ciertamente imposible de creer.

—No —dijo Aegan con los dientes apretados y la mandíbula tensa. Por un instante incluso vi que un ojo se le cerró primero que otro. Me quedé asombrada.

Regan sonrió ampliamente. La dentadura era perfecta, como no podía ser de otro modo siendo un Cash. Extendió un brazo y le arrancó las hojas del discurso a Aegan con un descaro encantador.

—Entonces todo resuelto —dijo, alternando la vista entre la rectora y el medio hermano a punto de estallar que tenía a un lado—. No hay nada más que hablar.

La rectora le dijo a Regan que debía estar allí a las seis en punto y luego se fue. En cuanto se alejó lo suficiente, Aegan se plantó frente a Regan.

No diferían en altura, pero eran por completo diferentes si los mirabas

bien. Estilos distintos, posturas distintas, quizá una crueldad más evolucionada en uno que en el otro... Me refiero a que Regan era impresionante, sí, pero había algo en él que me transmitía malas sensaciones. Tal vez era que destellaba esa insoportable aura Cash de poder o eso que...

—Dime qué demonios haces aquí, porque tú nunca estás de paso en ningún lugar, solo llegas con todo planeado para joder cualquier cosa —exigió Aegan, mucho más afilado y tenso que un momento atrás.

—Aegan, por favor, hacía mucho tiempo que no veíamos a Regan —intentó intervenir Aleixandre, pero Aegan mantuvo su postura con los ojos retadores y fijos en su medio hermano.

—¿Cuánto tiempo? ¿Un año desde la última Navidad? —inquirió Regan, falsamente pensativo.

—Contesta, Regan —insistió Aegan entre dientes, tan amenazante como perturbador.

La verdad era que jamás había visto que alguien se mantuviera tan tranquilo ante la ira de Aegan. Ni siquiera la serenidad e indiferencia de Adrik te sorprendía si veías cómo Regan lo ignoraba, cómo se burlaba de la ira del mayor de los Perfectos mentirosos de una forma indirecta, pero chocante.

—No hay ninguna razón. —Se encogió de hombros—. Solo que... papá me dio un mes libre y decidí quedarme en la casa de campo. Eso es todo.

Aegan lo miró un instante más. La cólera destelló en sus ojos claros y fieros, pero después de un segundo fue como si algo se aclarara para él y entonces hizo un gesto leve pero perceptible mostrando su horror.

—Fue él... —susurró, pero de inmediato se escuchó un carraspeo.

—Aegan —dijo Aleixandre, y paseó su mirada entre sus dos hermanos, como si él supiera qué cosas tan malas podían pasar si ambos continuaban hablando—. Este no es el lugar para empezar a discutir, ¿de acuerdo? —Hizo un gesto para que vieran que había mucha gente cerca, y también

nosotras, tan atentas que solo nos faltaban palomitas y lentes 3D para disfrutar más de la función.

Aegan giró la cabeza y nos observó a las tres con el ceño fruncido. Artie fingió mirar a otro lado, yo fingí jugar con una piedra imaginaria y Laila se enortijó el cabello.

Aegan dio un paso hacia atrás y pareció guardarse toda su furia. No obstante, tenías las venas tensas.

—Jude, vamos —me ordenó de golpe.

Solo le faltó tirarme de la correa. Quise contradecirle, pero ya no tenía ganas de estar allí, así que no dije nada y avancé hacia él. Sin embargo, me detuve apenas escuché la pregunta dirigida a mí:

—¿Te conozco? —El tono de Regan tenía una nota de intriga. Me observó con una curiosidad que me causó un escalofrío.

—No creo —respondí, encogiéndome de hombros.

—Jude, que te muevas —insistió Aegan, mirándonos a ambos.

No obstante, la curiosidad de Regan se intensificó.

—¿Estás segura? —volvió a preguntar, algo pensativo—. Creo que...

—Ya te ha dicho que no —intervino Aegan de forma repentina y se acercó a mí. Me colocó una mano en la espalda para impulsarme a caminar—. Además, es mi novia. Apunta en otra dirección.

Hasta yo lo miré con algo de sorpresa. La nota recelosa y posesiva en las palabras «es mi novia» habría convencido a cualquiera.

—¡Ah! —asintió Regan, como si todo se hubiera aclarado. De todos modos, ignoró por completo a su hermano y me dijo—: Tú eres la de las fotos de la fiesta. —Un destello tentador y pícaro realzó su asombrosa sonrisa—. Estabas preciosa, por cierto.

Miré de reojo a Artie y a Laila, ambas observaban a Regan con total fascinación. Me preparé para darle las gracias, pero apenas pude abrir la boca...

—Sí, ¿verdad? Pues aún estuvo más preciosa en mi cama esa noche —

tajó Aegan, y entonces me tiró del brazo y, sin permitirnos decir algo más o despedirnos, me arrastró con él.

Le permití al menos tener una salida triunfal. Vamos, ya había quedado en ridículo al ser reemplazado para dar el discurso. Pero cuando estuvimos lo suficientemente lejos, me zafé de él de mala gana.

Lo analicé un momento. Su rostro se había contraído. Estaba molesto, asqueado; nada que ver con cómo se mostraba tras una discusión con Adrik o Aleixandre. Eso era más complejo...

—¿Tienes una muñeca que se parezca a mí a la que te hayas llevado a la cama de verdad? —inquirí con falsa incredulidad y con toda la intención de molestarlo mientras le seguía el paso en dirección al auto.

Sus zancadas eran furiosas mientras buscaba la llave del coche en los bolsillos.

—Cállate —me ordenó, y de repente se detuvo en seco. Se giró hacia mí y casi chocamos. Di un paso atrás, confundida. Me apuntó con el dedo—. Ten mucho cuidado con Regan. Ni siquiera le hables.

La advertencia sonó bastante genuina y amenazadora.

—¿Cómo voy a hacerlo? Al parecer mi vida sexual contigo es tan asombrosa que me borra la memoria —repliqué con todo mi esplendoroso sarcasmo.

Aegan mantuvo su expresión grave.

—Al margen, Jude —se limitó a dejarme claro en tono amenazador.

Nuevo descubrimiento: lo único capaz de alterar a Aegan Cash era su hermano mayor, Regan.

—Pero es tu hermano, no entiendo por qué...

—Ese... —me interrumpió con rapidez. Pensó algún adjetivo, pero quizá le pareció que revelaría demasiado porque se lo tragó y decidió decir—: Ese individuo no es mi hermano.

Tal vez no. O tal vez sí.

Lo único seguro: Regan había llegado para iniciar un caos que luego nadie

sabría cómo detener.

Nada de arrepentimientos

24 horas para la feria

Y todavía no estaba segura de cómo reproducir los vídeos en la pantalla de la tarima.

Además, estaba un poco inquieta y nerviosa. Vamos, seguía siendo humana. Una humana con un plan malvado, pero humana al fin y al cabo.

Así que, estando en la biblioteca principal, pero solo haciendo garabatos en mi cuaderno, porque era incapaz de concentrarme, me sorprendió cuando los altavoces de Tagus se activaron. De pronto un anuncio resonó en cada edificio y cada salón:

«Todos los estudiantes que en este momento estén libres, por favor, vayan al auditorio. Se va a llevar a cabo una charla/conferencia por parte del equipo de dirección para informar de los procesos de selección y superación académica de este año. La participación será calificada».

¿Participación calificada? ¿Nos iban a dar puntos por asistir a una conferencia? No había más que decir. Cogí mis cosas y salí de la biblioteca. En el pasillo me topé con un denso flujo de estudiantes porque a todos se les había ocurrido aprovechar los puntos adicionales. Llegamos en manada al auditorio.

En las enormes puertas de entrada habían situado a un par de estudiantes con unos formularios de asistencia que debíamos firmar antes de entrar. Dentro, el lugar tenía forma de cuenco y el escenario era inmenso. Tenía un telón rojo que ahora estaba apartado. Había una pantalla de proyección al fondo de la tarima de madera. A un lado había un podio para quien hablara, y detrás de él, una fila de asientos en donde estaban ubicándose un par de profesores.

Estaba buscando un buen sitio cuando vi que un brazo se agitó entre las filas de sillas. Era Artie, que me había guardado un asiento junto a ella, Kiana y Dash. Me apresuré a llegar hasta ellos, disculpándome con unos y otros a medida que atravesaba el gentío. Al final me dejé caer en la silla. Quedé entre Kiana y Dash.

—¿Qué ha pasado? —les pregunté, girando la cabeza hacia ambos.

—Hay que esperar unos minutos a que terminen de arreglar el sonido para que empiecen —me respondió él con algo de fastidio. Después me echó una mirada entornada y curiosa—. ¿Tú qué? Tienes una caaara... —enfaticizó, haciéndome entender que no me veía bien.

Era algo que ya sabía. El día estaba raro y yo también. Además, en las primeras filas estaban sentados Aegan y Owen. Ambos hablaban.

—Es que estás nerviosa por lo de mañana, ¿verdad? —me susurró Kiana, cómplice—. No te preocupes, saldrá bien. ¿Necesitarás nuestra ayuda?

Bueno, necesitaba saber algo...

—¿Saben quién se encargará del sonido y de las pantallas en la feria?

—Artie lo sabe —comentó Dash mientras elevaba las cejas rápidamente con picardía.

Ella se rascó la nuca, algo apenada.

—Lo hará el chico del que te hablé... —me susurró al inclinarse un poco hacia mí como si fuera un secreto—. Se llama Lander.

—¿Podría pedirle un favor? —le susurré también.

Aunque llegó a oídos de Kiana. Reprimió una sonrisita.

—Uy, ¿qué tramas, Jude? —canturreó.

No tenían ni idea.

Y ni idea tenía yo de cómo podía salir lo que planeaba.

—En realidad es algo que Aegan me dijo que necesitaba —mentí para que no pensarán que tenía que ver con mi plan contra él.

—Te enviaré la ubicación por Google Maps —me aseguró Artie.

En ese momento, una profesora se colocó tras el atril y anunció a través del micrófono que la conferencia estaba a punto de comenzar y que debíamos guardar silencio. Yo puse atención o al menos lo intenté, pero al final volví a sentirme presa de mis nervios.

Incluso me pregunté: «¿En verdad debo hacer lo que pienso hacer mañana? ¿Será lo correcto?».

Me hundí tanto en mis pensamientos durante un largo rato que no noté lo que sucedía hasta que me di cuenta de que el profesor que estaba dando la conferencia detrás del atril se había girado y quedado inmóvil mirando la pantalla de proyección. Solo en ese momento vi las imágenes, y los intestinos y esas cosas que uno tiene en la barriga y alrededor de esa área se me llenaron de plomo.

Había pasado de un momento a otro, así, sin previo aviso. En la pantalla estábamos Adrik y yo besándonos en mi apartamento, bajo la influencia del incienso.

Madre santa de todos los secretos.

Por los altavoces del auditorio salían nuestras voces: «Haré que te rías...», «Jude, para...». Era todo tan claro que no podía haber duda alguna respecto a lo que sucedía: yo a horcajadas sobre él, sus manos rodeándome, nuestros labios en movimientos intensos...

Un beso bastante normal si no hubiera sido por un detalle del que todos se dieron cuenta: yo no estaba besando a Aegan, mi novio, sino a su hermano.

En cuanto salí de mi asombro, me atreví a mirar hacia los lados. Todo el auditorio había quedado sumido en un silencio expectante. Cada individuo

dejó de hacer lo que estaba haciendo para contemplar el vídeo. Kiana y Dash estaban pasmados; el resto de los alumnos y alumnas, boquiabiertos, con los ojos como platos, algunos incluso con una sonrisa maquiavélica en el rostro, como si fueran una especie de demonios que solo se alimentaban de chismes, desgracias y errores ajenos, y eso fuera justo lo que les estuvieran dando en ese momento.

Volví la atención de nuevo hacia el escenario y observé la fila de profesores ubicados allí. No entendían qué estaba pasando. Estaban perplejos. Atónitos, desconcertados.

El vídeo llegó a su fin, la pantalla se puso en negro por unos segundos y luego empezó a reproducir las imágenes de la conferencia. Solté un montón de aire, pero sentí que todavía contenía mucho en mis pulmones. Hubo un momento de silencio, como para procesar el asunto, y después estallaron los murmullos y las voces. Al mismo tiempo, la rectora habló por el micrófono pidiendo calma, diciendo que aquello estaba muy fuera de lugar, que era una falta de respeto, que quería saber quién había manipulado la proyección.

Pero nadie le hacía caso. Todos hablaban o me miraban. Que me miraran era lo peor. Sentía todo el peso de esos ojos juzgadores. Por primera vez en mi vida no supe qué hacer, si quedarme allí y hundirme en el asiento o levantarme y correr. Sentí muchísima vergüenza. Quise desaparecer, que me tragara el suelo y me escupiera en otro planeta. El secreto de que me gustara Adrik estando con Aegan era bastante malo, pero ahora que todos se habían enterado, me parecía un pecado mortal.

Decidí que me quedaría donde estaba para afrontar el juicio social, porque asumí que sería silencioso y se limitaría a miradas y cuchicheos, pero subestimé al alumnado de Tagus. Subestimé el terreno liderado por Aegan. Uno podía creer que, como eran jóvenes universitarios, se comportarían, pero la maldad no respeta edad ni condición, señores; lo comprobé en cuanto oí:

—¡Qué zorra!

Lo había gritado una chica con burla y crueldad desde algún lugar del auditorio. Yo me quedé en mi sitio, atónita. El insulto se oyó por encima de las demás voces, y entonces las cosas se descontrolaron.

—¡Ya se te veía la cara, Jude! —gritó otra chica desde algún asiento.

—¡Yo quiero un rato así contigo si no le va a molestar a Aegan! —soltó un chico, y a continuación hubo risas crueles y lascivas.

—Pero ¡si es feísima! —vociferó otra chica, y por ese comentario estallaron algunas carcajadas.

—¡¿Eso te lo enseñó tu madre, la sidosa?! —gritó un chico desde alguna de las filas de adelante.

Eso último me atravesó como una espada. El asombro desapareció y dio paso a una furia que me despertó unas terribles ganas de levantarme, arrancar la silla del suelo y lanzársela a quien le cayera; pero también me sentí ofendida, atacada de una manera tan nueva que no supe si una actitud defensiva me daría una mejor posición o lo empeoraría todo.

De todos modos, sucedió algo que también me impresionó:

—¡Yo te puedo partir la cara, imbécil! —gritó de repente Kiana, quien se acababa de levantar del asiento y ofrecía el puño a cualquier parte.

—¡¿Tienes un ejército de putas, Jude?! —se burló alguien por encima de las risas y las voces.

Kiana se levantó, furiosa, y empezó a discutir. Al mismo tiempo, los demás también gritaron insultos y burlas. Mientras, desde la tarima, la profesora soltaba órdenes que eran ignoradas. Todo se convirtió en un caos de gritos, risas, burlas, chicos y chicas disfrutando del revuelo con divertida malicia...

Y entonces Artie se levantó de su asiento y salió corriendo del auditorio.

Algo me dijo: «Ve tras ella. Es la única que puede ayudarte y acaba de ver algo grave».

Me levanté de la silla y avancé a paso rápido por el pasillo entre las filas

de asientos. Jamás una salida me había parecido tan eterna. Me sentí como Cersei Lannister de *Juego de Tronos* cuando la condenaron a caminar desnuda en el paseo de la vergüenza. Incluso yendo completamente vestida, me sentí expuesta. Solo les faltó arrojarme basura y sillas para mejorar la escena. Mientras avanzaba, iban gritándome todo tipo de insultos, y cada uno de ellos me llenó de una furia imposible de explicar.

Detuve a Artie una vez estuvimos fuera. Cuando se giró hacia mí, estaba muy enfadada. Enfadada a un nivel que no le había creído poder alcanzar.

—¡No me gustan, los odio! ¡Soy la persona ideal para destruirlos! —me soltó imitándome con voz ridícula, claramente haciendo referencia a las cosas que una vez dije sobre los Cash—. ¿Y pasó eso?

Bien.

¿Qué ibas a decir, Jude?

Nada, te agarraron, puerca.

—Fue el incienso, no sabía lo que estaba haciendo —me defendí (al menos esa parte era cierta).

Le valió caca eso, y me miró con los ojos entornados y cargados de enojo y contrariedad. Era una expresión dura, la misma que le dedicabas a un desconocido.

—En verdad no me lo esperaba de ti, Jude —admitió, negando con la cabeza. La voz fue seca—. Me creí todo lo que dijiste sobre que tenías un plan para humillarlos...

Quise dejárselo claro:

—Que sucediera eso con Adrik no cambia nada de lo que pienso hacer.

—¡Lo cambia todo! —exclamó con una obviedad colérica—. ¿Crees que no me doy cuenta? Estás dudando, y eso es lo que ellos siempre consiguen: que dudes hasta de ti misma.

Quise rebatirle, pero, maldita sea, tenía razón. Me sentí avergonzada incluso de que mis dudas se notaran, y un poco enojada conmigo mismo porque era cierto que algo había cambiado, y eso no era bueno, no era nada

bueno.

—Pienso hacer lo que planeamos para mañana —aseguré, a pesar de mi propia inquietud—. Será mejor de lo que creíste que sería porque...

No quiso oírme.

—¿Sabes qué era lo que te hacía diferente, Jude? —me interrumpió.

Sentí que no quería escuchar lo siguiente que iba a decir y para evitarlo tuve ganas de decirle la gran verdad.

Sí, había una *gran verdad* que pronto sabrás.

Porque yo era buena guardándome las cosas, manteniéndolas en secreto, pero ocultar algo era como ir echando agua en una piscina. Soportaba bastante, pero llegaba un punto en el que se desbordaba. No sabía en qué nivel me desbordaría. Ese límite no parecía tan lejano. Por las noches ya me resultaba complicado dormir sin pensar en todo lo que sucedía, lo que sucedería...

—Artie... —intenté detenerla, pero me lo soltó de todas formas:

—Justo eso, que tú no caías. Ahora no hay ninguna diferencia entre tú, yo y el resto. Eres igual de débil.

Sin agregar más, me dio la espalda y se fue muy enfadada. Me quedé ahí viendo cómo se alejaba.

Dios, qué fuerte. Me creía débil por haber besado a Adrik, pero todavía no sabía el resto... Consideré decírselo, pero no, en cierto modo necesitaba que siguiera conociendo solo parte de mis objetivos. Era mejor que creyera que ya no debía ser mi amiga, que yo era una mala persona con planes crueles... Aunque no entendí por qué me afectaba tanto esa pelea si al llegar a Tagus me había prometido no hacer amigos con los que pudiera pasar precisamente algo así.

«Cálmate, Jude, no pretendías que ella fuese tu amiga de verdad, ¿cierto?»

Aegan salió del auditorio de pronto, para empeorarlo todo. Me giré hacia él. Se detuvo frente a mí y me miró con los ojos entornados, duros. Ya lo sabía todo. Había visto el beso, la traición, la bajeza de su novia. ¿Rompería

conmigo? ¿Eso me convenía a esas alturas?

Pensé que explotaría de ira, pero, oh, no, él era más malo que eso.

—Dime, ¿cómo pretendías que lleváramos esto? —me preguntó con esa falsa incredulidad que tanto me irritaba—. ¿Nos acostaríamos contigo por separado o querías llegar a un nivel más alto y probar a hacer un trío?

Acabo de darme cuenta de que «furia» no representa por completo lo que experimenté al oír eso. Debe de existir una palabra con una mayor carga significativa... No era cólera, ni rabia, ni ira; fue algo casi mitológico, ciego, imparable lo que me recorrió cada parte de mi cuerpo e hizo que empezara a respirar agitadamente. Los oídos me zumbaron como si el mismo sentimiento los obstruyera. Algo se concentró en mi pecho, me nubló la vista, me tensó los músculos.

¿Has visto a Regina George de *Chicas pesadas* en esa escena en la que se enteró de todo lo que ha hecho Cady (Lindsay Lohan) y entra gritando a su habitación, coge *El Libro del Mal* y empieza a hacer de las suyas? Bueno, imagínate algo así. Apreté los puños, emití un grito de rabia que no pude contener y le solté una bofetada.

¡¡¡Qué ganas le tenía!!!

Bueno, bueno, la violencia no resuelve nada, de acuerdo, pero en tiempos anteriores, cuando las mujeres usaban esos vestidos pomposos, la mejor defensa de una dama ante una ofensa era un bofetón limpio y orgulloso. Claro que yo quería caer sobre él y no parar de darle puñetazos y patadas como si fuera un personaje de *Dragon Ball*, pero la bofetada me pareció precisa y suficiente.

La atractiva y bien afeitada cara de Aegan giró por el impacto y luego volvió a enderezarse. No se sorprendió, a pesar de que frunció los labios y se le tensó la mandíbula.

—Eres basura —le solté sin freno—. ¡No, basura es poco! ¡Eres la basura más asquerosa que existe!

—Y yo pensé que eras más lista —me rebatió, conteniendo la rabia de

haber sido golpeado—. Me había dado cuenta de que él te estaba prestando demasiada atención, pero no creí que fueras a dejarte atrapar por su estúpida labia. De hecho, pensé que el día que te di el anillo a Adrik le quedarían las cosas claras, pero olvidé que le encanta molestarme.

Con esas palabras para mí no hubo otro culpable más que él.

—¿Y por esa razón has hecho esto?! —continué, ya en un arrebatado de cólera irrefrenable—. ¿Planeaste lanzar mi nombre al suelo y pisotearlo con ese vídeo para que me avergonzara de mi propia cara solo por rabia?!

Aegan miró hacia los lados y se dio cuenta de que unos alumnos que caminaban por ahí se detuvieron a mirarnos con curiosidad. No eran muchos, solo dos, pero eran oídos que podían perjudicarlo.

—Si quieres gritarme o volverte loca, que sea en otro lado —zanjó, molesto, y trató de cogerme por el brazo, pero me solté de él con un movimiento violento.

—¡No me toques! —grité, y lo hice tan fuerte y de forma tan decidida que se quedó pasmado.

Me hervía la sangre, y tener a Aegan frente a mí con esa monumental cara de imbécil lo empeoraba todo. Claro que mi reacción también lo enfureció a él. Sus cejas se hundieron y apareció esa expresión de toro cabreado que tanto le caracterizaba.

—¿Me estás culpando cuando fuiste tú la que me engañaste?! —rugió—. ¿Y además pretendes armar un jodido escándalo que me perjudique?!

—¡Pienso armar un escándalo donde me dé la gana! —Me salió un grito rasgado que me sacudió el cuerpo. Luego di un paso adelante. Era más baja, pero no menos poderosa que él—: De todas las cosas que has hecho, Aegan Cash, esta ha sido...

—¿Ha sido qué?! —me interrumpió con la barbilla en alto y la mirada retadora. Su voz fue un rugido grave e intimidante, pero no me reduje ni un poquito—. ¿Sabes acaso qué es lo que he hecho? ¿O es que solo me estás culpando porque te encanta que yo sea el malo?

Para lo siguiente sí tuve la inteligencia de mirar hacia los lados. Las personas que nos observaban estaban algo lejos, pero podían escucharnos, así que bajé el volumen de mi voz, pero le añadí filo.

—Pusiste ese vídeo que ni siquiera sé cómo conseguiste —le solté—. Sabías lo que pasaría porque si tú haces ese tipo de cosas te aplauden y te sientan en un trono, pero si lo hago yo, me tachan de zorra y me escupen la cara.

—¿Creíste que harían algo diferente al ver ese vídeo? —contraatacó al segundo con furia. Las venas de su cuello se le marcaron por la fuerza y el freno con los que pronunció las palabras—. ¿Crees que estar con dos chicos a la vez es un gran logro que merece aplausos?

Tuve que fruncir los labios para reprimir las ganas de seguir soltándolo todo a gritos. De acuerdo, tenía que ser cuidadosa. Estaba enojada, pero debía moderarme. En el intento, de pronto volví a sentir el estómago encogido, pesado, lleno de malas sensaciones. Un bajón. La rabia se estaba transformando en algo más parecido a la tristeza.

—Sé que estuvo mal —le dije en un tono más contenido—, pero lo que has hecho ahí no ha sido la mejor manera de vengarte. Pudiste haber hecho cualquier otra cosa. Te habría aguantado cualquier otra jugada, pero esto ha sido muy bajo, incluso para ti.

—¿Yo soy el único que hace bajezas? ¿De verdad? —preguntó de una forma que me hizo dudar.

La sonrisa se le ensanchó de maldad y puso esa cara que tanto odiaba. Esa chispa en sus ojos y esa expresión en su rostro que se burlaba de mí de un modo descarado y cínico. Esa cara de «sé cómo son las cosas, y tú no, y eres patética por eso».

—Todo lo que digas...

—Oh, voy a decírtelo, porque estás tan segura de algo que me da pena. El Adrik que besaste es el que quiso que vieras: maduro, centrado, culto, misterioso, incapaz de lastimar, pero tú no lo conoces en realidad. —Buscó

mis ojos, que quise desviar para que no pudiera ver en ellos cómo me sentía, pero que, sin embargo, mantuve fijos en los suyos para mostrarme firme y nada afectada—. ¿Sabes qué tenemos de especiales los Cash, Jude? Que los tres podemos dar una cara y tener otra. Nadie nos conoce de verdad. ¿Y crees que tú, que llegaste hace unos meses y por pura suerte te ganaste el puesto de mi novia, ya sabes cuál de nosotros es el bueno y cuál es el malo?

—Los tres son iguales —me limité a decir, tratando de contener la ira.

—Sí, no es un secreto —aceptó, con la boca curvada hacia abajo y un encogimiento de hombros—, pero tenemos formas distintas de lograr las cosas. Por ejemplo, yo soy impulsivo, lo admito; Aleixandre es caprichoso y estúpido; y Adrik... Adrik es estratega, observador, no se le escapa nada. Él se dio cuenta desde un principio que te molestaba mi actitud, y entonces hizo todo lo contrario a las cosas que yo haría. Y tú caíste como una tonta.

¿Qué...? No. ¿O sí? Era posible...

Oh, no, por favor, no.

No supe qué decir. Fue el peor momento para no saber qué decir. Y él lo notó.

—Sí, es muy astuto —aceptó, medio pensativo, pero cruel—. Toda esa mierda de la lectura, de ser rebelde, de no estar de acuerdo con sus hermanos, les gusta a las chicas. Muchas veces te recalcó que es diferente a mí, ¿no? Porque así quería que lo vieras, y así lo viste. No creíste que él fuera capaz de tratarte como yo lo he hecho. Esa seguramente era su idea.

Los ojos entornados me miraron con la inclemencia y frialdad con la que un tirano miraría al líder de un país enemigo. Nunca me quedó más claro lo que éramos que en ese momento en el que estaba atacándome con efectividad tan solo con esas palabras. Le sostuve la mirada por un instante, pero luego decidí que tenía que alejarme de él mientras estuviera así de enojada o lo estropearía todo con mi enorme e indiscreta boca.

Di unos pasos para irme, pero por un momento me giré hacia él.

—Eres tan repugnante, Aegan Cash —le dije—, que no entiendo cómo puedes dormir por las noches respirando tu propio hedor.

Dicho eso, me quité el anillo con la letra «A» que me había regalado, se lo arrojé a la cara, me fui de allí y lo dejé atrás.

Caminé hasta que encontré un lugar calmado y solitario. Era una especie de parque con algunos bancos, flores y mucho césped verde que invitaba a acostarse en él. Me senté en un banco para calmarme. Tenía que tranquilizarme, ya que tenía la respiración acelerada, los ojos ardiendo y la boca seca.

«Jude, *cámate pofavo.*»

Ya sabía que Aegan era así de malvado. Y Adrik... ¿Realmente me había engañado con su imagen de chico diferente? Claro, ¿cómo había sido tan estúpida? Era un Cash. Intentar separarlo del apellido había sido mi error.

Me sentí un poco débil por eso. Y yo no era débil. No debía serlo. Había llegado a Tagus y, a pesar de todo lo que había pasado, seguía de pie en ese punto de la historia, todavía como novia de Aegan, con pruebas que lo incriminaban, más cerca de la meta. No podía derrumbarme ahora por culpa de Adrik, fueran ciertas o no esas acusaciones de que solo había querido estar conmigo para molestar a su hermano.

Ya no me serviría de nada sufrir por eso en esos momentos. ¿Que todos sabían lo que había pasado entre Adrik y yo? Bien, eso tampoco me detendría.

Todo lo contrario. Ya no me sentía indecisa.

Sabía lo que haría al día siguiente.

Lo destruiría.

Por supuesto, en esa feria sucedieron cosas inesperadas.

Allí todo empezó a caer.

Los Cash.

Mis mentiras.

Y los secretos.

¿A que esto no te lo esperabas, Jude?

12 horas para el inicio de la feria

Tuve que preguntarle a Dash dónde podía encontrar a Lander, porque ahora Artie no iba a decírmelo. Ni siquiera me dirigía la palabra, así que fui sola a ver a ese chico.

Tenía muy claro cómo iba a llevar a cabo mi plan, pero necesitaba su ayuda.

Atravesé las puertas de una de las salas del edificio de ingeniería. Fue como entrar en un universo cibernéticamente *cool*. Había muchas pizarras de acrílico en las paredes, algunas transparentes y otras blancas. Tenían demasiadas cosas escritas en distintos colores: códigos, números y términos entendibles solo para informáticos. También había pósteres y unas cinco filas de computadoras que, comparadas con las de la biblioteca, parecían unos poderosos monstruos de los que salían cables y aparatos que en mi vida lograría entender para qué funcionaban. Me sentí como en una sala de control de una película de ciencia ficción.

Solo había una persona allí dentro. Estaba en la fila del fondo, sentado en una silla giratoria, con unos enormes auriculares puestos. Se escuchaba un tecleo y los clics del ratón. Mientras me acercaba, pensé que me encontraría

con un genio descifrando códigos, accediendo a sitios ilegales, robando información...; en fin, un hacker en acción.

Pero Lander estaba jugando a Fortnite.

Ah, vale.

Le toqué el hombro con un dedo y el chico saltó del susto en el asiento. Al mismo tiempo se giró y los auriculares se le cayeron de la cabeza e hicieron que también se le cayeran las gafas de pasta. En fin, un desastre.

Bien, Lander era... ¿cómo explicarlo? Hay chicos que te parecen sexis, duros, y hay otros cuya cara te inspira ternura y cariño. Él era de los segundos. Tenía un aspecto desastroso, con las gafas torcidas y el cabello pelirrojo despeinado, pero era guapo de un modo poco convencional. Tenía muchas pecas alrededor de la nariz y los labios en una línea rosada y esculpida. Sus ojos eran dos enormes reflejos de la miel y la expresión de susto le quedaba incluso adorable. Llevaba una camisa azul eléctrico y debajo una camiseta de manga larga negra. Sus pantalones eran unos Levi's viejos con algunas marcas accidentales de marcadores Sharpie.

Extendí la mano hacia él.

—Hola, soy amiga de Artie —le saludé, amigable.

Dudó un segundo, pero me apretó la mano.

—Sé que es raro que esté aquí sin conocernos —dije—, pero le pregunté a Artie si podía pedirte un favor relacionado con la feria de mañana y me dijo que quizá podrías ayudarme. Soy parte del comité de organización de Aegan Cash.

Fue como si al pronunciar el nombre automáticamente le arruinara el día. Su expresión cambió a una de fastidio.

—Aegan... —dijo con algo de hastío e incluso con algo de... ¿rencor?—. Me ha llamado unas cinco veces y le he dicho que todo está en orden. Recibí las instrucciones y todo está preparado. Puedes decirle que se calme.

—Está nervioso porque dará un discurso superimportante —intenté disculparme en su lugar—. O iba a darlo. Ya no lo sé.

—Mmm... —murmuró Lander, en un claro: «No me importa, es un imbécil».

Y lo entendía. De hecho, me agradó que no fuera de los que admiraban ciegamente a Aegan.

—Bueno, el caso es que se le ha ocurrido una idea nueva y necesita que en el momento en que se esté dando el discurso se reproduzca un vídeo conmemorativo en las pantallas —dije, yendo directa al grano.

Pensé que se negaría, pero en serio parecía que quería terminar rápido con ese tema.

—De acuerdo —aceptó—. Dame el archivo.

No lo había llevado conmigo porque era valioso. Lander era muy cuqui, pero en esos momentos no debía confiar en nadie.

—Te lo entregaré mañana —le aseguré con una mentira—. Es que aún lo están editando.

Asintió y se giró en su silla para seguir con lo suyo. Sin nada más que hacer allí, avancé hacia la puerta para irme, pero antes me lanzó una pregunta:

—¿Es verdad que Artie te dijo que podías venir a pedirme un favor?

Lo miré. No se había girado en la silla. Su cabello rojizo era muy lacio y sus hombros un poco delgados.

—Sí, ¿te parece raro? —pregunté sin entender.

—Muy raro —admitió—. Ella cree que no me doy cuenta, pero sé que no le gusta que se enteren de que estamos... relacionados de algún modo.

Uy, de eso también me había dado cuenta, pero no tenía la crueldad (al menos no para él) de aceptarlo. Y tampoco quería perjudicar a Artie, aunque ya no nos habláramos.

—¿Por qué no le gustaría? —intenté mediar—. Me pareces genial.

—¿En serio? —resopló, aunque con un poco de amargura—. ¿Te parezco tan genial como un Cash, por ejemplo?

Pues... físicamente podía ser superado por cualquiera de los Cash, que

resplandecían aun no queriendo resplandecer, pero Lander, aunque no lo conocía, se veía que tenía su punto. Pensando en eso me di cuenta de que no había considerado lo mal que debían sentirse todas las personas que habían perdido oportunidades por culpa de que siempre ponían por delante los privilegios de los Cash, y también todas aquellas que, alguna vez, ellos habían opacado.

—Lander, los Cash no me parecen ni un poquito geniales —me sinceré.

No dijo nada por un momento. Luego susurró:

—Ojalá Artie pensara de ese modo. Y lo superara.

No lo entendí. Iba a activar mi lado chismoso, pero mi móvil vibró. Era un mensaje de Aegan: «Creo que estoy algo resfriado y hoy debo estar perfecto. Pasa por la farmacia y tráeme algo. Estoy en el apartamento. Mueve ese culo de tabla».

Bueno, al menos sí seguía teniendo contacto con él. Quizá ya no estaba enojado. Yo sí lo estaba, pero debía tragarme mi furia.

Si por mí hubiera sido, lo habría dejado morir de pulmonía, pero aún debía seguir representando el papel de novia enamorada, y una novia nunca abandona a su novio si está enfermo, claro que no.

Una sonrisa igual a la de la famosa escena del Grinch se desplegó en mis labios al mismo tiempo que la idea llegaba a mi mente:

A menos que esa novia enamorada se equivocara en la farmacia...

Solté una risita, me despedí de Lander y fui hacia la farmacia del campus. Entré, la puerta tintineó y me detuve frente al mostrador. La farmacéutica era una muchacha con tan solo un par de años más que yo, con el aspecto nervioso de un cachorrito que solo sabe temblar y ladrar.

—¿Tienes laxantes en píldoras? —le pregunté con suma naturalidad.

—Sí —respondió, aunque algo dudosa.

Le dediqué una sonrisa amplia, alegre, feliz como la de un niño a punto de hacer su travesura más épica.

—Perfecto, me das una caja y otra de algún antigripal, por favor.

Cuando salí, me senté en uno de los bancos de las aceras e hice el cambio: metí las píldoras de laxantes en el bote de los antigripales. Estaba muy segura de que Aegan ni siquiera se molestaría en leer el nombre impreso detrás de la píldora, así que mi plan no fallaría. Con solo pensar en la diarrea olímpica que tendría más tarde, me sentía satisfecha.

Guardé todo en la bolsita y me fui tarareando y casi que saltando hacia su apartamento. Al llegar, avancé por el pasillo mientras seguía tarareando una canción de un anuncio, toqué la puerta de su casa y...

Mis ánimos se me fueron al culo.

Adrik, alias Driki, alias Mi Aflicción Personal, fue quien me abrió. Fue verlo y notar como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago y me hubiera quedado sin aire. K.O. *Fatality*. Porque no, él no podía conformarse con tan solo ser guapo, nooo, él tenía que ser tortuosamente atractivo. Qué maldición.

Además, el muy idiota solo llevaba puestos unos pantalones de gimnasio. Por un instante me quedé mirando su pecho desnudo, luego su cabello salvaje y tan despeinado que parecía haberse despertado de una larga siesta. En la mano sostenía una barrita de chocolate que debía de llevar unos minutos comiendo.

Me miró mientras masticaba lentamente, con los ojos medio entornados, fríos e indiferentes. Sostuve con mayor fuerza la bolsa con las medicinas. Quise tragar saliva, pero no lo hice para que no notara mi inquietud. Adrik era más sensato que sus hermanos, y no me cabía duda de que actuaría con mucha madurez, y yo estaba dispuesta a hacer lo mismo.

Pasaron unos segundos, pensé que no me dejaría pasar, pero finalmente se apartó. Avancé mecánicamente y escuché que cerró la puerta de golpe detrás de mí. Casi me sobresalté.

—Al menos no me has cerrado la puerta en la cara —dije, tratando de bromear por alguna estúpida razón.

¿Era muy pronto para hacer bromas?

Sí, pero me había puesto nerviosa.

—Soy consciente de que no vivo solo —contestó con desinterés mientras caminaba hacia la cocina—. Y estoy seguro de que, si hubiera hecho eso, estarías ahí llamando de nuevo.

¿Para qué discutir? Tenía toda la razón. Ese imbécil siempre estaba en lo correcto.

—Perseverancia, le dicen. —Me encogí de hombros.

—Estupidez, se llama en realidad —me corrigió él, imitándome.

Exhalé. De nuevo era el Adrik gélido, cortante y sarcástico de la clase de Literatura, como si nunca hubiera pasado nada entre nosotros. Lo peor era que cuanto más ignoraba ese hecho, más incómodo se volvía todo. Lo bueno era que tenía la impresión de que para él ya era más fácil. Es decir, en ese instante a mí me temblaba hasta el pasado, y él, sin embargo, parecía tan tranquilo. Ese arranque de ira en el club parecía cosa de muchos años atrás.

—¿Dónde está Aegan? —decidí preguntar—. Me dijo que le trajera unas cosas.

Adrik se tomó su tiempo para responder. Masticó el último trozo de chocolate, abrió el refrigerador, sacó una cerveza y cerró. Seguí cada movimiento con mucha paciencia, a pesar de que sabía que lo hacía a propósito.

—Se está bañando, ahora saldrá —contestó al mismo tiempo que destapaba la cerveza.

Se hizo un silencio. Mientras, me quedé parada en medio de la sala, sosteniendo la bolsa con las dos manos por delante de mí. Ese ambiente incómodo, pesado, de que había algo entre nosotros sin resolver, se espesó tanto que sospeché que si alzaba una mano podría palparlo. Quise moverme, pero tampoco supe a dónde, así que fingí observar las paredes y todo lo que se me cruzara por el camino.

—*Oh, hola, lámpara.*

—*Hola, perra mentirosa.*

Sacudí la cabeza. ¿Qué demonios...? Jodida lámpara, ¿o jodida conciencia? Puse cara rara hasta que me acordé de hacer la pregunta:

—¿Aegan está... enfadado?

—¿Por qué tendría que estarlo? —respondió él, perdido en sus pensamientos.

—Por lo del vídeo.

Hizo un gesto pensativo.

—No —dijo al cabo de un momento—. Ya hemos hablado.

Ay, Dios, habían hablado de mí. ¿Podía ser peor?

—¿Qué han hablado? —pregunté, nerviosa—. ¿Puedo saberlo?

Su respuesta fue sencilla:

—Hum, no.

—¡Adrik! —exclamé, ya estresada por la intriga.

Él se puso una mano en la frente como si de repente se hubiese acordado de algo ajeno al tema de su charla con Aegan.

—Lo siento, pero qué descortés soy al dejarte ahí de pie —me dijo, fingiendo amabilidad, y señaló un punto de la sala de estar—. Puedes esperar a mi hermano allá en el balcón, donde pasamos el rato aquella noche que te traje al apartamento.

Fue totalmente inesperado. Quedé como: «¿Qué...? ¿Por qué menciona eso ahora?».

—¿Qué? —emití con cierta estupefacción, pero él me interrumpió al mismo tiempo que salió de la cocina a paso tranquilo.

—O ahí, donde me dijiste que te había gustado mi beso. —Señaló un punto específico del suelo, en el que efectivamente me había quedado inmóvil la noche que nos besamos en el apartamento.

Formé una fina línea con los labios. Los recuerdos adquirieron la forma de una enorme garra que me apretó el estómago hasta revolvérmelo. Tragué saliva. Lo decía todo con tanta serenidad, como si fueran temas sin

importancia que podía hablar con cualquier persona en cualquier momento.

—Adrik, por...

Volvió a interrumpirme:

—O mejor ahí en el sofá, donde te quité la ropa, te toqué y casi te...

—¡Ya basta! —exclamé de golpe, atónita, antes de que dijera cosas que no debía. Alterné la vista entre la entrada del pasillo que llevaba a las habitaciones y él, nerviosa y con una expresión de horror—. ¡¿Qué demonios haces?! —añadí en un susurro exasperado.

Él cerró la boca y se detuvo a pocos metros de mí, pero su gesto se mantuvo cruel. De hecho, una mínima pero maliciosa sonrisa le alzó la comisura derecha. ¿Que iba a actuar con madurez? No, señoras y señores, Adrik Cash estaba haciéndole honor a su apellido y reputación.

—No nos puede oír. Debe de estar muy ocupado hablándose a sí mismo en el espejo —dijo con desinterés.

No podía creer que estuviera comportándose así. No era propio de él, ¿o sí? De pronto, estando uno en cada extremo de la sala, como dos vaqueros a punto de sacar nuestras pistolas para enfrentarnos, tuve la sensación de que no conocía a Adrik en absoluto.

—Estás bastante comunicativo hoy, ¿no? —le solté, sarcástica.

—Uno tiene sus días buenos —dijo, y la sonrisa pasó a ser amarga.

Fruncí los labios para contenerme.

Volví a mirar en dirección al pasillo y luego solté en un tono bajo y enfurecido:

—¿Qué? ¿Esto es lo que harás ahora? ¿Convertirás tu ira hacia mí en una estúpida guerra?

—¿Y no era eso lo que tú hacías al principio? —se defendió con un tonillo cínico que me estaba comenzando a irritar más de lo recomendado.

Fruncí tanto los labios y apreté tanto la mandíbula que debió de quedarme una mueca graciosa. Lo señalé con el dedo como si lo que quisiera fuera acuchillarlo, y finalmente volví a dar un paso hacia atrás. No. Respira, Jude.

Haz como ese personaje de *Pucca*, Ring: «No me enojo, no me enojo». En definitiva, no iba a entrar en una discusión con él, no iba..., no iba a...

—Pues no quiero —dije, y alcé las manos en un gesto de rendición—. No te seguiré el juego, así que no te esfuerces.

Adrik mantuvo su calma chocante y soltó una risa burlona, amplia, como si hubiera escuchado lo más ridículo del año.

—Pero, Jude, yo nunca tuve que esforzarme ni un poco en nada —admitió con suma tranquilidad e incluso con algo de presunción—. Y creo que eso lo sabes bien.

Solo le faltó guiñarme un ojo para completar la escenita de idiota engreído.

—No sabía que tenías ese ego —murmuré, pero me escuchó, y respondió con indiferencia:

—Hay tantas cosas que no sabemos ni sabremos el uno del otro...

Claro, ya no habría nada entre nosotros, nunca. Eso me hizo sentir... ¿triste?

La figura alta y recién bañada de Aegan apareció por el pasillo, salvando el horrible momento. Se había anudado la toalla alrededor de las caderas y tenía un montón de gotitas sobre los hombros tatuados. El cabello le caía en un desorden húmedo y su piel brillaba de fresca. No obstante, todavía no se había afeitado y juraría que le vi unas tenues ojeras. Aun así, no tenía mal aspecto. Aegan se habría visto igual de atractivo, aunque tuviera mocos y legañas en la cara. Era como un puto don.

—Aquí estás... ¿Me has traído lo que te pedí? —me dijo como si nada.

Al menos no había escuchado las tonterías que habíamos dicho Adrik y yo.

—Sí —respondí, y transformé mi voz en la de novia melosa. Hurgué en la bolsa y saqué el bote de antigripales. Como no quería fallos, lo abrí yo misma y saqué una píldora—. Toma, esto te ayudará.

Él la cogió con confianza y me guiñó un ojo con coquetería. Luego se

inclinó hacia mí y me dejó un beso de saludo sobre los labios. Olía a jabón masculino y su boca estaba fría por la ducha. Entonces..., ¿estábamos bien? ¿Eso significaba el beso? ¿Yo seguía siendo su novia? ¿Por qué?

Me fijé en que Adrik nos estaba echando una mirada entornada y suspicaz, y si hubiera sido posible que los humanos se enviaran mensajes telepáticos, lo habría oído en mi cabeza diciendo: «Eso, Jude, besa a mi hermano y luego ten sueños húmedos conmigo».

Pensé que me pondría verde de la inquietud. El momento era demasiado raro.

—¿Tú qué? —le dijo Aegan a Adrik al notar su presencia en la sala—. Deja tus rarezas y anda a prepararte, que faltan pocas horas.

Al menos no estaban enojados el uno con el otro.

Aunque la relación entre Aegan y Adrik podía ser indescifrable para otros.

—Solo hablaba con Jude mientras ella te esperaba —aclaró Adrik, sereno, encogiéndose de hombros—. Para que no se aburriera. Todavía puedo hacer eso, ¿no?

Ese «Todavía puedo hacer eso» casi me mató. ¡¿Qué demonios habían hablado?!

Aegan hizo un gesto para quitarle importancia.

—Claro que sí —dijo, y empezó a hacer estiramientos con sus brazos—. Cuéntenme, ¿cuáles son las nuevas?

—Ningunas, Jude solo me decía que le gusta mucho ese sofá —respondió Adrik con indiferencia al mismo tiempo que señaló el enorme mueble de la sala.

Un segundo después, en el que quedé helada por esa indirecta tan astuta y malvada, él avanzó en dirección al pasillo para perderse, triunfante.

Sentí un tic en el labio superior. Me mantuve inmóvil a un nivel de convertirme en Super Saiyajin y atacarlo a patadas consecutivas, pero no me enojo, no me enojo.

Aegan frunció el ceño con extrañeza y me miró.

—¿En serio? A mí me parece de lo más normal —opinó.

Luego se dirigió a la cocina para tomarse el antigripal/laxante con algo de agua.

Me giré hacia él, respirando profundamente para calmarme. Ahora que lo veía bien, tenía ese brillo habitual de energía y poder. Parecía más bien... el triple de animado que otros días, como si lo hubieran sacado de una revista de hombres maravillosos y perfectos.

—No pareces enfermo —dije, y seguí estudiándolo con curiosidad.

—Por eso te dije «creo» —enfaticé con un detenimiento encantador.

Le dediqué una mirada asesina. Él se tomó la píldora, dejó el vaso en el fregadero y se acercó a mí. Me hizo un repaso minucioso y suspiró con resignación, como si opinar sobre mi aspecto ya fuera una pérdida de tiempo.

De no necesitar ser su novia todavía, lo habría asfixiado con la bolsa, en lugar de darle explicaciones:

—Aunque me ha molestado mucho que hayas puesto el vídeo en el auditorio, tienes que saber que el beso con Adrik fue porque...

Negó con la cabeza para interrumpirme.

—Ya Adrik me lo ha explicado —dijo, muy tranquilo—. Fue el incienso.

Me sorprendió que se mostrara tan comprensivo, aunque tampoco era tan sorprendente considerando que no nos gustábamos de verdad.

—Sí, estaba algo colocada —admití, aunque en parte era mentira. Recordaba muy bien ese beso, sobre todo las sensaciones.

—Mientras no vuelva a pasar... —dijo, y luego sonrió con una seguridad cínica—. Pero estoy seguro de que no. Adrik me ha dejado muy claro que no le gustas en serio, y ha sido un alivio, porque estaría muy mal que dos hermanos se enfadaran por tu culpa, ¿no?

Me dejó paralizada

Me dejó fulminada.

Me dejó MUERTA.

Por un lado, por ese «que no le gustas» y, por otro lado, porque intentar hacerme sentir culpable era una jugada inteligente para evitar que me acercara a Adrik.

—Bueno, nos vemos más tarde para ir juntos a la feria —agregó ante mi perplejidad, y no pudo evitar arrojarme al menos una sugerencia—. Arréglate lo mejor que puedas.

Avanzó por el pasillo con su perfecto culazo marcándose debajo de la toalla. Aunque por un instante se detuvo y se volvió para mirarme.

—Y no, yo no puse el vídeo en el auditorio —aclaró con una naturalidad que en verdad me convenció—. Debe de haber alguien más cruel, y que, además, te odia, lo dejó clarísimo con lo que ha hecho.

Tras decir eso, finalmente se fue. No quedó más que el rastro de su loción.

Ya solo debía irme y esperar a que llegase la hora de la destrucción.

Fui hacia la puerta de entrada, lista para largarme. Justo cuando la abrí, me topé con algo inesperado.

—Artie —dije automáticamente.

¿Cuántas veces me iban a abofetear mentalmente ese día? Primero Adrik me restregaba su sensualidad en la cara y ahora Artie me dejaba como un adefesio en comparación, porque parecía haberse remodelado por completo. Iba con tejanos ajustados y una camisa de encajes con tirantes, muy delicada que le daba un aire sexy que en definitiva no le había visto antes. Incluso se había maquillado y no llevaba puestas sus gafas.

Pasó junto a mí sin responder mi extraño saludo. Fui incapaz de salir sin preguntarle:

—¿Qué haces aquí?

—Ah, nada, Adrik me invitó a ir a la feria con él —contestó, encogiéndose de hombros.

Ah, nada.

Nada.

¡¿Nada?!

¿Cuándo había pasado eso? ¿Por qué Adrik había invitado a Artie si ella no le gustaba? Claro, me había mentido. Tal como Aegan había dicho.

Definición de Jude Derry en ese momento: cosa patética en medio de una sala con una agobiante sensación de inferioridad.

En serio, el destino solo me estaba demostrando que todo podía ponerse peor.

Y que de lo que había empezado a sentir por Adrik Cash, no iba a liberarme tan fácilmente, aunque fuese un mentiroso.

Pero, bueno, vayamos finalmente al día de la feria.

¡Feria de Tagus!
¡Lugar de música, comida y secretos!

0 horas para el inicio de la feria

¡Bienvenidos a la feria anual de la Universidad Tagus!

Me llamo Jude Derry y seré su narradora guía. Por favor, ajústense las bragas, cierren las piernas y no se rían escandalosamente mientras hacemos el recorrido.

Si esperabas algo tipo puestos de comida y estands colocados en las aceras, subestimaste la capacidad de derroche del equipo directivo de la universidad más esnob del país. Miremos mejor: luces por todos lados, casetas de madera en las que colgaban carteles pintados de formas muy creativas, una tarima para que algunas bandas tocaran, y la música resonara en cada rincón gracias a los enormes amplificadores instalados por toda la feria...

Y si no estabas cerca de la tarima, ¡no había que preocuparse!, unas pantallas situadas en sitios estratégicos permitían ver las bandas desde cualquier lugar en el que estuvieras. Además, al menos seis chicos del área audiovisual sostenían cámaras profesionales para grabar y transmitir a través de las pantallas. También había una rueda de la fortuna, autochoques,

gente con sombreros festivos y un gigantesco y loco personaje disfrazado de ornitorrinco que iba moviendo la pelvis por todos lados como si se follara a cualquiera. Lo peor era que daba risa.

Bonito todo, ¿no?

Pues ese lugar sería el escenario de cuatro catástrofes.

La primera la titularé: «La escena desgarradora».

Antes de la escena desgarradora, llegué con Aegan. Eran alrededor de las siete de la tarde porque el condenado había tardado en vestirse. La noche se veía fantástica por encima de las luces de la feria. Las risas se escuchaban entre los juegos y la gente iba de un lado a otro comiendo algodón de azúcar y bebiendo alcohol oculto en sus petacas, animados y llenos del espíritu de Tagus.

Supuse que nos dirigiríamos a la tarima, pero, antes de llegar, una chica apareció muy apresurada. La había visto en la organización para la feria. Tenía el pelo rizado y era la encargada del itinerario.

—Aegan, lo logré —le avisó, nerviosa—. Cambié el nombre de Regan por el tuyo en el discurso. Podrás subir, pero deberás ser rápido para que la rectora no te vea.

La cara de Aegan, a mi lado, resplandeció de suficiencia y éxito, dejando claro que él había ideado un plan con esa chica para conseguir dar el discurso, porque, si recordamos bien, Regan le había quitado ese protagonismo.

—¿Vas a robarle la tarima y el discurso a Regan? —le pregunté a Aegan, medio asombrada.

—Solo reclamaré lo que es mío —respondió, firme.

—Eh, pero creo que hay un inconveniente —avisó la chica, temerosa de la reacción de Aegan—. El discurso será veinte minutos después de la hora que se había dicho. No estoy segura de cuándo se hizo el cambio, pero tengo registrado un nuevo evento en la rueda de la fortuna.

Punto importante: todos los eventos se anunciaban por los altavoces diez

minutos antes de que empezaran para que las personas no se los perdieran.

Aegan frunció el ceño.

—¿Qué evento? —exigió saber.

—Ni idea —respondió la chica—. No está especificado, pero está marcado como importante.

Aegan consideró que aquello era absurdo.

—¿Qué rayos sería más importante que mis palabras? —se quejó.

Enarqué una ceja.

—Eh, ¿niños muriendo de hambre? —mencioné con obviedad.

—Cállate —me soltó, entrando en modo obstinado. Luego me dio una orden—: Yo iré a la tarima a prepararme y tú irás a la rueda de la fortuna. Averigua de qué se trata y consigue que lo muevan para después. Me envías un mensaje.

No pretendía discutir con él en esos momentos, no antes del desastre. Sería la mejor novia del mundo para que no sospechara de mí.

—Sí, amorcito —acepté con una sonrisa.

Se fue con la chica rumbo a la tarima sin decir más y yo me dirigí a la rueda de la fortuna.

Faltaban treinta minutos para el discurso.

Mi plan era entregarle el USB a Lander unos minutos antes, porque ni por error alguien podía ver lo que había en él. Estaba algo nerviosa por lo que podía suceder tras la gran exposición de Aegan, pero preparada, muy preparada. No había vuelta atrás. Esa noche se acabaría su tiranía. Todas las personas que lo admiraban lo verían como lo que realmente era: un asesino. Sería pateado de su pedestal y se rompería en el suelo. Se acabaría «el perfecto Aegan Cash». Las vendas serían arrancadas de los ojos. Sería el final del dominio de los Cash.

Cerca de la gran rueda de la fortuna que giraba con lentitud entre luces suaves para favorecer la intimidad de las parejas, no vi nada raro. Solo al ornitorrinco Tood, que fingía que le daba por detrás a Kiana. Bueno, Kiana

me serviría.

No había hablado con ella ni con Dash desde lo del auditorio. En cuanto la mascota me vio, hizo un baile ridículo de burla y luego se quitó la parte de arriba del disfraz y asomó la cabeza.

Una sonrisa pícaro apareció. ¡Era Dash!

—¡Jude, tu cara no tiene el espíritu de la feria! —rio él, sacudiéndose el cabello lleno de ondas. Sostuvo la cabeza de Tood debajo de su brazo.

—Si el espíritu es lujurioso, no —resoplé.

—Pfff, deberías ver lo que están haciendo dentro de la casa del terror —bromeó—. Los gritos no son precisamente de miedo.

—¿Sientes nervios preshow? —me preguntó Kiana, haciendo referencia a lo que esperaban que sucediera en la tarima.

—Un poco —me limité a responder—. Oigan, ¿qué van a hacer aquí dentro de un rato? Hay un evento programado y mi novio quiere saber si se puede hacer más tarde. No, mejor dicho, mi novio exige que se haga después.

Dash negó con la cabeza.

—Es algo para entretener a la gente, y no se puede cambiar porque lo aprobó la rectora. Me encargaron a mí de eso.

—Pero ¿de qué se trata? —insistí.

—Es secreto —me contestó emocionado—. Ya lo verás. Solo puedo decirte que será muy divertido. Y habrá premios...

—Pero... —quise intentar sacarle más información, solo que las palabras no me salieron de la boca al ver lo que vi unos pocos metros detrás de él.

Mis ojos lo captaron muy rápido, de hecho. Los reconocí entre la gente sin problema. Estaban frente a uno de los juegos de tiro al blanco.

Adrik y Artie.

Él estaba intentando ganar un premio para ella, como los chicos clásicos. Ella se reía porque él fallaba. Él se veía maravillosamente caballeroso. Ella, encantada y hermosa. En verdad, aquello parecía una cita, y lo peor es que

daba la sensación de que se estaban divirtiendo.

No sé qué sentí. Por un lado, pensé que era demasiado raro verlos juntos de esa forma. Por otro, sentí un dolorcito. No eran celos, ni nada horrible o malintencionado, era tristeza, porque en el fondo yo quería estar en el lugar de Artie. Me habría encantado, esa era la verdad. Jamás había tenido una cita con nadie; nadie había intentado ganar nada para mí; nadie, nunca, me había hecho reír con tonterías. Y que él, que joder sí que me gustaba mucho, hiciera todas esas cosas con Artie era... devastador.

Pensé que no podía ser peor lo que estaba viendo.

Entonces presencié la desgarradora escena.

De repente, él se rindió al no poder ganar nada. Ella le puso una mano en el hombro en plan «no te preocupes...», y entonces, una cosa llevó a la otra, y acabaron dándose un beso.

No pude apartar la vista, aunque quise hacerlo. Él la superaba en tamaño, y sus manos grandes y masculinas la agarraron por la cintura y la pegaron a su cuerpo. Ella se alzó de puntitas para poder rodearle el cuello con los brazos.

El beso fue intenso, profundo, sexual.

Inesperadamente, Adrik abrió los ojos y, todavía besando a Artie, me miró. Supo que estaba allí, a pocos metros, observándolo, y no se detuvo. De hecho, intensificó el beso al mismo tiempo que deslizó sus manos hacia abajo para tocarle las nalgas. Y si quiso enviarme un mensaje, lo recibí: «La estoy tocando, la estoy besando, míralo, míranos».

Mi corazón latió desbocado. Mis ojos, abiertos como platos. No podía ser posible que durante un momento de la noche anterior, en mi cama, hubiera dudado de ejecutar mi plan solo por Adrik. Durante un estúpido instante de debilidad había dudado en hacer algo contra Aegan. ¡Ja! Qué estúpida había sido al creer que Adrik era diferente.

—¿Te buscamos una camilla por si te desmayas? —escuché de repente que me decía Dash.

Volví la atención hacia él. Kiana y Dash se habían quedado alternando la mirada entre Adrik, Artie y yo desde que yo no había completado la frase del «pero...». Y mi cara de pasmo era demasiado obvia.

No supe ni qué mentira decir.

—Tranquila, Jude, no te vamos a juzgar —me aclaró Dash, mostrándome su apoyo, y luego esbozó una sonrisita pícara—. Admito que yo en tu lugar habría sentido la misma curiosidad..., pero por los tres.

—Lo importante es que no te gusten de verdad —opinó Kiana, mirándome con cierta suspicacia.

—No sé, la verdad es que cuando te besaba en el vídeo parecía como si pensara «Jamás he probado nada así» —opinó Dash, y continuó analizando como un experto—. Este beso con Artie ha sido como un «Bueno, esto es lo que hay...».

Kiana ignoró el comentario de Dash e insistió con la pregunta:

—Es en serio, Jude, Adrik y Aegan no te gustan de verdad, ¿o sí te gustan?

Oí unas risitas pícaras de Artie. Volví a mirarlos. Adrik le dijo algo en el oído y luego reanudaron su caminata por la feria. En esa ocasión se acercaron más a la rueda de la fortuna. El maldito quería estar cerca para que yo los viera, ¿eh?

—No —dije, seca, contenida—. Besar a Adrik solo fue un error que hizo que ahora Artie no me hable y que la gente crea que soy... Candy Candy, enamorada de cualquier chico que se cruza en su camino.

Kiana enarcó una ceja e hizo un gesto de «un momento».

—¿Artie no te habla porque te besaste con Adrik? —repitió como si no lo creyera.

Asentí.

Dash soltó una risa al tiempo que negó con la cabeza.

—Eso es muy hipócrita de su parte —opinó.

—¿Por qué? —pregunté, con curiosidad—. Fue Adrik quien la invitó a

salir y ella ya me había dicho que él le gustaba.

Dash compartió con Kiana una de esas miradas que solo entendían ellos.

—No te lo ha contado, ¿verdad? —quisieron comprobar.

—¿El qué? Dímelo ya —le apuré, ya sin paciencia después de lo que acababa de presenciar.

—Artie se acostó con Aegan.

Mira nada más qué sorpresita.

Abrí la boca y la cerré para decir algo, pero solo balbuceé cosas incomprensibles hasta que logré preguntar:

—Pero ¿cuándo?

—El año pasado —me contestó Dash en un tono más confidencial, mirando alrededor—. Estuvieron juntos durante más o menos un mes. Él estaba saliendo con Eli en ese momento. Fuimos a una fiesta y ahí se enrollaron. Luego él la dejó, como es normal. Ella se lo tomó bastante bien, pero era obvio que en el fondo se quedó tocada.

Alcé las cejas, todavía sorprendida.

Por esa razón Lander había dicho que ojalá ella «lo superara».

¡Que superara su ruptura con Aegan!

Un momento...

¡Un momento!

—¿En serio se acostó con Aegan mientras él salía con Eli? —le pregunté a Dash para corroborar mi repentina sospecha.

—Y eso que eran amigas —asintió él, formando una fina línea de pesar con su boca—. Bueno, yo las veía juntas en ocasiones...

—Hasta que Eli se fue —dijo Kiana, y luego puso cara de extrañeza—. ¿A dónde se habrá ido? No hemos vuelto a saber nada más de ella.

Claro, porque estaba muerta.

Demonios, ¿cómo no lo había sospechado antes?

Dejé a Dash y a Kiana con la palabra en la boca y en un brusco impulso fui en dirección a Artie y a Adrik. Los encontré comprando algodón de

azúcar.

Lo siento, interrumpiría su estúpida e ilógica cita romántica.

Sin que se lo esperara nunca, la tomé del brazo y tiré de ella hacia mí. Adrik se sorprendió, Artie se quejó y me preguntó qué demonios estaba haciendo, pero con toda mi fuerza logré apartarla hasta un punto en el que nadie podía escucharnos. Finalmente la encaré.

—Tú eras la chica con la que Aegan engañó a Eli —le solté—. Me mentiste.

Sí, ya era obvio.

—¿Quién te ha dicho eso? —Se quedó de piedra, mirándome con esos ojos que se veían mucho más enormes por el delineado.

Seré sincera, estaba algo molesta, pero no del todo enfadada, más bien algo indignada, porque ¿cómo pudo guardarse algo tan importante como el hecho de que había sido amiga de Eli? Aunque tal vez había sido culpa mía por no dudar de lo que me decía, por no haberle buscado la lógica a su historia sobre la grabación y el engaño, por creer en la palabra de una chica a la que no conocía en lo absoluto.

—No importa quién me lo dijo —repliqué—. Importa que me lo contaste todo a tu manera y no como en realidad pasó. ¿Por qué?

Artie apretó los labios al mismo tiempo que sus cejas se arquearon con aflicción, como si quisiera guardárselo todo, como si le resultara doloroso enfrentarse a lo que realmente pasó, pero tenía que decirme la verdad. Ya.

Le insistí con mi mirada dura.

Funcionó.

—¡Porque me siento culpable! —soltó finalmente, muy afectada—. ¡Eli nos vio salir del hotel aquel día, discutió con Aegan delante de mí, él le gritó muchas cosas y luego ella no volvió más! ¡Yo soy la culpable de su desaparición! ¡No volví a saber de ella! ¡Anularon sus números de teléfono! ¡Su familia jamás volvió a hablarme! ¡Y no era lo que yo quería!

Hasta conocía a su familia. Ni siquiera podía imaginar todo lo que eso

pudo haberme ayudado en mi investigación, todo lo que ella pudo haberme contado.

Bueno, yo no era la más adecuada para echarle en cara nada, ya que también ocultaba cosas. Tal vez por eso no tenía intención de discutir con ella, solo que haberme contado la historia de forma incorrecta había sido muy peligroso.

—Sabes más de Eli de lo que me dijiste. —Negué con la cabeza, un poco decepcionada—. Además, no puedo creer que teniendo este secreto me hayas reprochado ayer que me hubiera enrollado con Adrik. Me hiciste sentir culpable cuando tú cometiste el mismo error.

Artie emitió una risa amarga, nada divertida.

—Me enfadé por eso mismo —confesó—. Cometer mi mismo error puede hacer que pasen cosas como lo de Eli. ¡Ya te dije que alrededor de los Cash pasan cosas malas!

—Ah, pero tú estás con un Cash ahora... —le recordé, señalando a Adrik con un movimiento de cabeza.

Él nos miraba desde lo lejos, intrigado, pero quieto. Si se atrevía a interrumpirnos, le daría una patada en la rodilla.

Las cejas de Artie se arquearon, abrumadas. Dio un paso adelante y susurró como un secreto horrible:

—Me siento culpable de su desaparición. No saber dónde está me atormenta.

Ah, por esa razón andaba tan asustada siempre. Temía que alguien la conectara con la desaparición. Sentía el peso de la culpa.

De todas formas, yo ya no le podría consolar como amiga porque, después de que el vídeo de Aegan se transmitiera en las pantallas y todos supieran la verdad, solo me quedaría una cosa que hacer: desaparecer.

Sí, como Eli. Me iría de Tagus, porque tenía la leve sospecha de que Aegan lo sabría. Aegan descubriría que yo era la responsable del vídeo y tendría que salir de su radar de influencia si no quería sufrir las

consecuencias de haber atacado la reputación de su apellido. Así que nada de amistades. Lo vivido allí quedaría atrás. Era mejor acabarlo todo en ese instante y luego concentrarme en mi objetivo.

Para eso había ido Tagus.

Ya falta poco para que lo entiendas mejor, lector.

—No tenemos nada de que hablar ahora, Artie —dije para poner punto final a la conversación y a nuestra «amistad»—. Nada.

Iba a decirme algo, pero de pronto Adrik (en un plan de caballero de cita perfecta que no sabía que podía ejecutar) se acercó a ver si todo estaba bien con, bueno, Artie. No conmigo. De hecho, me ignoró. Estúpido, mis sentimientos, idiota.

Ella le dijo que sí estaba todo bien, disimulando su estado nervioso y afectado por nuestras palabras.

Yo quise apartarme, pero de pronto los altavoces de la feria anunciaron a todo el mundo con la voz de Dash/Tood, que estaba con un micrófono junto a la rueda de la fortuna:

—¡Durante los veinte minutos que faltan para escuchar el discurso honorífico tradicional, haremos un juego en la rueda de la fortuna! ¡Acérquense todos! ¡Traigan esas nalgas para acá!

La gente comenzó a acercarse. Miré la hora en mi móvil. Faltaba poco. En unos minutos iría a darle la USB a Lander, ya que la tarima estaba cerca.

Mientras, por alguna razón, miré la rueda de la fortuna, algo oscura en la parte más alta. No estaba llena, muchos puestos habían quedado vacíos y era un poco difícil diferenciar las caras de las personas que estaban en la cima. Además, según la siguiente información de los altavoces, la rueda estaba parada para que la gente pudiera admirar el panorama, besarse, tocarse y todas esas cosas impuras.

Hum, alguien en la cima, en uno de los asientos, me resultó conocido, pero no estuve segura de quién era...

A mi alrededor, Tood empezó a llamar a los fotógrafos y a soltar chistes

sexuales y sarcásticos. Al cabo de unos segundos, el lujurioso ornitorrinco reunió a bastantes personas en torno a ese espacio de la rueda de la fortuna, que comenzó a verse por las pantallas de la feria para entretener a la gente. La música seguía sonando desde la tarima, pero aun así la voz de Dash era bastante audible, animada y motivadora.

—¡Si no han conseguido un premio en los juegos, relajen la pelvis, porque conmigo tendrán la oportunidad de ganar algo especial! —anunció a través del micrófono mientras se meneaba dentro de su enorme traje. La gente se movió interesada—. ¿Qué hay que hacer? Pues besarse. —Un coro de silbidos y vítores pícaros y entusiasmados estallaron a mi alrededor. Tood saltó de emoción—. Sí, no los estoy engañando. ¡Tengo un premio para la pareja que se dé el mejor beso en la cima de la rueda de la fortuna! Así que, a ver, ¿quién va a meter esas lenguas hasta el fondo?

Gritos, silbidos y mucho más entusiasmo despertó la propuesta de Tood. Me reí, fue inevitable.

Además, faltaba poco...

—Podrán participar los que están en esta vuelta y los que se suban a la segunda —continuó Tood—. Pero si no quedan en la cima, ¡chao, pescao! ¡No participan porque no me da la gana! —Le silbaron y corearon en apoyo—. ¡Así que empecemos viendo qué es lo que tienen allá arriba en este momento, justo en el tope!

Tood giró el brazo y señaló la cima. Al mismo tiempo las luces que la oscurecían, se encendieron y la iluminaron. Las cámaras que rodeaban al ornitorrinco apuntaron hacia arriba e hicieron acercamiento. ¡Una pareja ya se estaba besando! ¡Yei! Los silbidos de apoyo estallaron. Era un beso intenso, pero el chico ocultaba la cara de la chica porque estaba sentado en una posición que daba la espalda hacia donde nos ubicábamos los espectadores.

De nuevo ese chico me resultó familiar...

Tood animó al público.

—¡De eso hablo, gente! ¡Traspásense con la lengua! ¡Que no quede ni un diente sucio! ¡Tatúale tu nombre en las encías!

Y todos gritaron, apoyaron la propuesta, rieron.

Hasta que la euforia por un simple beso se detuvo.

El segundo suceso: «La inesperada exposición».

En el instante en que el chico se apartó de la chica, el público se quedó en silencio como quien apagaba de golpe un televisor. Todo el mundo se mantuvo expectante, asombrado, pero curioso. Incluso Tood permaneció inmóvil con el micrófono delante de los labios, porque no se trataba de un chico besando a una chica, no.

Era un chico que había besado a Aleixandre Cash.

Delante de todos.

Es-cán-da-lo.

Y entonces ¡¿qué?!

Pues por eso me había parecido familiar. ¡Era el pequeño de los Cash!

Gracias al acercamiento de las cámaras, su rostro y el del otro chico aparecieron en todas las pantallas de la feria. La multitud los vio. Incluso quienes caminaban lejos de la rueda de la fortuna se detuvieron a mirarlos. Y no porque fueran dos chicos los que se estuvieran besando, algo que no debería inquietar a ninguna persona en este siglo, sino porque uno de esos chicos era Aleixandre, y eso nadie se lo esperaba por la imagen que solía dar de seductor y heterosexual inflexible.

Eso fue lo que dejó perpleja a la gente. Aleixandre era el típico ligón, el que coqueteaba con todas las chicas, el que a escondidas las besaba, el que en cualquier fiesta terminaba en la cama hasta con tres de ellas, el mujeriego. ¿Qué había sucedido?

Pues yo no tenía esa respuesta, pero al menos noté algo que otros no. La cara de Aleixandre era de horror. Su expresión indicaba que lo habían pillado desprevenido. No entendía nada. No sabía qué demonios estaba sucediendo, pero al mismo tiempo sí. Y eso lo dejó más espantado que al público.

Yo estaba a punto de hacer algo muy malo contra Aegan, pero me pareció

injusto que revelaran la verdad de Aleixandre de esa forma. Me hizo recordar el momento en el que Aegan había dicho lo de mi madre delante de todos en la fiesta. Entendí la vergüenza y la rabia que debía de estar sintiendo, incluso cuando no debía sentirse avergonzado de nada.

¿Quién había planeado eso? Porque sí, había sido planeado. Ver que Aleixandre no se esperaba algo así lo confirmaba. Alguien había deseado hacer público su secreto, por eso estaba en el programa, aprobado por la rectora. Pero esa mujer no podía saber que Aleixandre estaría ahí. ¿Habría sido Aegan? No..., él tampoco tenía ni idea, al menos había sido genuino en eso. ¿Dash? Se veía tan asombrado como el resto. No...

Sin idea de quién había planeado tal cosa horrorosa, avancé entre la gente en dirección a la rueda de la fortuna. Salté el cercado de seguridad y llegué hasta donde estaba el muchacho que se encargaba de su funcionamiento.

—Ponla en movimiento —le ordené. El tipo me miró algo desconcertado. Como seguía paralizado, tuve que gritarle—: ¡Pon la rueda en movimiento!

Dash, en el disfraz de Tood, escuchó mi grito. Apenas noté que me miraba, le hice un gesto con la mano para que cortara aquella escenita. Volvió en sí y comenzó a pedir que a todo el mundo que fueran hacia la zona de la tarima para escuchar el discurso, pero solo unos pocos le hicieron caso. El resto se quedó mirando cómo la rueda giraba y la gente iba bajando. No, la gente no, Aleixandre. La necesidad de ver su avergonzado rostro más de cerca era morbosa.

Por un instante, busqué a Adrik entre todas aquellas personas. Quise analizar su expresión ante la revelación del secreto de su hermano. Cuando lo encontré, vi que estaba mirando, serio y casi indiferente hacia el asiento de Aleixandre. Sin asombro, sin preocupación. ¿Tal vez siempre lo supo? ¿Siempre supo que Aleix escondía una relación con un chico? De habernos hablado, se lo habría preguntado.

Cuando Aleixandre por fin llegó a tierra, salió disparado. Esquivó a la gente con la cabeza gacha y el paso apresurado. Cientos de ojos lo

siguieron, juzgándolo, cuchicheando, hasta que desapareció. Y no, su salida no fue precisamente triunfal. Adrik no fue tras él para apoyarlo.

—Muy bien, muy bien, no ha pasado nada que no hayan buscado en internet alguna vez, pervertidos —dijo Tood por el micrófono en un intento de quitarle tensión al momento.

Me acerqué a él.

—Dash, ¿quién ha organizado esto? —pregunté.

—No lo sé. —Pestañeó, sorprendido por mi tono de voz exigente—. Solo recibí el programa con esta actividad y la orden de organizarla. Me dijeron que la rectora quería algo divertido.

Quise darle un golpe en la frente.

—¡Piensa mejor! ¡Esto tuvo que haber sido idea de alguien más!

—Tienes razón... —admitió él, pensativo y un poco avergonzado. Pero al instante su vergüenza desapareció—. Pero, venga, es un Cash, los Cash están acostumbrados a las jugadas sucias. Tal vez se lo merecía.

No estuve muy segura de qué se merecía Aleixandre y qué no.

—Pero puedo intentar averiguar luego quién incluyó esta actividad en el programa —añadió Dash—. Faltan solo cinco minutos para el discurso...

¡Joooder, cinco minutos!

¡Era mi momento!

Activé los cohetes de mis piernas y corrí hacia la caseta del sonido junto a la tarima, en donde debía de estar Lander. Se me hizo un poco difícil avanzar porque el flujo de personas se había hecho más lento tras la asombrosa aparición de Aleixandre en las pantallas. Y no solo eso, la escena había desatado murmullos y comentarios de todo tipo.

Al llegar a la caseta del sonido, jadeante, vi que Regan ya estaba sobre la tarima. Esa noche, con una camisa azul cielo de mangas tres cuartos y unos tejanos que parecían recién sacados de una tienda, tenía el aspecto de un actor preparado para su mejor escena. El cabello rubio se mantenía, por supuesto, despeinado solo lo justo. Aegan, por otro lado, estaba cerca del

inicio de las escalerillas, listo para robarle inesperadamente su protagonismo.

En mi móvil, faltaban tres minutos.

Bien, en tres minutos lograría darle el USB a Lander para que reprodujera el vídeo. Entré en la caseta del sonido evitando pisar los cables que se extendían hacia la tarima. Saqué el USB y se la di. El chico pelirrojo estaba un poco atareado moviendo las manos de un botón al portátil y viceversa.

—Aquí está, ponlo por favor —le pedí con amabilidad, a pesar de mi agitación.

Mi falta de aire no me impediría nada. Lo lograría. ¡Lo lograría!

—Es que... —empezó a decir Lander al coger la USB— Aegan me acaba de decir que dé paso a una transmisión en directo.

Me quedé fría.

Oh, Dios, no.

Nononono.

¿Acaso él...?

—¿Una transmisión en directo? —solté al instante con un muy mal presentimiento.

—Sí.

¿Acaso tenía un contraataque? ¿Era posible? Mi corazón latió rapidísimo a causa del miedo.

—¿Una transmisión? —escupí, alerta y desconcertada—. ¡No! ¡Esto es más importante! ¡Ponlo!

Me acerqué más a él, temblando, acelerada, para presionarlo, pero Lander negó con la cabeza, concentrado en lo suyo. Sus dedos no habían dejado de moverse.

—Su orden fue bastante clara y ya estoy...

¡Maldita sea!

—¡Lander pon mi USB! —casi le grité, a punto de lanzarme sobre él para apartarlo y ponerlo yo misma si era necesario.

Pero él hizo el clic final:

—Listo.

Aquí viene «La fulminante revelación».

Sí era un contraataque.

Uno casi letal.

Una transmisión en vivo proveniente de Instagram empezó a reproducirse en la pantalla. De momento no se vio nada, ni a nadie, pero Aegan, que ya había subido rápidamente a la tarima con un micrófono en la mano, empezó a hablar a todas las personas que ya se habían reunido en el lugar. Le quitó el lugar a Regan.

—Antes de dar el discurso, que siempre será una inquebrantable tradición para Tagus, estoy contento de anunciar que alguien muy especial, que al igual que yo forma parte de una larga familia de graduados de esta universidad, nos dará un mensaje en vivo y en directo.

Ni siquiera sé por qué no me lo esperé. Tal vez porque confié demasiado en que esa vez ganaría, en que podía atrapar a Aegan en algo, en que mis pasos no eran observados. Quise ser más lista, y en ese instante terminé sintiéndome la más tonta del lugar, porque cuando las pantallas mostraron lo que Aegan había anunciado, todo dio un vuelco.

La persona que segundos después apareció en las pantallas saludó con alegría a los estudiantes, dijo que estaba haciendo un retiro espiritual y luego empezó a hablar sobre Tagus, su historia y los ancestros. Y esa persona era nada más y nada menos que Eli Denvers.

Eli, con su cabello rojo, su impresionante piel caramelo, su nariz respingada, ojos color miel, boca perfecta, dientes blanquísimos. Una chica fabulosamente hermosa.

Y viva.

Muy viva.

Al parecer, los Perfectos mentirosos siempre fueron muy imperfectos

De acuerdo, la muerta iba a ser yo, pero por el impacto de ver a Eli.

Con las piernas temblando y a punto de desmayarme, me moví hacia el frente de la tarima para ver mejor la pantalla. Analicé el vídeo por si era una grabación, pero no, realmente Eli estaba hablando en directo. Tras ella se veía un extenso campo y muchos árboles característicos de tierras asiáticas. Incluso algunas personas pasaban por detrás. Ella estaba perfecta. Se veía hermosa, fantástica; era el tipo de chica que te intimidaba por su impresionante belleza natural, nada exagerada, pero capaz de opacar a cualquiera. Hablaba de forma fluida y encantadora.

Esa chica no estaba muerta ni secuestrada ni torturada, estaba feliz en otro lugar.

—¡Así que espero que disfruten la feria! —finalizó Eli en la pantalla unos minutos después—. Y también espero volver a clase el año que viene, cuando mi viaje espiritual termine.

Lanzó un coqueto beso de despedida y la transmisión terminó. Todo el mundo explotó en aplausos. Regan miró a Aegan, serio. De haber sido hermanos tontos se habrían lanzado uno contra otro por el micrófono, pero

eran inteligentes, y vengativos, y no lo hicieron. Regan se quedó quieto, manteniendo su postura. Entonces Aegan empezó a dar su discurso con elocuencia, total control de las palabras y gran energía, como un líder nato.

Noté que Kiana, Dash e incluso Artie, que estaba junto a un aburrido Adrik que comía algodón de azúcar como si esperara morir, me miraban. Sus ojos me transmitían un: «Adelante, es tu momento, sube a la tarima y haz lo que hemos planeado, termina con él públicamente y humíllalo». Era el instante perfecto, en toda la feria no se escuchaba más que la voz enérgica y legendaria de Aegan, y las personas estaban atentas. Atentas a todo.

Si yo subía y lo humillaba con un rompimiento público como solo Kiana, Dash y Artie esperaban, sería épico.

Pero solo por un momento.

Luego ese efecto desaparecería. No sería como lo que yo esperaba que fuera la revelación del asesinato de Eli, el cual había sido mi verdadero plan a escondidas de ellos.

Ante mi falta de movimiento, Dash me hizo un gesto con las manos de «¡rápido, vamos!». Kiana también abrió mucho los ojos y señaló la tarima con la cabeza. Sus labios se movieron en un silencioso «¡Tú puedes!».

Entonces entendí, devastada, que no podía hacerlo, porque si Eli no estaba muerta yo ya no tenía nada contra él.

Nada.

Así que no me moví. No pude subir a la tarima y derrotarlo delante de todos, como había planeado. Me quedé paralizada, derrotada.

Aunque... algo iba a hacer justicia por mí.

Sucedió de repente. Aegan estaba hablando, muy inspirado, y de repente su boca enorme se quedó inmóvil en la forma de la siguiente palabra que iba a pronunciar por el micrófono. Su expresión facial se congeló. Los ojos, normalmente maliciosos, se le abrieron mucho, pasmados. Dejó un profundo silencio.

La gente lo miró, expectante, confundida. Regan, todavía allí, a un lado, también lo miró de arriba abajo con desconcierto. Yo no entendí por qué se había callado de esa forma si su plan de hacer el discurso y destacar estaba siendo un éxito. ¿Qué le pasaba? ¿Iba a arruinar su propio momento triunfal?

Regan se atrevió a preguntarle qué le sucedía, todos vimos cómo movía la boca y le decía alguna cosa. Pero Aegan no reaccionó y siguió tan inmóvil que asustó a la mayoría. ¿Iba a morir o qué? Ay, Dios.

Regan volvió a preguntarle algo.

Y él entonces respondió, pero no con palabras.

Entre el silencio expectante de la feria, bajo el nocturno cielo estrellado, frente a los alumnos y alumnas de Tagus, Aegan soltó un largo, sonoro, líquido y asqueroso pedo. Y todos lo escucharon porque el micrófono amplificó el sonido.

Bueno, sí necesitaba algo.

Un retrete.

Cuarto suceso: «La explosión».

Quedé impactada, tan pero tan impactada que me llevé las manos a la boca. La gente también. Fueron cientos de ojos abiertos y asombrados los que lo vieron. Algunas sonrisas de burla aparecieron de inmediato, pero otras caras eran de perplejidad absoluta. ¿Eso había salido del impecable Aegan? ¿Ante la multitud?

Entonces me acordé: el laxante. El laxante acababa de hacerle efecto.

¡Madre de todas las futuras diarreas! ¡¡¡Jajajaja!!!

Justo cuando alguien entre la gente soltó una risa sonora de burla, justito antes de que otra persona le siguiera y otra más, Aegan tiró el micrófono al suelo y salió corriendo de la tarima en busca de un baño.

—¡Oh, por Dios! —escuché a alguien exclamar cerca, entre a punto de echarse a reír a carcajadas y aún dentro del pasmo—. ¿Aegan Cash acaba de cagarse en los pantalones?

Al parecer, sí.

Se escucharon risas. Los comentarios empezaron. Las voces se alzaron en bullicio por toda la feria. Vi a Regan en la tarima tomar el micrófono para decir algo. Su boca reprimía una carcajada, probablemente feliz de que su medio hermano fallara en haber intentado robarle el discurso.

Sin duda alguna eso había sido buenísimo, pero no pude disfrutarlo. Aún no me había recuperado de la sorpresa por la transmisión en directo de Eli. Todavía sentía que podía desmayarme, que mi cerebro no estaba funcionando por completo para procesar mi fracaso. Yo solo... yo solo necesitaba respuestas.

Y fui a buscarlas.

Me fui rápido en dirección a donde debían de estar los baños de la feria. Esquivé a la gente que se reía y hablaba sobre Aegan. Oí comentarios por el camino: «Seguramente comió tacos del puesto que está cerca de la tarima, saben mal». Nadie sospechaba de un laxante, ni de mí.

Llegué a los baños portátiles, cuatro casetas azules juntas. No tardé en encontrarlo. Desde el último baño me llegó un sonido flatulento de esos capaces de causar risas. Me habría desmayado de las carcajadas de no ser porque yo seguía abrumada por el rostro de Eli.

—Aegan, ¿estás ahí? —le pregunté, frente a la puerta.

—¿Qué quieres?! —soltó desde adentro, entre alterado, enojado y dolorido—. ¡Vete!

No pude.

—Escucha, esa chica de la transmisión...

—¡Es mi ex, sí! —aceptó él con impaciencia y amargura—. Ahora lárgate de aquí. Oh, maldita sea —se quejó de su propio estómago.

De fondo, en toda la feria, empezó a escucharse la fantástica voz de Regan honrando a los ancestros de Tagus.

El culo de Aegan emitió un pedo líquido en protesta.

—Ella había desaparecido —solté también.

—¿Qué? —Sonó extrañado. Y molesto, pero sobre todo extrañado.

—Lo escuché en alguna parte —mentí, necesitada de respuestas—. Que un día se fue y ya no volvió más.

—Sí, a un retiro espiritual como ella ha explicado en la transmisión —contestó él con obviedad.

—Pero sus redes sociales y... —titubeé, aún descoordinada— y tú no hablaste de ella nunca...

—¿Por qué hablaría sobre mi ex con mi novia? —soltó con enfado y con una flatulencia explosiva de fondo—. Además, eso de los retiros te exige alejarte del mundo real, incluyendo las redes sociales. Creo que por esa razón ella las cerró.

Analiqué su voz como siempre lo hacía, porque su rostro no podía verlo, aunque me lo imaginaba rojo e hinchado. A esas alturas, lo conocía demasiado. Lo sorprendente fue que sonaba genuino (dejando aparte las flatulencias), nada exagerado como cuando mentía o quería burlarse.

—Pero es que pareció que... —intenté decir, pero al recobrar un poquito de sentido me silenció.

—¿Qué?! —preguntó él con brusquedad. De pronto pareció entenderlo todo y dijo—: ¿Que le había pasado algo? ¿O que yo le había hecho algo?

No contesté. Mis labios temblaban de nervios. No lograba comprenderlo del todo. No lograba entender cómo las piezas que antes habían parecido encajar, ahora ya no lo hacían. ¿O es que siempre había tenido las piezas incorrectas?

—Jude, de verdad que no entiendo cómo te gusto si crees que soy un monstruo —dijo Aegan ante mi obvio silencio—. Joder, y yo que pensaba proponerte una maldita tregua.

Espera, ¿qué?

—¿Una tregua? —Quedé más estupefacta.

Un coro de flatulencias y quejidos salieron del interior del baño.

—¡Vete de aquí, Jude! —exigió, dolorido y enojado.

—Pero ¿por qué querías una tregua? —insistí. Eso... en verdad era muy sorprendente, no lo entendía.

—¿No te has detenido un maldito momento a pensar que tal vez estás equivocada en algo? —soltó con brusquedad, y a continuación se quejó—: Oh, demonios, pero ¡¿qué he comido?!

Oh, malditos errores de la vida. Bueno, él no había matado a Eli porque Eli estaba viva, ya no había nada que decir sobre eso. No era el asesino de Eli. No podía culparlo por ello. Lo escuchaba decir «¿Qué he comido? ¿Qué me ha causado esta diarrea?» y, oh, maldita sea..., hasta me daba pena. Bueno, no me daba tanta pena, jejeé, porque seguía siendo un imbécil, pero ¿a qué se refería?

—¿En qué estoy equivocada? —le pregunté—. ¿En algo sobre ti?

—¿Sabes qué? Ya estoy harto —dijo, llevado por su ira y su situación diarreica—. No quiero oírte. No quiero volver a verte. Nada. Hemos terminado.

—¿Rompeamos? —dije, asombrada.

—¡Sí! —enfaticó, sin darme derecho a réplica, como si estuviera dictando un mandato—. ¡Luego, si de verdad quieres seguir conmigo, tendrás que demostrármelo!

¿Acababa de romper conmigo el imbécil ese? ¿Eso me convenía? Realmente no sabía qué hacer ahora.

Iba a decirle algo cuando de repente él lo entendió, porque sí, era idiota, pero seguía siendo muy inteligente.

—¡Fuiste tú! —soltó de golpe, iluminado por la verdad—. ¡Lo único raro que he tomado ha sido la pastilla que tú me diste! ¡Mira, Jude, será mejor que te largues ya porque si salgo de este baño y estás ahí voy a...! —Un retorcijón de estómago lo interrumpió y lo hizo soltar un quejido de dolor—. ¡Ah, maldición!

Retrocedí varios pasos, alerta. Hasta creí posible que saliera del baño con el culo al aire manchado de diarrea solo para ahorcarme. Pensé en irme

corriendo, porque lo único que sentía que necesitaba era encerrarme en mi habitación, sentarme en la cama y pensar. Pensar mucho. Pensar en todo lo que había pasado ese día. Analizar, considerar, preguntarme cómo demonios me había equivocado y qué paso debía dar ahora. ¿Debía irme? ¿Quedarme?

Alguien me tocó el hombro. Me giré automáticamente en actitud defensiva. Al ver a Adrik delante de mí, solo pude quedarme inmóvil. Ya no tenía su algodón de azúcar. Su sudadera negra y sus tejanos eran perfectos. Ay, qué maldición.

—¿Qué quieres? —solté, esforzándome en impedir que me viera débil.

—Artie no quiere venir a decírtelo no sé por qué, pero necesitamos que nos prestes tu llave del apartamento. Se olvidó la suya dentro y queremos ir allí.

Ah, vaya. Mi llave del apartamento para que ellos puedan estar juntos. Pero ¡eso ya era el colmo. EL DESCARO.

Ante mi perplejo silencio, añadió:

—Por favor.

Maldije internamente como Aegan estaba maldiciendo dentro del baño entre el rap de sus flatulencias. Y le di las llaves. ¿Por qué? Ni idea. Es decir, no iba a armar una escena de celos o a exigirle que no hiciera nada con Artie en el apartamento, por mucho que quisiera hacer eso. Él me había mentido, era un mentiroso como sus hermanos. ¡Yo no debía ni siquiera permitirme seguir sintiendo que me gustaba! ¿Podía lograrlo?

Las llaves cayeron sobre la mano de Adrik, mano que me había tocado antes. Él, con ojos apáticos, miró un momento por encima de mi hombro hacia el baño portátil. Luego me miró a mí. Una pequeñísima sonrisa ladina apareció en su cara. La odié. Odié esa sonrisa.

—Diviértete con tu novio —me dijo.

Dicho eso, se fue. Lo vi alejarse a buscar a Artie.

Oh, buen final para mí, ¿no?

Sin amiga.

Odiada por el chico que en verdad me gustaba.

Dejada por el imbécil de mi falso novio.

Vista como una cobarde por mis compañeros de plan para humillar a Aegan con la ruptura pública.

Resumen de la noche de la feria: había fracasado.

Ahora, ¿qué haría?

Tarde o temprano ibas a caer, ¿Jude?

La feria se fue vaciando poco a poco.

A las diez de la noche, quedaba poca gente en los puestos y en los juegos. Las risas eran escasas. Las ideas de irse a escondidas a los apartamentos ajenos se susurraban con picardía en muchos oídos. Aún había murmullos sobre Aleixandre e incluso varios vídeos de su beso con otro chico rondaban por los móviles, todos con su usuario de Instagram mencionado. También se comentaba la flatulencia de Aegan, y que Adrik estaba saliendo con «la amiga de Jude». Chismes, siempre chismes en Tagus.

Así que sí, la noche se había vuelto más fría, y, para mí, más triste. Aegan seguía en los baños, expulsando caca como un grifo expulsaba agua. Owen le había llevado más papel higiénico, pero después se había ido con Laila. A Kiana y Dash, bueno, los evité. Artie y Adrik... ya sabía dónde estaban, y por esa razón yo no quería volver al apartamento. No necesitaba escuchar lo que estaban haciendo, así que me quedé sentada en un banco, fumando un asqueroso cigarrillo que había comprado cerca de ahí.

Yo ni siquiera fumaba, pero fue en ese banco donde pasó lo más inesperado.

Regan Cash se sentó de pronto a mi lado. Despedía un aroma exquisito a

lujos y a peligro. Sentí una corriente de temor por su presencia, la misma inquietud que experimenté al verlo por primera vez. Un pequeño impulso de salir corriendo de allí lo más rápido que podía y abandonar Tagus, la ciudad, el país y la galaxia me cosquilleó, pero me quedé quieta porque supe de inmediato que de lo que sucedería allí no lograría escapar ya.

Me dedicó esa sonrisa amplia y perfecta de empresario exitoso.

—Cuántas cosas han pasado esta noche —suspiró, encantado—. Me alegra haber modificado todo el programa. Habría sido muy aburrido dejarlo tal como la rectora lo había hecho.

Lo miré con brusquedad.

¿Había modificado el programa de la feria?

Entonces...

—Fuiste tú —salió de mi boca, atónita— el que humillaste a Aleixandre en la rueda de la fortuna.

Regan emitió una risa tan tranquila que dio miedo.

—Hay cosas que deben saberse —opinó sin más—. Cosas que no deben ser secretos.

—Es tu hermano —le recordé, ceñuda—. Lo que hiciste estuvo mal.

Ajeno a mi comentario, hizo un gesto como si repentinamente se hubiese acordado de algo.

—Lo siento, antes de hablar o de explicar algo me gustaría oír tu nombre primero, como debe ser. —Me ofreció su mano enmarcada por un enorme reloj plateado y varonil—. Yo soy Regan Cash, ¿y tú?

Más estupefacta y desconcertada que nunca, miré la mano y luego a él.

—¿Qué? —logré emitir entre los latidos que me retumbaban en los oídos y en el pecho.

Como si no le hubiera preguntado nada en el más puro estado del «¡No sé qué está pasando aquí, por favor, ayuda policía!», la sonrisa no desapareció de su rostro y él no se inmutó.

—Quiero saber quién eres —dijo con el mismo tono falso y afable que

habría usado un vendedor para hacer su mejor venta—. Dime tu verdadero nombre.

Un frío de pánico me tensó cada músculo del cuerpo, pero aun así hice lo único que sabía hacer bien: buscar la vuelta al momento para salir ilesa.

—¿Mi nombre real? Es Jude, Jude Derry, ya lo sabes. Nos conocimos hace unos días.

Un falso gesto de confusión arrugó su entrecejo como si hubiera oído algo demasiado raro. Su rostro se vio más macabro que nunca porque incluso así la sonrisa se mantuvo retorcida y amplia.

Su respuesta me dejó pasmada:

—No, según los registros nacionales, la verdadera Jude Derry murió hace cuatro años. Por eso quiero saber quién eres tú en realidad.

Este es El Momento. Aquí es donde lo confieso: sí, lector, desde el inicio de la historia te he estado mintiendo.

Pero, PERO, te advierto que los Cash también.

Por esa razón, unos minutos antes de que Regan se sentara a mi lado, había decidido que no me iría de Tagus todavía.

Aún había cosas que resolver.

Si Eli estaba viva, ¿quién era la que estaba muerta? Porque sí que había una chica muerta. Yo había escuchado a Aegan hablar de ello en el club nocturno.

¿De quién era el móvil que Aegan necesitaba porque estaba lleno de pruebas?

¿Qué era lo que había sucedido un año atrás que los hermanos Cash ocultaban?

¿Quién me había enviado mensajes guiándome para encontrar pistas sobre, según yo había creído, el asesinato de Eli? Y si Eli estaba viva, ¿qué pretendía que descubriera?

Todo eso me llevaba a la gran pregunta: ¿y si siempre tuve las piezas, pero las había estado uniendo mal?

Sí, las piezas del rompecabezas Cash estaban desperdigadas, solo me faltaba encajarlas correctamente.

Además, todavía faltaban tres meses para el 1 de mayo, la fecha en que todo explotó.

Así que, nuevo plan:

Recuperar a Aegan. Volver a ser su novia. De la forma que fuese necesaria.

En cuanto a mi verdadera identidad...

Eso te lo contaré en el siguiente libro.

MÁS HISTORIAS ADICTIVAS



**Una historia llena de mentiras y secretos,
atracción y odio en la que nadie parece decir la
verdad. ¿Hay algo más adictivo que
desenmascarar a los *Perfectos mentirosos*?**

**Las mejores historias de Wattpad ahora también
en papel.**



Jude acaba de llegar a una de las universidades más elitistas del mundo, pero ya se ha dado cuenta que ahí todo se mueve alrededor de las fiestas, los cotilleos y los ligues entre estudiantes. Y que todo eso gira en torno a un trio irresistible: los hermanos Cash. Son vacilones, astutos, pero insoportablemente atractivos y poderosos. Y por encima de todo están acostumbrados a liderar el campus con sus juegos de niños ricos. Lo que no saben es que Jude tiene un plan: sacar a la luz sus más oscuros y perversos secretos, esos tan bien escondidos tras el lujoso apellido Cash.

Alex Mírez, venezolana de veinticinco años que un día descubrió Wattpad y a partir de ahí no paró de escribir historias. Admite que su vida dio un giro inesperado por todos los lectores que ha reunido en la plataforma. Está graduada en Servicios Turísticos, pero actualmente se dedica a la escritura, luchar contra una oleada de ideas y leer todos los libros posibles. Es cinéfila, gamer y defiende que todos en la vida cometemos errores que vale la pena contar para no volver a repetir.

Edición en formato digital: septiembre de 2020

© 2020, Alex Mírez

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Fotografía de portada: ©iStock Photo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18057-94-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Perfectos mentirosos

Te contaré un secreto...

Prólogo

1. ¡Bienvenida al infierno más divertido! Perdón, ¡a Tagus!
2. ¡Oh, señor todopoderoso Cash!
3. Todo lo que pisas es territorio enemigo
4. Retando y retando al demonio vas enojando
5. El catastrófico «no»
6. Uno es peor que el otro
7. Una cita con Cash es un sueño de magia y amor... Hasta que te despiertas
8. Los secretos de Aegan Cash tienen más secretos
9. Hay un plan en mi sopa
10. Si a Aegan quieres enojar, consecuencias deberás aguantar
11. Ring, ring... ¿Sí? ¿Quién es?
12. Sí, los Cash controlan hasta tus menstruaciones
13. El mundo no gira alrededor de los Cash, pero sí alrededor de sus secretos
14. ¿«M» de mentiroso o «M» de misterios?

15. Un Cash puede lograr todo lo que quiera, pero ¿cuáles son sus más crueles métodos?
16. La oscuridad puede ser un buen refugio, pero cuidado con el monstruo que vive en ella
17. No todos los mensajes son de texto
18. ¡Mick Jagger ha robado un auto!
19. El exquisito y tentador fallo en el plan
20. A veces hay que decir la verdad... ¿o mejor no?
21. Tal vez sea «M» de muerte
22. Ay, Jude, estás jugando con fuego. No te quemarás ahora, pero te quemarás
23. Algunos no saben nada mientras que otros lo saben todo
24. Esa endemoniado sensualidad es cosa de genética... Y la maldad también
25. Nada de arrepentimientos
26. ¿A que esto no te lo esperabas, Jude?
27. ¡Feria de Tagus! ¡Lugar de música, comida y secretos!
28. Y entonces ¡¿qué?!
29. Al parecer, los Perfectos mentirosos siempre fueron muy imperfectos
30. Tarde o temprano ibas a caer, ¿Jude?

Sobre este libro

Sobre Alex Mírez

Créditos